



Algo Incredible

Andrea Adrich

**ALGO
INCREÍBLE**

ANDREA ADRICH

© Andrea Adrich, 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56

Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Epílogo

CAPÍTULO 1

La palma de la mano golpeó un par de veces el capó rojo fuego del Ford Gran Torino del 72. Andreas hizo rodar la plataforma en la que estaba tumbado y emergió de debajo del vehículo. Un rayo de sol iluminó sus rasgados ojos de color turquesa de forma tan intensa que parecían los de un león.

Estaba con el torso desnudo, dejando visibles los tatuajes que decoraban su piel, y finas gotas de sudor se deslizaban por sus definidos pectorales como pequeñas perlas. Un par de manchas de grasa tiznaban su cara.

—Hola, Tony —saludó al chico moreno de rasgos hispanos que lo había llamado.

—Hola, León. —Tony se inclinó hacia adelante y le ofreció la mano. Andreas la chocó con la suya con fuerza, manteniéndola unos segundos aferrada—. ¿Qué tal llevas el Gran Torino?

—Bien. En un par de días estará listo.

Tony carraspeó ligeramente.

—He venido a contarte los rumores que circulan por Santa Mónica.

Andreas frunció el ceño.

—¿Rumores? —repitió. Hizo rodar la plataforma con expresión indiferente en el rostro y volvió a meterse debajo del viejo Mercedes Benz. Tenía mucho trabajo—. No me van los rumores, Tony, y esta ciudad es muy dada a ellos —dijo.

—Este te va a interesar... —insistió Tony—. He oído que los Dubrow vienen a pasar el verano aquí.

Andreas dejó la llave inglesa a mitad de camino y volvió a salir de debajo del coche.

—Esa familia lleva una década sin pisar Santa Mónica —comentó escéptico, al tiempo que se incorporaba—. Seguro que solo se trata de un rumor —añadió.

—No lo creo. Es la abuela la que lo está diciendo. De hecho, es la abuela la que se lo ha dicho a la mía.

Andreas se pasó la mano por la frente para enjugarse el sudor. Aquella noticia no le hacía ninguna gracia. Los Dubrow no le hacían ninguna gracia.

—Pueden hacer lo que quieran —dijo. Trato de parecer indiferente, sin embargo su voz sonó más a la defensiva de lo que hubiera querido.

—Supongo que no tendrás ganas de encontrarte cara a cara con Harry Dubrow —dijo Tony—. Y menos después de tantos años.

Andreas se enderezó, revelando su casi uno noventa de estatura y caminó hacia una de las mesas llenas de llaves, piezas y tornillos que había en el taller. Dejó sobre ella la llave inglesa.

—No, ninguna —respondió tajante. Cogió un trapo y se limpió las manos—. No sé cómo voy a reaccionar cuando lo vea.

—Tienes que tener cuidado, Andreas —le aconsejó su amigo—. Esa familia es poderosa. Tú mejor que nadie lo sabe. No te puedes meter con ella.

Andreas se giró hacia Tony con los ojos entornados. Su mirada había adquirido un aspecto aún más felino.

—No me dan miedo.

—Lo sé. Pero no es cuestión de miedo, es cuestión de cautela. Tienes que ser muy cauteloso si te topas con ellos, sobre todo si topas con Harry. Te conocemos, eres muy impulsivo y en cualquier momento eso te puede jugar una mala pasada.

—No os preocupéis, después de diez años ya se me han quitado las ganas

de partirle las piernas a ese estirado.

Andreas trató de tranquilizar a Tony, que se había erigido como portavoz de sus amigos, o tal vez solo intentaba convencerse a sí mismo de que el tiempo había logrado que las heridas cicatrizaran, aunque a veces solo parecía ser un espejismo, una especie de ilusión óptica que terminaba desvaneciéndose entre los dedos.

CAPÍTULO 2

—¡Ashley, baja ya, por favor! —vociferó exasperado su padre desde la planta baja.

Fabiola resopló y se apartó un mechón de pelo del rostro. ¿Qué problema tenía su hermana con la puntualidad? ¿Acaso no había oído claramente decir a su padre que quería salir a las diez en punto hacia Santa Mónica? No las iba contando, pero calculó que era la undécima vez que su padre llamaba a Ashley, pero a ella parecía darle igual. Bueno, no parecía darle igual, definitivamente se la refanfinflaba.

—Es una pesada —afirmó Harry.

Alargó el brazo y dio un capirotazo en la cabeza a Fabiola. Esta se volvió con gesto molesto y le lanzó un golpe en el brazo.

—Déjame en paz, Harry —dijo.

Harry se rio socarronamente.

—Eres una enclenque, hermanita. El mundo te va a comer y te va a escupir —se burló con ganas.

—¡Que me dejes en paz! —volvió a decir Fabiola.

—Harry, estate quieto —le amonestó su madre con malas pulgas. La mujer, de mediana edad y semblante estirado, se pinzó el arco de la nariz con los dedos elegantes y una mueca adusta en el rostro de piel nívea—. No agraves mi dolor de cabeza —añadió fastidiada.

Fabiola miró a su madre. Estaba poco reticente a ir a Santa Mónica a pasar el verano. Hubiera preferido viajar por toda Europa como habían hecho en otras ocasiones. El viejo continente la atraía como una joya brillante a una

urraca. Ashley tampoco quería ir a veranear allí. Aquellos planes de volver a la ciudad de donde era su padre habían echado por tierra el viaje a Londres que tenía planeado con sus amigas desde hacía más de medio año. Y eso la tenía de un humor de perros. Ashley no se caracterizaba por ser políticamente correcta y había mostrado su desacuerdo en no pocas ocasiones desde que su padre había anunciado la noticia. Aquella era una de ellas. Su impuntualidad y la exasperación que provocaba en su padre no era más que una forma como otra cualquiera de castigarlo.

Dejó escapar un pequeño suspiro mientras cambiaba la dirección de sus ojos y los posaba en la figura de su padre. A la única que le apetecía ir a Santa Mónica era a ella. La verdad es que tenía muchísimas ganas de ver a su abuela y de pasar una temporada en su casa, como en los viejos tiempos.

Antes, todos los veranos los pasaban en Santa Mónica, después dejaron de ir radicalmente allí. Fabiola nunca había entendido por qué. Sospechaba que había pasado algo, pero no sabía qué. Apenas contaba con diez u once años cuando Santa Mónica pareció haber desaparecido del mapa para los Dubrow. Ahora su abuela estaba delicada de salud debido a los interminables achaques de la avanzada edad que tenía y el patriarca de la familia había decidido regresar a su ciudad natal, pese a la férrea oposición que habían manifestado todos los miembros del clan.

—¡Por fin!

La voz impaciente de Charles Dubrow hizo que Fabiola emergiera de sus pensamientos. Cuando la pequeña de la familia le devolvió la atención, su padre miraba en esos momentos el camino que hacía Ashley bajando la escalinata del enorme vestíbulo.

—¿No te dije que os quería listos a todos a las diez en punto? —le reprochó Charles, dando pequeños toquecitos en el reloj con el dedo índice.

—Ya, papá —masculló Ashley con desdén al tiempo que hacía un gesto

con la mano—. Es muy pronto para que empieces a regañarme.

Charles puso los ojos en blanco, crispado. Ashley era imposible.

—Será mejor que nos vayamos —concluyó la conversación en tono molesto.

Respiró profundamente e intentó tranquilizarse. Se dio media vuelta y se encaminó a la puerta.

Las maletas ya estaban en el Jaguar S-Type negro recién estrenado que la señora Dubrow había casi obligado a comprar a Charles. Amy, como se llamaba, era muy dada a las apariencias y a que la ostentación y el boato de la familia no decayera. Desde que se había casado con Charles, el apellido Dubrow estaba unido más que nunca a la riqueza, la opulencia y el poder.

El coche se puso en marcha con un sonido suave, semejante al ronroneo de un gato, y se incorporó a la circulación de la avenida.

Detrás de ellos iba Harry, que se había empeñado en ir en su coche, un descapotable que sus padres le habían regalado, por imposición del propio Harry, al cumplir los dieciséis años.

Fabi alzó la mirada y contempló en el espejo retrovisor interior como la mansión de aire victoriano, enclavada en la zona más prestigiosa de Seattle, se iba reduciendo poco a poco de tamaño hasta convertirse en algo diminuto e inapreciable, llegando al punto de desaparecer entre el paisaje urbano. Le esperaba un mes y medio de veraneo en Santa Mónica.

CAPÍTULO 3

Amanda, la madre de Andreas, echó una última cucharada de sopa en el plato y lo puso delante de él.

—Me ha extrañado que me llamas para decirme que venías a comer hoy —dijo sonriente. Andreas no hizo ningún comentario—. ¿Qué te ocurre, hijo? —le preguntó, al observar la expresión seria de su rostro—. ¿Va algo mal en el taller?

Andreas negó con la cabeza.

—En el taller todo va bien —respondió escueto.

—¿Entonces? —insistió Amanda.

Andreas alzó la vista y le dirigió una mirada a su hermano. Gerard estaba sentado en su silla de ruedas. Llevaba postrado en ella muchos años. Demasiados, pensaba Andreas siempre que lo veía.

—Los Dubrow vienen a Santa Mónica a pasar el verano —anunció.

Amanda dejó un segundo plato de sopa en el sitio de Gerard, que en esos momentos contemplaba a su hermano mayor con cierta alarma en la mirada. Amanda carraspeó ligeramente. Andreas cambió la dirección de sus ojos azul turquesa y los posó en su madre. ¿Por qué no había rastro de sorpresa en su cara?

—¿Lo sabías? —concluyó.

—Me lo dijo la señora Paige la semana pasada.

—¿Y no me lo has dicho?

En la entonación de Andreas había un viso de reproche.

—No quería preocuparte —se justificó Amanda. Se colocó un mechón de

pelo detrás de la oreja—. Sé cómo te pones cuando oyes nombrar a los Dubrow.

Andreas sacudió la cabeza de impotencia.

—¿No sé qué tienen que venir a hacer aquí? —dijo, dejando entrever su enfado.

—Charles tiene en Santa Mónica a su madre y, por lo que he oído, últimamente no está muy bien de salud —repuso Amanda en tono razonable.

Andreas chasqueó la lengua de forma sonora. El regreso de los Dubrow era algo que resultaba profético. En el fondo era consciente de que más tarde o más temprano acabarían volviendo a Santa Mónica.

—Andreas, tienes que pasar página —dijo su madre.

—No puedo —atajó contundente.

—Pero tienes que hacerlo, no puedes quedarte anclado en el pasado. Ya han pasado muchos años...

—Ya te he dicho que no puedo —le cortó Andreas. La voz le sonó más fuerte de lo que pretendía.

Amanda respiró hondo y lanzó al aire un suspiro quedo. No quería discutir con él. No por culpa de los Dubrow. No otra vez.

—Hemos hablado muchas veces de esto... —comenzó en tono sereno. Se acercó a su hijo y le pasó la mano por el hombro—. Es tiempo de olvidar.

—Sí, Andreas, es tiempo de olvidar —intervino Gerard, que hasta ese momento no había hablado.

Andreas permaneció en silencio.

Olvidar...

Él lo había intentado en decenas de ocasiones. Solo Dios sabía que lo había intentado, y solo Dios sabía que no lo había conseguido. En el fondo de su alma había clavada una espina que no lograba quitarse.

—No quiero problemas con los Dubrow, Andreas —dijo su madre con

una nota de súplica en la voz. Conocía a su hijo. Andreas era muy impulsivo, tenía un carácter fuerte y lo que había sucedido diez años atrás le había marcado la vida—. No quiero tener nada que ver con ellos.

Andreas miró a su madre por debajo del denso abanico de pestañas rubias. Aunque lo negara, ella tampoco había olvidado. Desde que había tenido lugar aquel suceso una década atrás, los años habían caído encima de su madre de un modo despiadado. La melena dorada que poseía se le había encanecido casi por completo, el rostro había perdido su luminosidad habitual y unas ojeras perennes coloreaban de violeta sus bellos ojos azules.

No, ella tampoco había olvidado. Su rostro lo reflejaba así cada día.

Andreas respiró hondo, resignado. Miró alternativamente a su hermano y a su madre.

—No buscaré problemas —dijo en tono dócil.

Entendía a su madre. ¿Cómo no iba a entenderla? Ella era quien más había sufrido con todo lo que había pasado. Se merecía un poco de tranquilidad, y él no iba a contribuir a desestabilizar la paz que había conseguido a base de entereza y resignación con el paso de los años. Por nada del mundo quería convertirse en un quebradero de cabeza de su madre. No más veces.

Los labios de Amanda se abrieron en una sonrisa condescendiente. Se acercó a Andreas, lo abrazó por la espalda y depositó un beso en su cabeza.

—Es mejor así —susurró.

Andreas no era especialmente cariñoso, pero acarició el brazo de su madre con calidez.

—Lo sé —dijo—. Lo sé.

CAPÍTULO 4

El sol lucía en todo su esplendor como un enorme medallón en un cielo de color zafiro y desnudo de nubes.

—¡Abuela! —exclamó Fabiola nada más salir del coche.

Cerró la puerta y echó a correr hacia la mujer de complexión menuda y melena plateada que la esperaba con los brazos abiertos. Ascendió las escaleras de piedra del porche y la abrazó con afectuosidad.

—Mi niña... —dijo su abuela, correspondiendo al abrazo.

—Hola —la saludó Ashley con voz monocorde.

—Hola, Ashley.

Ashley se inclinó hacia la anciana y esta le dio un par de besos en las mejillas.

—Hola, abuela.

—Hola, Harry.

Harry le dio un beso en la mejilla sin apenas detenerse. Pasó a su lado y entró en la casa como una bala. A su expedito saludo le siguió el de Amy, que fue tan estirado y arrogante como lo era ella.

—Tessa —masculló sin ningún tipo de entusiasmo.

—Amy —correspondió la anciana en tono neutro.

Los años habían logrado que dejara de sentir afecto por su nuera. Sin embargo, guardaba la compostura y mantenía la cordialidad para no hacer sufrir a su hijo. Bastante soportaba ya él teniéndola que padecer como quien padece una enfermedad crónica.

Charles salvó los escalones y abrazó a su madre.

—¿Qué tal estás, mamá? —se interesó.

—Bien, hijo, bien. Feliz de que estés aquí —respondió Tessa cuando deshicieron el abrazo—. ¿Qué tal el viaje? —le preguntó, pasándole la mano por el pelo.

—Tranquilo.

—Veo que no todos están de acuerdo con pasar el verano en Santa Mónica —observó Tessa.

Charles sacudió la cabeza ligeramente para quitar hierro al asunto.

—Ya sabes cómo son... —apuntó sin decir nombres.

«Sí, sé cómo son», pensó Tessa para sus adentros.

Los años no habían cambiado nada a Amy, y Ashley y Harry le seguían muy de cerca los pasos. Claramente eran hijos de su madre. No podían negarlo. Los tres eran iguales; con ese carácter arrogante y engreído característico de los Halliday. Amy hacía buenos honores a la familia a la que pertenecía. Incluso físicamente Ashley y Harry eran una réplica casi exacta de ella; ambos eran rubios, con piel de porcelana y ojos de un azul intenso. En cambio, Fabi era como Charles. Poseía un carácter afable y bondadoso. Era sencilla, cariñosa y gentil, y contaba con una ingenuidad que Tessa pensaba que terminaría pasándole factura en un mundo que a veces podía ser muy cruel. Físicamente su nieta pequeña también era como su hijo. De él había heredado su pelo castaño y enmarañado y sus grandes ojos almendrados. Nada que ver con los fríos rasgos nórdicos de su madre y sus dos hermanos.

Fabiola agarró a su abuela por los hombros. El contacto la sustrajo de sus pensamientos y la devolvió a la realidad. En ese momento Charles arrastraba una de las maletas hacia el interior de la casa. Del resto se estaba ocupando el personal de servicio.

—Cuéntame qué tal estás, abuela —dijo Fabi, cariñosa como siempre.

—Estoy bien, cariño.

—¿Estás siguiendo las recomendaciones del médico? —le preguntó.

—Sí —afirmó la anciana.

Fabiola entornó los ojos castaños.

—¿Todas? —quiso asegurarse, con un viso suspicaz en la entonación.

—Sí, Fabi, todas —repitió Tessa con media sonrisa esbozada en los labios.

Fabiola le dedicó una sonrisa condescendiente. Su abuela era poco entusiasta de médicos y medicamentos. En ocasiones había que estar encima de ella como si fuera una niña pequeña para que se tomara las pastillas. Fabiola se dio cuenta de que estaba más pálida que de costumbre y que había perdido varios kilos. Su abuela no se encontraba bien. Los años ya iban pensándole en las espaldas.

—Vamos dentro, a estas horas aquí hace mucho calor —indicó Tessa.

Fabiola dejó vagar los ojos por la habitación nada más entrar.

—¡Vaya, no has cambiado nada! —comentó.

La habitación que siempre ocupaba cuando veraneaban en casa de su abuela seguía manteniendo el toque infantil de cuando era una niña, pero aún eso contaba con un encanto especial que hizo sonreír a Fabiola.

—¡Yo no puedo estar en esta habitación!

La voz en esos momentos estridente de Ashley llegó hasta sus oídos. Fabiola giró el rostro hacia su abuela y puso los ojos en blanco. Su hermana ya iba a empezar con su retahíla de quejas.

—Abuela, yo no puedo estar en esa habitación —dijo Ashley, plantándose en medio de la puerta con los brazos en jarra.

—¿Por qué? —preguntó Tessa.

—¡Porque es muy pequeña!

—¿Pequeña? Tu habitación es la más grande.

—Pues sigue siendo pequeña, y el armario también —se quejó de nuevo

Ashley—. No entran todas mis cosas.

Tessa suspiró, armándose de paciencia. Ashley seguía siendo tan malcriada como cuando era una niña. Era su nieta, pero no podía negar que a veces era insufrible.

—Tienes armarios libres en la habitación del fondo, la que da a la piscina. Puedes meter ahí tus cosas —le indicó.

Ashley resopló de forma ruidosa. Varios mechones de su larga melena rubio platino se movieron.

—¿Qué ocurre? —intervino Charles, apareciendo en escena.

—Mi habitación es muy pequeña, no tengo espacio para meter todas mis cosas —se adelantó a decir Ashley.

—Ya le he dicho que ocupe los armarios de la habitación del fondo, que están vacíos —terció Tessa.

—Haz caso a tu abuela —dijo Charles.

—Pero papá... —rezongó Ashley.

—Por favor, Ashley. No empecemos —le cortó su padre en un tono algo autoritario.

Ashley chasqueó la lengua, visiblemente molesta, pero no le dio réplica. No estaba de humor ni siquiera para discutir. Se dio media vuelta y se alejó por el pasillo a grandes zancadas.

—No le hagas caso, abuela —dijo Fabiola, volviéndose hacia ella—. Ya sabes cómo es.

Tessa se limitó a asentir levemente con una inclinación de cabeza. Algo le decía que iba a ser un verano muy largo.

CAPÍTULO 5

Fabiola se acercó a la ventana y miró a través de ella. Su habitación no era la más grande, pero era la que mejores vistas tenía. Daba a un jardín delantero que tenía la enorme casa. Un jardín con todo tipo de árboles y flores que su abuela cuidaba con sumo esmero.

—¿Ya has deshecho las maletas?

La pregunta de su abuela hizo que se girara. Dibujó una sonrisa en sus labios cuando la vio.

—Sí —afirmó—. No he traído tantas cosas como Ashley, así que no he tardado mucho —bromeó.

Tessa se echó a reír. Definitivamente, Fabiola no tenía nada que ver con Ashley. Eran como la noche y el día. Tras unos segundos le cogió el brazo afectuosamente y se sentó con ella en la cama.

—¿Qué tal van los estudios? —se interesó.

—Muy bien —contestó Fabiola—. Mamá está satisfecha con el número de matrículas de honor que he sacado.

Tessa sonrió sin despegar los labios.

—¿Y tú? ¿Estás satisfecha?

Fabiola tardó un rato en responder.

—Claro —dijo al fin—. No es fácil terminar tercero de Derecho con tan buenas notas. Sobre todo, en Harvard.

—No me refiero a eso... —dijo su abuela.

Fabiola se miró las palmas de las manos. Cuando alzó la mirada, se encogió de hombros.

—Supongo que sí —dijo con poco entusiasmo—. Mamá pondría el grito en el cielo si dejara Derecho para estudiar Bellas Artes.

—No tienes por qué dejarlo. Solo te queda un año para terminar, pero puedes estudiar Bellas Artes después.

—Pufff... —bufó—. Mamá tampoco lo permitiría. Si he estudiado Derecho es para ejercerlo y para que me convierta en una mujer de leyes, y no descansará ni me dejará descansar si no soy la mejor abogada del estado.

—Harry logró estudiar lo que quería —repuso Tessa.

—Sí, nada, porque no acabó la carrera, y el escándalo que armó mamá fue bíblico. Ni siquiera Ashley, con todo lo malcriada que es y el fuerte carácter que tiene se opuso cuando mamá le *sugirió* —enfaticó la palabra— que estudiara Económicas.

Harry apareció en la habitación.

—Tus amigas han venido a verte, Fabi. Están abajo, esperándote —anunció con desgana, interrumpiendo la conversación entre abuela y nieta.

—Hablamos luego —dijo Fabiola a su abuela, al tiempo que se levantaba de la cama.

Tessa le dio un par de golpecitos en las manos.

—Sí, hablamos luego. Ahora corre a divertirte.

—¿Divertirse? ¿Con las chicas que están abajo? —se burló Harry con acidez—. Tienen pinta de ser unos muermos. Se divertiría más en una residencia de ancianos.

—Lárgate, Harry —dijo Fabiola, haciendo una mueca con la boca.

Por primera vez en su vida, Harry hizo lo que le pidió su hermana. Fabiola le devolvió la atención a su abuela.

—Es un pesado —comentó.

Tessa sonrió. Fabiola se inclinó y depositó un beso en su frente.

—Hasta luego —se despidió.

—Hasta luego, cariño.

Tres chicas entre los veinte y veintitrés años esperaban impacientes en el vestíbulo de la casa. Cuando vieron a Fabiola bajando las escaleras se abalanzaron hacia ella.

—¡Fabi! —gritó una, abrazándola.

—Madre mía, cómo has cambiado —dijo otra.

—Y vosotras también —señaló Fabiola—. Estáis guapísimas.

—Tú sí que estás guapa —apuntó la tercera, acariciando uno de sus largos mechones castaños.

Gracias a las redes sociales Fabiola había podido seguir manteniendo contacto con las que un día habían sido sus amigas de infancia en Santa Mónica: Dana, Chloe y Lía. Tres chicas de familias adineradas con las que compartía muy buenos recuerdos.

—¿Te vienes al *Sky Heaven*? —propuso Dana, una chica de pelo largo rizado de color pelirrojo y mirada color café—. Solemos ir allí por las tardes.

Fabiola hizo memoria.

—¿Es el bar al que nunca nos dejaban entrar? —lanzó al aire.

—Sí, claro que, por aquel entonces solo éramos unas niñas, ¿cómo iban a permitirnos el acceso? —dijo Dana.

Las cuatro se echaron a reír.

—Pero teníamos mucho empeño en entrar —apostilló Fabiola.

—Estábamos locas por entrar. Afortunadamente ya tenemos edad suficiente para que no nos echen.

La que habló fue Lía. La tercera que formaba el grupo.

—Ya verás el ambiente que tiene. Está genial a estas horas —apuntó Chloe; una chica alta, de pelo rubio claro y ojos grises.

—¿Vamos? —preguntó Lía.

—Vamos —dijo Fabiola, sonriente.

Fabiola tenía muchas ganas de recordar los viejos tiempos. Evidentemente las cosas habrían cambiado, ya no era una niña de diez años, pero estaba segura de que Santa Mónica despertaría en ella todo lo que había vivido en los años que había veraneado allí.

CAPÍTULO 6

Durante el trayecto al *Sky Heaven* se estuvieron poniendo al día y contándose los últimos cotilleos.

—Y tú de novios, ¿qué tal? —preguntó Lía a Fabiola en tono distendido—. ¿Tienes algún amigo por ahí? ¿Algo interesante que contar?

Fabiola negó con la cabeza.

—La verdad es que los estudios me tienen totalmente ocupada. No tengo tiempo ni para tener novio —respondió mientras caminaban.

—Para eso siempre hay tiempo —intervino Dana con picardía.

—No cuando tienes una madre tan absorbente como la mía —matizó Fabiola con voz aburrida—. Solo quiere que me deje la piel estudiando y emparejarme con los chicos de la alta sociedad que ella quiere, y a mí no me gusta ninguno. Todos me parecen unos rancios.

—Si, bueno... Mis padres siempre andan tratando de meterme por los ojos a los hijos de sus amigos, pero yo paso totalmente de ellos —comentó Lía.

—Hablando de chicos —comenzó Dana—, ¿tú hermano tiene novia o algo que se le parezca? —preguntó.

—No, no está con nadie —negó Fabiola—, pero no te lo recomiendo, es un idiota —añadió.

—A mí me encantan los idiotas —dijo Dana.

—Te lo digo en serio, Dana. Es mi hermano y todo lo que tú quieras, pero es... insoportable. Compadezco a la chica que cargue con él, porque sería una carga.

—Tú déjame a mí —rio Dana—. Se me dan bien los chicos difíciles.

—Pues suerte —le deseó Fabiola—. La vas a necesitar, te lo aseguro.

Todas rieron.

En el horizonte comenzó a asomar la noria que presidía el parque de atracciones asentado sobre las enormes bigas de madera del muelle. Al verla, a Fabiola le vino a la mente lo que se había divertido en *Pacific Park*. Experimentó una sensación de extrañeza y familiaridad al mismo tiempo y un cosquilleo le reptó por el estómago. Detrás de este escenario, el océano Pacífico, que prestaba su nombre al parque, ofrecía unas vistas increíbles que Fabiola estaba deseando volver a contemplar, pero lo haría en otro momento.

Respiró hondo.

El aire estaba impregnado de un olor a salitre que le inundó los pulmones.

«Santa Mónica es tan distinto a Seattle y a Cambridge», pensó para sus adentros mientras se dirigían al *Sky Heaven*.

Santa Mónica era sol, playa y ocio, sobre todo en verano, y en esa época del año tenía magia. Una magia de la que carecían las grises y aburridas Seattle y Cambridge.

Cuando llegaron al *Sky Heaven* el sol se estaba ocultando en el horizonte y la luz aterciopelada del crepúsculo bañaba la ciudad con un tenue resplandor acaramelado.

El bar había adquirido con los años un aspecto más moderno y vanguardista al que presentaba una década atrás. Su proximidad con la playa *State Beach*, considerada como una de las mejores de EE. UU. y con el paseo marítimo, le confería un aire fresco y actual que atraía a una clientela predominantemente joven.

En el interior, el ambiente era vibrante.

Cruzaron el local y se sentaron en una de las mesas altas situada al lado

de los enormes ventanales.

—¿Hace un Gin Tonic? —sugirió Chloe.

—¡Hace! —respondieron todas a la vez.

Fabiola lanzó un vistazo a su alrededor. El bar estaba bastante concurrido. Casi todas las mesas se encontraban ocupadas.

—Es increíble lo lleno que está para ser martes —comentó.

—Es la clientela estival —comentó Lía—. En invierno está muerto, pero en verano esto se pone a reventar.

—Cuatro Gin Tonics —pidió Dana al camarero que se acercó a la mesa.

—Enseguida —dijo este.

Un movimiento al otro lado de la cristalera llamó la atención de Fabiola. Los ojos se deslizaron hasta el exterior. A unos pocos metros, un chico bajaba de una Harley Davidson de color negro metalizado. Era alto, de complexión fuerte y tenía buen cuerpo. Se quitó el casco, ajeno a la mirada de Fabiola, y lo introdujo en el maletero de la moto. Su pelo rubio brillaba con el sol. Lo llevaba peinado con un pequeño tupé y una barba de varios días le daba un toque muy sexy al rostro. Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos. Eran felinos, juguetones y traviosos a un tiempo, y tan claros que daba la sensación de que irradiaban luz propia.

Cuando se giró, Fabiola apartó rápidamente la mirada, y para disimular se colocó uno de sus mechones de pelo castaño detrás de las orejas. No quería que la pillara mirando. Sin embargo, al entrar en el *Sky Heaven*, sus ojos se posaron de nuevo en el chico, como una urraca que no puede apartar la vista de un objeto brillante.

Llevaba unos pantalones vaqueros desgastados llenos de enormes rotos y una camiseta blanca ajustada, bajo la que se presumía un torso musculado. Algunos tatuajes asomaban por las mangas.

Fabiola sintió que se le quedaba la boca seca.

Lo siguió con la vista hasta la mesa que estaba en el fondo del bar. En ella había sentados varios chicos a los que fue saludando con camaradería con un apretón de manos.

—Ese al que no puedes quitarle los ojos de encima es Andreas Jonhson, más conocido como *León*. El rompecorazones oficial de Santa Mónica.

La voz de Dana la devolvió a la realidad. Fabiola notó como sus mejillas se sonrojaban.

—Tranquila, nena. Nos ha pasado a todas en algún momento —tomó la palabra Chloe al verla ruborizada—. León es simplemente... un monumento —dijo, dejando escapar un suspiro.

Fabiola se recompuso como pudo.

—¿Has dicho que le llaman León? —preguntó a Dana.

—Sí, por sus rasgos. ¿Te has fijado en sus ojos? Son tan felinos como los de un león.

«Como para no fijarse», pensó Fabiola en silencio. «Son los más impresionantes que he visto en mi vida».

—Vaya... —alcanzó únicamente a susurrar.

—Pero no solo le llaman León por su aspecto físico, el chico es un poco salvaje.

Fabiola giró el rostro hacia Lía, la que acababa de hablar.

—¿Qué quieres decir?

Lía cogió su copa y dio un sorbo.

—Ya sabes... —dijo con una nota de picardía en la voz—. Las malas lenguas dicen que es brutal en la cama.

—Oh, entiendo —dijo Fabiola.

Cogió su Gin Tonic y dio un trago largo para refrescarse la garganta. De pronto tenía calor. Sentía como si el cerebro se le estuviera cociendo.

—Pero olvídate de él —terció Lía—. Es un borde...

—Sobre todo, con las que somos de clase alta —anotó Chloe.

—Y aparte tiene alergia al compromiso —siguió Lía—. Nunca se le ha conocido novia ni nada que se le parezca.

—Es lo que comúnmente se conoce como picaflor —bromeó Dana.

—Pues a mí no me importaría que me picara, la verdad.

El comentario de Lía hizo que se deshicieran en risas, menos Fabiola, que a duras penas conseguía quitar los ojos de Andreas Jonhson, alias León.

CAPÍTULO 7

Fabiola se pasó la hora siguiente tratando de concentrarse en la reunión con sus amigas y no mirar a Andreas, pero sus ojos se desviaban con miradas furtivas una y otra vez, como atraída por una fuerza magnética, hacia él. ¿Qué le estaba pasando con ese chico?, se preguntó. ¿Por qué le había impresionado tanto? No podía explicar el deseo vibrante que la había invadido nada más verlo. Tampoco podía explicar el modo en que le había cortado el aliento cuando había visto el intenso azul de sus ojos.

La puerta del *Sky Heaven* se abrió y entró Ashley con su sequito de amigas. Algunas cabezas se giraron, entre ellas, la de Andreas. Fabiola observó el modo en que miraba a su hermana. ¿Se la estaba comiendo con los ojos?

Negó para sí.

Por primera vez en su vida quería ser rubia y tener los ojos azules como Ashley. Quizá así dejaría de ser invisible, pensó. Su hermana tenía un pelo liso, era alta y tenía curvas. Era una chica exuberante. En cambio, ella tenía un pelo indomable, un cuerpo muy delgado y pechos pequeños.

No era justo.

Reprimió un suspiro de frustración.

Movió el Gin Tonic con la pajita y dio un sorbo.

—¿Así que esa es Ashley Dubrow? —preguntó Andreas en un susurro cuando uno de sus amigos le avisó de su llegada con un pequeño codazo.

No parecía haber cambiado mucho en la década que había pasado desde la última vez que la vio. Seguía siendo la misma niña pija que cuando tenía

quince años. Caminaba con el cuerpo tan estirado que cualquiera juraría que se había tragado el palo de la escoba.

Los Dubrow seguían siendo eso, los Dubrow, se dijo Andreas. Una familia adinerada cuyos miembros se creían los dueños del mundo.

Lejos de desaparecer, la animadversión que sentía por ellos crecía segundo a segundo. Apartó los ojos de Ashley con indiferencia, asió su cerveza, se la acercó a los labios y dio un trago.

—No ha cambiado nada —comentó Tony—. Tiene pinta de ser la misma estirada que antes.

—Seguramente lo sea más —dijo Andreas, sarcástico.

—Pero hay que reconocer que está buena —intervino Zane, uno de los amigos.

Andreas sacudió la cabeza mientras dejaba la jarra de cerveza sobre la mesa.

—Yo no la tocaría ni con un palo, no vaya a ser que muerda —atajó socarronamente.

—Ya lo intentó hace años —afirmó Tony entre risas.

—Es cierto —cayó en la cuenta Matthew, otro de los chicos que formaban el grupo de amigos—. Ashley Dubrow quiso tener rollito contigo —se rio.

—Solo éramos unos adolescentes —intervino Andreas, quitándole importancia.

—Sí, pero ya apuntaba maneras contigo. Si se enteraran sus papaitos... —dijo Zane.

—A la madre le daría un infarto. Esa mujer era tremenda —apuntó Tony.

—¿Ha venido Harry? —preguntó Matthew.

—Ha venido toda la familia —le respondió Zane.

—Me pregunto si seguirá siendo tan gilipollas como lo era hace diez

años.

—La gente no cambia —apuntó Tony con contundencia—. Y si cambia, siempre es a peor.

Andreas no hizo ningún comentario al respecto. Prefirió permanecer en silencio. Era mejor no encender la mecha de algo que podía terminar estallando. Se le revolvía el estómago solo al oír su nombre.

—¿Has visto quién está ahí, Ashley? —le preguntó Jenna—. León —dijo antes de que contestara.

Ashley disimuló.

—¿León? —repitió, olvidadiza.

—Sí, León; Andreas Jonhson —especificó Jenna—. El rubio de uno noventa e impresionantes ojos azules que está sentado en la mesa del fondo.

—Estabas loca por él —afirmó Lily.

Ashley desvió la mirada hacia la mesa del fondo. Claro que había visto a León. ¿Cómo no iba a verle? Habría que estar ciega o ser estúpida para no hacerlo. Era el paradigma de la masculinidad. Los rasgos añados que poseía en la adolescencia habían dado paso a unas facciones duras y extremadamente perfectas. Era todavía más atractivo que diez años atrás. Le había gustado por aquel entonces y le gustaba también ahora. Pero él la había rechazado. Incluso aunque fueran unos adolescentes, a ella le seguía fastidiando su negativa.

—¿Por ese desarrapado? Creo que os equivocáis —dijo con desdén.

Jenna y Lily intercambiaron una mirada.

—Venga ya, Ashley —repuso Jenna—. Estabas loca por él.

—Chicas, dejadme que os diga que estáis equivocadas —apostilló Ashley con suficiencia—. Tengo bastante mejor gusto. Ese tal León no es más que un desarrapado. Solo hay que ver cómo viste...

—Sí, sí, desarrapado —masculló Lily, mirando a Ashley de reojo.

—¿Cuándo nos traen esas copas? —dijo Ashley arrogante, zanjando la

conversación.

CAPÍTULO 8

Un chico de pelo castaño y vivos ojos verdes, ataviado con unas bermudas cortas y un polo de color azul marino se acercó hasta la mesa de Fabiola y sus amigas.

—Hola, chicas.

—Hola, Larry —lo saludaron.

La mirada del chico se deslizó hasta Fabiola.

—¿No me vais a presentar a la chica nueva? —dijo con intención.

—Es Fabi —se adelantó a decir Dana.

Larry hizo memoria.

—¿Fabi? —Cayó de inmediato en quién era—. ¿Fabiola Dubrow?

—La misma —sonrió Fabiola.

Ella sí que se acordaba de quién era ese chico. Se trataba de Larry Callaway, el hijo mayor del alcalde de Santa Mónica, una de las familias más influyentes de la ciudad. No había cambiado nada. Seguía llevando el mismo pelo repeinado con raya al lado y mantenía ese aire *esnob* que ya se gastaba cuando era solo un adolescente, pero la ortodoncia había dejado sus dientes perfectos.

—Estás guapísima —la piropeó.

—Gracias.

Sin dejar de mirar a Fabiola, Larry tomó de nuevo la palabra.

—Mañana por la tarde Terry hace una fiesta en su casa. ¿Os animáis a venir? —les preguntó—. Habrá cervezas, música y una piscina enorme.

Las chicas intercambiaron miradas entre sí, asintiendo. Era un buen plan.

—Sí, claro —respondió Chloe, que se erigió como la portavoz del grupo. Larry dio una palmada en la mesa.

—Perfecto. Entonces os espero allí —dijo animado. Dedicó una mirada de ojos entornados a Fabiola—. Espero verte, Fabi —añadió.

—Claro —dijo ella, aunque sin mucho entusiasmo.

—Hasta mañana —se despidió Larry.

—Hasta mañana —correspondieron las chicas en coro.

Cuando Larry desapareció tras la puerta, todas se volvieron hacia Fabiola.

—Vaya... Yo se de una que le ha gustado a Larry —dijo Lía con una nota de suspicacia en el tono.

—Estaba babeando por ti —añadió Dana, enarcando una ceja.

Fabiola se limitó a fruncir los labios.

—No te gusta, ¿verdad? —intervino Chloe.

—No, la verdad. Es demasiado... —Se encogió de hombros—. Ay, no sé, pero no me gusta.

La vista se le fue automáticamente a Andreas Johnson. Larry desapareció de golpe de su mente. Tenía la espalda ancha y los músculos de los brazos se le tensaban con cada movimiento, ajustando aún más la camiseta.

Era tan distinta a ella...

Su mundo estaba a años luz del suyo.

Eran como el día y la noche, como el yin y el yang, como el agua y el fuego...

No lo admitiría ante nadie, incluso le costaba admitírselo a ella misma, pero el rollo de chico duro que se gastaba Andreas Johnson la atraía como un imán, más que la actitud pavisosa y a veces ñoña de los chicos que formaban su círculo de amigos. Andreas parecía uno de esos hombres al que no le gustan las normas ni las reglas establecidas.

Cuando Fabiola reaccionó y volvió a la realidad, bajó la mirada antes de que alguien pudiera darse cuenta de que lo estaba mirando.

—Fabi, ¿te acuerdas de Terry? —le preguntó Dana, apartándose un rizo pelirrojo del rostro.

—No —respondió Fabiola al cabo de unos segundos en los que hizo memoria.

—Es aquel niño al que le encantaba levantar nuestras faldas —aclaró Chloe.

—¿Es ese? —dijo Fabiola.

—Ya veo que ahora sí que te acuerdas de él —volvió a hablar Dana con una risilla a medio camino.

—Como para no acordarme. ¿Sigue igual?

—No, por su propio bien. Si no alguna le hubiera cortado ya las manos —rio Chloe—. Ahora es un estudiante de Dirección de Empresas que está preparándose para dirigir la multinacional de la familia y que hace fiestas en casa de sus padres cuando no están.

—¿Hace fiestas en casa de sus padres cómo si fuera un adolescente? —dijo Fabiola.

—Más o menos. —Esa vez fue Lía quien contestó—. Terry sigue comportándose a veces como un adolescente —agregó con doble intención.

—¿Qué te ocurre con Terry? —curioseó Fabiola, al reparar en el extraño tono que había utilizado Lía.

—Estuvimos saliendo unos meses... —respondió ella—. Nada serio —aclaró—. No se puede mantener una relación con alguien que tiene un acusado complejo de Peter Pan.

—¿Todavía te gusta? —preguntó Fabiola.

Lía no pensó mucho la respuesta.

—No —negó—. Terry es agua pasada.

Fabiola supo que Lía era sincera: Terry ya no le gustaba.

—Hombres... Ni con ellos ni sin ellos —bromeó Dana.

Chloe dejó escapar un suspiro.

—Cierto —afirmó—. Estamos condenados a entendernos.

Todas soltaron una risilla, poniendo un toque de humor a la conversación.

Lía se irguió en el asiento.

—Cambieemos de tema —dijo. Alzó la copa—. Por un verano inolvidable —agregó efusivamente.

—Por un verano inolvidable —repitieron todas al unísono, levantando las copas y brindando.

CAPÍTULO 9

Chloe pasó una cerveza a Fabiola.

—Tú hermana no ha cambiado nada —comentó, observándola desde la otra punta del jardín.

—Nada de nada —afirmó Fabiola.

—Le he oído hablar cuando estaba cogiendo las cervezas. Es tu hermana, pero es muy arrogante —dijo Chloe.

—Dímelo a mí, la sufro todos los días —bromeó Fabiola. Se llevó la cerveza a los labios y bebió.

—¡Hey, chicas! —La voz de Larry se oyó por encima de la música.

Fabiola levantó la vista y miró en la dirección en la que provenía la voz. Larry se abría camino entre un grupo de chicas que bailaba al son de *Bailando* de Enrique Iglesias.

—Hola, Larry —saludó Chloe.

—Hola —dijo Fabiola.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo Larry, deteniendo los ojos unos segundos en Fabiola—. ¿Y Dana y Lía? ¿No me digáis que Lía no ha venido por tratarse de Terry? Lo tenía superado, ¿no?

Fabiola y Chloe intercambiaron una mirada silenciosa. Fabiola apretó los labios. Larry no sabía si hería o mataba. ¿Era tan *bocachanclas* siempre?, se preguntó.

—No —respondió Chloe—. Llegarán en cualquier momento.

—Bien, cuantos más seamos mejor —comentó Larry.

—¡Larry!

Un chico lo llamó desde la otra punta del jardín. Larry se giró.

—¡Voy! —gritó. Se volvió hacia Fabiola y Chloe—. Luego nos vemos —dijo.

—Mejor no —masculló Fabiola en un tono apenas audible.

—¿Decías algo? —preguntó Larry al oír el murmullo.

—Que te diviertas —dijo Fabiola, disimulando.

—Gracias —dijo Larry, ofreciéndole una sonrisa de oreja a oreja mientras le acariciaba el brazo.

—¿Es siempre tan *bocachanclas*? —preguntó Fabiola a Chloe cuando Larry estaba lo suficientemente lejos como para no escucharla.

—A veces lo es más —contestó Chloe.

Fabiola meneó la cabeza y se llevó la cerveza a los labios. Casi se atragantó cuando vio aparecer a Andreas en la fiesta. Sin saber por qué, notó que sus mejillas se coloreaban. Aquel chico, tan alto y tan atractivo irradiaba un extraño magnetismo que no le permitía despegar los ojos de él.

—El Dios del Olimpo ha llegado —dijo socarronamente Chloe.

Fabiola se fijó en la chica que había entrado con él. Era una preciosidad rubia que iba vestida de estilo pin up, con un vestido de cuadros rosas y blancos que reducía su cintura al mínimo posible.

—¿La chica con la que ha entrado es su novia? —se atrevió a preguntar Fabiola, aunque no estaba muy segura de querer oír la respuesta.

—¿Debby? No —dijo Chloe—. Es una amiga. Ya te hemos dicho que León no es de novias ni de compromisos.

Chloe volvió el rostro hacia Fabiola.

—¿Te gusta León, Fabi? —le preguntó.

Fabiola la miró directamente y se encogió de hombros.

—No lo sé —repuso. Trató de sonar ligeramente despreocupada. No quería darle importancia—. Está buenísimo. Te reconozco que no estoy acostumbrada a ver tíos tan guapos.

—Estoy de acuerdo en que León es un portento de la naturaleza. No hay más que echarle un vistazo. Es físicamente perfecto —dijo Chloe—. Pero se te pasará. Después de un tiempo te acostumbras a verlo —bromeó.

—Sí, será algo pasajero —atajó Fabiola.

Chloe apoyó la mano en su hombro.

—A todas en algún momento nos ha gustado León —afirmó, en un intento de consuelo.

Fabiola seguía mirando a Andreas. Parecía tan seguro de sí mismo que llegaba a ser intimidante.

—¿Qué hace aquí? Con lo clasistas que son algunos... —preguntó a Chloe.

—León no viene en calidad de invitado; es el Dj.

Fabiola lo entendió todo.

—¿Es Dj?

—En sus ratos libres; es un hobby. En realidad, es mecánico. Tiene un taller en el paseo marítimo en el que repara vehículos de colección y tunea toda clase de coches.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!

Dana llegó corriendo hacia ellas gritando una retahíla de «holas» con su largo pelo pelirrojo al aire. Lía iba un paso por detrás, más cautelosa.

—Hola —dijo Fabiola, dándole dos besos.

—¡Por fin llegáis! —dijo Chloe.

—No encontrábamos aparcamiento. Esta zona está hasta la bandera —justificó Lía.

—Obvio, es el barrio más prestigioso de Santa Mónica —repuso Chloe.

—¿Y qué? ¿Hay ambiente? —preguntó Dana mientras dejaba vagabundear los ojos por el jardín.

—Sí, la verdad es que no está mal —respondió Fabiola.

—¿Tú hermano no ha venido?

—No, pero ahí tienes a mi hermana, si la quieres —bromeó Fabiola, señalando con la cabeza el lugar donde estaba situada Ashley con sus amigas.

—No, mejor no —dijo Dana, haciendo un gesto con la mano.

Fabiola siguió con la vista la dirección en la que miraba su hermana. El blanco de sus ojos era Andreas, que en esos momentos estaba preparando la mesa de sonido. ¿Le estaba mirando por casualidad o con intención? ¿Le gustaba Andreas a Ashley?

CAPÍTULO 10

«No. Ashley jamás se dignaría a fijarse en alguien que estuviera por debajo de ella, por muy guapo que fuera. Es demasiado soberbia», pensó Fabiola en silencio.

Fabiola tenía claro que Andreas nunca se fijaría en ella. Los motivos eran innumerables, pero era humana, y tampoco quería que le echara el ojo a su hermana.

Suspiró y lanzó al fondo de su cabeza esos pensamientos. De otro modo no disfrutaría de la fiesta, y tenía muchas ganas de divertirse. Los estudios absorbían casi todo su tiempo y durante el curso apenas salía de marcha.

Una mano la sorprendió agarrando la suya y empujándola levemente para sacarla del grupo.

—Vamos a mover un poco el esqueleto —dijo Larry.

Fabiola miró a sus amigas para que la salvaran de aquella situación, pero lejos de ayudarla, parecían disfrutar con ella, a juzgar por las risas. Fabiola les hizo un gesto divertido con los dedos que significaba que iba a cortarles el cuello. Después volvió el rostro y forzó una sonrisa para Larry.

Andreas, que tenía unas vistas privilegiadas desde la plataforma desde la que pinchaba, se percató del gesto que Fabiola había hecho a sus amigas. No pudo evitar sonreír para sí.

«La chica con la que está bailando el pedante de Larry Callaway no parece muy contenta», se burló por dentro.

Subió el volumen de la música, se apoyó los cascos en los hombros y observó la escena. Quería divertirse un rato.

No conocía a la desafortunada que estaba compartiendo baile con Larry. Era raro, porque conocía a toda la gente que estaba en la fiesta, pero ella no le sonaba de nada. Quizá fuera un ligue de verano.

Se fijó en ella. Era una chica alta y delgada, de aspecto casi frágil; morena, con el pelo ondulado y grandes ojos castaños. La boca era pequeña y los labios brillantes y carnosos.

«Tiene una bonita boca», pensó.

Tenía puesto un vestido de gasa en color azul claro que le llegaba a la altura de las rodillas. La prenda era tan delicada como lo parecía ella. Una sofisticada muñequita de porcelana con capacidad para romperse en cualquier momento.

Seguro que era una pedante, una estirada, como Larry, como la mayoría de los que estaban allí, que eran insufribles. Niños y niñas de papá que habían sido criados entre algodones; en una burbuja alejada de las miserias del mundo.

La canción terminó y Fabiola pudo por fin deshacerse de Larry.

No le gustaba. Definitivamente aquel chico no le gustaba.

—Gracias por ayudarme —dijo sarcásticamente a sus amigas cuando las alcanzó.

—Tenías que haberte visto la cara —habló Chloe.

—Menos mal que la canción no era lenta —apuntó Fabiola.

—Larry no es mucho de tu agrado —comentó Dana entre risas.

—No es *nada* de mi agrado —matizó Fabiola, enfatizando el «nada»—. No para de hablar de él —añadió—. Está enamorado de sí mismo y de su voz.

Las chicas estallaron en sonoras carcajadas.

—Yo no le veo la gracia. Es horrible —bromeó Fabiola.

Chloe pasó las manos por sus hombros y le sonrió ampliamente con los labios abiertos.

—Anda, vamos a por otra cerveza —dijo.

El sol había empezado a ponerse, tiñendo el cielo de un precioso color púrpura. La fiesta estaba más animada que nunca. La gente bailaba y bebía como si el mundo fuera a acabarse al día siguiente.

Fabiola no vio venir el empujón.

Se encontraba al lado de la piscina, con el resto de las chicas. Uno de los invitados se abalanzó sobre un amigo. Este perdió el equilibrio y empujó a Fabiola, que estaba detrás de él. Fabiola trastabilló y terminó cayendo a la piscina, con la mala suerte de que era la parte que apenas tenía un metro de profundidad.

Notó como su frente chocaba con el fondo. Algunos gritos ahogados con su nombre se colaron en sus oídos antes de que todo se volviera terriblemente oscuro y silencioso.

Todos los presentes parecían bloqueados, como si se hubieran convertido en extrañas estatuas de sal, y los que se encontraban en el otro lado del enorme jardín no se estaban enterando. Ni siquiera la mancha de sangre que había coloreado parte del agua de la superficie hacía reaccionar a los que estaban más cerca. ¿Por qué diablos no se movían? ¿Acaso no se daban cuenta de que algo no iba bien?

Andreas no se lo pensó dos veces, echó a correr, salvando la distancia que lo separaba de la piscina, y se lanzó a ella de cabeza. Nadó rápidamente hasta Fabiola con un impecable estilo crawl y de unas cuantas brazadas la alcanzó.

Tomó aire por la nariz rápidamente y se sumergió en el agua para cogerla. Su cuerpo delgado y frágil estaba en el fondo, inerte. La asió por las axilas con su largo brazo y la sacó fuera para que pudiera respirar.

—¿Qué...? —logró balbucear Fabiola cuando se le pasó un poco el aturdimiento.

Andreas la cogió en brazos y la llevó hasta una de las hamacas, donde la tumbó. Unos segundos después los invitados de la fiesta empezaron a rodearla.

—¿Cómo estás? —le preguntó Andreas. La voz sonaba como si llegara desde muy lejos, como en un sueño...

Fabiola abrió sus ojos almendrados y las imágenes fueron ganando poco a poco nitidez. Se sentía como si acabara de despertar de una anestesia general. El corazón se le detuvo durante una décima de segundo cuando vio que quien le había preguntado era Andreas Johnson.

Él la había sacado de la piscina.

Pero no podía ser él. Seguramente estaba teniendo algún tipo de alucinación. El golpe debía de haberla dejado atontada.

CAPÍTULO 11

—¿Estás bien? —insistió Andreas.

No era una alucinación. Era Andreas Johnson. Tenía el pelo rubio mojado y gotas de agua brillaban en la piel de su rostro.

—Sí —alcanzó únicamente a responder Fabiola.

—¿Estás bien?

¿Esa era la voz de Larry?, se preguntó Fabiola. En esos momentos todo era confuso. Su mente se encontraba borrosa, como una pizarra con muchas frases en la que acaban de pasar el borrador de forma rápida.

Una punzada de dolor le recorrió la frente. Cerró los ojos y se llevó la mano a la sien.

—Te has dado un golpe en la cabeza. Es mejor que te lleve a urgencias —habló Andreas.

—No es necesario —dijo Fabiola, sin embargo, vio que tenía la mano manchada de sangre y, aunque intentó disimularlo, no pudo evitar alarmarse.

—Sí que es necesario —intervino Chloe—. Hay que descartar cualquier traumatismo que hayas podido sufrir con la caída.

—Venga, te llevo a urgencias —dijo Andreas. Su voz no dejaba espacio a una negativa—. ¿Puedes caminar? —le preguntó.

—Sí —afirmó Fabiola. Pero cuando se levantó y dio el primer vaso, trastabilló—. Estoy mareada —dijo.

—Yo te llevé.

Antes de que Fabiola o cualquier otra persona pudiera reaccionar, Andreas la tomó en brazos sin esfuerzo.

—¿Bien? —le preguntó.

—Sí, muy bien —respondió Fabiola, que no salía de su asombro.

Los brazos de Andreas eran grandes y fuertes. A ella le parecían de acero en aquellas circunstancias. Su cuerpo, empapado, era muy grande comparado con el suyo, tan menudo y vulnerable en esos momentos.

«Ahora me queda claro por qué le llaman León».

Andreas introdujo a Fabiola en su coche, un Dodge Challenger rojo que él mismo había tuneado poco a poco, y la sentó en el lado del copiloto.

Mientras rodeaba el vehículo, Fabiola aprovechó para echarse un vistazo. Bajó la mirada. Estaba empapada de arriba abajo; tenía el pelo pegado al rostro y el vestido estaba hecho un trapo.

—Espero que estés cómoda. No es un coche muy práctico para llevar a gente a urgencias —dijo Andreas cuando entró en el vehículo.

—Está bien —contestó Fabiola, en el tono más tranquilo que fue capaz de forzar. Estaba muy nerviosa.

Andreas se inclinó un poco hacia ella, abrió la guantera y sacó una caja de pañuelos de papel de su interior. Fabiola se fijó en sus manos. Eran grandes y anchas, de dedos largos, y vio que estaban callosas.

—Límpiate un poco la cara —dijo Andreas.

—Gracias —agradeció Fabiola. Sonrió tímidamente.

Cogió la caja, extrajo unos cuantos pañuelos y se enjugó la parte de la frente en la que se había dado el golpe y por la que le salía sangre.

Mientras Andreas arrancaba el motor, Fabiola se preguntó si los pañuelos se los había ofrecido para que se limpiara la cara, en un acto de amabilidad, o para que no le manchara el coche. Aquel trasto tenía pinta de ser un tesoro muy preciado para él. Disimuladamente, lanzó un vistazo al interior. La tapicería jugaba con el negro y el rojo. Miró el salpicadero. Parecía una nave espacial. Aquel coche intimidaba tanto como su dueño.

Andreas miró a Fabiola de reojo mientras se incorporaba al tráfico de Santa Mónica. No le pasó desapercibido el repaso que había hecho al interior del coche. No era difícil imaginarse lo que le estaba pasando por la cabeza a la *estirada*. Demasiado poco elegante para lo que seguramente estaba acostumbrada.

Decidió callarse la réplica que tenía en la punta de la lengua y no hacer ningún comentario al respecto. Bastante tenía con el golpe que se acababa de dar.

—Me llamo Fabi —se presentó Fabiola, rompiendo el silencio.

—¿Fabi? ¿Qué clase de nombre es ese? —soltó Andreas en tono irónico—. ¿Por qué a las estiradas os ponen nombres tan raros?

Fabiola le miró con las cejas fruncidas.

—Es el diminutivo de Fabiola —respondió molesta.

Andreas sonrió maliciosamente para sí con un gesto extraño e irónico. Las estiradas siempre entraban al trapo.

—¿Y no es más bonito Fabiola que Fabi, que suena a nombre de macota?

—¿De mascota?

—Sí, de gato, de perro...

Fabiola resopló ruidosamente. Andreas Johnson le estaba empezando a caer como el culo.

—Es mejor tener nombre de perro que cara de perro —le espetó.

—¿Crees que tengo cara de perro? —preguntó él.

—Ahora mismo sí —respondió contundente Fabiola.

—Puede ser —dijo Andreas—. Por cierto, me llamo Andreas.

—Vaya... ¿Y no sería más bonito que te hubieran puesto nombre de chico y no de chica?

Fabiola cogió un par pañuelos y se cubrió la herida de la cabeza.

—Andreas es un nombre masculino; es de origen italiano —matizó

Andreas.

—Es igual, suena a nombre de chica —repuso Fabiola, sin dejar de mirar al frente.

Andreas arqueó los labios en una sonrisa.

—Pero todo el mundo me llama León —dijo.

Fabiola giró el rostro hacia él, momento que Andreas aprovechó para fijarse en su boca, como había hecho cuando estaba bailando con Larry. Tenía unos labios perfectos y brillantes, enmarcados por unas comisuras sonrientes.

—¿Por qué te llaman León? —preguntó Fabiola.

—Porque me encanta morder —respondió Andreas, dedicándole una mirada desafiante.

Su voz profunda y masculina, y la seriedad con que pronunció las palabras, hizo que Fabiola se estremeciera.

CAPÍTULO 12

—Hemos llegado, Estirada —anunció Andreas, estacionando el Dodge Challenger rojo frente al cartel de letras azules de urgencias.

—No me llames estirada —se quejó Fabiola.

—¿Crees que puedes caminar o te cojo en brazos? —le preguntó Andreas con toda la naturalidad del mundo, ignorando su queja.

—No es necesario, gracias, puedo caminar —aseguró ella con prisa y cierto retintín en la entonación—. Ya se me ha pasado el mareo.

—Bien.

Fabiola se apresuró a abrir el coche y a salir de él. Dudaba mucho que Andreas se molestara en abrirle la puerta. No tenía pinta de ser un hombre muy caballeroso. Aunque ella pasaba de ese tipo de gestos. En el fondo no eran más que un puñado de protocolos añejados por el tiempo.

Ambos se dirigieron hacia las puertas acristaladas.

Una mujer de color, de mediana edad, con el pelo extremadamente rizado teñido de rojo y ataviada con una bata de color azul cielo, salió a recibirlos en cuanto los vio entrar.

—¿Qué le ha ocurrido? —le preguntó a Fabiola, al tiempo que se enfundaba las manos en unos guantes de látex.

—Me he dado un golpe en la cabeza —respondió.

Fabiola retiró la mano con el manojito de pañuelos de papel manchados de sangre y la enfermera revisó cuidadosamente la herida.

—Le vamos a curar el corte y le vamos a hacer un escáner para descartar un traumatismo craneoencefálico —indicó—. ¿Puede andar o pido una silla de

ruedas?

—Sí, puedo andar —afirmó Fabiola.

—Bien, acompáñeme.

Fabiola miró una última vez a Andreas, que permanecía a la espera, y se fue con la enfermera.

Andreas vio a Fabiola alejarse junto a la enfermera. Cuando ambas se perdieron por el largo pasillo de paredes asépticas, se dio media vuelta. En ese instante, Ashley traspasaba la puerta de urgencias del hospital. Detrás de ella, sus inseparables e insoportables amigas Lily y Jenna le seguían los pasos de cerca, como si fueran dos guardaespaldas, o dos perros sabuesos.

«¿Qué coño hace Ashley Dubrow aquí?», se preguntó Andreas con desconcierto.

Es la última persona que esperaba ver. ¿No estaba en la fiesta de Larry?

Ashley vio a Andreas de pie en mitad del vestíbulo de la recepción y aceleró el paso para alcanzarlo.

—¿Cómo está mi hermana?

La pregunta, que no iba precedida de ningún saludo ni cortesía y sí con cierto aire de suficiencia, le cayó a Andreas como un jarro de agua fría.

—¿Cómo que tu hermana? —alcanzó únicamente a decir.

Ashley lo miró con expresión de extrañeza en sus ojos azulísimos.

—Sí, mi hermana —aseveró como si fuera lo más obvio del mundo—. La chica que has sacado de la piscina es Fabiola, mi hermana pequeña.

«¿Fabiola es una Dubrow? ¿Es la hermana pequeña de Harry?».

Andreas se sorprendió apretando los puños. Tenía los nudillos blancos de la fuerza que estaba ejerciendo en sus manos. Cuando fue consciente de ello, respiró hondo, obligándose a relajarse. Intentando mantener la compostura, alzó la vista hacia Ashley.

—Le van a hacer un escáner para asegurarse de que no ha sufrido un

traumatismo —contestó, sin dar más explicaciones.

Dicho esto, echó a andar y se fue. Lo que menos esperaba es que la chica a la que había sacado de la piscina y había llevado a urgencias fuera una Dubrow. ¿Cómo había sido tan torpe?

Pero es que no se parecía a ninguno de ellos. No era rubia ni tenía los ojos azules, y además carecía de la prepotencia y la soberbia que los caracterizaba. ¿De dónde narices había salido? ¿Y por qué no se acordaba de ella?

Bufó ruidosamente mientras se alejaba con amplias zancadas del hospital en busca del coche.

Ashley se giró hacia las puertas de cristal. Andreas Johnson seguía siendo tan borde como años atrás. Incluso más, si cabía. Debía odiarlos, pensó para sí, sobre todo a Harry. La animadversión que sentía por los Dubrow era casi palpable.

—No parece que le caigas muy simpática, querida —comentó Jenna con cierto aticismo.

—No, ni yo ni mi familia —dijo Ashley—. No le ha sentado muy bien que Fabiola fuera mi hermana.

—Sí, menuda cara ha puesto —anotó Lily—, como si hubiera visto un fantasma.

—No creo que haya olvidado lo que pasó hace diez años —repuso Jenna.

—De haber sabido que la que estaba en la piscina era una Dubrow, seguro que hubiera dejado que se ahogara —dijo Ashley, mordaz.

—No seas bruta —saltó Lily, mirando a Ashley de soslayo.

Ashley arrugó los labios con desdén.

CAPÍTULO 13

Andreas se metió en el coche y cerró con un portazo que casi hizo la puerta giratoria. Inhaló profundamente y se dio unos segundos para tratar de calmarse. ¿Por qué los Dubrow siempre tenían que estar en su vida de una manera o de otra? ¿Por qué de entre todas las chicas que había en la fiesta tenía que caerse a la piscina una Dubrow? ¿Por qué entre todos los que podían sacarla de allí había sido precisamente él? ¿Qué pasaba? ¿Qué oscuro juego se traía entre manos el destino?

Introdujo la llave en la ranura dispuesta para ello, arrancó el Dodge Challenger, hundió el pie en el acelerador y se marchó de allí, dejando una estela de humo tras él. No quería tener nada que ver con esa familia.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Ashley a Fabiola cuando entró en el box.

—Bien. A pesar de lo aparatoso del golpe, no tengo ningún traumatismo —respondió Fabiola, colocándose el pelo —en esos momentos con una forma indescriptible—, detrás de las orejas. Un apósito cubría la herida de la frente —. ¿Qué haces aquí? —le preguntó a Ashley.

—Chloe me contó que te habías caído a la piscina.

—Sí, me empujaron y choqué con el fondo.

Fabiola no había dejado de pensar en Andreas un solo segundo.

—¿Dónde está Andreas? —quiso saber, poniendo una nota de fingida despreocupación en la voz.

—Se ha ido en cuanto he llegado.

¿Se había ido?

Fabiola no pudo evitar sentirse decepcionada. No sabía el motivo, pero había dado por hecho que Andreas esperaría a que le curaran la herida de la frente, incluso su imaginación se había atrevido a ir más allá y había pensado que la llevaría a casa. No le había dado tiempo a despedirse de él ni siquiera a darle las gracias por haberla sacado de la piscina y haberla llevado a urgencias.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó de pronto Ashley—. El olor de los hospitales me pone enferma.

Fabiola alzó la vista y puso los ojos en blanco. ¿Por qué se sorprendía de que su hermana solo pensase en ella?

—Sí, ya podemos irnos —dijo.

Dio un pequeño salto y se bajó de la camilla en la que estaba sentada. Ashley levantó una de sus cejas rubio platino.

—Estás hecha un asquito —observó al ver el aspecto de Fabiola.

—Gracias, Ashley. Dando ánimos eres la mejor —dijo Fabiola en tono irónico.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó con su acostumbrada frialdad Amy a Fabiola, al verla en el vestíbulo de la casa con el apósito en la frente.

—Me he dado un golpe en la cabeza —respondió Fabiola. No tenía muchas ganas de dar explicaciones a su madre.

—Eso ya lo veo, pero ¿cómo? —insistió Amy, que no tenía intención de darse por vencida.

—Me he caído en la piscina —dijo Fabiola, caminando hacia la escalera.

—¿En la piscina? ¿Ibas borracha?

Amy la siguió hasta el pie de la escalinata. Llevaba uno de sus caros vestidos y se notaba que había estado en la peluquería.

—No, mamá, no iba borracha —dijo Fabiola en tono cansado con la mano en la barandilla.

—¿Entonces?

Fabiola se giró hacia su madre.

—Me empujaron y me caí en el lado que no cubría. Nada más. Me han dado unos puntos de aproximación —le explicó.

—¿Te empujaron? ¿A qué clase de fiestas vais?

—Fue un accidente.

Fabiola trataba de mantener la calma, pero con su madre a veces resultaba imposible.

—La juventud de ahora...

—Mamá, me duele la cabeza —le cortó Fabiola—. Lo único que quiero es dormir un poco.

Aprovechó y ascendió un par de peldaños de la escalera alfombrada.

—¿Te va a quedar cicatriz? —preguntó Amy, alarmada—. Mira que los golpes en la cara siempre dejan alguna secuela.

Fabiola resopló. Como siempre, su madre estaba más preocupada por la estética que por lo realmente importante. Si se hubiera abierto la cabeza le hubiera dado lo mismo, siempre que no le dejara ninguna marca en el cuerpo. Era de chiste negro. Se giró hacia ella por segunda vez.

—No, no me va a quedar ninguna cicatriz —dijo.

«Y si me queda, será en mi cara, no en la tuya», pensó después para sus adentros.

—Me voy a dormir —dijo, dando por concluida la conversación.

Amy no hizo ningún comentario y tampoco siguió con su rosario de preguntas, y Fabiola dio gracias a Dios por ello. Avanzó por el pasillo hasta

su habitación.

—Cariño, ¿qué te ha pasado? —La voz dulce de su padre llegó hasta sus oídos.

—Un pequeño accidente sin importancia —contestó Fabiola en tono despreocupado.

—¿Pero estás bien? —le preguntó Charles.

—Sí, papá.

—¿Y esa carita?

—Es solo que estoy cansada.

Charles permaneció unos segundos en silencio, observando a su hija.

—Bien, entonces descansa —dijo, transcurridos unos segundos.

Fabiola asintió. Charles se inclinó hacia ella y depositó un beso en su frente.

—Pero mañana me lo cuentas todo —le avisó. La miró con cariño.

—Por supuesto —dijo Fabiola.

Hizo un esfuerzo y le ofreció a su padre una sonrisa.

CAPÍTULO 14

Fabiola se dejó caer en la cama, como si su cuerpo pesara mil kilos, y lanzó al aire un suspiro. ¿Por qué Andreas se había marchado sin ni siquiera despedirse? ¿Tanta prisa tenía?

Una inquietud la asaltó de pronto.

¿Y si Ashley le había dicho algo desagradable? ¿Y si le había increpado? Ashley era muy clasista y muy déspota. Era capaz de eso y de más.

Negó para sí. Andreas debía de haber pensado que para qué se iba a quedar en urgencias si ya había llegado Ashley.

—Me hubiera gustado darle las gracias —murmuró.

Suspiró de nuevo, pero de una forma más sonora. ¿A quién pretendía engañar? Quería volver a verlo.

—¿Me gusta Andreas Johnson? —se preguntó.

Se dio media vuelta en la cama y aferró la almohada.

—No lo sé, pero no dejo de pensar en él desde que lo vi en el *Sky Heaven*. —Guardó silencio unos segundos—. Y no sé por qué pienso tanto en él, si ni siquiera me da la hora.

Fabiola y Chloe se sentaron en una de las mesas blancas de la terraza del *Sky Heaven*.

—¿Lía y Dana no vienen? —preguntó Fabiola.

—Lía está en la peluquería y Dana se unirá a nosotras a última hora.

—¿Qué os pongo, guapas? —dijo el camarero—. Vaya... ¿un accidente? —se dirigió a Fabiola.

—Sí, un accidente tonto —respondió ella.

El camarero sonrió.

—Yo quiero una Coca-Cola con mil hielos. —Fabiola tomó de nuevo la palabra—. Hace un calor horroroso —añadió.

—Yo un batido de fresa —dijo Chloe.

—En un minuto os lo traigo.

Chloe arrastró sus ojos grises hasta Fabiola.

—¿Qué tal el golpe? —se interesó.

—Me duele un poco, pero bien.

Chloe se llevó la mano al pecho.

—Casi me muero cuando vi a León lanzarse a la piscina a por ti —comentó.

—Yo casi me muero cuando vi que me llevaba en brazos. Creo que morí y después resucité.

Chloe rio.

—No me extraña. La estampa era de película: Tarzán y...

—Chita —terminó Fabiola.

La carcajada de Chloe se escuchó en toda la terraza.

—Tú no serías Chita, tú serías Jane —dijo entre risas.

—Te aseguro que era más Chita que Jane. Tenía el vestido empapado y el pelo pegado a la cabeza como si me lo hubiera lamido una vaca. ¡Qué horror!
—exclamó, tapándose el rostro con las manos.

—No seas exagerada.

El camarero llegó portando una bandeja con las consumiciones.

—Tu Coca-Cola... —dijo, apoyando un enorme vaso frente a Fabiola, que se descubrió la cara—... y tu batido. —En el medio de la mesa dejó un cuenco con patatas fritas.

—Gracias.

Cuando el camarero volvió al interior del bar, Chloe dijo, curiosa:

—Bueno, ¿y qué tal por el camino? ¿Qué pasó?

—Nada, excepto que dijo que «Fabi» parecía un nombre de mascota.

Alargó la mano y tomó una patata frita del cuenco.

—¿Qué...? —Chloe casi se atragantó con el batido—. ¿Y tú que le contestaste?

—Que su nombre era de chica.

Chloe no podía aguantar la risa. Estaba desternillándose.

—La verdad es que el comentario es muy de León —apuntó.

—Por cierto, su coche parece una nave espacial, o uno de esos que se utilizan en carreras ilegales —comentó Fabiola.

—Bueno, las malas lenguas dicen que León participaba en carreras ilegales hace años.

Fabiola contrajo las cejas.

—¿Sí?

—Sí, cuando era adolescente. León siempre ha sido un chico de los denominados rebeldes. También dicen que pegó una paliza a un chico.

—Ya...

—Pero solo son rumores. Las malas lenguas que se aburren... —Chloe le restó importancia—. Vayamos a lo importante, y después, ¿qué pasó?

—Nada, entramos en urgencias y cuando salí, tras darme los puntos y hacerme el escáner, ya se había ido, y en su lugar estaba Ashley —respondió Fabiola—. Ni siquiera pude despedirme ni darle las gracias por... bueno, por ayudarme.

Chloe observó a su amiga. El tono de su voz al decir la última frase era apesadumbrado. Parecía que León le gustaba en serio. Entonces decidió darle una idea.

—Ve a su taller a darle las gracias —indicó.

—¿Qué?

—Sí, así con la excusa de darle las gracias, le vuelves a ver.

—¿Tú crees que es una buena idea?

—Te la he dado yo, claro que creo que es una buena idea —dijo Chloe.

Fabiola apretó los labios.

—No sé si... —Dudó tras meditarlo unos instantes—. Andreas no está mucho por la labor...

—Bueno, te ha salvado la vida. Así que ahora le pertenece, puedes ofrecerte como su esclava —bromeó Chloe.

—Sí, como esclava sexual, no te digo —repuso Fabiola.

—No estaría mal ser su esclava sexual. No te aburrirías.

—Te lo estoy preguntando en serio.

—Y yo en serio te respondo que sí es una buena idea. Si quieres verlo y provocar un encuentro, acércate a su taller y dale las gracias. —Chloe cogió el vaso del batido y dio un trago—. No implica nada; solo vas a darle las gracias —dijo con inocencia.

Fabiola lo dio otra vuelta en la cabeza.

—Bien pensado... Quizá no es mala idea —afirmó, dando una oportunidad a lo que había propuesto Chloe.

CAPÍTULO 15

Harry entró en el comedor cuando todos estaban sentados ya a la mesa. Llevaba casi dos días sin aparecer por casa. Cruzó la estancia y se sentó en la silla que quedaba libre. Cuando vio a Fabiola, arqueó las cejas.

—¿Qué te ha pasado, hermanita? ¿Te has escalabrado como los niños pequeños?

—Me he caído en una piscina.

Harry bufó con burla.

—¿En una piscina? ¿Es que no sabes nadar?

—Me caí por el lado que no cubría y choqué con el fondo.

—Eres una pringadilla —se mofó Harry.

—Y tú eres un imbécil —le espetó Fabiola, cansada de que Harry siempre estuviera tocándole las narices.

—Vale ya —dijo Charles.

—Si es que es una pringadilla —repitió Harry en el mismo tono de burla que había utilizado todo el tiempo.

—Harry, ya —le amonestó Charles, autoritario.

—Sirva la sopa, por favor —le pidió Tessa a una de las señoras del servicio.

—Sí, señora —dijo esta.

Se acercó a la mesa y comenzó a servir los platos.

Ashley volvió a retomar el tema, rompiendo el silencio que se había formado.

—¿Sabéis quién se lanzó a la piscina para salvar a Fabiola? —dijo.

Antes de que alguno pudiera contestar, respondió—. Andreas Johnson.

Se metió una cucharada de sopa en la boca y paseó la vista por todos los que estaban sentados a la mesa, esperando su reacción. En sus ojos había un matiz de diversión. Amy palideció mientras sus dedos jugueteaban con la servilleta. Harry fulminó a Ashley con la mirada, aunque no pronunció palabra.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fabiola, que percibió algo extraño.

Tessa alargó la mano y cogió la de Fabiola.

—Nada, cariño. Ya sabes como es tu hermana... De cualquier cosa hace un mundo —murmuró en tono confidencial.

Es cierto que Ashley era muy dada a la exageración. De todo hacía una hipérbole solo para llamar la atención, pero las reacciones de Harry y de su madre no le habían pasado desapercibidas. Algo empezó a inquietarla lo bastante para empezar a preocuparse. Sin embargo, nadie parecía estar dispuesto a contar el porqué de sus caras.

Fabiola se recogió la larga melena en lo alto de la cabeza y se hizo un moño con una goma.

—Esto es vida —dijo, recostándose en la hamaca.

—Ni que lo digas —repuso Lía.

—Tengo sed, ¿os apetece tomar algo? —preguntó Dana, situada en el extremo de la fila de hamacas.

—Podemos acercarnos al chiringuito y traer algo —sugirió Lía.

—Tú lo que quieres es ver al camarero, que está como un tren —dijo Dana.

—Pues sí, no lo voy a negar —confirmó Lía—. El tío está como quiere y una no es de piedra. Además, llevo una temporadita sin mojar.

El comentario de Lía hizo que las chicas rieran.

—Anda vamos —dijo Dana.

Ambas se pusieron el pareo y se dirigieron al chiringuito.

Chloe se volvió hacia Fabiola.

—Bueno, ¿y qué? ¿Cuándo vas a ir al taller de León? —le preguntó.

Fabiola chasqueó la lengua.

—Parezco una lavadora —dijo.

—¿Una lavadora? ¿Por qué?

—Por la cantidad de vueltas que le he dado a tu idea.

—¿Todavía te lo estás pensando?

—Es que...

Fabiola iba a justificarse, pero Chloe la interrumpió.

—¿No te das cuenta de que es una oportunidad de oro para verlo?

—Sí, pero...

—¿Qué pasa?

—Hay algo que se me está escapando, Chloe.

Chloe se bajó un poco las gafas de sol para mirar a Fabiola.

—¿Por qué dices eso?

Fabiola se movió incómoda en la hamaca.

—Cuando mi hermana dijo que quien me había sacado de la piscina era Andreas, hubo reacciones muy extrañas.

—¿En quiénes?

—En mi madre, en Harry...

—Pero ¿por qué?

Fabiola se encogió de hombros.

—Eso es lo que me gustaría saber a mí.

—No entiendo qué razón pueden tener para poner mala cara. León lo único que hizo fue sacarte de la piscina —argumentó Chloe.

—Yo tampoco lo entiendo, pero hay algo raro...

—¿Crees que puede ser porque es de una clase inferior?

—Puede... A excepción de mi padre, mi madre y mis hermanos son muy clasistas. Da vergüenza decirlo estando en el siglo XXI. Sin embargo, creo que no se trata de eso, *no* solo de eso —concluyó, dando énfasis al «no».

—Si me permites que te dé un consejo, Fabi —comenzó Chloe con voz sensata—. No dejes que lo que opine tu familia te quite la idea que tienes. Si León te gusta, al menos tienes que intentarlo...

—Ya, pero...

—Perdona que te diga esto, pero tu madre es muy... castrante.

—Tienes razón, mi madre jamás me consentiría que pusiera los ojos en alguien como Andreas —dijo Fabiola.

—Quizá sea hora de empezar a hacer tu vida, que para eso es tuya —atajó Chloe—. Aunque solo sea para fastidiar un poco a tu madre.

CAPÍTULO 16

Andreas Johnson representaba lo prohibido.

Representaba lo indebido.

Lo clandestino.

Por eso le atraía tanto.

Era un acto de rebeldía a la sólida y estricta educación de su madre. A los años de severo internado, a los días encerrada en la habitación sin parar de estudiar un minuto, porque una nota inferior a una matrícula de honor no era suficiente. Fabiola se había pasado toda la vida tratando de agradar a su madre, tratando de que se sintiera orgullosa de ella. Aunque había sido misión imposible.

Fabiola no era rubia ni tenía los ojos azules como su madre, ni como Harry y Ashley, sus predilectos. Era morena y sus ojos eran oscuros. Ella no pertenecía a esa especie de absurda raza aria que buscaba su madre. Amy era una suerte de ridículo Hitler. Solo Harry y Ashley eran guapos, solo Harry y Ashley eran inteligentes, solo Harry y Ashley eran merecedores de ser sus hijos.

Era agotador... y frustrante.

Chloe tenía razón, tenía que empezar a coger las riendas de su vida, que para eso era suya.

Alzó la mirada y lanzó un vistazo al paseo marítimo. Estaba construido a base de cafeterías, puestos de ropa y souvenirs. Enormes palmeras flanqueaban la amplia avenida. Sus formas se recortaban contra el azul brillante del cielo. El sol destellaba en el mar. Según las indicaciones de

Chloe, el taller de Andreas se encontraba al final.

Empezó a caminar.

A medida que avanzaba y se acercaba a su meta, los nervios empezaron a apoderarse de ella. La idea de volver a ver a Andreas le producía un cosquilleo en el estómago.

Unos metros antes de llegar, se detuvo unos segundos e inhaló profundamente para tranquilizarse y reunir un poco de valor. De pronto se sintió como una idiota. ¿Qué le pasaba? No era una niña.

Contó hasta diez, echó de nuevo a andar y recorrió los últimos metros que le quedaban. Justo antes de cruzar el umbral de las enormes carreteras se estiró la falda del vestido.

Lo vio nada más girar. Andreas estaba de espaldas, inclinado sobre el capó abierto de un coche de corte clásico. Iba vestido con una camiseta sin mangas de color negro y llevaba el mono azul de trabajo atado a la cintura.

—Hola —dijo.

Había tratado de que la voz le saliera con aplomo, pero solo consiguió que sonara insegura.

Andreas se irguió en toda su estatura y se dio la vuelta. Durante una décima de segundo pensó que estaba sufriendo algún tipo de alucinación. Debía de ser fruto del calor. ¿Era Fabiola Dubrow la que estaba en su taller?

Entornó los ojos.

Fabiola apenas pudo soportar su intensa y penetrante mirada azul turquesa.

—Hola —la saludó en tono insípido—. ¿Qué haces aquí? —le preguntó.

De fondo, las notas musicales de la nueva canción de Maroon 5, *Girls like you*, flotaban en el aire con su suave melodía.

«Es una buena banda sonora», pensó Fabiola para sus adentros.

Había ensayado un centenar de veces ante el espejo lo que le iba a decir

exactamente. Ahora solo tenía que repetirlo como un lorito. Debía estar tranquila, sin embargo, al final le salió todo de forma precipitada.

—El otro día te fuiste y no me dio tiempo de... de darte las gracias.

Andreas cogió el trapo que llevaba colgado en la cintura del mono de trabajo y se limpió las manos, que tenía manchadas de aceite.

—No tienes que dármelas, lo hubiera hecho por cualquiera —afirmó seco.

No era la respuesta que Fabiola esperaba, ni el tono. De hecho, se sintió ligeramente decepcionada.

—Gracias de todas formas —repitió. Guardó silencio unos instantes antes de decir—: Si Ashley te dijo algo que te ofendiera, te pido disculpas. Ella es...

—Sé cómo es Ashley —le cortó Andreas—. La conozco bien.

Fabiola lo miró unos segundos. ¡Claro! ¿Cómo no iba a conocerla? Su hermana hubiera sido la típica diosa rubia convertida en animadora de instituto, si no hubiera sido porque el internado en el que estudió no permitía ese tipo de cosas.

—Entiendo —dijo—. Todo el mundo conoce a Ashley —agregó a media voz como si fuera un reproche.

—No es buena idea que hayas venido, Estirada —dijo Andreas.

Fabiola sintió que se le descomponía el cuerpo cuando se encontró con el brillo metálico de sus ojos. La estaba invitando a que se fuera, y encima con ese apelativo que tanto detestaba.

Enderezó su cuerpo.

—Sí, ha sido una muy mala idea —apuntó sin poder contenerse más—. De haber sabido que ibas a ser tan borde, te aseguro que no hubiera venido, ni a darte las gracias ni a nada.

—Supongo que no estás acostumbrada a tratar con gente como yo —

comenzó Andreas, colgando de nuevo el trapo que había utilizado para limpiarse en la cintura del mono. Su mirada era ácida—. Yo no soy uno de esos niños pijos de la jet set que tienes por amigos. —Su voz era áspera como la arena.

—No, desde luego que no. Ellos no son unos maleducados como tú — refutó Fabiola.

—Claro, ellos han estudiado en colegios carísimos y su educación es... excelente —le espetó Andreas con burla—. Pero temen estropearse su ropita de marca si se tiran a la piscina a por una persona que se ha caído.

Fabiola bajó la mirada. No tenía ninguna intención de seguir discutiendo. Se sentía pequeña y vulnerable y tenía unas enormes ganas de llorar. La parte de su cerebro que todavía lograba funcionar dijo:

—Es mejor que me vaya. —Murmuró las palabras, tragándose el nudo que tenía formado en la garganta—. Solo he venido a darte las gracias y ya te las he dado. —No sabía dónde posar la mirada—. Así que ya no tengo nada que hacer aquí.

Sin decir nada más y sin dejar que Andreas dijera nada, se dio media vuelta y salió del taller. En algún rincón de su mente albergaba la esperanza de que Andreas fuera tras ella y le pidiera perdón, pero no sucedió.

Los ojos se le anegaron de lágrimas.

Quería detenerse unos segundos. Necesitaba recomponerse, pero advirtió la silueta de una sombra que se aproximaba. Bajó rápidamente la cabeza, se ocultó la cara con la melena y aceleró el paso.

CAPÍTULO 17

Tony entró en el taller.

—¿Esa con la que me acabo de cruzar era la hermana pequeña de Harry y Ashley Dubrow? —preguntó, no sin cierto desconcierto por verla en el taller de Andreas.

—Sí —dijo él.

—¿Y qué hacía aquí?

—Ha venido a darme las gracias por sacarla de la piscina.

—Qué amable... —Tony avanzó unos metros y se adentró en el taller—. ¿Quién te iba a decir a ti que acabarías convirtiéndote en el héroe de una Dubrow? —bromeó.

—No sabía que era una Dubrow cuando me lancé a la piscina —aclaró Andreas.

—Aunque lo hubieras sabido, te hubieras tirado igual al agua —afirmó Tony. Lo miró con intención—. Quizá deberías cobrarle el favor en... especie —bromeó.

Andreas arqueó una ceja en un gesto elocuente.

—¿En especie? ¿Tú las has visto bien? Es demasiado... delicada, como una muñeca de porcelana —se burló Andreas con un matiz desdeñoso en la voz—. Se rompería por la mitad con la primera embestida.

—La verdad es que no es tu tipo —admitió Tony—. No tiene nada que ver con la clase de mujeres que desfilan por tu cama.

—No tiene nada que ver conmigo ni con lo que me gusta. Es una mojigata —atajó Andreas—. Seguro que lleva braguitas de algodón extra suave para

que su piel de porcelana no se lastime.

Se giró hacia el coche que estaba arreglando y continuó con su tarea.

—Seguro —rio Tony.

—De todas formas, es una Dubrow. Lo que significa que cuanto más lejos mejor —señaló Andreas.

—¿Has visto a Harry estos días? —dijo Tony, jugueteando con unas tuercas.

Andreas negó con la cabeza.

—No, pero no creo que tardemos mucho en encontrarnos. Es cuestión de estadística —respondió, apretando una rosca del motor.

—León, ¿crees que esa chica sabe lo que pasó hace años?

Andreas no se pensó la respuesta dos veces.

—No; si no, no hubiera venido al taller.

—¿Por qué?

—Porque Fabiola no es como sus hermanos.

—¿No?

Andreas se giró hacia Tony.

—No. No tiene nada que ver con ellos. Fabiola es una persona sencilla. No es déspota ni vanidosa ni tiene la soberbia de su familia —enumeró—. Y no muestra ese obstinado desprecio hacia las clases inferiores; es... muy ingenua.

—Cuesta creerlo —señaló Tony

—Sí cuesta, porque los miembros de esa familia son para echarles de comer aparte. Sin embargo, Fabiola es distinta...

Y por primera vez, mientras pronunciaba aquellas palabras, fue consciente de que Fabiola era distinta.

Fabiola se pasó el camino de vuelta aguantándose las lágrimas y las inmensas ganas de llorar que tenía. ¡Se sentía tan impotente! ¿Por qué Andreas

era tan borde? ¿Tanto le hubiera costado ser un poco amable con ella? ¿Solo un poco? ¿Cómo podía haber pasado de héroe a villano en tan poco espacio de tiempo?

—Gilipollas —susurró al aire.

Mientras caminaba, extrajo el móvil del bolso y consultó la pantalla para ver si había recibido algo. Un WhatsApp de Chloe que le pedía que la llamara para contarle todo lo que había ocurrido. De inmediato marcó su número y se apoyó el teléfono en la oreja.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Chloe en cuanto descolgó.

—Fatal.

—¿Por qué?

—Solo le ha faltado echarme del taller.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí, te lo estoy diciendo en serio. Andreas Johnson es increíblemente guapo, pero gilipollas —respondió Fabiola—. Incluso se ha atrevido a decir que no había sido una buena idea que haya ido al taller.

—Vaya, el tío no se anda por las ramas —apuntó Chloe.

—Es un borde.

—Pasa de él, Fabi. Ni siquiera se merece que te enfades. No es más que un imbécil.

—Desde luego. Yo ya no quiero saber nada de él. Absolutamente nada.

—Estoy sola en casa, ¿por qué no te acercas y me cuentas todo detenidamente? —propuso Chloe, al advertir que Fabiola estaba afectada por lo que acababa de pasar—. Nos daremos un bañito en la piscina, nos tomaremos unos margaritas y nos consolaremos comiendo helado de chocolate —dijo para animarla—. Llamaremos a Dana y a Lía, estoy segura de que se unirán a nosotras en cuanto las contemos el plan.

—Por mí perfecto —aceptó Fabiola de muy buen grado—, cojo un taxi y

voy para allá.

CAPÍTULO 18

Fabiola dio la última brazada hasta alcanzar el borde de la piscina, se puso en pie, descansó los brazos en la piedra y apoyó la barbilla en ellos. Chloe, Lía y Dana estaban sentadas a su lado, con los pies metidos en el agua.

—Ya te dijimos que León es un borde —dijo Dana.

—Y que no le cae muy bien la gente de clase alta —añadió Lía.

—Y en especial mi familia —apuntó Fabiola.

Lía la miró con un gesto de extrañeza en el rostro.

—¿Por qué dices eso, Fabi? —le preguntó.

—Porque es la sensación que tengo —dijo ella en un suspiro—, y creo que mi familia tampoco le tiene muy buena estima a él.

—¿Y cuál sería la razón? —intervino Dana.

—No lo sé, pero sé que pasa algo raro... Mi madre y mi hermano reaccionaron de una forma extraña cuando Ashley dijo que quien me había sacado de la piscina había sido Andreas Johnson. Como si hubiera nombrado al demonio —dijo—. Además, desde que me llevó a urgencias, Andreas se ha mostrado frío, retraído, mucho más distante de cómo estaba en el coche, de camino al hospital. —Fabiola se irguió y sacudió la cabeza—. Tal vez solo sea una paranoia mía —concluyó, tratando de no dar importancia al tema—. De todas formas, da igual. Tengo que olvidarme de Andreas. Ya me ha dejado claro que no soy su tipo y que no tiene ningún interés en mí.

—No pensé que León te gustara en serio —comentó Dana.

—No sé si me gusta en serio —repuso Fabiola—. Pero sí que es verdad que es un chico que me atrae... mucho. Muchísimo. Hace que me estremezca

hasta los dedos de los pies cuando lo veo —reconoció—. Me imagino que eso es algo que les pasa a todas las chicas que lo conocen.

—Claro que les pasa a todas las chicas que lo conocen. Todas en algún momento hemos soñado con Andreas Johnson. ¿Quién no lo haría con esos ojos? —apuntó Dana.

—Y con esos abdominales —intervino Lía.

—Pero, créeme, Fabi, se pasa —continuó Dana.

—Eso espero —dijo Fabiola—, porque empiezo a tener complejo de polilla.

—¿Complejo de polilla? —repetieron las chicas casi al unísono.

—Sí, porque Andreas me atrae hacia él como la luz a una polilla.

Las chicas estallaron en risas.

—Madre mía, tienes cada caída, Fabi. Menos mal que te lo tomas con humor —dijo Chloe.

—¿Y de que otra manera me lo puedo tomar? —Fabiola alzó los hombros—. Soy consciente de que no soy su tipo. Probablemente estoy a años luz de las chicas con las que él está, pero tampoco es necesario que sea borde conmigo.

—León es borde con todo el mundo —apuntó Lía, como forma de animarla.

—Mal de muchos... —empezó Fabiola.

—Sí, cariño, consuelo de tontos —dijo Chloe.

Fabiola dejó escapar un suspiro.

—No te preocupes, hay más peces en el mar —la alentó Lía.

—Sí, además, siempre te quedará Larry —dijo Dana socarronamente.

—Ay, no, por Dios —rio Fabiola.

—Pero ¿por qué? —bromeó Lía—. ¿Acaso no te gusta su pelo repeinado? ¿Su estilo de ropa noventero? ¿Su forma de no parar de hablar de

sí mismo?

—Oh, no, me encanta —ironizó Fabiola, haciendo una mueca con la boca—. Mañana mismo le pido matrimonio.

—Pues él estaría encantado. —La que hizo esa afirmación fue Dana.

—Antes me corto un brazo —dijo Fabiola.

—Esa respuesta se merece otro margarita —propuso Chloe.

Se incorporó y se dirigió a la barra que había instalada en el jardín. Fabiola dio un salto y se sentó en el borde de la piscina, al lado de Dana y Lía.

—Hombres, ni con ellos ni sin ellos, ¿verdad? —dijo Dana.

—Sí, pero estamos condenados a entendernos —comentó Fabiola con cierta desesperanza en la voz. Miró a Lía—. ¿Y tú que tal con Terry? Os vi hablando en la fiesta.

—Más bien nos viste discutiendo, porque es lo único que hacemos cuando nos juntamos —respondió Lía.

—Yo sigo pensando que lo mejor es que toméis distancia uno del otro —comentó Dana.

—¿Cómo? Terry forma parte de nuestro grupo de amigos. ¿Qué hago? ¿Me quedo en casa sin salir?

—No, claro que no —negó Dana—. Esa no es la solución.

—Salir con otro chico —intervino Fabiola—. Esa es la solución. —Lía y Dana giraron el rostro hacia ella—. No me miréis así —continuó—. Tengo razón.

—Quizá esa sea la solución —reconoció Lía.

—Claro que es la solución. ¿Qué me dices del camarero del chiringuito de la playa? —preguntó Fabiola.

—John estaría bien para un rollo, pero no para algo más serio.

—¿Por qué? —dijo Fabiola.

—No soy clasista, pero mi padre me echaría de casa si me presento con el camarero del chiringuito.

—Vale, entonces no tengas nada serio con él. Tómatelo como un rollo de verano.

—¿A quién te tienes que tomar como un rollo de verano? —preguntó Chloe, que volvía en esos momentos con una bandeja con cuatro margaritas. La inclinó y se los ofreció.

—Al camarero del chiringuito de la playa. En mi casa no sería bien recibido —respondió Lía, tomando en la mano una de las copas.

—Fabi piensa que salir con otro chico es la solución para terminar con la situación que tiene con Terry —intervino Dana, que también cogió otro margarita.

—Es una buena idea. Un clavo saca a otro clavo —opinó Chloe.

—Sí, pero tiene que ser un clavo que guste a mis padres —señaló Lía.

—A veces no pensáis que pertenecer a la llamada clase alta de la sociedad es una especie de... esclavitud —comentó Fabiola—. Tenemos que comportarnos de determinada manera, ir a determinados colegios, estudiar determinadas carreras, salir con determinadas personas... —fue enumerando—. Yo creo que nos coartan la libertad.

—Nunca lo había pensado —dijo Chloe—. Pero es verdad.

—También depende de qué clase de padres tengas —declaró Dana—. Yo no tengo problemas con los míos, son muy tolerantes en ese sentido. Tanto a mis hermanos como a mí nos dejan elegir con libertad.

—Pues no sabes la suerte que tienes —repuso Fabiola con una nota de envidia en la voz. Dio un sorbo de su margarita—. Mi padre es más permisivo, pero mi madre es muy poco tolerante.

—Yo sí que pienso que nos coartan la libertad —opinó Lía, la única que no había hablado sobre el tema—. Si a mí me gusta el camarero del chiringuito

de la playa, ¿por qué no puedo estar con él?

—Yo tampoco podría estar con Andreas —dijo Fabiola—, en el caso de que me hiciera caso —bromeó, aunque en su rostro había una expresión de frustración—. Mi madre me mataría.

Se acercó la pajita a los labios y sorbió. Seguidamente soltó un suspiro.

—Será mejor que cambiemos de tema —sugirió Chloe—, o vamos a terminar deprimidas.

—Sí, será lo mejor —apoyó Lía.

CAPÍTULO 19

—Harry, por favor, déjame tu coche —le pidió Fabiola.

—No —negó él.

—Pero tú no vas a utilizarlo esta tarde. Me lo has dicho.

—Da igual, no quiero que toques mi coche.

—Papá y mamá te lo compraron con la condición de que nos lo dejaras a Ashley y a mí —insistió Fabiola.

—Me importa un bledo lo que dijeran papá y mamá. No vas a tocar mi coche —arguyó Henry con soberbia.

—Solo serán un par de horas.

Harry se quedó mirándola durante unos segundos.

—¿Es que no me has oído? No.

Fabiola lanzó al aire un suspiro. Tenía muchas ganas de ir a *State Beach*, la playa de Santa Mónica considerada una de las mejores de EE. UU. Le apetecía estar un rato sola, pasear a lo largo de sus dieciocho kilómetros y pensar, algo que de vez en cuando necesitaba para recargar las pilas.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene esta discusión? —intervino Charles, que llegaba en ese momento.

—He pedido a Harry que me deje el coche un par de horas esta tarde... —comenzó a explicar Fabiola.

—Y no quiere —supuso Charles.

—No —respondió.

Charles volvió el rostro hacia su hijo.

—¿En qué habíamos quedado cuando te compramos el coche?

—No quiero que Fabi lo coja.

—Solo van a ser un par de horas —arguyó Charles.

Harry miró a su padre y a su hermana alternativamente.

—Con tal de no oíros —accedió con malas pulgas. Sacó las llaves del bolsillo del pantalón y se las tendió a Fabiola—. Si le haces el más mínimo rayón, estás muerta —dijo.

—¡Harry! —lo amonestó Charles.

Harry torció los labios en una mueca de indiferencia y sin decir nada salió del salón con cara de pocos amigos. Fabiola se volvió hacia su padre y le ofreció una sonrisa.

—Gracias, papá —le agradeció, dándole un beso en la mejilla.

—Ten cuidado —le recomendó Charles, devolviéndole el gesto con complicidad.

Fabiola abrió la puerta del descapotable y se subió a él. Un ligero olor a cuero le inundó las fosas nasales. Harry mantenía el coche impoluto, como si fuera un tesoro.

—Lo trata mejor que a Ashley y a mí —dijo Fabiola al tiempo que lo arrancaba.

Tras unas cuantas maniobras salió del garaje con cuidado y se metió entre la corriente de tráfico. Tuvo la tentación de bajar la capota, pero en el último momento se echó para atrás. Le parecía demasiado opulento.

Encendió la radio justo cuando las notas musicales de *Counting Stars* de One Republic comenzaban a sonar en una emisora local. Animada por el momento y por la canción se arrancó a cantar.

Estaba coreando el estribillo a pleno pulmón cuando el descapotable fue bajando de velocidad sin causa aparente. Fabiola apretó el acelerador, pero el cuentakilómetros no subía.

—¿Qué narices pasa? —dijo, frunciendo el ceño.

Hundió el pie completamente en el pedal, pero el coche seguía manteniendo una velocidad de sesenta kilómetros. No había forma de acelerar. Un testigo de color rojo se encendió en el salpicadero.

—No puede ser... No puede pasarme esto... —masculló nerviosa.

Apagó la radio y se desvió hacia una pequeña zona de servicio mal asfaltada que salía a la derecha.

—¡Harry me va a matar! —afirmó mientras paraba el motor.

Volvió a arrancar el coche para comprobar si se encendía la luz en el salpicadero y, para su desesperación, ahí estaba otra vez con su color rojo chillón.

—¡Mierda! —exclamó, dando un leve golpe en el volante.

Respiró hondo.

No entendía nada de mecánica, pero quizá si abría el capó veía algo que le resultara sospechoso. La idea era ridícula, aunque supiera dónde estaba la avería, ¿cómo iba a arreglarlo?

Empezó a agobiarse: a Harry no le iba a gustar nada.

Necesitaba un poco de aire, así que salió del coche. Una bocanada de calor le abofeteó la cara. ¿Por qué de pronto hacía tanto calor?

Resopló de impotencia.

—¿Te has perdido, preciosa? —Una voz masculina sonó a su espalda en tono burlón.

Cuando Fabiola se giró, se encontró con un coche en el que iban tres chicos.

—¿Te has perdido? —repitió la misma voz, que pertenecía a un chico con el pelo rapado.

—No —respondió Fabiola.

—Nosotros te podemos ayudar —intervino otro, sacando la cabeza por la ventanilla.

—No es necesario. Solo he salido a tomar un poco de aire —dijo Fabiola, rezando para que dejaran de molestarla.

—Pues nosotros pensamos que sí necesitas ayuda, preciosa —dijo el chico que había hablado en primer lugar.

«Antes muerta», se dijo Fabiola para sus adentros.

No quiso volver a girarse. No estaba de humor.

El corazón se le detuvo de golpe cuando vio que paraban el motor y que comenzaban a bajarse del coche.

—Ya os he dicho que no necesito ayuda, que solo estoy tomando un poco de aire —se adelantó a decir nerviosa.

—Venga, guapa. Nos lo podemos pasar muy bien... —dijo el que parecía llevar la voz cantante, un chico alto, moreno, con el pelo muy cortito.

Fabiola dio instintivamente un paso hacia atrás.

—Marchaos —les pidió.

—¿Te ponemos nerviosa? —se burló otro.

A Fabiola no le gustaba el cariz que estaba tomando la situación.

—Por favor, marchaos —repitió. Trató de que la voz fuera firme, pero sonó temblorosa, con un viso de súplica.

Los chicos rieron ante su vulnerabilidad.

—Sí creo que estás nerviosa —ironizó el del pelo cortito, con una sonrisa de medio lado en la que enseñaba los dientes—. Incluso creo que estás asustada...

Fabiola tragó saliva y miró a un lado y a otro, sopesando la posibilidad de echar a correr.

—¿Tenéis algún problema?

CAPÍTULO 20

Fabiola sintió que se le secaba la boca. Apenas capaz de respirar, se quedó paralizada.

—¿Tenéis algún problema, chicos?

La voz grave, profunda y en esos momentos imperativa de Andreas sonó por segunda vez a su espalda. Fabiola sintió un pequeño escalofrío recorriéndole la nuca. El corazón le latió con violencia en el interior del pecho.

Giró la cabeza.

Entrecerró los ojos, cegada por el fuerte sol del verano, y entre su propia melena, vio a Andreas. Sí, era él. Miraba la escena desde el interior de su Dodge Challenger rojo, detrás de sus gafas de sol espejadas.

—Quizá —le respondió el chico moreno en tono de chulería.

—Entonces habrá que solucionarlo —dijo Andreas, desafiante.

Abrió la puerta del coche y bajó.

Los chicos le dedicaron una mirada llena de arrogancia. No eran bajos, pero Andreas le sacaba más de media cabeza, y no estaba dispuesto a dejarse amedrentar, aunque aparentemente estuviera en desventaja numérica. Era tan alto, y estaba tan sereno, tan solemne...

—Es León —oyó Fabiola que susurraba uno a otro con cierta nota de alarma en la voz—. Es mejor que nos vayamos, tío —dijo después.

El chico moreno no se movió, aunque la mirada se había tornado cautelosa. Sin embargo, su amigo le cogió de la camiseta y tiró de él.

—Vamos, tío —volvió a decir.

Finalmente subieron al coche, aceleraron, haciendo que las ruedas derraparan, y se fueron. Una nube de polvo se levantó tras ellos.

Andreas se giró hacia Fabiola. Sin pestañear, Fabiola lo vio caminar hacia ella. Sus pasos desprendían seguridad y determinación. Se detuvo a un par de metros de ella y la miró. Sus ojos, castaños y brillantes, desprendía alivio.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —respondió Fabiola escuetamente.

Andreas se quitó las gafas de sol, y Fabiola deseó en silencio que no lo hubiera hecho. Habría preferido que mantuviera esa barrera entre sus ojos y aquella mirada felina que tanto la turbaba, y que en esos momentos la contemplaba fijamente.

—¿Tienes algún problema con el coche? —preguntó Andreas.

—No —negó Fabiola, mirando al suelo.

Andreas sabía que estaba mintiendo.

—¿Segura?

Fabiola miró a todas partes menos a sus intensos ojos azul turquesa. No podía hacerlo. Eran demasiado intimidantes.

—Sí —se limitó a contestar.

—¿Por qué será que no te creo? —dijo Andreas. Fabiola mantuvo silencio, dándole inevitablemente la razón—. Dime qué le pasa a tu coche, Estirada.

—No me llames Estirada. No soy ninguna estirada —le retó desafiante Fabiola, en un precipitado torrente de palabras.

Andreas exhibió una sonrisa burlona. Un resplandor de dientes blancos apareció entre los labios definidos. Por un momento la miró con algo que parecía simpatía, pero Fabiola pensó que debía de estar engañándose a sí misma. Respiró profundamente, como si no pasara nada.

—Eso habría que comprobarlo —dijo Andreas—. Venga, Estirada, dime qué le pasa a tu coche.

Fabiola apretó los dientes. No quería que Andreas le ayudara, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Harry iba a matarla si llegaba a casa diciendo que el coche estaba averiado.

—Se ha encendido uno de los testigos del salpicadero y no pasa de sesenta kilómetros —le explicó finalmente, tratando de que la voz no le temblara—. Pero no quiero que me ayudes —añadió, resistiéndose—. Llamaré a la grúa —fue lo primero que se le ocurrió.

Andreas interceptó su mirada con aquellos intensos ojos azul turquesa.

—No voy a dejarte aquí sola —repuso—. Está anocheciendo y la grúa tardará más de tres cuartos de hora en llegar. Eso como mínimo.

—No necesito que te quedes aquí como si fueras mi guardaespaldas —se quejó Fabiola.

—¿Prefieres que imbéciles como los de hace un rato te den un susto?

—Me las hubiera apañado sola —refunfuñó Fabiola con terquedad.

Notó la mirada de Andreas fija en su rostro.

—Yo no lo creo —dijo él, serio.

Fabiola se movió incómoda en el sitio. No sabía qué decirle. Aunque le costara reconocerlo, Andreas tenía razón.

—Arráncalo —le indicó de pronto Andreas, después de un rato de silencio.

Fabiola no dijo nada, se subió al coche y lo arrancó. Andreas apoyó la mano en el techo, se inclinó y asomó ligeramente la cabeza en el interior del vehículo para ver qué testigo se iluminaba. Fabiola contuvo la respiración cuando lo notó a solo unos centímetros de su rostro. La mirada recorrió su brazo, en tensión en ese momento. La cercanía de Andreas era lo último que necesitaba. Todo su cuerpo se estremeció.

—Ya puedes pararlo —dijo Andreas—. La luz que se ilumina es la del motor —diagnosticó.

—¿El motor? ¿Tiene algo importante? —preguntó Fabiola con alarma en la voz.

Volvió a la realidad de golpe. Las averías del motor no se arreglaban en una hora, el tiempo que le quedaba para devolver el coche a Harry. Paró el vehículo y salió de él. Andreas reparó en su expresión de preocupación.

—No —la tranquilizó—. Si no te pasaba de sesenta kilómetros, como me has dicho, probablemente sea algo del filtro de la gasolina. Simplemente hay que poner uno nuevo. ¿Hace cuánto que no lo cambias?

—No lo sé, el coche es de mi hermano —contestó Fabiola.

Andreas frunció el ceño. ¿De su hermano? ¿Ese coche era de Harry Dubrow? Saber eso no le hizo ninguna gracia.

—Mi hermano me va a matar —dijo de pronto Fabiola, en el mismo tono de alarma que había utilizado con anterioridad—. Me ha dejado el coche a regañadientes, porque le ha obligado mi padre y encima se lo tengo que devolver en una hora. —Se pasó la mano por la frente, agobiada.

Andreas la contempló durante unos segundos. No era asunto suyo. Era un problema de Fabiola y Harry. ¿Qué más le daba a él que eso supusiera un conflicto entre los hermanos? Sin embargo, Fabiola estaba visiblemente nerviosa y parecía angustiada, y eso, desconocía la razón, no le gustaba. No le gustaba verla así.

—Quizá limpiándolo pueda hacer que pase de los sesenta —dijo.

A Fabiola se le escapó una suave sonrisa que dejó al descubierto sus dientes.

—¿En serio? —dijo.

¿Por qué la sonrisa de Fabiola lo debilitaba? Era como la *kryptonita* a Superman.

—Puedo intentarlo. Todo depende de en qué estado se encuentre el filtro.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Andreas —dijo Fabiola.

La voz perceptiblemente aliviada de Fabiola terminó de desarmarlo. Y la manera en que había pronunciado su nombre... Tan dulce y delicada. Había muy pocas personas que lo llamaban por su nombre de pila; todo el mundo lo llamaba León.

—Voy al coche a por la caja de herramientas, mientras tanto abre el capó —le indicó.

—Vale —dijo Fabiola, asintiendo.

CAPÍTULO 21

Se introdujo en el coche y accionó la palanca que abría el capó. Cuando salió del vehículo, Andreas se acercaba con una pequeña maleta negra en la mano. Se aproximó a la parte delantera y levantó el capó. Echó un vistazo general. Abrió la maleta y la dejó a un lado, encima de la batería.

Cogió un destornillador. En silencio aflojó los tornillos y retiró los manguitos para extraer el filtro de la gasolina. Fabiola lo observaba maniobrar con aquella resolución que conseguía fascinarla.

Andreas seguía a lo suyo, extrajo finalmente el filtro y a un lado del coche, en cuclillas, desenroscó la pieza blanca que tenía en la parte inferior y dejó salir el líquido espeso que contenía.

Hubo un momento en que alzó el rostro y lo giró hacia Fabiola.

—¿Qué tal la herida? —preguntó, al ver que seguía llevando un apósito sobre la frente.

A Fabiola le sorprendió el interés de Andreas. No esperaba que se preocupara por ella.

—Bien, en unos días me quitan los puntos.

—Yo pensé que las estiradas no os hacíais daño —la vaciló—. Que la burbuja en la que vivís lo impedía.

Un mechón de pelo cayó sobre el rostro de Fabiola. Se apresuró a apartarlo rápidamente y a colocárselo tras la oreja.

—Yo no soy una esti... —comenzó.

—Ya, ya, ya, tú no eres una estirada —le cortó Andreas.

A Fabiola se le escapó un pequeño bufido de exasperación desde lo más

profundo de la garganta.

—¿Te divierte sacarme de mis casillas? —le preguntó. Se obligó a hablar con firmeza.

—Sí, no te lo voy a negar —bromeó Andreas, mirándola de reojo.

Después giró el rostro, devolviéndole su atención al coche y continuó con lo suyo. Mientras trasteaba, la noche empezó a dejar caer su manto oscuro sobre Santa Mónica.

—Está —dijo al cabo de un rato, a la vez que terminaba de atornillar los manguitos al filtro—. Prueba a arrancarlo.

Fabiola hizo lo que le indicó Andreas. Se subió al coche y lo arrancó. Andreas se acercó para ver si se encendía el testigo del motor.

—El testigo ya no se enciende —dijo.

—¿Y eso es buena o mala señal? —preguntó Fabiola, temerosa de la respuesta. Arrugó la nariz.

Andreas esbozó una ligera sonrisa.

—Es buena señal —dijo—. Significa que el coche no detecta ningún fallo en el motor.

Fabiola dejó caer los hombros y suspiró aliviada.

—Dios mío, gracias —dijo.

—Aún todo, es conveniente cambiar el filtro, o volverá a dar problemas —le aconsejó Andreas—. Esto solo es una solución provisional.

—Eso se lo dejo a mi hermano —atajó Fabiola—. Que se ocupe él. Dime cuánto te debo —dijo, buscando la cartera en el bolso.

—Nada —respondió Andreas.

Fabiola alzó la mirada hacia él.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Has invertido tu tiempo y tu trabajo —arguyó.

—No te voy a cobrar nada, Estirada —siguió negando Andreas.

Que dejara de llamarla Estirada era misión imposible, pensó Fabiola.

—Entonces... no sé... ¿Te invito un día a una cerveza? —se atrevió a proponerle.

Las palabras habían salido de sus labios antes de que pudiera frenarlas. ¿Por qué no se echaba un punto en la boca?

—No es necesario —dijo Andreas, declinando la invitación con suavidad.

No quería ser tan borde como había sido el día que había ido al taller. No se lo merecía. Aunque fuera una Dubrow.

Observó cómo se desvanecía en sus ojos almendrados una leve sombra de esperanza. La había vuelto a decepcionar.

Fabiola no insistió, pilló rápidamente la indirecta. Andreas se había limitado otra vez a ser cívico; un buen ciudadano. No había ninguna otra intención en su gentileza.

—Vale —susurró con cierta frialdad—. Me voy. Tengo que devolverle el coche a mi hermano antes de que me mate —bromeó para paliar el silencio que gravitaba sobre sus cabezas—. De nuevo, gracias —le agradeció con el corazón en la mano. La había librado de una buena bronca con Harry.

—De nada —dijo Andreas.

Sus miradas se encontraron. Los ojos de él con los de ella. Durante unos segundos se mantuvieron la mirada.

—Adiós —se despidió Fabiola.

—Adiós.

Fabiola metió la primera marcha, dio el intermitente y se incorporó a la carretear. Andreas no apartó la vista hasta que el coche se perdió en el horizonte.

CAPÍTULO 22

Fabiola cogió la bolsa de la playa con todos los achiperres y salió de la habitación, cerrando la puerta a su espalada. Cuando bajaba por la escalera, su madre salió a su encuentro.

—Hoy no vendré a comer, me quedo con las chicas en la playa — aprovechó para decirle Fabiola.

—Me temo que tienes que cambiar los planes —atajó Amy.

Fabiola frunció el ceño.

—¿Por qué? —preguntó.

—Hemos invitado a los Callaway a comer y quiero que estés presente. Va a venir su hijo Larry —explicó Amy.

—¿Larry? —Fabiola no se lo podía creer.

—Sí, Larry. Por lo que sé, es un chico al que le caes muy bien —apuntó Amy con intención.

—¿Qué le caigo muy bien?

Fabiola estaba atónita. ¿Cómo podía Larry haberles dicho a sus padres que ella le gustaba y aprovechar la coyuntura para meterse en su casa?

«¡Menudo niñato!», exclamó para sus adentros.

—Ya me entiendes, Fabi. Es bueno que empecéis a conoceros mejor. Larry pertenece a una de las familias más adineradas e influyentes de Santa Mónica. Además, su padre es el alcalde de la ciudad. Deberías sentirte alagada de que se haya fijado en ti.

—No cuentes conmigo, mamá, no tengo ninguna intención de venir a esa comida —dijo Fabiola, y echó a andar.

Había bajado un par de escalones cuando su madre la asió del brazo para retenerla.

—No te estoy dando a elegir, Fabiola —le advirtió.

La forma en que Amy pronunciaba su nombre completo era espeluznante. Solo lo hacía en aquellas ocasiones en que quería imponerse y dejar claro quién mandaba.

—Mamá, no...

Amy soltó el brazo de Fabiola.

—La comida es a las tres. No llegues tarde —la interrumpió, y sin dar tiempo a que su hija replicara, se dio media vuelta y se fue.

Fabiola dejó escapar el aire que llevaba un rato conteniendo en los pulmones mientras observaba a su madre alejarse del vestíbulo.

Solo pensar que tenía que compartir espacio con Larry hacía que se le revolvieran el estómago. Ese chico empezaba a caerle como una patada en el hígado, más teniendo en cuenta las sucias tretas que se traía entre manos. ¿Qué se pensaba? ¿Que estaban en la Edad Media?

Sacudió la cabeza.

—Hola, chicas —saludó Fabiola en tono monótono al entrar en el coche de Chloe, que la había ido a buscar para ir a la playa.

—Hola —dijo Lía.

—Hola, Fabi —saludó Dana.

—¿Y esa cara? —preguntó Chloe.

—Voy a matar a Larry —espetó Fabiola. Ya no podía contener más tiempo la rabia que tenía dentro.

—¿Qué ha hecho ahora? —quiso saber Lía.

—Al parecer les ha dicho a sus padres que le gusta, sus padres se lo han dicho a mi madre y mi madre ha decidido invitarlos a comer hoy a las tres.

—Joder —masculló Chloe.

—Lo peor es que a mi madre le gusta Larry y quiere que *nos conozcamos* —dijo Fabiola, entrecomillando con los dedos el «nos conozcamos»—. ¿Vosotras creéis que es normal? ¿Ese tío se piensa que estamos en el Medievo, o qué?

Fabiola bufó.

—Larry es imbécil —soltó Dana.

—Me ha chafado el día, chicas —dijo Fabiola, revelando en sus palabras un tono apesadumbrado—. No puedo quedarme a comer en la playa con vosotras como habíamos planeado.

—Lo que he dicho, que Larry es imbécil —repitió Dana.

—No dejes que te estropee el día, Fabi —le aconsejó Lía con voz consoladora.

—Tienes razón —dijo ella al cabo de un rato—. Al menos voy a aprovechar mi mañana de playa —añadió, haciendo un esfuerzo por cambiar la actitud—. Vámonos, Chloe —dijo.

Chloe puso en marcha su Mercedes Benz de Clase A blanco y tomó la dirección de *State Beach*.

CAPÍTULO 23

Amy miró de arriba abajo a Fabiola.

—¿Por qué no te has puesto el vestido rojo de seda? ¿El de Dolce y Gabbana? —le preguntó con cierto reproche.

—Porque no voy a una boda —contestó Fabiola, armándose de paciencia.

—Este es demasiado sencillo —opinó Amy—. Además, te hace gorda.

—¿Gorda? ¿A mí? —Fabiola estaba alucinando. ¿En qué universo vivía su madre?

Amy alzó la mano para detener las quejas de su hija.

—No voy a discutir ahora, los Callaway están a punto de llegar —dijo.

Justo en ese momento sonó el timbre. Una de las señoras de servicio cruzó el vestíbulo y abrió la puerta.

—Pasen, por favor —oyó Fabiola que decía la mujer.

Larry Callaway había llegado.

—Sonríe —le indicó Amy, aunque sonaba a orden.

Fabiola respiró hondo y siguió los pasos de su madre, que caminaba hacia la puerta para recibir a sus invitados.

—Bienvenidos —dijo Amy, esbozando una amplia sonrisa en los labios.

—Gracias, Amy —habló Maggie, la madre de Larry. Una mujer que rondaba los sesenta años, con cara ancha, media melena cortada al estilo Cleopatra, y un collar de perlas que llevaba con doble vuelta en el cuello.

Ambas se agarraron las manos y se dieron un par de besos, aunque estaba lejos de ser un gesto afectuoso. Después Maggie dirigió una mirada a Fabiola.

—Tú debes de ser Fabiola —dijo.

Se inclinó y le dio dos besos en las mejillas.

—Sí, soy yo —afirmó Fabiola—. Puedes llamarme Fabi —sonrió, tratando de parecer amable.

—Vaya, eres muy guapa, pero no te pareces mucho a tu madre y a tus hermanos —comentó Maggie.

—No, me parezco más a mi padre —repuso Fabiola.

—Hola, Fabi —saludó Larry.

—Hola, Larry —correspondió ella sin demostrar mucho entusiasmo. No iba a perdonarle nunca que la hubiera metido en aquella especie de encerrona. Se sentía estúpida.

—Estás muy guapa.

—Gracias.

—Hola Fabiola.

—Hola, señor Callaway.

—Llámame George —dijo el padre de Larry.

Fabiola asintió.

—Pero pasad al comedor. La comida ya está lista —indicó Amy.

Fabiola trató por todos los medios de que Larry no se sentara a su lado en la mesa, sin embargo, él terminó saliéndose con la suya. No podía ser de otro modo contando con la inestimable ayuda de su madre.

—Fabi, me ha dicho Amy que estudias Derecho —comenzó a decir Maggie.

—Sí —afirmó ella.

—En Harvard —apuntó Amy.

—¿Y qué tal? —preguntó George.

—Bien, aunque Harvard es duro —respondió Fabiola.

—Pero Fabiola no puede quejarse —intervino de nuevo su madre—, está

superando los cursos con matrícula de honor.

—Mamá, por favor —le pidió Fabiola.

Maggie rio.

—Déjala, Fabi, es normal que presuma de hija —dijo.

Fabiola prefirió no hacer ningún comentario, simplemente se limitó a forzar una sonrisa. Su progenitora no estaba presumiendo de hija ni haciendo alarde de un orgullo de madre. La estaba vendiendo, como quien vende una vaca en el mercado.

Fabiola se sentía cada vez más incómoda. Larry no se despegaba de ella ni con agua caliente, parecía una lapa. Su madre no perdía oportunidad para venderla a los Callaway y su padre... Miró a su padre. No se le veía muy entusiasmado con aquella reunión, pero había conseguido mantener una conversación más o menos entretenida con George, hablando de negocios y recordando sus tiempos de niñez.

—¿Estás bien? —le preguntó Larry, al advertir que no estaba escuchando su aburrida perorata. Llevaba más de una hora hablando.

—Me duele un poco la cabeza —se excusó Fabiola. Dijo lo primero que se le pasó por la mente—. Voy dentro a tomarme algo para que se me pase.

—Vale.

Fabiola se levantó de la silla de mimbre en la que estaba sentada en el jardín y se internó en la casa. Amy, al verla, fue detrás de ella.

—Disculpadme —dijo a los invitados.

CAPÍTULO 24

—¿Es que no vas a cambiar la cara? —la amonestó Amy cuando interceptó a Fabiola en mitad del pasillo.

—¿Qué cara? —dijo Fabiola, dándose la vuelta.

—Desde que han entrado los Callaway por la puerta no has quitado esa cara de vinagre.

—¿Y qué cara quieres que ponga? ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo, mamá? Me estás vendiendo como si fuera una vaca.

Amy miró alternativamente a un lado y a otro, asió del brazo a Fabiola y la llevó hasta la cocina, donde nadie pudiera oírlas.

—Deja de decir tonterías —espetó, enfadada, fulminándola con la mirada.

—No son tonterías. Sabes de sobra que estoy diciendo la verdad. Me estás vendiendo como ganado —refutó Fabiola, cansada de las artimañas de su madre.

Dio un tirón y se zafó de la mano de Amy.

—Los Callaway son una familia muy influyente, George es el alcalde de Santa Mónica... —comenzó Amy.

—¡Ya lo sé, mamá! —le cortó Fabiola. Los ojos se le llenaron enseguida de lágrimas—. Ya lo sé..., y me da igual. Larry no me gusta. Es pedante, es aburrido y solo se preocupa de que todo el mundo se entere de lo inteligentísimo que es, aunque no es más que un... —Apretó los labios para no decir lo que realmente pensaba de él y para no seguir llorando.

—Larry es un buen chico.

—Me da lo mismo lo buen chico que sea.

—Es una oportunidad de oro, Fabi. —Amy trataba de imponerse.

—¿Una oportunidad de oro para qué? ¿Para casarme con un chico de una familia adinerada? Pues no cuentes conmigo, mamá. No estamos en la Edad Media; no puedes ir por ahí apañando matrimonios de conveniencia.

—Tú vas a hacer lo que yo te diga.

Fabiola bufó entre lágrimas, indignada.

—No voy a seguir aguantando esto —dijo.

Echó a andar y pasó al lado de su madre.

—¿Dónde vas? —le preguntó Amy, al ver que se iba.

—Lejos de aquí —soltó Fabiola, que no podía más.

—¡Fabiola, vuelve! —le ordenó Amy, con los ojos casi fuera de las órbitas—. ¡Fabiola!

Pero Fabiola no se giró.

¿Qué le iba a decir a los Callaway? ¿Qué excusa iba a poner ante la repentina ausencia de Fabiola?, se preguntó Amy. Eso es lo único que le preocupaba en ese momento. El dolor de su hija estaba en un segundo plano.

Fabiola abrió la puerta, bajó apresuradamente las escaleras de piedra del porche y se alejó de allí echando un mar de lágrimas.

Caminó hasta *State Beach*. Necesitaba estar sola, tranquila y despejar la mente para ponerla en orden. Durante una décima de segundo tuvo la sensación de que le iba a estallar la cabeza si no la organizaba.

Se quitó las sandalias y paseó a lo largo de *Pacific Coast Highway*, la costa a lo largo de la cual se extendía la playa, con ellas de la mano. Le gustaba sentir la arena cálida en la planta de los pies. Le hacía sentir libre.

State Beach era una ribera larga y ancha, con aguas cristalinas que invitaban a sumergirse en ellas y una maravillosa arena blanca que formaba unas dunas que parecían prolongarse hasta el infinito.

El sol comenzó a caer, derramando un suave resplandor de color caramelo sobre la ciudad y tiñendo de oro las olas del mar.

Cansada, Fabiola se sentó en la arena, sin importarle que se le manchase el vestido. Su madre pondría el grito en el cielo si la viera, pero a ella le daba igual. Dejó las sandalias a un lado, encogió las piernas, se pasó las manos alrededor de ellas y apoyó la barbilla en las rodillas.

Respiró hondo.

El salitre perfumaba el aire con aromas estivales y le llevaba el olor del verano, el que le traía recuerdos de cuando solo tenía diez años. Se quedó en silencio mientras su mirada se perdía en el mar que se extendía en el horizonte. Sin apenas ser consciente de ello, los ojos se le humedecieron. Unos segundos después las lágrimas se deslizaban por sus mejillas sin parar. Sentía mucha rabia.

Se enjugaba los ojos una y otra vez con el dorso de la mano, pero nada podía parar aquel torrente de llanto. Estaba cansada de que su madre controlara cada paso que daba en la vida. Ya era mayorcita y tenía capacidad suficiente para tomar sus propias decisiones. ¿Por qué su madre tenía que estar metida en todo? ¿Por qué tenía que controlarlo todo hasta el punto de decirle con quien tenía que salir? ¿O acostarse? Toda la vida había sido igual. Su madre le había dicho qué estudiar, qué amistades tener, qué ponerse, que peinado llevar...

Lanzó al aire un suspiro, abatida. Lo único que anhelaba en esos momentos era libertad y deshacerse de sus deberes como hija perfecta.

En su campo de visión, a lo lejos, apareció un chico surfeando. Con la mirada vidriosa se fijó en el modo en que se deslizaba y hacia giros en las olas. Era espectacular el manejo que tenía sobre la tabla y el control cuando se alzaba en la cresta de la marea.

Parecía libre.

Estiró las piernas e introdujo los pies en la arena mientras las olas lamían suavemente la costa y la luz del sol se reflejaba en el mar.

CAPÍTULO 25

—Nos vemos otro día, León —dijo un chico latino, alargando la mano hacia Andreas.

—Claro —asintió Andreas, chocando su mano con camaradería.

Andreas cogió su tabla de surf y salió del agua. Mientras caminaba hacia el coche, reparó en la silueta de una chica que estaba sentada en mitad de la playa, inmersa en la paz de la soledad. A medida que acortaba distancia con ella se dio cuenta de que era Fabiola Dubrow.

Sacudió la cabeza.

¿A qué estaba jugando el destino con ellos? ¿Por qué se empeñaba la vida en cruzarle con ella? ¿Y precisamente con ella?

Podía haber pasado de largo, pero la tentación de vacilarla un rato era muy fuerte.

—¿Estás tomando el sol, Estirada? —le preguntó.

Fabiola alzó el rostro hacia él. El traje de neopreno negro se pegaba a su cuerpo, destacando su musculatura. Andreas se fijó en que tenía el contorno de los ojos enrojecido, la mirada vidriosa y las largas pestañas estaban apelmazadas y húmedas. Llegó a la conclusión de que había llorado y eso le hizo fruncir el ceño.

—¿Estás bien? —dijo en tono de disculpa, sin dejarla responder a la pregunta anterior.

—Sí —respondió Fabiola, sorbiendo por la nariz.

—No lo parece —observó Andreas.

Fabiola miró al frente. No estaba para bromas, ni siquiera de Andreas.

Estaba agotada, y él se dio cuenta. Sintió una punzada de remordimiento. Tenía que ir con más tacto. Apoyó la tabla en el suelo y se sentó a su lado.

—Veo que te han quitado los puntos —comentó en tono suave, iniciando una conversación inocua.

—Sí, me los quitaron ayer —dijo Fabiola.

—Me alegro.

—Gracias.

El sol comenzaba a ocultarse por la línea del horizonte azul oscuro que formaba el mar, bosquejando una panorámica de postal.

—A veces es bueno contarle a un desconocido lo que nos sucede —dijo Andreas.

—No creo que sea buena idea —refutó Fabiola.

—¿Por qué?

—Solo son problemas de niña rica, de una estirada... —respondió Fabiola, permitiéndose una mordacidad en la voz que habitualmente no habría empleado.

Andreas esbozó media sonrisa.

—Creo que podré aguantarlo —dijo. Miró a Fabiola—. ¿Qué te parece si me invitas a esa cerveza que me debes por haberte arreglado el coche? —le preguntó de pronto.

Fabiola sintió un cosquilleo en el estómago. ¿Andreas estaba aceptando su invitación?

—Sí, claro —sonrió.

Andreas se incorporó.

—Acompáñame al coche a dejar la tabla de surf y a quitarme el traje de neopreno —dijo.

Alargó el brazo y le ofreció la mano a Fabiola para ayudarla a levantarse. Ella se quedó mirándola un segundo. Cuando la aceptó, Andreas le

dio un ligero tirón para que se incorporara.

—Gracias —le agradeció Fabiola.

Andreas colocó la tabla de surf en la vaca del coche y la ató de lado a lado para que no se cayera. El sol arrancaba reflejos dorados a su cabello rubio.

—¿Te importa bajarme la cremallera? —le preguntó a Fabiola, señalando la larga cremallera que tenía en la espalda.

—No —respondió Fabiola.

Aferró con los dedos el extremo superior y fue descendiendo poco a poco. A medida que los pequeños dientes se abrían iban dejando al descubierto la espalda de Andreas y algunos de los tatuajes que la adornaban.

Fabiola se encontró tragando saliva. La espalda de Andreas era ancha y sus músculos estaba definidos con una forma trapezoidal tremendamente sexy.

—Ya está —dijo, cuando bajó la cremallera por completo.

—Gracias —dijo Andreas, que con un par de ágiles movimientos se sacó las mangas y con otros dos las perneras.

Debajo llevaba unas bermudas de color negro que le llegaban por encima de las rodillas. Abrió el maletero del coche, metió el traje de neopreno y sacó una camiseta de manga corta negra en la que había dibujado un coche de carreras.

—¿Conoces la Cervecería de Jack? —le dijo a Fabiola mientras se ponía la camiseta.

—No —negó ella.

—Es la mejor cervecería de Santa Mónica —comentó Andreas—, y Jack te va a caer muy bien. Es un buen tío.

—Seguro —sonrió Fabiola.

—Vamos.

CAPÍTULO 26

—¿Cómo estás, Jack?

Un hombre de mediana estatura, con profusa barba negra se giró hacia ellos.

—Hey, León. Hacía mucho que no te dejabas ver por aquí —dijo, dándole una amistosa palmada en la espalda.

—Ando liado en el taller —se justificó Andreas.

—Eso es bueno, porque significa que tienes trabajo —opinó Jack.

—Sí, no me quejo —dijo Andreas—. ¿Tienes alguna mesa libre? —preguntó.

—Hay una en la terraza. Id rápido antes de que os la quiten. —Jack les guiñó un ojo.

—¿Te gusta? —preguntó Andreas a Fabiola cuando se sentaron.

—Sí —afirmó ella.

—No es un lugar pijo ni glamouroso —comenzó Andreas—. No es un sitio al que tú...

—No sigas por ahí —le cortó Fabiola suavemente, pero hablando por encima de su voz—. Me encantan este tipo de bares.

Andreas se recostó en la silla y levantó su cerveza sin dejar de observar a Fabiola.

—Eres una Estirada poco común —puntualizó Andreas, después de dar un trago de su cerveza.

—No soy una estirada —dijo Fabiola.

Andreas hizo un amago de sonrisa.

—¿Por qué estabas llorando, Fabiola? —le preguntó directamente, pronunciando el nombre completo. Su tono se percibía serio.

Fabiola no sabía si eran imaginaciones suyas, pero su nombre parecía sonar distinto en la voz grave y varonil de Andreas. Muy distinto.

—¿Tú eres libre? —le preguntó a Andreas.

—Sí —respondió él como algo obvio.

—Yo no —aseveró Fabiola. Bajó los ojos y se quedó mirando un instante su jarra de cerveza—. Yo no soy libre. —Andreas no habló, dejó que Fabiola continuara—. Mi madre me controla hasta el número de respiraciones por minuto —bromeó—. Desde que era una niña me ha dicho lo que tengo que hacer: donde estudiar, qué estudiar, qué amistades tener, qué ponerme, qué peinado llevar, qué decir, y ahora se empeña en imponerme con quien tengo que salir —repuso, con algo de temblor en la voz. Hizo todo lo posible por no llorar.

—¿Te refieres a con quien tienes que follar? —dijo Andreas.

—Sí —afirmó Fabiola.

Levantó la vista y dejó que vagara por el paseo marítimo. La gente paseaba en una dirección y en otra, aprovechando los últimos rayos de sol del día.

—Alguna parte de su cerebro cree que es muy beneficioso que conozca a Larry Callaway.

—¿Quiere que te lées con ese pedante? —saltó Andreas.

—Sí, tanto es así que hoy le ha invitado a él y a sus padres a comer a casa.

—¿Y qué dice Larry?

—Está encantado.

Andreas llegó rápido a una conclusión.

—Porque le gustas.

—Para mi desgracia, sí. Lo peor es que se lo ha dicho a sus padres y sus padres a los míos, y según parece todos están de acuerdo en que seamos pareja.

—¿A ti te gusta Larry?

¿Por qué le había preguntado que si le gustaba Larry Callaway? ¿Qué le importaba a él?

Fabiola lo miró directamente a los ojos.

—¡No! —exclamó—. ¿Cómo piensas que puede gustarme alguien como Larry?

Andreas se encogió de hombros.

Durante unos segundos miró fijamente a Fabiola. Le resultaba curioso que cuando estaba con ella se olvidara de que era una Dubrow y de que era hermana de Harry. Es como si perteneciera a otra familia y no tuviera nada que ver con ellos, ni siquiera que llevara su misma sangre. Era tan distinta a ellos, tan distinta a cualquier persona que hubiera conocido...

Andreas escuchaba solo a medias. Mientras Fabiola hablaba, no podía dejar de mirar el modo en que movía la boca. Era pequeña, carnosa, brillante y tremendamente sensual. Por un momento se preguntó cómo sería morderle los labios de la forma en que a él le gustaba morderlos. Cuando fue consciente de ese pensamiento apartó la mirada enseguida, como si hubiera recibido un calambre.

—¿Tu madre es igual con tus hermanos? —le preguntó, para alejar las ideas que se le estaban pasando por la cabeza.

—Sí, aunque con Harry no puede; a él no puede controlarlo como a Ashley y a mí —contestó Fabiola.

Conociendo a Harry como lo conocía y dando por hecho que no habría cambiado nada en la década que había pasado desde que lo había visto por última vez, no se dejaría controlar por su madre.

Durante unos segundos, Andreas se puso en el pellejo de Fabiola. Ahora entendía por qué decía que no era libre y entendía sus lágrimas. Todas sus decisiones pasaban por el tamiz de su madre. Le pareció triste. Él siempre había hecho lo que había querido, a veces incluso excediendo los límites. No podía imaginarse lo que significaba no hacer en cada momento lo que quisiera. Fabiola vivía en una jaula de oro.

Fabiola se dio cuenta de que Andreas la miraba con intensidad y le devolvió una leve sonrisa.

—Tienes una sonrisa preciosa —afirmó contundente Andreas.

Andreas fue el primer sorprendido con aquel comentario. ¿De dónde había salido? Le había traicionado el subconsciente. Claro que pensaba que Fabiola tenía una sonrisa preciosa, porque era así, pero él no tenía ninguna intención de decírselo.

—Gracias —dijo Fabiola de forma atropellada.

Bajó la mirada para que Andreas no se diera cuenta de que se había sonrojado, pero era tarde, porque él vio como sus mejillas se llenaban de rubor. Sonrió para sí sin apartar los ojos de ella. Fabiola era pura inocencia.

CAPÍTULO 27

La noche había caído ya sobre Santa Mónica. Un cielo estrellado iluminaba la bóveda celestial.

—Es hora de que me vaya a casa —dijo Fabiola, de pie junto a Andreas detrás de la balaustrada de madera del paseo marítimo—, ya te he quitado mucho tiempo —bromeó.

—No me has quitado nada, ha sido un placer, Estirada —repuso Andreas con su acostumbrada ironía.

Fabiola dejó entrever una sonrisilla. Se echó la melena hacia atrás y su cuello quedó al descubierto. Momento que Andreas aprovechó para repasar con los ojos la estilizada línea de su garganta.

—¿Nunca me vas a dejar de llamar Estirada? —le preguntó.

—No —respondió Andreas.

Alzó la vista y la miró fijamente. El castaño de los ojos de Fabiola se había intensificado con la oscuridad de la noche, confiriéndoles una profundidad misteriosa.

La sonrisa de Fabiola se amplió en sus labios.

—Ser políticamente correcto no va contigo, ¿verdad?

Una ráfaga de aire sopló y alborotó el pelo de Fabiola, derramándolo sobre sus delicados hombros. Andreas no lograba entender por qué, pero por alguna inexplicable razón tuvo que hacer un esfuerzo para no colocarle detrás de la oreja uno de los mechones que le caía por el rostro. Y aunque se repetía una y otra vez como un disco rayado que era una Dubrow, su cuerpo estaba reaccionando traicioneramente a ella. Se puso rígido.

«Maldita sea», dijo.

¿Qué le estaba pasando? Él no era un hombre que se dejase llevar por la testosterona. Al menos no desde que era un adolescente.

—No —negó tajante—. Suelo decir siempre lo que pienso.

El tono de voz sonó algo más cortante de lo que había pretendido. Miraba a Fabiola con intensidad, pero sin revelar en ningún momento nada de lo que estuviera sintiendo o pensando.

—¿Y qué estás pensando ahora? —curioseó ella al verlo tan reflexivo.

Andreas repasó los rasgos suaves de su rostro y detuvo los ojos en la boca. ¿Por qué tenía que ser tan endiabladamente sensual?

—Que quiero llevarte a mi casa y follarte durante toda la noche —soltó. Y lo hizo casi de manera involuntaria. Su subconsciente había hablado por él.

La sonrisa se borró de los labios de Fabiola, sorprendida por la extraordinaria franqueza de Andreas. Se quedó más quieta que una estatua de mármol. No esperaba que respondiera algo semejante; no a ella. Sintió un fuerte estremecimiento, una especie de latigazo que le recorrió de la cabeza a los pies. ¿Por qué estaba notando que el suelo se balanceaba? ¿Estaba teniendo lugar un terremoto en Santa Mónica? Miró a Andreas con sus grandes ojos castaños muy abiertos.

Al ver su expresión, él esbozó una sonrisa comprensiva.

—No soy un hombre muy delicado —dijo, reconociendo sus defectos—, y tú no estás acostumbrada a que te hablen de manera tan directa.

Fabiola carraspeó.

—No es la forma lo que me sorprende, sino el fondo —dijo sincera. Sus palabras sonaron torpes, pero es que se había puesto nerviosa.

—¿El fondo? —repitió Andreas.

—No soy tu tipo —dijo Fabiola, sin apenas atreverse a alzar la mirada.

Durante el silencio que siguió, Andreas podía haberlo desmentido, pero

no lo hizo. Fabiola se mordisqueó el labio inferior insistentemente. Andreas alargó la mano y con el pulgar tiró del labio hacia abajo.

—No te muerdas el labio de esa manera, te vas a hacer daño —susurró.

Una ráfaga de deseo sacudió a Andreas como una maza de hierro.

Fabiola levantó la mirada justo cuando Andreas se inclinaba sobre ella. Su elevada estatura la obligó a echar la cabeza hacia atrás. Al verlo aproximarse, fue consciente de que iba a besarla. Un pequeño escalofrío le recorrió la nuca. Con el corazón palpitando locamente, cerró los ojos y contuvo el aliento, esperando...

Andreas, incapaz de reprimirse, apresó sus labios entre los suyos de una forma posesiva, sus dientes mordisquearon con ansia el labio inferior, como le gustaba hacerlo. Fabiola lanzó un gemido. Andreas deslizó la lengua en el interior de su boca con destreza y jugueteó con la de Fabiola. El beso era tan exigente y seguro como lo era él. Tan impetuoso como lo era él. Controlándolo en todo momento.

Fabiola sentía que se quedaba sin respiración. Se separó unos centímetros, interrumpiendo el beso.

—¿Estás bien? —le preguntó Andreas, mirándola con los ojos entornados.

—Muy bien —sonrió ella.

Se pasó la lengua por los labios, humedeciéndolos. Andreas deslizó el pulgar por ellos.

—Me encanta tu boca, Fabiola —aseveró.

Ella sintió que se derretía por dentro.

—¿Lo dices de verdad? —le preguntó con ingenuidad.

—Totalmente de verdad.

La respuesta hizo que a Fabiola se le aflojaran las rodillas.

Andreas le apartó el pelo de la cara. Sus manos eran grandes y callosas,

pero le acariciaron la mejilla con ternura, como si tuviera miedo de que fuera a romperse. Volvió a acercarse a ella y la besó de nuevo. Se encontró con los labios de Fabiola entreabiertos, esperándolo. Durante unos segundos perdió el control de la situación, solo quería besarla, explorar cada rincón de su boca. De pronto fue terriblemente consciente de la realidad. Fabiola era una Dubrow.

Tenía que parar aquello. Haciendo un esfuerzo se irguió, apretó los dientes y retrocedió un paso. Miró a Fabiola como si acabara de recordar con quién estaba.

Siguió un breve silencio.

—Será mejor que te lleve a casa —dijo con voz ronca.

—No quiero ir a mi casa —negó Fabiola.

—¿Y dónde quieres ir?

—Quiero ir a la tuya.

Andreas contempló el rostro de Fabiola. No podía pedírselo de aquella forma, no cuando estaba a punto de estallar. Inhaló y exhaló el aire en un suspiro.

Pero Fabiola no estaba dispuesta a dejarlo escapar. No en ese punto. Iba a llegar hasta el final con Andreas Johnson. Mandó a la mierda todo, reprimió cualquier impulso de sensatez que tenía, se puso de puntillas, le rodeó el cuello con las manos y lo atrajo hacia ella para besarla mientras el deseo se extendía lentamente en su interior como una enredadera.

CAPÍTULO 28

La puerta golpeó estrepitosamente contra la pared. Los gemidos se colaban entre los apasionados besos que iban dándose mientras trataban de alcanzar la habitación.

Ya no había marcha atrás.

Andreas bajó los tirantes del vestido de Fabiola y este cayó al suelo como si fuera seda líquida, dejándola desnuda frente a él. Los pequeños pechos quedaron al descubierto cuando deslizó las manos por su espalda y le desabrochó el sujetador. Le mordisqueó el hombro y después se le besó.

Agarró a Fabiola por la cintura con sus enormes manos y la acercó a él, sintiendo cada una de las curvas de su cuerpo, agachó la cabeza y le lamió un pezón. Lo aferró entre los dientes y tiró de él. A Fabiola se le erizó el vello.

—Mis pechos son muy pe... —comenzó Fabiola.

—Tus pechos son perfectos —atajó Andreas con suavidad, mientras le dedicaba su atención al otro seno. Se metió el pezón en la boca y durante unos segundos lo succionó.

Fabiola notó que los pezones se le endurecían y que estaba mojando las braguitas.

—¿Te gusta? —le preguntó Andreas. Su voz era calmada y sensual.

—Me encanta —gimió Fabiola.

Andreas deslizó las manos hacia abajo y agarró el culo de Fabiola. Dio un impulso, la cogió en volandas, colocando las piernas alrededor de su cintura, y la apoyó contra la pared con un envite, como si quisiera empotrarla. Como un león hambriento agachó la cabeza y hundió el rostro en su cuello con

un gruñido.

Fabiola gimió con fuerza al sentir los dientes de Andreas mordiéndola. Comprendió por qué lo apodaban León. Era como uno. Andreas levantó el rostro.

—¿Voy demasiado deprisa? —le preguntó en tono suave.

Fabiola sonrió.

—No —respondió.

Andreas le alzó la barbilla para mirarla a los ojos.

—Puedo ir más despacio —le dijo.

Fabiola amplió la sonrisa en sus labios.

—No me trates como si fuera una muñeca de porcelana —dijo.

—Lo siento, pero tengo la sensación de que te vas a romper en cualquier momento. Eres tan delicada...

—Te aseguro que no me voy a romper. No soy tan frágil como parezco.

—Me alegra saberlo... Como ves, no soy un hombre tibio.

—No quiero que seas tibio —aseveró Fabiola.

Andreas entornó los ojos y se quedó mirándola de forma felina.

—¿Estás segura? —le preguntó con voz sugerente.

—Completamente segura —respondió Fabiola sin dudarle un segundo.

—Eres muy valiente —bromeó Andreas. Había algo en el brillo de sus ojos color turquesa que le prometía a Fabiola una noche salvaje.

Andreas se inclinó hacia adelante y con pasión renovada la besó. Fabiola movió las caderas y notó su erección en el vientre. Era dura y parecía apremiante bajo la fina tela de las bermudas.

—Hoy vas a conocer a León —susurró Andreas con voz maliciosa.

Le cogió los muslos y la levantó hasta que su sexo quedó a la altura de su boca. Casi no pesaba. Fabiola ahogó una exclamación. Como buenamente pudo se agarró al quicio del armario que había a un lado y a la estantería que

había en el otro mientras apoyaba las piernas en los hombros de Andreas.

¿Cómo podía cogerla sin apenas esfuerzo, como si fuera una pluma?, se preguntó Fabiola.

Andreas le apartó las braguitas, sin quitárselas. Hundió el rostro entre sus piernas y le lamió el clítoris mientras la sujetaba por la cintura con las manos.

—Madre mía... —jadeó Fabiola, poniendo los ojos en blanco. Cualquier pregunta que se estuviera haciendo en esos momentos desapareció de su cabeza.

Andreas continuó pasando la punta de la lengua por su sexo, trazando círculos alrededor, antes de degustarlo con delectación con toda la lengua. Fabiola se retorció de placer, mordiéndose los labios para no gritar.

—Andreas... Dios Santo, Andreas... —suspiró al borde del éxtasis.

Él seguía dándole placer en silencio. Le chupaba y le mordisqueaba el clítoris como si tuviera la intención de devorarlo. Después de un rato, deslizó una mano entre sus piernas e introdujo su dedo corazón en el interior de Fabiola y comenzó a moverlo de manera rítmica dentro y fuera. Ella lo esperaba húmeda, caliente. El doble goce que sintió hizo que arqueara la espalda. Los nudillos se pusieron blancos por la fuerza con que se aferraba al armario y a la estantería.

Andreas encontró rápidamente el punto mágico de Fabiola. Lo acarició repetidamente, hasta que su cuerpo se tensó, preámbulo del intensísimo orgasmo que la sacudió instantes después. Fabiola sintió que temblaba y mientras era presa de una ola de espasmos, perdió el control como nunca lo había perdido.

—¡Andreas! —gritó. Todo le daba vueltas en la cabeza, como si estuviera en un tío vivo.

Él notó que un líquido cálido le llenaba la boca. Cuando la oleada de placer abandonó el cuerpo de Fabiola, la bajó con cuidado y la tomó en

brazos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Muy bien —respondió Fabiola, sonrojada y sudorosa, tratando de regular la respiración.

Andreas la miró a los ojos y sonrió. Se dio media vuelta con ella en brazos y la tumbó en la cama.

CAPÍTULO 29

Andreas se puso encima de Fabiola y comenzó a besarle el cuello. Bajó por los pechos y se entretuvo un rato lamiendo y mordisqueando su tripa y haciendo círculos con la lengua alrededor del ombligo, concentrando la atención en su suave piel.

Se incorporó ligeramente y se quedó mirando sus braguitas. Eran de algodón gris, con lunares rosas fluorescentes y un gracioso lacito del mismo color en el centro del elástico.

—Bonitas braguitas, Estirada —dijo con una sonrisa irónica en los labios.

«Oh, no...», pensó Fabiola para sí, muerta de vergüenza. Andreas estaba viendo sus aburridas bragas de algodón. Si había algo peor que llevar ropa interior de algodón era que un hombre como Andreas Johnson la viera.

—No las mires así —le inquirió ruborizada.

—Así, ¿cómo? —preguntó él con una malicia traviesa.

—Como lo estás haciendo —dijo Fabiola.

Andreas rio, mostrando su dentadura de dientes blancos y perfectos, al tiempo que se inclinaba hacia ella. Asió el borde elástico de las braguitas con los dedos y las deslizó por las piernas de Fabiola, hasta que se las quitó. Las dejó a un lado de la cama.

«Quiero que me trague la Tierra», pensó Fabiola en silencio.

Pero Andreas ya estaba en otra cosa. Alzó los brazos y con un movimiento resuelto se sacó la camiseta por la cabeza y se deshizo de las bermudas. Fabiola admiró su increíble cuerpo. La definición de sus músculos

era perfecta, como el David de Miguel Ángel, y no pudo evitar asombrarse ante el magnífico tamaño de su erección.

Andreas alargó la mano hasta la mesilla de noche, abrió el cajón superior y extrajo un preservativo de la caja que había en su interior. Se colocó entre las piernas de Fabiola y se arrodilló ante ella. Bajo su atenta mirada rasgó el paquete plateado en el que estaba envuelto el condón, lo sacó y se lo colocó a lo largo del pene erecto.

—No sabes las ganas que te tengo —le dijo tajante, al tiempo que se tumbaba sobre ella.

A pesar de que hacía calor en la habitación, Fabiola sintió un escalofrío. El olor del cuerpo de Andreas, una mezcla de limpieza, sol y salitre de mar, le invadió las fosas nasales, poniéndole los sentidos en pie.

Andreas se agarró al cabecero de la cama, sin dejar caer su peso sobre Fabiola. Era tan menuda y parecía tan frágil que tenía la sensación de que podía aplastarla. La penetró de una sola embestida, llenándola por completo. Ella echó la cabeza hacia atrás con un fuerte gemido que inundó la habitación, y le rodeó la cintura con las piernas, para aumentar el contacto con su cuerpo. Nunca una invasión le había resultado tan placentera. Andreas era como un animal salvaje hambriento de ella.

Él no dejaba de mirarla a los ojos grandes y castaños mientras se hundía en sus entrañas una y otra vez.

—Fabiola... —le susurró a ras de la boca.

Sentir su aliento sobre los labios le produjo un estremecimiento.

—Andreas... —dijo ella.

Su voz jadeante y ligeramente temblorosa al pronunciar su nombre excitó a Andreas hasta cotas inimaginables, obligándolo a aumentar el ritmo para alcanzar el orgasmo.

Las manos de Fabiola habían trepado por su espalda y se aferraban a sus

hombros. Andreas notó como sus uñas con manicura francesa se clavaban en su piel. De su garganta se escapó un leve gemido de placer.

Fabiola volvió a jadear, arqueándose más hacia Andreas; buscando más profundidad en los movimientos, más contacto, más intimidad... Él seguía embistiéndola de forma salvaje, sin descanso, sin darle tregua.

Una mezcla de jadeos y gemidos se alzó en el aire como un coro celestial.

Andreas notó estremecerse a Fabiola bajo su cuerpo y supo que iba a correrse, como él. Siguió penetrándola hasta que la llevó de nuevo al límite. Fabiola hincó más las uñas en los hombros de Andreas, apretándolo contra ella.

Una oleada de placer sacudió a Andreas de los pies a la cabeza como un latigazo. Buscó la boca de Fabiola y la besó apasionadamente, enredando la lengua con la suya, al tiempo que se corría en su interior. Continuó con los envites hasta que ella se convulsionó de placer contra él.

—¡Santo Dios! —exclamó Fabiola mientras los espasmos agitaban cada fibra nerviosa de su cuerpo, tensando sus músculos como las cuerdas de una guitarra recién afinada.

Andreas sonrió. Una fina película de sudor bañaba su torso.

—¿Cómo bien? —le preguntó a Fabiola con voz cálida.

—Muy bien —contestó ella. Los ojos le brillaban con un destello de satisfacción.

Andreas inclinó la cabeza y le dio un beso en la frente antes de dejarse caer a su lado. Los labios de Fabiola se elevaron en una sonrisa.

CAPÍTULO 30

Un sol tibio entraba con timidez por las persianas. El alba desprendía un olor dulce a mar en calma que se colaba por la ventana abierta.

Andreas dio media vuelta en la cama. Intentó vislumbrar el perfil de Fabiola entre los claroscuros de la habitación. Dormía plácidamente a su lado. La larga melena de color castaño se desparramaba por la almohada como si fuera un pañuelo de seda. Alargó la mano y le apartó un mechón de la cara para observarla. Durante unos segundos estudió la complexión de su hermoso rostro.

Su cuerpo desnudo estaba enredado entre las sábanas revueltas, cubriéndola solo en parte. El torso y una pierna asomaban bajo ellas. A Andreas le bastó ver un pezón para querer volver a follarla.

«Es una Dubrow», se dijo de pronto.

La afirmación atravesó su cabeza como un relámpago.

¿Por qué se había dejado llevar de esa manera tan irracional? ¿Por qué no lo había detenido? ¿Acaso se le había olvidado que era hermana de Harry?

Porque no había podido, se respondió a sí mismo. No había podido frenar el impulso de besarla, de probar sus labios, y eso había sido su perdición... Ni los cuatro jinetes del apocalipsis anunciando el fin del mundo lo hubieran apartado de ella.

Su expresión se endureció; lo último que necesitaba era oír la voz de su conciencia.

Fabiola se movió ligeramente y tras pestañear un par de veces, abrió los ojos.

—Buenos días —sonrió.

—Buenos días —respondió Andreas.

—¿Has dormido algo?

Andreas se limitó a asentir.

—Estás muy serio. ¿Qué te pasa? —le preguntó Fabiola.

El silencio llenó la habitación. Fabiola se incorporó un poco para poder mirarlo mejor. Sus ojos color turquesa desprendían luz propia con los primeros rayos de sol del amanecer.

—¿Qué te pasa, Andreas? —insistió.

—Quizá esto no ha debido de pasar... —contestó él transcurridos unos segundos.

—¿Por qué? —le preguntó Fabiola, frunciendo el entrecejo—. ¿Tan mal ha estado? —Con una mano se ajustó la sábana alrededor del pecho.

Andreas esbozó una débil sonrisa. La candidez de Fabiola era extraordinaria.

—Ya sé que yo no soy tu tipo, Andreas —se apresuró a decir ella de forma atropellada—. Supongo... Supongo que estás acostumbrado a otro tipo de comportamientos en la cama... Yo...

Andreas le puso el dedo índice en los labios para silenciarla.

—Ha estado muy bien —aseveró.

—¿Entonces?

Fabiola estaba desconcertada.

—Fabiola, yo no soy un chico de compromisos. No se me dan bien las relaciones —afirmó Andreas—. No quiero que pienses que esto...

—Tranquilo, Andreas, no me quiero casar contigo —le cortó Fabiola, tratando de parecer indiferente a la confesión que le acababa de hacer—. Solo ha sido un polvo... —En realidad habían sido varios, Fabiola había perdido la cuenta.

—Siento ser tan directo —se disculpó Andreas.

—No te disculpes por ser sincero —dijo Fabiola—. Todo está bien —añadió.

Andreas buscó su mirada.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Fabiola intentó sonar convincente. ¿Qué otra cosa podía decir? ¿Que le gustaría quedar con él por la tarde? ¿Qué quería volver a pasar otra noche como la que habían pasado? No. Eso sería muy peligroso para ella. Andreas había dejado claro cuál era su postura ante lo que había ocurrido entre ellos. Tampoco podía sorprenderse, Chloe, Dana y Lía ya le habían advertido que Andreas tenía alergia al compromiso, que era un picaflor...

—Me tengo que ir —dijo, rompiendo el silencio del momento.

—Nos vestimos y te acerco a casa —repuso Andreas.

El teléfono de Fabiola sonó de forma insistente. Al oírlo se envolvió en la sábana y se levantó. Lo sacó del bolso, apoyado de malas maneras en una silla y echó un vistazo a la pantalla para ver quién era: Ashley. La realidad la golpeó como una bofetada. Descolgó la llamada.

—¿Dónde narices estás? —le espetó su hermana.

Fabiola puso los ojos en blanco.

—Buenos días, Ashley —la saludó con ironía y voz cansada.

—¿Buenos días? —ladró su hermana—. Llevo toda la noche tratando de dar contigo —se quejó—. Ya no sé ni qué excusa ponerle a mamá.

Fabiola miró de reojo a Andreas, que había comenzado a vestirse de espaldas a ella.

—Me he quedado a dormir en casa de Chloe —mintió.

—¿Y no podías haber avisado?

—Déjame en paz Ashley, ya no soy una niña de diez años —soltó,

cansada de los reproches de su hermana.

—Pues lo parece —siguió gruñendo Ashley al otro lado de la línea.

Fabiola resopló.

—¡Ven para casa ya! —le ordenó Ashley.

Fabiola no se molestó en despedirse, simplemente colgó la llamada. No quería seguir escuchando a su hermana. Se olían problemas a cien kilómetros a la redonda.

Andreas le dijo:

—Cuando estés lista te llevo.

—Es mejor que llame a un taxi —opinó Fabiola, metiendo el móvil de nuevo en el bolso.

Bastantes problemas iba a tener cuando llegara a casa. Su madre iba a poner el grito en el cielo. No quería que Andreas Johnson se convirtiera en otro si la veían con él. Andreas intuyó los pensamientos que pasaban por la cabeza de Fabiola y prefirió no insistir.

—Te pediré uno —dijo.

—Gracias.

CAPÍTULO 31

Amy fulminó con la mirada a Fabiola. Tenía el mismo gesto adusto y fiero que un Rottweiler, de pie al borde de la escalinata del enorme vestíbulo. Sus ojos azulísimos echaban chispas.

—¿Dónde has estado toda la noche? —le preguntó molesta, nada más entrar por la puerta.

—En casa de Chloe, he dormido allí —se justificó Fabiola, con expresión trasnochada.

—¿Es que tú no tienes casa en la que dormir, que tienes que quedarte en la de Chloe? —la amonestó Amy.

—Mamá, por favor...

—¿Sabes lo mal que quedé ayer con los Callaway cuando te fuiste y no apareciste más? ¿Tienes idea del bochorno que pasé?

Fabiola bufó.

—Eso es lo que único que te preocupa, ¿verdad? —le preguntó.

—Fabiola, los Callaway vinieron por ti.

—No, mamá. Vinieron por ti, porque tú los invitaste. A mí ni siquiera me pediste opinión.

—¿Y qué te iba a preguntar? —espetó Amy con desdén.

—Mamá, no tengo diez años —se quejó Fabiola—. Tengo edad suficiente para decidir con quién quiero estar y con quién no.

—No voy a discutir mis decisiones contigo —zanjó Amy.

Fabiola dejó caer los hombros, vencida. Su madre era imposible. No sabía cómo lo hacía, pero siempre terminaba saliéndose con la suya.

—Yo tampoco voy a discutir —replicó Fabiola, pinzándose el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—Fabi, nos tenías preocupados. —La voz de su padre se escuchó en el vestíbulo.

Fabiola se giró hacia él. En ese momento entraba en el vestíbulo desde la cocina.

—Estaba en casa de Chloe —puso como excusa por tercera vez.

—¿Estas bien, cariño?

—Sí, papá, estoy bien.

—Pareces cansada.

—Es que no he dormido mucho.

—Se nota que no has dormido mucho, tienes un aspecto lamentable —le increpó su madre con aire de suficiencia.

«Para ti siempre tengo un aspecto lamentable», pensó Fabiola para sus adentros.

—Déjalo ya, Amy —intervino Charles.

—No voy a dejarlo —replicó ella—. Nos ha tenido toda la noche en vilo. Es una irresponsable.

—Ya —volvió a decir Charles, aumentando unas octavas la voz.

—Me voy a mi habitación —dijo Fabiola, echando a andar hacia la escalera.

No quería convertirse en el motivo por el que discutieran sus padres.

Fabiola abrió la puerta de la habitación, se dirigió a la cama con pasos cansados y se dejó caer sobre ella boca abajo. Resopló contra el colchón.

—¿Quéee? —Chloe casi gritó. Tenía los ojos abiertos de par en par, a punto de salirse de las órbitas.

—Pero ¿dónde?, ¿cuándo? ¿cómo? —Dana se quedó sin saliva con la retahíla de preguntas.

—¿Folla bien? —atajó Lía.

—Calma, por favor —les pidió Fabiola, aplacando su revuelo con las palmas de las manos.

—Vale, pero cuéntanoslo todo —insistió Chloe.

—Madre de mi vida, te has tirado a León —comentó Dana, que no salía de su asombro.

—No lo digas así —repuso Fabiola.

—Empieza a contarnos, por favor —le apremió Lía.

Fabiola se acomodó en la silla de la terraza del *Sky Heaven* y se dispuso a comenzar el relato.

—Me lo encontré en la playa. Él estaba surfeando y yo sentada en la arena echa un mar de lágrimas.

—¿Estabas llorando? —intervino Lía.

—Sí, discutí con mi madre por invitar a Larry y a sus padres a casa —respondió—. El caso es que Andreas me vio y se sentó a mi lado. Después nos tomamos una cerveza en el local de un conocido suyo llamado Jack.

—La Cervecería de Jack es conocida en todo Santa Mónica —apuntó Dana.

—Eso mismo dijo Andreas. El caso es que empezamos a hablar y una cosa llevó a la otra, la noche se nos echó encima...

—Encima se te echó él —bromeó Chloe.

Todas rompieron en carcajadas.

—Sí, también —repuso Fabiola, hablando entre risas.

Pese a que habían pasado ya unas horas, seguía en una nube.

—¿Lo hicisteis en su casa? —se adelantó a preguntar Dana.

Fabiola asintió.

—Sí.

—¿Folla tan bien como dicen? —dijo Lía.

Fabiola no pudo evitar sonrojarse.

—Dios, me da vergüenza hablar de eso.

—Oh, venga ya, no nos dejes con las ganas... —la instó Dana.

—La verdad es que hace honor a su apodo —resumió con voz apocada.

—O sea, que es salvaje... —concluyó Chloe.

—Sí, pero estuvo pendiente todo el tiempo de mí, preocupándose de que estuviera bien.

Lía dejó caer la espalda sobre el respaldo del asiento y suspiró ruidosamente.

—Encima es tierno...

—Bueno, no sé si la palabra es «tierno» —matizó Fabiola, pensativa—, pero sí que es cierto que, a su manera, trataba de que yo estuviera bien.

—¿Cuántas veces lo hicisteis? —preguntó Chloe.

—Chicas, en serio, no me gusta hablar de esto...

Pero ellas no se daban por vencidas.

—¿Dos? ¿Tres? —intervino Dana.

Fabiola arrugó la nariz.

—Perdí la cuenta.

—¡Madre mía! —saltó Lía.

—No sabéis las agujetas que tengo —afirmó Fabiola.

—No me extraña. Has hecho el ejercicio de seis meses —rio Chloe.

Fabiola se tapó la cara con las manos.

—Estoy en una nube, chicas —dijo, destapándose—. Todavía no me lo creo. Fue... genial, pero el hechizo se rompió por la mañana.

—¿Por qué?

—Andreas me dijo que no es un chico de compromisos, que no se le dan bien las relaciones... Ya sabéis lo que significa eso...

—Ya te dijimos que León es un picaflor —le recordó Dana.

—Al menos ha sido sincero —apuntó Chloe.

—Desde luego —afirmó Fabiola.

—¿Sabes qué te digo, Fabi? Que te quiten lo *bailao* —dijo Lía.

Fabiola blandió en los labios una ligera sonrisa.

«Sí, que me quiten lo *bailao*», se dijo a sí misma.

CAPÍTULO 32

Andreas terminó de atornillar la tuerca y se irguió.

—¿Qué cojones me pasa? —se preguntó desconcertado mientras se enjugaba el sudor de la frente con el dorso de la mano.

No era capaz de concentrarse en el trabajo, llevaba todo el día pensando en... Fabiola. Al principio se había preguntado qué le habrían dicho en casa; la conversación telefónica con su hermana no auguraba nada bueno, y después se había obsesionado con la idea de meter el rostro entre sus piernas y saborear la dulzura de su sexo otra vez.

¿Por qué no dejaba de pensar en ella? A cada minuto rememoraba la noche que habían pasado. En su cabeza resonaba el eco de los jadeos y los gemidos que exhalaba Fabiola con cada embestida. Tenía el sabor de su boca grabado en los labios. Le sorprendió descubrir que nunca le había gustado llevar a la cama tanto a una mujer como le había gustado llevarla a ella.

Fabiola era diferente, se lo había dicho a Tony en una de sus conversaciones, y lo pensaba. Era una persona auténtica, real. No era una de esas niñas ricas y mimadas que rayaban la estupidez.

Le había dicho que él no era un hombre de relaciones, y no lo era. No era un hombre de compromisos, pero era la primera vez que follaba con una chica y por la mañana no empezaba a pensar en mil pretextos para deshacerse de ella.

Los pensamientos de Andreas se detuvieron de golpe en su cabeza.

Le gustaba. Fabiola Dubrow le gustaba.

—No, no es posible —gruñó, pasándose la mano por la cabellera rubia

—. No es la chica adecuada ni el momento oportuno —dijo.

Tenía que ser simplemente un capricho. Una cosa pasajera. Y pese a repetirse esa premisa una y otra vez como un mantra, Fabiola seguía ocupando todos sus pensamientos y despertando en él un deseo de lo más inconveniente.

—Estoy confundido... Muy confundido. —Hizo una pequeña pausa—. ¿Qué hago hablando solo? —se preguntó de pronto—. Esto no puede ser bueno...

Se inclinó hacia el coche y continuó atornillando el resto de las tuercas que le quedaban.

—¿Te estás quedando con nosotros? —preguntó Tony a Andreas.

Él negó en silencio con la cabeza.

—Os aseguro que no —respondió.

—¿Te has follado a la pequeña de los Dubrow?

Tony miró a su amigo con una expresión de incredulidad reflejada en el rostro. Matthew, que estaba a su lado con unas bermudas vaqueras y una camiseta blanca sin mangas, lo contemplaba con cara de perplejidad.

—Pero ¿en qué estabas pensando, León? —intervino Matthew.

Andreas se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor.

—No lo sé —respondió escuetamente.

—¿Lo has hecho para vengarte de ellos?

Andreas fulminó a Tony con los ojos.

—¿Qué estás diciendo?! ¡No, joder! —replicó molesto—. ¿Cómo crees que puedo ser capaz de hacer algo así? No soy tan rastrero.

—Está bien, está bien... —dijo Tony, conciliador—. Es que.... No sé, León... sorprende que te hayas liado con la hermana pequeña de Harry. Es un juego peligroso. Esa chica representa problemas.

—Además, no es tu tipo —comentó Matthew.

Andreas se apoyó en el capó del coche.

—Tienes razón, Matthew, no es mi tipo. No es el tipo de mujer con las que suelo estar, pero creo que eso es precisamente lo que me atrae de ella. Fabiola es... —trató de buscar una palabra que la describiera sin entretenerse mucho—... distinta.

—Es una niña de papá. Ha llevado una vida fácil, de lujo y diversión, repleta de privilegios —arguyó Matthew.

—Te equivocas —contradijo Andreas—. Fabiola es una persona que vive controlada por su madre.

—Pero es una Dubrow —le recordó Tony.

—¡Ya lo sé! —exclamó Andreas—. Pero cuando estoy con ella se me olvida por completo quién es, a qué familia pertenece y quien es su hermano...

—Y quienes son sus padres —agregó Matthew.

Andreas dejó escapar un suspiro.

—No sé qué me está pasando —aseveró—. Llevo todo el puto día pensando en ella... Intento no hacerlo, pero se niega a salir de mi mente.

Tony y Matthew intercambiaron una mirada llena de significado.

CAPÍTULO 33

Tendida de espaldas sobre la cama, Fabiola contemplaba el reflejo de la ventana que la luz de la luna proyectaba sobre el techo de la habitación a oscuras. Giró la cabeza sobre la almohada e intentó conciliar el sueño.

Era imposible dormir.

Con los ojos cerrados sonrió y recordó lo que había pasado la noche anterior con Andreas. Pensó en la forma en que la había besado, en que la había acariciado, en que la había hecho el amor.

Se pasó los dedos suavemente por los labios.

Tenía la sensación de que había sido un sueño, pero no era así. Había sucedido realmente. Aunque viviera mil vidas, jamás olvidaría la noche que había pasado con Andreas.

Abrió los ojos. Apretó los labios formando una fina línea.

Pero él no quería nada más. Había sido sincero con ella. Eso no podía echárselo en cara. Se lo había dicho claramente; él no era un hombre de compromisos; no se le daban bien las relaciones, le había confesado. Había sido una noche de pasión y en eso se iba a quedar. Solo había sido sexo. Muy buen sexo, eso sí. Pero solo sexo.

Tenía que cortarle las alas a cualquier resquicio de esperanza que albergara en su cabeza de tener algo más con Andreas.

—Sácatelo de la cabeza, Fabi. Sácatelo de la cabeza, sácatelo de la cabeza... —murmuró.

Dio otra media vuelta en la cama.

Las ganas de ver a Fabiola se estaban volviendo insoportables, hasta el

punto de impacientarlo. Había tratado de apartarla de sus pensamientos durante todo el día, pero se había convertido en una misión imposible. Cuanto más trataba de evitar su imagen, más aparecía en su mente. No era capaz de controlar las ganas que tenía de verla.

Entonces, iría a verla.

Sí, iría a verla.

Se levantó del sofá de un salto, arrugó la lata de cerveza vacía que tenía en la mano y la tiró en el cubo de la basura. En la habitación, se puso los primeros vaqueros que vio en el armario, una camiseta de manga corta azul y salió pitando mientras cogía las llaves de la moto, que descansaban sobre el aparador del pasillo.

Nunca había sentido la necesidad de hacer nada parecido a lo que iba a hacer, pero en esos momentos tampoco lo pensaba demasiado. Ya no quería buscar excusas para dar explicación a la atracción que sentía por Fabiola.

La casa era una de las más lujosas de la zona. La arquitectura exhibía una sobriedad que había ido aumentando con el paso de los años. Un enorme jardín, cuidado al detalle, se extendía a su alrededor. Un caminito asfaltado, presidido por varios arcos de rosas, conducía hasta el pórtico de entrada, donde estaba la puerta de madera de roble.

El resplandor de la luna teñía el espacio de gris y plata, dejando zonas en penumbra.

Andreas observó las sombras aterciopeladas de los árboles que salpicaban el jardín y echó a correr tratando de evitar las zonas sumidas en la oscuridad mientras miraba a un lado y a otro. Si le pillaban se metería en problemas. En graves problemas.

Se detuvo frente a la fachada y miró hacia la ventana del segundo piso. Fabiola le había dicho que esa era su habitación desde que iba a casa de su abuela siendo una niña. La luz estaba apagada.

Se agachó y cogió un puñado de piedrecitas del suelo.

Fabiola resopló ruidosamente. ¿Es que no iba a poder conciliar el sueño en toda la noche? ¿Cuántas vueltas había dado ya en la cama?

Un ruido en el cristal de la ventana llamó su atención. Giró la cabeza. Oyó otro ruido igual, y después otro y otro que sonó más seguido.

—¿Qué es eso? —se preguntó extrañada.

Apartó la sábana y se levantó de la cama. Cruzó la habitación a zancadas. Al llegar a la ventana, descorrió las cortinas blancas. Cuando se asomó, pestañeó varias veces para asegurarse de que no estaba sufriendo una alucinación. Andreas se encontraba en el jardín. ¿De verdad estaba allí? El corazón se le desbocó. Quitó rápidamente el pestillo y levantó el cristal.

—¿Andreas? —alcanzó únicamente a balbucear.

Su rostro se iluminó con una repentina sonrisa que se extendió de oreja a oreja.

—Hola —la saludó Andreas en voz baja.

—Hola —dijo Fabiola—. No tengo el pelo suficientemente largo para lanzártelo y que puedas subir por él —bromeó en un hilo de voz.

—No te preocupes por eso —dijo Andreas.

Antes de que Fabiola pudiera reaccionar, Andreas saltó al tronco del árbol que había al lado de la fachada y trepó por las ramas con una agilidad prodigiosa, hasta alcanzar la ventana. Fabiola lo miraba con asombro, conteniendo la respiración en la garganta. Sus movimientos eran tan habilidosos y felinos como los de un león.

CAPÍTULO 34

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —le preguntó nerviosa, mientras Andreas entraba por el hueco de la ventana.

Fabiola tiró del dobladillo de la camiseta que se había puesto para dormir y que solo le llegaba a la mitad de los muslos.

—Quería verte —respondió Andreas, deslizando la mirada por sus piernas. El delicioso olor de Fabiola asaltó su estomago con suavidad.

No iba a confesarle que, aparte de querer verla, lo necesitaba. Que había tratado todo el día de huir de su imagen y que no lo había logrado.

Su respuesta hizo que en los ojos de Fabiola apareciera un destello de alegría.

—Pero ¿cómo se te ocurre saltar la verja? ¿Estás loco? —dijo, aunque no en tono de reproche—. Es peligroso.

—Ya te lo he dicho, quería verte —respondió Andreas con firmeza.

—¿Siempre eres tan impulsivo?

—Siempre, Estirada.

Al mirarlo, Fabiola advirtió la burla que asomaba a sus ojos azules.

—No me llames Estir...

Las palabras se perdieron bajo los labios de Andreas. Sin apartar los ojos de los de Fabiola, le cogió el rostro entre las manos y la besó desesperadamente, con tanta pasión que ella creyó desmayarse. Fabiola entreabrió los labios y Andreas profundizó el beso, introduciendo la lengua y jugueteando con la suya.

Andreas la sintió suspirar en su boca.

Se separó unos centímetros de Fabiola. Las mejillas estaban teñidas de rubor, los labios carnosos y rosados inflamados por el beso que se acababan de dar y sus grandes ojos castaños brillaban con una súplica silenciosa, pidiéndole más.

Verla en ese estado lo excitó. Había algo en su ingenuidad que lo hacía enloquecer.

Joder, la deseaba, la deseaba como no había deseado a ninguna otra mujer. ¿Qué demonios le pasaba con esa chica?

Tenía que enfriarse, porque parecía un volcán a punto de entrar en erupción.

—¿Te han regañado esta mañana? —le preguntó.

—Mi madre sí.

—Bueno, entiéndela, desapareciste y no sabía dónde estabas —medió Andreas, aunque Amy no le caía precisamente bien.

—Estaba más preocupada de regañarme por haber dejado plantada a Larry —se quejó Fabiola.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber Andreas.

—Porque es la verdad —contestó Fabiola con un deje apesadumbrado en la voz.

Se acarició los brazos y se dirigió a la cama, donde se sentó en el borde.

Andreas la siguió y se acomodó a su lado.

—¿Qué te pasa, Fabiola? —le preguntó.

Fabiola chasqueó la lengua.

—No quiero aburrirte —dijo. Sonrió para cambiar de tema—. Hablamos mucho de mí, ¿por qué no me cuentas algo de ti?

Levantó los brazos y le acarició el rostro. Andreas le cogió las manos y las bajó hasta el regazo, aunque no se las soltó. Le gustaba tener contacto con ella.

—Después hablamos de mí, ahora cuéntame qué te pasa —insistió.

Fabiola lo miró fijamente.

—Andreas, no tienes por qué escuchar mis historias —le dijo.

—Ya sé que no tengo por qué escucharlas, pero quiero hacerlo.

Fabiola se quedó unos instantes en silencio, sorprendida por el ofrecimiento de Andreas.

—Venga, cuéntame qué te pasa —volvió a decir él.

Fabiola se metió el pelo detrás de las orejas.

—Mi madre. Siempre es mi madre —se arrancó finalmente a decir, lanzando un suspiro—. Digamos que no soy su hija predilecta.

Andreas frunció el ceño.

—No creas que son celos de hermana ni esas cosas —se adelantó a decir Fabiola—. No tengo celos ni de Harry ni de Ashley, pero mi madre nunca pierde la oportunidad de dejar constancia de que ellos son mejores que yo.

«¿Por qué no me sorprende?», pensó Andreas para sus adentros. Porque conocía a Amy, se respondió. ¿Qué clase de madre discriminaba a sus hijos?

—Te parecerá ridículo —continuó sincerándose Fabiola—, pero el no ser rubia ni tener los ojos azules como ellos, como mi madre, parece haberme relegado a un segundo plano.

—¿Lo dices en serio? —Andreas estaba atónito ante aquella afirmación.

Fabiola vio el asombro en sus ojos.

—Es estúpido, ¿verdad? Pero sí, mi madre tiene una especie de fijación, como si pretendiera crear una raza aria superior a todos.

Aunque Fabiola acompañó su argumento de una risa, quizá para quitar hierro al asunto, Andreas supo que estaba hablando en serio. No lo dijo, pero pensó que esa mujer estaba trastornada.

—¿Y tu padre? —preguntó.

—Por fortuna mi padre no es como mi madre. Creo que él ve las

distinciones que hace mi madre conmigo respecto a mis hermanos y trata de reemplazarlo dándome todo su cariño. —Guardó silencio unos segundos—. Es agotador tratar de agradar a mi madre. Agotador...

Andreas miró a Fabiola, tenía los ojos húmedos. No era difícil adivinar que estaba haciendo un enorme esfuerzo por no llorar.

¿Cómo podía su madre no estar orgullosa de ella? Fabiola era una persona íntegra, humilde, con valores, al contrario que Harry y Ashley. Ashley se comportaba como una niña mimada; era altiva, arrogante, egoísta y egocéntrica y ¿qué decir de Harry? Era un holgazán, un bueno para nada, que se creía el ombligo del mundo, y también era un delincuente...

Durante un segundo la sangre le hirvió en el interior de las venas. No se olvidaba de que Harry era un delincuente. Sin embargo, Fabiola no tenía la culpa. Alzó los ojos. Las lágrimas estaban a punto de deslizarse por su rostro.

CAPÍTULO 35

Alargó la mano y le rozó la mejilla con los dedos. Durante unos segundos se mantuvieron la mirada —los ojos les vibraban—, hasta que Andreas se aproximó a ella y la besó en los labios. Fue un beso corto, suave, inocente, que la hiciera entender que él estaba allí.

Fabiola sintió que le temblaban las entrañas.

Le ardía la boca como si tuviera ascuas. Estaba hambrienta de besos, hambrienta de Andreas. Le puso los brazos alrededor del cuello y pegó los labios a los suyos.

—No he venido a follar —dijo Andreas, separándose unos centímetros de su boca.

—¿Ah, no? Pues yo pensaba que sí —bromeó sonriente Fabiola.

—No *solo* he venido a follar —admitió él con un suspiro, enfatizando el «solo».

—¿Y a qué más has venido?

Andreas alzó su enorme mano y deslizó el índice desde el lóbulo de la oreja de Fabiola hasta la comisura de los labios, dibujando una línea. Tenía la sensación de que el deseo se le escapaba por los dedos.

—A verte —respondió en voz baja, acariciándole el labio inferior con la yema.

Fabiola sintió un estremecimiento.

—¿A verme? —repitió.

—Sí, y para saber si te habían regañado.

La voz de Andreas se había vuelto susurrante. Deslizó la mano hacia el

cuello de Fabiola, que a esas alturas apenas podía respirar.

—Ya me has visto y ya sabes que me han regañado —dijo, descartando opciones.

—Entonces solo queda una cosa por hacer... —murmuró Andreas.

Habló en tono débil, rendido, consciente de que la situación se le estaba escapando de las manos. Fabiola era capaz de elevar su temperatura hasta el punto de ebullición solo con mirarlo.

La caricia llegó al hombro de Fabiola. Se inclinó hacia adelante, bajó la cabeza y besó la piel que quedaba expuesta a través de la manga que había resbalado por el brazo.

—Sí, solo nos queda una cosa por hacer... —dijo Fabiola mientras Andreas deslizaba la lengua por su clavícula de manera sensual.

Suspiró al tiempo que se dejaba caer en el colchón. Su cuerpo ardía pensando en la expectativa de sus caricias.

Andreas se estiró y se tumbó encima de ella. Siguió besándola en el cuello, alternando los besos con pequeñas succiones, que hacía que a Fabiola se le pusiera la piel de gallina. Bajó las grandes manos hasta encontrar las nalgas, las agarró, hundiendo los dedos en ellas, y la atrajo contra su cuerpo. Después se clavó con fuerza en su pelvis, dejando que notara la dura erección que empujaba contra el pantalón.

—Oh, Andreas... —musitó Fabiola en su boca.

—¿Ves cómo estoy? —le preguntó él con voz quebrada, mirándola a los ojos—. ¿Ves cómo me pones?

El calor que desprendía el cuerpo de Andreas la quemaba a través del pijama.

—Mira cómo estoy yo —dijo Fabiola.

Buscó una de sus manos, la cogió y metiéndola por debajo de sus braguitas, la llevó hasta su entrepierna. Andreas notó de inmediato en sus

dedos la humedad de su sexo.

Sonrió cuando de la boca de Fabiola brotó un sonido sospechosamente parecido a un gemido.

Mientras acariciaba su clítoris con movimientos circulares, agachó la cabeza y la besó. Lo hizo de una manera suave, presionando levemente la lengua contra la de Fabiola. Trataba de mantener el control e ir despacio. No quería que Fabiola pensara que era una especie de animal en celo incapaz de ser delicado, pero le estaba costando horrores mantener la calma. Simplemente verla con aquella camiseta que a duras penas le cubría los muslos le había excitado hasta un punto inexplicable.

Fabiola enroscó los brazos alrededor de su cuello y lo atrajo hacia sí, haciendo el beso más profundo, más húmedo... Se besaron una y otra vez; las bocas cada vez más ansiosas, más voraces. Los dientes de Andreas mordisquearon el labio inferior de Fabiola y tiraron de él.

Se incorporó un poco y asiendo el borde de la camiseta de Fabiola, se la sacó por la cabeza. Su torso desnudo quedó ante sus ojos.

Su cuerpecito era tan menudo...

Bajó la cabeza de nuevo y le acarició uno de los pezones con la lengua. Un gemido ronco trepó por la garganta de Fabiola.

—Por el amor de Dios, Andreas... —murmuró.

En ese momento solo era consciente de él y de nada más. El mundo había desaparecido a su alrededor.

—Cada vez me gustan más tus braguitas de algodón. —El comentario de Andreas la devolvió a la realidad.

Fabiola se llevó las manos al rostro y se lo tapó.

—Oh, no... No, no, no... —susurró avergonzada.

Andreas sonrió divertido. Fabiola parecía una niña pequeña.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, aunque conocía sobradamente el motivo

de su reacción.

Cogió sus manos y se las quitó de la cara.

—No quiero que me veas —dijo Fabiola, volviendo a taparse el rostro.

—¿Por qué?

—Porque estoy muerta de la vergüenza.

—Te lo digo en serio, Fabiola, cada vez me gustan más tus braguitas.

Las de ese día eran negras con graciosos emoticonos amarillos.

—Te estás burlando de mí.

—No me estoy burlando de ti.

Fabiola abrió los dedos y miró a Andreas a través de ellos.

—¿De verdad? —le preguntó.

—De verdad —respondió Andreas, pasando el dedo por el borde del elástico—. Siempre he preferido el encaje, pero no sé qué tienen tus braguitas de algodón que ponen a cien.

Se agachó y comenzó a besarle la tripa por encima de la tela de la braguita.

CAPÍTULO 36

Fabiola gimió como protesta cuando Andreas se apartó.

—No seas impaciente, Estirada —se burló él—, voy a ponerme el preservativo.

Fabiola sonrió y lo miró con una candidez traviesa en los ojos. Se incorporó y asiendo la camiseta de Andreas se la sacó por la cabeza. Su torso musculado quedó al descubierto. Deslizó las manos hasta el botón metálico del pantalón vaquero y lo desabrochó, ante la atenta mirada de Andreas, que la dejaba hacer.

Él cogió la cartera del bolsillo trasero y de ella extrajo un condón. Miró a Fabiola por debajo del abanico de pestañas rubias y se lo tendió.

—¿Quieres que te lo ponga? —le dijo Fabiola a Andreas.

El asintió contundentemente con una inclinación de cabeza.

—Sí.

Fabiola tomó el paquete, lo abrió y sacó el preservativo. Alargó las manos y lo colocó en la punta del pene de Andreas, erecto en esos momentos. Levantó los ojos buscando su aprobación.

—Sigue —dijo Andreas.

—No quiero hacerte... daño.

Andreas sonrió, enseñando sus filas de dientes.

—Tranquila, no me haces daño —dijo condescendiente.

El suave y delicado tacto de los dedos de Fabiola le hizo estremecerse de placer. Cuando llegó casi al final, Andreas cubrió su pequeña mano con la suya y la ayudó a terminar de ponérselo.

—Lo has hecho muy bien —afirmó sonriente.

Cuando Fabiola vio la expresión sensual que vibraba en los ojos de Andreas, una oleada de calor se extendió entre sus muslos.

Andreas la asió por la cintura y tiró de ella para pegarle a él. Las nalgas de Fabiola quedaron sobre sus muslos y su sexo completamente expuesto. Andreas se incorporó ligeramente y fue penetrándola despacio mientras observaba su reacción. Fabiola cerró los ojos y dejó escapar un suspiro cuando él se enterró completamente en su interior, dejándole sentir la calidez y la dureza de su erección.

—Mi dulce Fabiola... —musitó Andreas, entrando y saliendo de ella.

Subió las manos hasta sus pechos y los acarició con suavidad, pasando los pulgares por los pezones. Fabiola arqueó la espalda.

—Andreas... —jadeó.

Andreas aceleró los envites. Cuando las devastadoras sacudidas del orgasmo empezaron a colapsar sus nervios, se inclinó sobre Fabiola, y hundiendo el rostro en su melena, se corrió profiriendo un gruñido gutural.

Mientras el cuerpo de Fabiola se estremecía, percibió los intensos gemidos de Andreas antes de que se derrumbara entre sus brazos.

El rostro de Fabiola descansaba sobre el torso desnudo de Andreas.

—¿Estás despierta? —La profunda voz de Andreas rasgó el silencio.

—Sí —respondió Fabiola.

Levantó la cabeza y miró a Andreas.

—Siento que la cama sea tan pequeña —dijo.

—Es perfecta, así nos obliga a dormir pegados.

—Más bien a dormir yo encima de ti.

Andreas rio.

—El orden de los factores no altera el producto —bromeó.

Fabiola estiró un poco el cuello y le dio un pico. Andreas tiró de ella

para que se acurrucara más en su pecho. La mirada de Fabiola se posó en sus tatuajes. La claridad plateada de la luna iluminaba su piel. Llevó la mano al que tenía en el hombro. Era la cabeza de un león. Estaba hecho de forma tan realista y con tanto detalle que daba la sensación de que en cualquier momento iba a soltar un rugido.

—Me encanta... —murmuró, pasando los dedos por encima, delineando su contorno. Andreas sintió la caricia suave y temblorosa de sus yemas—. ¿Te lo hiciste por tu apodo? —curioseó.

—Sí.

—¿Por qué te llaman León?

—Ya te lo dije, porque me gusta morder —respondió Andreas en tono distendido.

Ladeó la cabeza y lanzó un mordisco al cuello de Fabiola. Ella se encogió y rio.

—Y aparte de porque te gusta morder, ¿por qué te llaman León? —insistió—. ¿Es por tus ojos?

—¿Por mis ojos?

—Bueno, tu mirada es muy felina.

—¿Crees que mi mirada es felina?

—No lo creo, Andreas, lo es. ¿No te has mirado en un espejo? —bromeó—. Tus ojos son preciosos.

—Gracias —dijo Andreas, halagado.

Fabiola se quedó mirándolos unos segundos. Eran profundos y clarísimos, aunque estaban oscurecidos por las sombras que habitaban la habitación, pero seguían viéndose lo suficientemente impresionantes como para dejarla sin respiración. Bajó la vista, de pronto notó que se había ruborizado.

—¿Qué pasa? —dijo Andreas, levantándole el rostro para que lo mirara.

Fabiola sacudió la cabeza, negando. Se sentía como una tonta.

—Tu mirada me intimida —confesó azorada.

Andreas trazó en sus labios una sonrisa.

—Tu ingenuidad sí que me intimida a mí —dijo, dándole un beso en la cabeza. —Al ver que Fabiola estaba pasando un mal rato, cambió de tema—. En realidad, me llaman León porque soy muy impulsivo. Cuando era adolescente era bastante rebelde...

Fabiola frunció un poco los labios.

—¿Eras problemático? —le preguntó.

Andreas tardó unos segundos en responder.

CAPÍTULO 37

—Sí —afirmó al fin—. Les di más de un quebradero de cabeza a mis padres —agregó.

—Entiendo...

—Por suerte me reformé a tiempo.

No le gustaba hablar de ese tema; le incomodaba hacerlo. Lo tenía relegado en los confines de la memoria. Era una parte de su pasado que quería olvidar, porque había sido una época de la que no se sentía orgulloso. Su rebeldía había hecho sufrir mucho a sus padres, pero Fabiola, sin saber el motivo, le inspiraba la suficiente confianza como para contárselo. Además, se sentía muy a gusto con ella. No le juzgaba, no tenía prejuicios y no le hacía preguntas por el simple hecho de saciar la curiosidad.

—Yo creo que tienes otras cualidades del león —dijo Fabiola.

—¿Ah, sí?

—Sí. No te conozco mucho, pero eres protector y noble.

—Esas características son muy buenas.

—Claro, no todo va a ser malo —se burló Fabiola.

—¿Así que tengo cosas malas? —apuntó Andreas.

—Muchas —siguió Fabiola con la broma—. Por lo que he podido comprar, también eres temido, como lo son los leones.

Andreas arrugó el entrecejo.

—¿Por qué dices eso?

—¿Te acuerdas de los chicos que me estaban molestando el día que arreglaste el coche de mi hermano?

—Sí.

—Uno de ellos te reconoció y le dijo a otro que lo mejor era irse.

—De unos años para acá tengo más fama que otra cosa —dijo Andreas—. Ahora soy un buen chico —repuso con voz angelical.

Fabiola sonrió. Alargó la mano, le acarició la línea de la mandíbula y acercando el rostro al suyo le dio un beso en los labios.

—Yo sé que eres un buen chico —afirmó.

Andreas permaneció en silencio. De pronto se acordó de que Fabiola era hermana de Harry, y una Dubrow. Siempre se le olvidaba cuando estaba con ella. Parecía que tocaba una tecla mágica que le hacía borrarlo de su memoria. Sin embargo, la realidad se colaba en algún momento, haciendo que lo recordara.

—¿Estás bien? —le preguntó Fabiola, al verlo tan reflexivo.

Andreas volvió al presente.

—Sí —dijo—. Perdona.

Sacudió la cabeza, intentando apartar los recuerdos, e hizo un esfuerzo para volver al presente.

—¿En qué estabas pensando?

—En un coche que me traen mañana al taller... El cliente es un tiquismiquis —mintió.

No podía contarle lo que había pasado con su hermano diez años atrás. Estaba claro que Fabiola no sabía lo que había sucedido, y él no estaba en condiciones de contárselo. Todavía albergaba demasiada rabia en su interior y probablemente no tendría la fuerza suficiente para mantenerse templado.

Giró el rostro y consultó su reloj de muñeca.

—Es hora de irme —dijo.

Fabiola hizo un mohín con los labios.

—¿No te puedes quedar un poquito más? —le preguntó con voz

ronroneante.

—Está a punto de amanecer, es mejor que me vaya ahora que todavía es de noche. Así no llamaré la atención —respondió Andreas.

Fabiola exhaló un suspiro de resignación. Andreas tenía razón. Se echó a un lado y le dejó vía libre. Él se levantó de la cama con sus ciento noventa centímetros de estatura después de darle un beso en los labios, y completamente desnudo recogió la ropa del suelo y se vistió.

Fabiola se incorporó, tiró de la sábana que los había envuelto y se la colocó alrededor del cuerpo.

—Se que no debería preguntarlo, pero ¿volveremos a vernos? —le dijo a Andreas cuando este se encontraba en el quicio de la ventana.

Él se quedó mirando sus grandes ojos castaños. Su mirada vibraba como la de una adolescente. Alzó la mano para abarcarle el rostro.

—Mucho me temo que sí —respondió con ironía mientras le acariciaba el labio con el pulgar.

Las comisuras de Fabiola se elevaron en una sonrisa y el corazón se le llenó de anhelo. Andreas la acercó a él y tiró de su labio inferior al tiempo que exhalaba el aire en un siseo.

—Ten cuidado —dijo Fabiola a modo de despedida cuando Andreas la soltó. Él asintió.

Se dio media vuelta y con la misma agilidad que había trepado el árbol, descendió por él. Al llegar al suelo, miró hacia la ventana de Fabiola y movió la mano. Ella lo observaba atentamente. Le devolvió el gesto.

Fabiola contempló como Andreas miraba a su alrededor, asegurándose de que no había nadie, y echaba a correr. Atravesó el jardín de unas cuantas zancadas. La silueta de su figura se perdió en las sombras de la noche. Cuando desapareció de su vista, Fabiola cerró la ventana. Apoyó la cabeza en el cristal y se quedó un rato mirando la oscuridad del jardín con ojos de

ensoñación. Andreas había ido a verla a su casa.

Negó en silencio.

Era demasiado intrépido, podían haberlo pillado, y eso hubiera supuesto un problema para ambos. Pero ¿qué importaba? No le importaba absolutamente nada, ni siquiera haberse buscado un problema con sus padres. Andreas había saltado la verja, había cruzado el jardín y había trepado un árbol para estar con ella. ¡Para estar con ella!

Sus labios se abrieron en una sonrisa.

Algo cosquilleó en su estómago.

¿Eran mariposas? Sí, eran mariposas.

El sol comenzaba a abrirse paso por el horizonte y a colorear Santa Mónica de suaves tonos vainilla.

Fabiola bostezó.

—Tengo que dormir un poco, o no seré persona —dijo, pasándose las manos por el rostro.

Se enderezó y arrastró los pies hasta la cama. Se dejó caer sobre el colchón. Estaba agotada; apoyó el rostro en la almohada y cerró los ojos. Casi de inmediato se quedó dormida.

CAPÍTULO 38

Fabiola entró en la cocina.

—Ahora mismo le llevo el desayuno al comedor —se adelantó a decir la mujer encargada del servicio—. ¿Quiere desayuno continental o americano?

—Continental, pero no te molestes, Sebas, prefiero desayunar aquí —respondió Fabiola.

La mujer asintió, conforme. Se giró y comenzó a preparar el café. En esos momentos, Tessa apareció en la cocina.

—Buenos días, cariño —saludó a Fabiola, al tiempo que depositaba un beso en su frente.

—Buenos días, abuela —correspondió ella con una sonrisa.

—Por favor, Sebas, ponme un café —dijo Tessa.

—Enseguida, señora —contestó la mujer, mientras colocaba una taza con leche delante de Fabiola.

Tessa se sentó frente a su nieta.

—¿Qué tal estás? —se preocupó.

—Bien —dijo Fabiola.

Echó un par de cucharadas de azúcar en la taza y lo movió. Tessa se quedó mirándola. Sabía que Fabiola estaba dando vueltas en la cabeza a algo.

—Abuela...

—Dime.

—¿La clase social es importante?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Aquí tiene, señora —intervino Sebas, dejando en la mesa una pequeña

taza de café.

—Gracias —le agradeció Tessa.

Fabiola continuó con la conversación.

—Porque parece que es más valioso el dinero y las propiedades que se poseen que los valores y los principios que se tienen como persona.

—¿Lo dices por lo que ha pasado con Larry Callaway?

—En parte sí. —Fabiola cogió la taza y dio un sorbo—. ¿Pasaría algo malo si yo me enamorara de un chico que no fuera de clase alta?

—¿Te gusta algún chico que es de otra clase social?

—No... No —se apresuró a negar Fabiola—, hablo en un caso hipotético.

Tessa estudió el rostro de su nieta. Alargó el brazo por encima de la mesa y asió su mano.

—No pasaría nada, cariño —le dijo, apretándole afectuosamente los dedos—. Puedes enamorarte de quien quieras.

Fabiola dejó escapar un resoplido.

—No creo que mi madre piense lo mismo —dijo con expresión pesimista en el rostro.

—Fabi, no puedes permitir que tu madre se meta en tu vida hasta ese punto.

—Lo sé, sé que no debería dejarla dirigir mi vida hasta ese punto, pero...

—Pero nada, cariño —le cortó suavemente Tessa—. Nunca aceptes compartir tu vida con una persona a la que no amas. Lo único que harías sería convertir tu existencia en un infierno.

Fabiola contempló unos segundos a su abuela. Sus ojos contenían la sabiduría que solo otorgan los años. Le cogió la mano y se la acercó a los labios.

—Tienes tanta razón —murmuró después de darle un beso en la fina piel

apergaminada.

Tessa bebió un sorbo de café.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo —bromeó—. Y yo ya soy vieja.

—Abuela, tú no eres vieja —dijo Fabiola.

—Bueno, lo que no soy es una jovencita —repuso ella.

—Pero tienes el espíritu joven y eso es lo que importa.

Tessa rio mientras terminaba de beberse el café.

—Me voy, he quedado con unas amigas para ir a un rastrillo benéfico —dijo.

Retiró la silla y se levantó. No había dado un paso cuando notó un leve dolor en el pecho. Se llevó las manos a él.

—¿Estás bien, abuela? —preguntó Fabiola alarmada, al ver el gesto de dolor en su rostro. Se incorporó de un salto y fue a socorrerla—. ¿Qué te pasa?

—Nada, hija, nada —respondió Tessa, tratando de restar importancia al asunto. Forzó una sonrisa—. Estoy bien —dijo, intentando tranquilizarla.

—Pero estás pálida.

—Estoy bien, tranquila.

—Abuela, ¿te has tomado las pastillas hoy?

—Sí, me las he tomado —respondió Tessa como si fuera una niña pequeña. Miró a Fabiola—. Son achaques de los años —añadió con voz despreocupada.

—¿Por qué no llamamos al médico? ¿O vamos a urgencias? —propuso Fabiola.

Tessa hizo un aspaviento con la mano.

—¿Qué médico ni qué médico? —repuso—. Esto es una tontería, Fabi.

—Pero, abuela...

Tessa se enderezó. Por suerte, el dolor ya había remitido en su pecho.

—Si no me voy ya, llegaré tarde a la inauguración del rastrillo —dijo, cambiando de tema—. Venga, termínate el desayuno o se te va a quedar frío —apuntó después.

¿Por qué su abuela era tan testaruda?, se preguntó Fabiola. ¿Por qué nada ni nadie era capaz de convencerla para que fuera al médico?

Suspiró.

—Prométeme que te vas a cuidar —dijo casi como una orden.

Tessa blandió una sonrisa en los labios.

—Te lo prometo.

CAPÍTULO 39

Unos tacones resonaron detrás de Fabiola cuando estaba a punto de alcanzar la puerta.

—¿Dónde vas? —La voz apremiante de su madre resonó en el vestíbulo de la casa.

Fabiola resopló antes de girarse para encararla.

—Mamá, ya soy mayorcita, no tengo por qué estar diciéndote a cada minuto dónde voy —dijo.

—Solo quiero saber dónde vas; últimamente no dejas de entrar y de salir —arguyó Amy, fiscalizadora.

—Estoy de vacaciones —repuso Fabiola—. Creo que estudio bastante durante el curso como para poder pasarme un verano de ocio.

—¿Por qué me hablas así? ¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó Amy.

Fabiola puso los ojos en blanco, cansada de las preguntas de su madre.

—Ya te lo he dicho. Soy mayorcita, no tengo por qué darte explicaciones de todo lo que hago.

Amy chasqueó la lengua.

—Estás insoportable, Fabi —dijo de forma airada.

—Lo siento, mamá, pero llego tarde —concluyó Fabiola sin más explicaciones, mirando la hora en su reloj de muñeca.

Se dio media vuelta, giró el pomo de la puerta y salió de la casa. Si se quedaba un minuto más acabaría discutiendo con su madre, y ya estaba harta. Es lo único que habían hecho desde que habían llegado a Santa Mónica:

discutir.

Chloe se detuvo de golpe en mitad de la tienda.

—A ver, a ver, a ver... que yo me entere bien, ¿estás diciendo que León se coló en tu habitación por la ventana? —preguntó, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Tal y como os lo cuento —respondió Fabiola.

—Pero ¿no sabe que eso es un delito? —apuntó Dana en tono serio.

Cogió un vestido de Carolina Herrera y lo echó un vistazo detenidamente.

—No seas aguafiestas —soltó Lía, girando el rostro hacia ella.

—Se llama allanamiento de morada —aclaró Dana.

La prenda no le convenció y la devolvió a su sitio.

—Ya sabemos cómo se llama —dijo Lía.

—La verdad es que se expuso a que le pillaran —terció Fabiola. Observó un short vaquero corto—. Pero parecía darle igual, es muy... intrépido —apostilló con cierto orgullo en la voz.

—Es un temerario —matizó Dana.

—No iba a dejarse ver —opinó Chloe sensatamente, caminando por el pasillo de la tienda—. No le llaman León por nada. Con los años se ha ganado el apodo a pulso.

—Aún todo no deja de ser peligroso —dijo Dana.

—Tienes razón —apuntó Fabiola—. Y eso es precisamente lo que lo hace más atractivo —afirmó.

—Y más romántico —anotó Lía.

—¿Pero no te había dicho que no quería nada más que lo que había pasado la primera noche? —preguntó Chloe.

Fabiola se encogió de hombros.

—Pues eso me dijo...

—¿Y si le gustas?! —soltó de pronto Lía.

Algunas cabezas se giraron hacia ella.

—Shhh... —siseó Fabiola—. Te van a oír.

Lía bajó la voz.

—Fabi, le gustas a León —pasó de la pregunta a la afirmación—. Si no, ¿por qué ha ido a verte a casa?

Fabiola frunció los labios.

—Eso no significa que le guste —dijo.

—¿Ah, no? —intervino Dana. Tiró de la falda de un vestido para ver de qué tela era—. ¿Entonces qué significa?

—No quiero hacerme ilusiones, chicas —confesó Fabiola con sinceridad, mirando con poco interés la ropa que las rodeaba—. Andreas me gusta mucho y si me creo falsas expectativas, después lo voy a pasar fatal.

—Pues déjate llevar —le aconsejó Chloe.

—Eso es lo que hago.

—Y disfruta el momento —dijo Dana con una nota pícaro en la entonación—. Sobre todo, disfruta el momento.

—Eso también lo hago —respondió Fabiola, con la misma nota pícaro en la voz que había utilizado Dana.

—No lo pienses mucho más ni te adelantes a los acontecimientos, Fabi —comentó Lía.

—Es lo mejor, como os digo, si empiezo a alimentar algún tipo de esperanza, si me hago ilusiones, y luego no hay nada, va a ser muy doloroso.

—Pues nada de hacer castillos en el aire —dijo Chloe—. Lo que tenga que ser, será.

—Lo que no tengo seguro es si voy a ser capaz de mantener separado el corazón de la cabeza —repuso Fabiola.

Sus palabras poseían un deje de preocupación cuando las pronunció.

—Tienes que hacerlo. Tienes que separar una cosa de la otra —intervino

Dana—. Es la única manera de que no salgas herida.

Fabiola se limitó a asentir con la cabeza.

—Quizá estoy jugando con fuego —murmuró.

—Quizá —dijo Lía—. Pero a mí no me importaría quemarme... en este caso —apuntó—. Yo si fuera tú, me pasaba un verano de locura con León y luego ya vería... Vive el presente.

CAPÍTULO 40

Fabiola jugaba en su cabeza con la idea de que aquella noche Andreas fuera a verla, como había hecho el día anterior. Sin embargo, los minutos pasaban uno tras otro por la esfera del reloj sin que apareciera.

—Quizá ya ha terminado todo, quizá hasta aquí ha llegado la historia con Andreas... —murmuró en la oscuridad de la habitación.

Giró el rostro en la almohada y suspiró. Con esos pensamientos dándole vueltas se quedó dormida.

—No sé por qué no te gusta Larry —dijo Ashley con suficiencia. Dio un golpe de melena y se echó unos cuantos mechones hacia atrás.

Fabiola dejó la cuchara llena de sopa a mitad de camino de la boca.

—Porque es un idiota —respondió.

—Fabi, deberías tener en cuenta que Larry es el hijo del alcalde de Sant...

—¿Tú también, Ashley? ¿Tú también? —la interrumpió Fabiola, depositando la cuchara en el plato.

—Yo también, ¿qué?

—¿Tú también vas a empezar como mamá?

—Solamente es un apunte —arguyó Ashley en tono reposado, sin que un solo pelo se moviera de su sitio—, los Callaway son una familia muy influyente.

«Me da igual lo influyente que sea», pensó Fabiola para sus adentros.

Levantó la vista y la fijó en los ojos azules de su hermana. Una idea se abrió paso en su cabeza.

—Ha sido mamá la que te ha mandado decirme esto, ¿verdad? — conjeturó.

—No digas bobadas —dijo Ashley con expresión desdeñosa—, ya te he dicho que solo es un apunte. Larry es un buen chico...

—Ya veo... —masculló Fabiola en un tono inaudible, dejando la servilleta a un lado del plato.

Decidió que ya había escuchado bastante.

Echó la silla hacia atrás, arrastrándola por el suelo. Aquella conversación estaba provocando que se le revolviere el estómago. Estaba completamente segura de que su madre había mandado a Ashley que tratara de convencerla para que saliera con Larry, como quien convence a una persona de que se compre un coche en lugar de otro.

—Pues si tan buen chico es, quédate tú con él —le espetó a Ashley, molesta.

Se levantó, decidida, se dio media vuelta y caminando hacia la puerta, salió del comedor. Ashley la vio irse con indiferencia en la mirada.

A solas en la estancia y completamente en silencio, Andreas Johnson se coló en su mente. Le seguía gustando, tanto como cuando era adolescente. León era endiabladamente atractivo; con solo mirarle se le encendía la sangre, y era algo inevitable.

Amy entró en el comedor.

—¿Has conseguido convencerla? —preguntó a Ashley, sin preocuparse de saludarla.

Sus palabras la devolvieron al presente. Ashley alzó el rostro hacia su madre. Amy era la versión de mediana edad de Ashley.

—No, no quiere ni oír hablar del tema. Larry no le cae muy bien — respondió con ironía.

—Tu hermana no sabe lo mal que me está haciendo quedar con los

Callaway —comentó Amy de mal humor.

—Entonces, deja de insistir —dijo Ashley en tono cansado—. Deja de meterle a Larry por los ojos.

Amy siguió hablando, ignorando el comentario de Ashley.

—¿Sabes si a Fabi le gusta alguien? —curioseó—. No sé, tal vez alguno de los chicos del grupo con los que va...

—No lo sé, mamá, y tampoco me interesa.

—Pero a mí sí —atajó Amy—. Quiero que lo averigües.

Ashley frunció las cejas.

—¿De qué hablas? No voy a ser tu espía, mamá. ¡Es ridículo!

Amy la miró con una sonrisilla en los labios.

—No te pongas teatrera, Ashley. Cualquiera diría que te estoy pidiendo que seas Matta Hari. Lo único que tienes que hacer es preguntar a alguna de sus amigas disimuladamente, o fijarte si le presta más atención a algún chico en particular.

—Yo no salgo por los mismos sitios que Fabiola —argumentó Ashley.

Amy lanzó al aire un suspiro.

—Ashley, no es tan difícil. De verdad que no es tan difícil —dijo.

Ashley meneó ligeramente la cabeza, negando. Su madre era imposible. Sobre todo, cuando se le metía algo entre ceja y ceja. Era mejor arrancarle la cabeza que sacarle la idea de ella. No sabía cuándo parar.

CAPÍTULO 41

Fabiola descorrió las cortinas y miró por la ventana. Aquella noche Andreas tampoco iría a verla. ¿Por qué seguía haciéndose ilusiones? ¿Por qué seguía esperándolo? Porque, a su manera, él le había dicho que volverían a verse. Y a ella le había sonado como una promesa.

Dejó escapar un suspiro lleno de desencanto mientras lanzaba una mirada a la oscuridad que invadía el jardín. Se giró sobre sus talones y se metió en la cama. Lo mejor era olvidarse de la absurda fantasía de tener algo más con Andreas que unas noches de pasión.

Andreas sujetó entre los dedos una de las pequeñas piedras que había cogido y la lanzó contra el cristal. Tras unos segundos de espera, lanzó otra y después otra.

—Venga, Fabiola, asómate a la ventana, asómate a la ventana... —musitó impaciente.

Fabiola abrió los ojos y pestañeó un par de veces, somnolienta. ¿Eran imaginaciones suyas o estaban tirando piedras a la ventana? Dejó de respirar durante un segundo.

—Andreas... —susurró.

Apartó rápidamente las sábanas y salió disparada de la cama. El corazón comenzó a aporrearle el pecho.

Andreas esbozó una sonrisa cuando la figura de Fabiola apareció tras las cortinas. La ventana se abrió.

—Hola —la saludó desde el jardín.

—Hola —correspondió Fabiola mientras se apartaba un par de mechones

y se los colocaba detrás de las orejas. Verlo allí, bajo su ventana de nuevo, le provocó una descarga de adrenalina que fue incapaz de contener.

Andreas puso un pie en el tronco del árbol y unos segundos después estaba encaramado en las ramas superiores.

—Vístete —le dijo a Fabiola al entrar en la habitación.

—¿Por qué quieres que me vista? No entiendo —preguntó ella.

—Quiero enseñarte una cosa —respondió Andreas.

Fabiola miró el reloj.

—¿A las seis de la madrugada?

—Sí, y si no te das prisa, no llegaremos a tiempo —dijo—. Venga, vístete —la apremió.

—Vale, vale...

Fabiola no se paró a pensar qué se ponía, cogió los primeros shorts vaqueros que vio en el armario y una camiseta de tirantes blanca del cajón. Mientras se vestía, Andreas la observaba recostado en el borde del poyete de la ventana, cuyo hueco ocupaba por completo, entre las sombras de la noche y la claridad lechosa de la luna que entraba por los cristales. Tenía las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos y no le quitaba el ojo de encima.

—¿Qué? —dijo Fabiola, al reparar en que no dejaba de mirarla.

—Nada —contestó Andreas.

Fabiola se subió la cremallera del pantalón y se abrochó el botón.

—¿No me vas a decir dónde vamos? —le preguntó, para desviar la atención.

—No, es una sorpresa —negó Andreas.

—Ya estoy lista —dijo Fabiola, estirándose la camiseta.

Andreas le tendió la mano.

—Vamos.

—Espera, espera un momento... —dijo Fabiola al llegar a la ventana—.

No puedo salir por la ventana.

—¿Por qué?

—Porque a mí no se me da tan bien trepar los árboles como a ti.

—Yo te ayudo a bajar —afirmó Andreas—. ¿Confías en mí? —Le dedicó la más cálida de sus sonrisas y los reparos de Fabiola se desvanecieron.

Fabiola apretó los labios y asintiendo en silencio, cogió la mano de Andreas. El corazón le latía tan fuerte que le golpeaba las sienes. Aquello era una locura. Salir de su propia casa por la ventana de la habitación en plena madrugada...

—Pon el pie derecho aquí —le indicó Andreas, señalándole una rama—. Y el otro aquí.

Estaba justo detrás de ella, marcándole el camino para que no sufriera ningún percance. Una mano se encontraba en su espalda, atendiendo al instintivo deseo de protegerla.

—Ha sido más fácil de lo que pensaba —dijo Fabiola cuando puso los pies en el suelo.

—No lo has hecho nada mal, Estirada —bromeó Andreas, dedicándole una mirada con los ojos entornados. Fabiola sonrió.

Andreas buscó su mano y tiró de ella.

Juntos, corriendo uno al lado del otro, dejaron que la oscuridad del jardín los engullera y los convirtiera en clandestinos.

CAPÍTULO 42

Fabiola estuvo a punto de decir algo cuando vio la enorme moto de Andreas, pero decidió no hacerlo. No quería quedar como una mojigata. Aunque se reconocía a sí misma que le daba un poco de miedo. Nunca había montado en moto, y menos en una del calibre de la que tenía delante.

—¿Todo bien? —le preguntó Andreas, al tiempo que le ofrecía un casco negro.

Fabiola dudó unos segundos, mirando el casco, pero finalmente alzó la cabeza y asintió, decidida.

—Sí —afirmó, cogiéndolo.

Andreas se puso el suyo y Fabiola imitó su gesto.

—Agárrate fuerte a mí —dijo Andreas en tono sugerente.

Fabiola pasó las manos por su cintura y rodeó el torso de Andreas. Era una delicia acariciar sus músculos por encima de la fina tela de la camiseta.

—¿Lista? —preguntó Andreas.

—Lista —respondió Fabiola.

Andreas quitó la pata de cabra de la moto con el pie y arrancó el motor. Aceleró un par de veces girando el manillar, y salió dando un envite. Fabiola gritó de la impresión. El impulso hizo que se pegara a su espalda. Andreas sonrió para sí. Así estaba mejor; quería a Fabiola pegada totalmente a él.

—¿Estás bien, Estirada? —le preguntó a través del casco.

Fabiola afirmó con la cabeza.

«Sí, estoy bien. Mejor que bien», pensó para sus adentros.

Una mezcla de emoción y adrenalina burbujeaba en el interior de sus

venas.

Andreas sacó un trozo de tela negra del bolsillo del pantalón y le vendó los ojos a Fabiola.

—¿Cuándo me la puedo quitar? —preguntó ella.

—Cuando yo te diga. No seas impaciente —respondió Andreas—. Dame la mano.

Fabiola le dio la mano y guiada por él, caminaron un trecho. Ella estaba totalmente perdida. No sabía dónde la llevaba Andreas.

—¿No irás a secuestrarme y a pedir un rescate por mí? —bromeó.

—Si te secuestrara no pediría ningún rescate, me quedaría contigo —repuso Andreas.

Al terminar de decir aquello, la cogió en brazos de improviso y la subió en una barca que había atracada en un pequeño embarcadero al norte de la costa de Santa Mónica. A Fabiola se le escapó un gemido de sorpresa.

—Tranquila, no te dejaré caer —murmuró Andreas.

—Gracias —dijo ella.

Andreas aferró los remos y comenzó a bogar mar adentro mientras Fabiola trataba de disimular su impaciencia.

—Ya te puedes quitar la venda —le indicó Andreas.

Fabiola alzó las manos y deshizo el nudo de la tela. Cuando se descubrió los ojos pudo ver lo que tenía delante. El paisaje era tan bonito que quitaba la respiración.

—¿Te gusta? —le preguntó Andreas.

Fabiola dirigió la mirada hacia él. La brisa le apartaba el pelo de la cara. Los largos mechones ondeaban a ambos lados.

—Es... Es precioso —dijo atónita—, y emocionante.

Nunca había visto un espectáculo semejante. La oscuridad de la noche había empezado a rasgarse con los primeros rayos de sol. La línea del

horizonte había desaparecido, confundiendo el cielo y el mar como si fuera un hermoso lienzo de Monet. En el agua, el reflejo de algunas estrellas producía extraños efectos de luz. La misteriosa oscuridad de la noche daba paso lentamente al dorado del amanecer.

La barca en la que se encontraban parecía flotar por sí misma, suspendida en algún punto entre el agua y el cielo. Todo transmitía una paz ilimitada. Era mágico; tan bonito que quitaba la respiración.

—Quiero regalarte un poquito de libertad. ¿Te sientes libre aquí? —le preguntó Andreas con voz suave.

Fabiola sintió que se le erizaba el vello de todo el cuerpo. Esbozó una sonrisa abierta, alegre.

—Sí. Muy, muy libre —dijo con sinceridad.

Estaba emocionada.

La sensación era maravillosa.

Simplemente maravillosa.

Allí, en mitad del mar abierto, sin nada alrededor que distrajera la vista; un lugar sin techo ni paredes, sin sonido alguno que los molestara, como si estuvieran sentados en medio del cielo. Allá donde dirigieras los ojos era mirar el infinito.

—Me siento la reina del mundo —dijo Fabiola, abriendo los brazos de par en par y parafraseando una de las míticas expresiones de la película *Titanic*.

Andreas observaba cada una de sus reacciones. Cuando reparó en que sus ojos estaban empañados por las lágrimas, tomó su barbilla con los dedos, le levantó el rostro y le dio un beso suave en los labios.

—Gracias —le agradeció Fabiola, apoyando la frente en la suya.

—No me des las gracias —dijo Andreas—. Merece la pena solo por ver la carita que tienes en estos momentos.

Tumbados sobre la superficie de madera de la barca, contemplaban las delgadas franjas de nubes que surcaban el cielo.

—¿Sabes que estás loco? —dijo Fabiola en tono de broma—. ¿Cómo se te ocurre sacarme de casa a las seis de la madrugada? ¿Y encima por la ventana?

—Sí, tengo que estarlo —respondió él, y se lo dijo más a sí mismo que a ella, porque cierto era que él se caracterizaba por ser una persona impulsiva, no solía pensar las cosas dos veces, pero jamás había hecho algo semejante por una chica, y menos siendo una Dubrow—. Pero ha merecido la pena, ¿no? —preguntó a su vez.

Fabiola giró el rostro para mirarlo.

—Muchísimo —dijo vehemente. Volvió la cara al cielo—. Eres la única persona que pone un poco de caos en mi vida extremadamente ordenada —añadió.

—¿Soy tu caos?

—Sí, pero en el buen sentido de la palabra. Mi vida se ha convertido en algo totalmente previsible.

Andreas se quedó unos instantes reflexionando.

—Me gusta ser tu caos —afirmó.

—Y a mí me gusta que seas mi caos —dijo Fabiola.

En un impulso, buscó la mano de Andreas y entrelazó los dedos con los suyos. Él los apretó para afianzar el contacto.

—¿Tu madre sigue con lo de Larry? —le preguntó.

—Sí, le ha mandado a mi hermana que me convenza para que le dé una oportunidad, arguyendo que es un buen chico —respondió Fabiola.

—¿Y tú que le has dicho a tu hermana?

—Que, si tan buen chico le parece, que se le quede ella.

Andreas no pudo evitar estallar en una sonora carcajada. Se llevó a la

boca la mano que tenía libre para atenuar el ruido.

—No veo yo a Ashley con Larry —bromeó.

—Ni yo —dijo Fabiola entre risillas.

Andreas giró el cuerpo hacia Fabiola, se tumbó de costado y con la cabeza apoyada en la mano la miró fijamente a los ojos.

—Tampoco le veo contigo... —dijo.

—¿Y con quién me ves? —le preguntó ella.

—Conmigo —atajó Andreas sin preámbulos—. No te veo con otro chico que no sea yo.

CAPÍTULO 43

—Yo tampoco me veo con nadie que no seas tú —dijo Fabiola, acariciándole la mejilla.

Andreas le cogió la mano, se la acercó a los labios y se la besó con suavidad.

—Haces que me olvide de todo, Fabiola, incluso de cosas de las que no debería olvidarme.

Fabiola movió la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿De qué no debes olvidarte? —le preguntó, confundida por sus palabras.

—De que eres una Dubrow.

Antes de terminar la frase, se arrepintió de haberla dicho.

«Maldita sea», se reprendió para sus adentros.

Fabiola se incorporó en la barca.

—¿Por qué dices eso? No lo entiendo...

Andreas pensó algo rápido. Sacudió la cabeza.

—Son tonterías mías —dijo, tratando de quitar importancia a sus palabras.

—¿Tonterías? ¿Qué clase de tonterías?

Andreas se levantó y se sentó en la superficie de madera para estar a la altura de Fabiola.

—Nunca me ha gustado la gente con dinero y tu familia es una de las más adineradas de Santa Mónica —se justificó.

—¿Y eso qué más da? A mí no me importa. La gente no vale por el dinero

que tiene, sino por sus principios, por sus valores... —Andreas sonrió con un punto de condescendencia en los ojos—. ¿Por qué me miras así? ¿Crees que soy una ingenua? —le preguntó.

—Creo que eres extraordinariamente ingenua —contestó Andreas.

Su sensual boca sonrió de medio lado.

—No sé si eso me gusta... —dijo Fabiola, haciendo un mohín con los labios. Bajó la mirada—. Suena a que soy extraordinariamente idiota.

—No quiere decir eso, ni quiero decir eso —le aclaró Andreas.

—No soy una niña rica tonta.

—Lo sé, Fabiola, lo sé. Si fueras una niña rica tonta no estaríamos aquí, te lo aseguro y, aunque pueda parecer extraño, esa ingenuidad es lo que más me atrae de ti.

Fabiola levantó las cejas, sorprendida.

—¿Mi ingenuidad? —repitió.

—Sí, porque en tu ingenuidad está contenida toda tu espontaneidad, toda tu bondad: tu esencia.

—No creo que estés acostumbrado a mujeres ingenuas, Andreas.

—Por eso es por lo que me gustas, precisamente, porque no estoy acostumbrado —dijo él como si fuera algo obvio. Alzó los hombros—. ¿Qué más da lo que me guste de ti, Fabiola? —le preguntó.

—Tienes razón —suspiró ella—. Qué más da. —Hizo una pausa y se acercó a Andreas—. A mí no me importa la clase social —le dijo en tono suave, con el corazón en la mano—. Lo único que me ha traído a mí pertenecer a la clase alta es una total falta de libertad, ya lo sabes... Yo no puedo actuar como realmente me gustaría, con la libertad que lo haces tú. Te envidio, Andreas —dijo con anhelo—; envidio tu independencia, tu impulsividad, incluso tu rebeldía...

Andreas la rodeó con los brazos y la atrajo hacia él, sentándola encima

de sus piernas. Le gustaba sentirla cerca.

La barca se balanceó un poco.

—No me gusta oírte hablar así —dijo Andreas. Le rozó la mejilla con la nariz.

—Estoy bien —se adelantó a decir Fabiola, dejándose envolver por los brazos de Andreas—. Muy bien. Necesitaba hacer algo como lo que he hecho hoy contigo.

Un levísimo susurro de brisa sonó a su alrededor.

—Lo sé. Sé que lo necesitabas —dijo Andreas. Guardó silencio unos instantes antes de volver a hablar—. Estos días te he echado de menos... —confesó. Su voz resultaba cálida al oído.

Fabiola se separó unos centímetros para poder mirarlo.

—¿Y por qué no has venido a verme? —le preguntó.

—Porque he estado fuera de Santa Mónica —respondió Andreas—. He tenido que viajar para comprar una pieza de un Mercedes clásico que tengo que arreglar en el taller, y no tenía tu teléfono.

Fabiola suspiró con alivio al saber que la razón por la que Andreas no había ido a verla había sido de trabajo.

—Yo también te he echado de menos —le dijo con una sonrisa. Le abrazó fuerte y apoyó la mejilla en su hombro—. Contigo me parece que todo es posible. Todo —susurró.

CAPÍTULO 44

Harry frenó en seco para no saltarse el semáforo en rojo, haciendo que las ruedas chirriasen contra el asfalto. Estaba cansado, había estado toda la noche de juerga y apenas se tenía en pie. Mientras esperaba que el semáforo cambiara de color, giró el rostro hacia su derecha. Contrajo las cejas de forma involuntaria. ¿Era Fabi la que había bajado de la moto de León?

—Es imposible... —masculló entre dientes, sin dar crédito a lo que estaba viendo a través de la ventanilla del coche—. ¿Qué demonios hace con él?

Sin quitarle el ojo a Fabiola, hundió el pie en el pedal y salió dando un fuerte acelerón y ganándose el bocinazo de varios coches, que rompieron el silencio del amanecer. El tubo de escape emitió una espesa nube de humo negro.

Dejó el coche aparcado de malas maneras frente al porche y entró en casa. Fabiola se encontraba en el vestíbulo, camino de la escalera. Llevaba las sandalias de la mano para no hacer ruido.

—¿Qué demonios hacías con Andreas Johnson? —le espetó Harry sin más preámbulos.

Fabiola sintió que la sangre le abandonaba el rostro.

—¿Qué...? ¿Qué dices? —titubeó nerviosa.

—No te hagas la idiota, te he visto bajar de su moto... —dijo arrogante Harry.

Fabiola respiró hondo y encaró a su hermano.

—Lo que hiciera con él no es asunto tuyo —respondió, tratando de que

no le temblara la voz.

—No quiero que vayas con él ni a la vuelta de la esquina —aseveró Harry.

Fabiola frunció las cejas.

—¿Lo dices en broma? —preguntó, confusa.

—No estoy bromeando, hermanita. No quiero que vayas con Andreas Johnson ni a la vuelta de la esquina.

—Tú no eres nadie para prohibirme nada, Harry. No soy una niña, puedo ir con quien me dé la gana.

—Te lo digo en serio, si te vuelvo a ver con él se lo diré a mamá y a papá —le advirtió su hermano, serio, apuntándola con el dedo.

—¿Desde cuándo eres un chivato? —inquirió Fabiola, intentando persuadirlo, aunque era evidente que Harry no iba a entrar en razón.

—Me da igual si soy un chivato o no, si vuelves a verte con Andreas Johnson voy a contárselo a mamá y a papá —repitió Harry.

Fabiola levantó la barbilla en actitud desafiante y sus ojos castaños se encontraron con los azul claro de Harry.

—Me da igual que se lo cuentes —dijo firme—. No tengo que darle explicaciones de lo que hago o dejo de hacer a nadie más que a mí misma.

Harry se acercó a ella de un par de zancadas y la agarró del brazo.

—¿Eres imbécil? —le preguntó molesto. Su mirada echaba chispas—. ¿Eres consciente de lo que te haría mamá si se enterara de que estás con un muerto de hambre como ese?

—¡No es ningún muerto de hambre! —exclamó Fabiola. Dio un tirón y se zafó de la mano de Harry, que le había dejado la marca de los dedos en la piel.

—Shhh... —la silenció su hermano, siseando entre dientes—. Baja el tono de voz, ¿o quieres que todo el mundo se entere ahora mismo de que has

pasado la noche con Andreas Johnson?

Fabiola sintió en el pecho una punzada de angustia.

Se mordió los labios.

Si los escuchaban, si Harry hablaba, si se enteraban de que había pasado la noche fuera, con Andreas, tendría que dar explicaciones sobre el modo en que había salido de casa, y eso podría causarle más de un problema. Su madre jamás aprobaría ese tipo de comportamientos, ni siquiera escudándose en que se trataba de una chiquillería, una locura de juventud.

—Déjame en paz —se limitó a decir únicamente.

Se dio media vuelta y enfiló los pasos con los pies desnudos hacia la escalera.

—Estás advertida, hermanita —le recalcó Harry como última palabra.

Fabiola no se molestó en girarse. Obviando el comentario de su hermano, ascendió por la escalinata. Harry se quedó unos segundos inmóvil en el sitio, reflexionando, mientras Fabiola tomaba el pasillo que llevaba a su habitación.

—¿Qué pretende ese cabrón? —masculló—. ¿Por qué anda detrás de Fabi?

Apretó los puños.

Fabiola cerró la puerta a su espalda sin hacer ruido y se recostó en ella, apoyando la cabeza. Cerró los ojos y soltó el aire que tenía acumulado en los pulmones.

¿Por qué se sentía como si estuviera haciendo algo malo?, ¿como si estuviera haciendo algo terrible?

CAPÍTULO 45

Fabiola se sentó en el banco de cuero negro y levantó la tapa del piano. Durante unos segundos observó las teclas blancas y negras y pasó la mano por ellas. De las cosas que le había obligado a estudiar su madre, ir al conservatorio para aprender a tocar el piano era la única que le había gustado realmente. Adoraba la música y adoraba tocar el piano.

Suspiró.

Posó las yemas de los dedos sobre las teclas y comenzó a tocar *Réquiem* de Mozart. Mientras las notas se alzaban llenando el aire de la exquisita melodía del compositor austriaco, la imagen de Andreas se colaba en sus pensamientos.

Hizo un repaso mental de todo lo que había sucedido con él desde que lo vio por primera vez en el *Sky Heaven*. ¿Quién le hubiera dicho que acabaría teniendo una aventura con él? Pero no era una aventura. Andreas lo había dejado claro. Las palabras de Harry la golpearon de pronto, llenándole de angustia. Por supuesto que no iba a dejar de ver a Andreas, pero tendría que ir con pies de plomo. Si a su hermano se le iba la lengua iba a estar en problemas...

¿Qué iba a hacer? Sus padres no aceptarían en casa a Andreas.

La puerta de la sala se abrió.

—Sabía que, si alguien estaba tocando el piano, tenías que ser tú —dijo Charles.

La voz de su padre sacó a Fabiola de su ensimismamiento. Detuvo las manos y dejó de tocar.

—Hola, papá —lo saludó.

Charles avanzó por la estancia con pasos largos. Cuando alcanzó a Fabiola, se sentó en el hueco que quedaba en el banco biplaza. Sonrió a su hija.

—Es una delicia oírte tocar el *Réquiem* de Mozart —afirmó.

Las comisuras de Fabiola se elevaron en una leve sonrisa.

—Gracias —le agradeció.

—¿Qué tal estás, Fabi? —se preocupó por ella Charles.

—Bien —respondió Fabiola, bajando la vista al piano.

—Últimamente discutes mucho con tu madre.

—Está empeñada en meterme por los ojos a Larry Callaway.

—Y, por lo que veo, a ti ese chico no te gusta.

Fabiola negó con un ademán que hizo con la cabeza.

—No —dijo—. Me da igual que su familia sea muy influyente o que su padre sea el alcalde de Santa Mónica... —añadió. Giró el rostro hacia Charles, que en esos momentos mostraba una expresión indulgente—. Lo siento, papá, pero no voy a salir con nadie que no me guste.

—Yo no estoy de acuerdo con lo que está haciendo tu madre —dijo—. Pero ya la conoces... No va a descansar hasta que no se salga con la suya.

—Está vez no se va a salir con la suya, papá. No se lo voy a permitir —replicó Fabiola—. No puede controlar la vida de todos hasta el punto de decidir con quién tienes que casarte y con quien no. No estamos en la Edad Media. Los matrimonios por conveniencia ya no se llevan.

Charles le acarició el hombro afectuosamente.

—Cariño, nadie va a obligarte a nada —dijo.

—Si fuera por mamá... —repuso Fabiola. Guardó silencio unos segundos—. Lo último que ha hecho ha sido mandarle a Ashley que me convenza para que dé una oportunidad a Larry, diciendo que es un buen chico. Un buen

chico... —repitió, levantando las manos—. No es más que un pesado, papá. ¡Un pesado! Más que una vaca en brazos.

Charles rio.

—Lo mejor que puedes hacer es ignorar sus pretensiones—le aconsejó.

—Eso es lo que hago —respondió Fabiola.

—Y también las de tu madre —dijo Charles en tono cómplice.

—También lo hago. Por eso discutimos tanto —expuso Fabiola—. No hay día que no me recuerde el bochorno que pasó delante de los Callaway cuando los invitó a comer.

—¿Porque te fuiste y no regresaste?

—Sí. Me agobié... Necesitaba que me diera un poco el aire. Respirar.

—No tienes que darme explicaciones, yo estoy de tu parte.

Fabiola dejó caer los hombros.

—Lo sé... Sé que tú estás de mi parte, papá. Cambiando de tema, quería hablarte de una cosa...

—¿De qué?

—De la abuela.

—¿Qué ocurre? —preguntó Charles con voz de alarma.

—Tiene que ir al médico, papá. El otro día, al levantarse de la silla, le dio un dolor en el pecho —respondió Fabiola—. Enseguida se la pasó, pero fue un aviso.

—Ya he intentado convencerla para que vaya, pero se niega en rotundo.

—¿Por qué es tan testaruda?

—Detesta a los médicos.

—A nadie nos gustan los médicos, pero hay que ir a verlos. Sobre todo, si te da un dolor en el pecho. Vuelve hablar con ella, papá —dijo Fabiola.

Charles pasó la mano por los hombros de su hija y la atrajo cariñosamente hacia él.

—Lo haré, no te preocupes.

—Y también para que se tome sus pastillas. Tampoco le gustan mucho.

—No, no le gustan nada, como los médicos —bromeó Charles.

Fabiola sonrió ligeramente.

—A ver si entre los dos conseguimos que se haga un chequeo.

CAPÍTULO 46

Andreas dejó las llaves y el casco sobre el aparador del pasillo.

—¡Mamá, ya estoy aquí!

—Estoy en la cocina —dijo Amanda.

Andreas se dirigió a la cocina.

—Hijo —lo saludó Amanda, dándole un beso en la mejilla cuando entró en la estancia.

—Hola, mamá —correspondió Andreas.

—Hace muchos días que no venías.

Andreas se rascó la nuca.

—Es que he estado liado en el taller —se excusó.

Amanda sonrió.

—Me alegro mucho de que hayas venido a comer.

Andreas levantó los ojos y miró por encima del hombro de su madre.

—¿Qué has hecho para comer? —preguntó.

—Tu comida favorita: espaguetis con salchichas.

—Te adoro, mamá.

—Pelota —bromeó Amanda.

Andreas rio.

—¿No está Gerard?

—No, está preparando la carrera paralímpica que se celebra el próximo mes —contestó Amanda. Se volvió hacia la vitrocerámica y movió los espaguetis para que se no pegaran—. Pero vendrá a comer.

—No para —comentó Andreas.

—Nunca —sonrió su madre—. Afortunadamente su paraplejia no es ninguna limitación.

—Gerard puede con todo —dijo Andreas con una nota de orgullo en la voz.

Alargó la mano y cogió un trozo de salchicha de los que había troceados en un plato.

—¿Y tú qué tal estás? —quiso saber su madre.

Andreas se llevó el trozo de salchicha a la boca.

—Bien.

—¿Entonces tienes mucho trabajo?

—Sí, la verdad es que ando bastante liado.

Amanda no quería sacar el tema, pero no tenía más remedio.

—¿Has visto ya a alguno de los Dubrow? —le preguntó a Andreas.

Él carraspeó para aclararse la garganta. Las cosas habían cambiado sustanciosamente en las últimas semanas.

—Todavía no me he encontrado con Harry —respondió, jugando con las palabras.

—Tienes que tener cuidado —le aconsejó Amanda.

Amanda conocía a Harry lo suficiente como para prevenir a su hijo.

—Lo sé. Tranquila.

No podía contarle a su madre lo que estaba sucediendo con Fabiola Dubrow. Era un tema que tendría que tratar con mucho cuidado en otro momento.

—Mamá, ¿los Dubrow siempre han sido así?

Amanda frunció el ceño.

—Así, ¿cómo?

—Arrogantes, soberbios, engreídos, clasistas... —enumeró Andreas, apoyándose en el borde de la encimera.

Su madre se quedó unos segundos en silencio.

—Los Dubrow no —respondió transcurridos unos segundos—. Charles Dubrow era amable y respetuoso cuando era joven.

«Como Fabiola», pensó Andreas para sus adentros.

—¿Y qué pasó?

—Que se casó con Amy Halliday. —Andreas enarcó las cejas. Su madre continuó hablando—. Amy es muy clasista y muy arrogante, y sus hijos han salido a ella.

—Fabiola no es así —se le escapó a Andreas.

Amanda giró el rostro hacia él.

—¿Fabiola? —repitió.

—Es la hija pequeña de los Dubrow —dijo Andreas, intentando parecer indiferente.

—¿Y ella no es así?

—No, es una chica sencilla que no tiene nada que ver con Harry y Ashley.

Amanda entornó los ojos.

—¿Y tú por qué lo sabes?

—Bueno, mamá, todos vamos a los mismos sitios y tenemos amigos en común.

—Entiendo. Pues habrá heredado el carácter de su padre.

—¡Ya estoy aquí!

La voz jovial de Gerard interrumpió la conversación.

—Estamos en la cocina —gritó Amanda.

Unos segundos después, Gerard apareció en su silla de ruedas.

—León —saludó a Andreas, ofreciéndole una amplia sonrisa.

Andreas se acercó a él y le tendió la mano.

—Campeón —dijo, al tiempo que chocaban las manos con efusividad—.

Ya me ha dicho mamá que estás preparando la carrera paralímpica.

—Sí. ¿Vendrás a verme correr? —preguntó Gerard.

—¿Lo dudas? —dijo Andreas—. Estaré allí sin falta.

—¡Genial! Este año espero ganarla por segunda vez —dijo Gerard con el habitual optimismo del que siempre hacía gala.

Hizo rodar la silla de ruedas por la cocina y se acercó al plato de las salchichas para coger un trozo. Amanda dejó lo que estaba haciendo, se inclinó hacia él y depositó un beso en su mejilla.

—Id poniendo la mesa, que los espaguetis estarán listos en unos minutos —indicó.

CAPÍTULO 47

Fabiola tecleó un saludo en WhatsApp que borró de inmediato. Suspiró. Quería enviar un mensaje a Andreas, pero no sabía qué ponerle, pese a que se le pasaban mil cosas por la cabeza.

—¿Y si le doy una sorpresa? —murmuró—. Puedo ir a verle al taller esta tarde...

La idea hizo que sintiera un pellizco en el estómago. Verle siempre le producía esa sensación. Una sonrisa con tintes bobalicones asomó a sus labios. Se dejó caer de espaldas en la cama sujetando el móvil contra el pecho. Los ojos le brillaban con un destello de ilusión. Volvió a suspirar.

Andreas cogió la botella de agua fría, quitó el tapón y dio un trago largo para refrescarse. Miró el reloj mientras dejaba la botella encima de la mesa. Le iba a tocar hacer horas extras con aquel coche si quería que estuviera listo para el día siguiente, como se había comprometido con el cliente. Quería acabar pronto para ir a ver a Fabiola. No sabía de qué manera lo haría, ya se le ocurriría algo, pero quería verla. Sin embargo, al consultar la hora, se dio cuenta de que no iba a ser posible. Era media tarde y aún le quedaban bastantes horas de trabajo por delante.

—Mierda... —masculló.

Se pasó la mano por la frente para secarse el sudor y siguió desmontando el motor que tenía entre manos.

—Hola. —La voz dulce y pausada de Fabiola sonó a su espalda.

Andreas se giró. Se le dibujó una sonrisa en la cara cuando la vio.

—Pequeña... —dijo a modo de saludo.

Estaba sorprendido de verla allí, en medio de su taller, rodeada de herramientas, grasa, neumáticos y piezas de coches usados llenas de polvo. Tenía que reconocer que su sofisticación no pegaba nada con el escenario. Iba arreglada con un elegante vestido de tirantes de color amarillo claro que se entallaba a su fina cintura. El pelo le caía suelto y ligeramente ondulado por los hombros. Ella no era consciente, pero desprendía sensualidad por cada poro de la piel.

Caminó hacia Fabiola, pero se detuvo a un metro de ella.

—No puedo abrazarte, te mancharé —dijo.

Fabiola esbozó una sonrisa en los labios.

—No importa —dijo, y sin pensárselo dos veces, se lanzó a él, abrazándolo por el cuello.

Andreas pasó las manos por su cintura, apretó su cuerpo contra el de ella, se inclinó y la besó.

—El sabor de tus labios es cada día más dulce —murmuró contra su boca.

Fabiola ladeó la cabeza y arrugó la nariz en un gesto divertido.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan romántico? —le preguntó.

—Desde que te has cruzado en mi camino —respondió Andreas en broma—. No sé en qué me estás convirtiendo, pero me obligas a hacer cosas que no hacía desde que era un adolescente.

Fabiola echó la cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada.

—Ríete, pero me pregunto qué extraña brujería estás haciendo conmigo... —siguió con la broma.

—Ya, cállate —balbuceó Fabiola entre risas.

Le dio un pequeño golpe en el hombro.

—Me alegra mucho que hayas venido —dijo Andreas cambiando de tono—, porque ando hasta arriba de trabajo.

—¿De verdad te alegras?

—Mucho. Tenía muchas ganas de verte.

Fabiola frunció los labios.

—No estaba muy segura de venir... —apuntó.

—¿Por qué?

—Bueno, la última vez que estuve aquí fuiste un poco borde —dijo Fabiola.

—Aquel día fui un estúpido, Fabiola —se adelantó a decir Andreas. Se movió incómodo en el sitio.

—Quizá no debí presentarme así... —opinó ella.

Andreas meneó la cabeza.

—Olvidalo, ¿vale?

—¿Que olvide el qué? —dijo Fabiola, guiñándole el ojo.

Andreas extendió en sus labios una sonrisa. Llevado por un impulso levantó a Fabiola en el aire. Cuando sus pies volvieron a tocar el suelo, ella le preguntó:

—¿Puedo quedarme un ratito a hacerte compañía?

—No tienes que preguntarlo, puedes quedarte toda la tarde, si quieres.

Andreas se dirigió a una pila de cajas que descansaban en un rincón del local, cogió un par de ellas y las llevó hasta donde estaba Fabiola. Tomó un trapo limpio de los que tenía colgados del cinturón y las limpió antes de hacer un improvisado asiento.

—Gracias —sonrió Fabiola, al tiempo que se acomodaba.

—¿Quieres algo para beber? Aquí solo tengo agua —dijo Andreas, señalando la botella que había encima de la mesa—. Pero puedo subir a casa a por un refresco.

—¿Tú casa está encima del taller? —preguntó Fabiola.

—Sí, ¿no te diste cuenta cuando estuvimos en ella el primer día que nos

liamo?

—No.

—¿En serio?

—Andreas, te aseguro que mis sentidos no estaban pendientes de nada de eso —dijo Fabiola.

Andreas no pudo evitar reír.

—Ay, Fabiola, Fabiola... —murmuró.

Fabiola se encogió de hombros con el esbozo de una sonrisilla en los labios.

CAPÍTULO 48

—¿Subo a por un refresco?

—No te molestes, prefiero beber agua. Tengo sed y es lo único que me la quita.

—¿Segura?

Fabiola afirmó con la cabeza.

—Sí.

Andreas cogió un vaso de plástico limpio y lo llenó de agua.

—Aquí tienes —dijo, tendiéndoselo a Fabiola.

—Muchas gracias —agradeció ella, tomándolo con la mano.

Se quedó observándola unos segundos mientras bebía un largo trago de agua. No le importaba lo más mínimo estar sentada en un par de cajas, bebiendo agua en un vaso de plástico, en medio de un taller mecánico. ¿Cómo podía ser tan sencilla viniendo de una familia como los Dubrow? ¿Cómo podía ser tan distinta a Harry y a Ashley? No tenía nada que ver con ellos. Absolutamente nada. Se dio media vuelta y volvió al trabajo.

—Tu taller es muy grande —afirmó Fabiola, lanzando un vistazo al perímetro del local.

—De momento es del banco, al igual que el piso —dijo Andreas en tono distendido.

—Bueno, como lo de todo el mundo —repuso Fabiola. Andreas la miró de reojo—. Como lo de casi todo el mundo —rectificó, al pillar el significado de la mirada de Andreas. Ni ella ni su familia sabían lo que era una hipoteca ni las dificultades que se pasaban para llegar a fin de mes.

Después de un rato, Fabiola se levantó y comenzó a deambular por el taller, mirando aquí y allí. Se acercó a una estantería, cogió una llave inglesa y jugueteó con ella.

—Cuéntame algo de ti, Andreas, apenas sé nada de tu vida —dijo.

—¿No sabes nada de mí?

—No, excepto que eres mecánico, surfista, Dj, que tienes un taller y un piso, que te llaman León, que no te gustan las relaciones y que fuiste un adolescente rebelde... Ah, y que tienes los ojos más bonitos de todo Santa Mónica.

Andreas sonrió.

—¿Y no te parece suficiente? —le preguntó.

—Sí, pero ya sabes... me gustaría saber si tienes hermanos, si tienes a tu familia cerca... —dijo Fabiola, que continuaba jugando con la llave inglesa.

—¿Me pasas la llave que tienes justamente en las manos? —le pidió Andreas.

—Sí, claro.

Fabiola avanzó por el taller hasta alcanzar a Andreas.

—Mi madre vive aquí, en Santa Mónica... —comenzó a decir él, cogiendo la herramienta de las manos de Fabiola—... Mi padre murió hace seis años.

—Lo siento.

Andreas desatornilló la tapa del motor.

—No lo veía mucho. Cuando se divorció de mi madre se fue a vivir a Pasadena —siguió—. Tengo un hermano más pequeño: Gerard. Creo que tiene tu edad más o menos.

—Yo tengo veintiuno.

—Él también.

—¿Te llevas bien con él?

—Sí, muy bien. Lo adoro por encima de todas las cosas.

—Tu hermano tiene mucha suerte —dijo Fabiola, con un viso de anhelo en la voz.

Andreas levantó los ojos y la miró. El rostro de Fabiola mostraba una expresión pensativa. Había cogido un pequeño mechón de la parte baja de la melena y lo estaba enrollando en el dedo distraídamente.

—¿Por qué no te llevas bien con tus hermanos? —le preguntó.

—Porque soy distinta a ellos —contestó Fabiola—. A veces me siento como una oveja negra.

—No eres ninguna oveja negra, Fabiola —afirmó Andreas, serio.

No le gustaba que Fabiola se sintiera así, que se sintiera inferior a ellos, porque no era menos que Harry o Ashley. Estaba a años luz por encima de sus hermanos.

—Ven —le dijo. Fabiola le miró extrañada—. Ven aquí —repitió Andreas.

Fabiola caminó hacia él y cogió la mano que le tendía.

—Claro que eres distinta a tus hermanos —comenzó Andreas, acercándose a ella—. Eres distinta a todos, pero eso no te convierte en una oveja negra. Eres mejor que ellos, Fabiola. Al contrario que tus hermanos y que mucha gente, tienes humanidad, y eso te convierte en alguien muy especial. Muy, muy especial —repitió, enfatizando cada una de sus palabras—. Tú brillas con luz propia.

Fabiola sonrió.

—Gracias por tus palabras —dijo, relajándose contra su torso—. Siento aburrirte con mis historias.

—¿Aburrirme? —repitió Andreas—. Nada de ti me aburre. Óyeme bien: nada. Puedes contarme lo que quieras, cuando quieras, las veces que quieras —dijo.

Fabiola se acurrucó más contra su pecho. Le gustaba sentir el calor de su cuerpo contra el suyo. Era reconfortante.

CAPÍTULO 49

La tarde había comenzado a caer sobre Santa Mónica y el crepúsculo matizaba el cielo con colores escarlata.

—¿Me puedes decir dónde está el servicio? —preguntó Fabiola a Andreas.

—Sube a casa por esas escaleras —le indicó Andreas—. En la última puerta a la izquierda tiene el cuarto de baño.

—Gracias.

Fabiola apenas se había fijado en el piso en el que vivía Andreas la noche que pasaron juntos. En esos momentos, más tranquila, observó con detalle el recorrido hasta el cuarto de baño.

La casa estaba muy limpia, pero ligeramente desordenada. Había cosas que estaban donde no deberían estar, como un juego de sábanas en una silla del pasillo. Avanzó por la galería y giró el rostro hacia la puerta abierta que había a su derecha. Era el salón. Se detuvo unos segundos. Una luz rojiza entraba por la terraza. Al otro lado de los cristales, el mar se desplegaba con su magnificencia proyectando unas vistas envidiables. Pasó de largo, no quería curiosear, y finalmente se internó en el cuarto de baño.

—Hola, León.

Andreas levantó la vista con asombro ante la voz que lo saludaba. Ashley Dubrow estaba en el umbral de la puerta del taller. Sus ojos, azules e intensos, lo miraban fijamente. Llevaba el pelo rubísimo perfectamente liso, como si acabara de salir de la peluquería. Un vestido negro corto se ajustaba a su cuerpo marcando cada una de las curvas igual que si fuera una segunda piel.

«¿Qué hace Ashley Dubrow aquí?», se preguntó Andreas en silencio.

De inmediato se acordó de Fabiola, que afortunadamente en esos momentos estaba en el cuarto de baño. Si ambas se encontraban, las consecuencias podían ser desastrosas, sobre todo para ella. Sería casi imposible fabricar una excusa convincente para justificar su presencia en el taller, excepto que estaban juntos.

—¿A qué has venido? —le preguntó con aspereza.

—¿No me vas a saludar? —dijo Ashley, dejando entrever en su tono de voz un halo sugerente.

—Ashley, ¿a qué has venido? —repitió Andreas, ignorando su pregunta y no mostrando ninguna cordialidad.

—A verte —respondió ella sin rodeos.

Andreas quería acabar con aquella visita cuanto antes, pero Ashley no estaba por la labor y avanzó unos cuantos metros, adentrándose en el taller.

—A no ser que quieras que te arregle el coche, no tienes nada que hacer aquí —dijo Andreas, al advertir que Ashley no tenía ninguna intención de marcharse.

—Sigues siendo tan borde como cuando eras un adolescente —comentó ella.

—Hay cosas que no cambian —dijo Andreas seco—. Genio y figura...

—Ya veo —susurró Ashley con voz seductora.

Se echó la melena hacia atrás con un movimiento insinuante de la cabeza. Incluso borde, Andreas Johnson seguía poseyendo un atractivo indiscutible. Aquella pose de chico duro la ponía, la ponía mucho. Era un hombre que destilaba seguridad y sinceridad por cada poro de la piel, sin tener en cuenta las formas, y eso resultaba extremadamente excitante.

—Entiendo que estés enfadado con mi famil...

Andreas no le dejó terminar.

—No quiero hablar del pasado —le cortó rotundo, levantando las manos—. Así que ni se te ocurra decir nada. —Dirigió los ojos hacia la puerta que daba a su piso, pendiente de Fabiola. Después dio un paso hacia adelante. Se quedó mirando a Ashley con gesto suspicaz—. ¿Qué quieres, Ashley? —le preguntó, entornando los ojos.

—¿Aún no lo sabes?

En lo alto de la escalera, Fabiola abrió la puerta para bajar al taller. Se llevó una sorpresa de dimensiones mayúsculas cuando vio a su hermana hablando con Andreas. Fue como un jarro de agua fría. Reaccionó lo justo para dar un paso hacia atrás y entornar la puerta para que no la viera.

—¿Aún no sabes lo que quiero? —alcanzó a escuchar. Aguzó el oído—. Lo mismo que cuando tenía dieciséis años —se respondió Ashley a sí misma.

Andreas sonrió burlón cruzando los brazos.

—Ashley, no quise tener nada contigo cuando tenía dieciséis años y no quiero tener nada contigo ahora —aseveró cortante.

Fabiola se puso tensa al oír aquellas palabras. ¿Ashley había estado enamorada de Andreas cuando era adolescente? ¿Y él le había rechazado?

—No sé por qué nunca te he gustado... —dijo Ashley—. No creo que no sea tu tipo... —añadió, contoneándose de forma insinuante mientras se acercaba a él—. ¿Ni siquiera te gusto para una noche?

Fabiola abrió los ojos de par en par por la pequeña rendija que formaba la puerta con el marco. Los latidos del corazón resonaban ensordecedores en sus oídos. ¿Qué diablos estaba haciendo su hermana?, se preguntó sorprendida. ¿No le había quedado claro que Andreas no quería nada con ella? ¿Por qué tenía que seguir insistiendo?

—Ashley, por favor, vete —le pidió Andreas, utilizando un tono glacial—. Tengo mucho trabajo que hacer.

Ashley se irguió y apretó los dientes. Le iban a estallar de la rabia

contenida. Sus facciones estaban tensas.

—Es una pena que no quieras divertirme —dijo con actitud airada—. Una verdadera pena.

Miró a Andreas con suficiencia antes de dar un golpe de melena y girarse. Con paso firme enfiló la puerta y salió del taller. Cuando la figura de Ashley desapareció, Andreas se dio media vuelta. Fabiola estaba en lo alto de la escalera. Parecía que le había pasado un camión por encima.

CAPÍTULO 50

—¿Estás bien? —le preguntó Andreas.

Fabiola se sentó en uno de los peldaños de la escalinata.

—No sabía que mi hermana había estado enamorada de ti —comentó en un tono medio.

Andreas echó a andar y se sentó a su lado.

—Fue hace muchos años, Fabiola —dijo, restándole importancia.

—Pero Ashley no te ha olvidado. No ha parado de coquetear contigo ni un segundo.

La enorme mano de Andreas le retiró un mechón de la cara y se lo colocó tras la oreja.

—Mírame —le dijo—. Fabiola, mírame... —Aferró su barbilla con los dedos y giró su rostro hacia él para que lo mirara—. Nunca me ha gustado tu hermana. Nunca —enfaticó—. No me gustaba cuando éramos adolescentes y no me gusta ahora. Quiero que eso te quede claro.

Fabiola inspiró profundamente.

—Me queda claro —dijo, pero su voz sonaba débil.

Andreas sonrió. Se acercó a su oído.

—A mí me gustas tú —le susurró en tono extremadamente suave—, y sé una manera de demostrártelo.

Se levantó ante la atenta mirada de Fabiola, que siguió el movimiento de su cuerpo con los ojos. La cogió a horcajadas, haciendo que ella enroscara las piernas alrededor de su cintura, terminó de subir la escalera y entró en el piso.

—Me voy a encargar de despejar todas tus dudas.

Fabiola rodeó su cuello con las manos y le besó con intensa sensualidad. Andreas se encendió de inmediato. El deseo se disparó por sus venas en un torrente de adrenalina.

Cuando entraron en la habitación se abalanzaron sobre la cama sin dejar de intercambiar apasionados besos. Fabiola estaba ardiendo de deseo. Quería sentir a Andreas dentro de ella, abrir las piernas para acogerlo en su interior, para saciar el ansia que se anudaba en sus entrañas.

Andreas abandonó la boca de Fabiola y bajándole los tirantes del vestido, comenzó a darle besos por los pechos, la tripa, el vientre... Fabiola gimió, extasiada. Cada beso suyo le hacía sentir como si tuviera la piel ardiendo.

—Me vuelves loco, Fabiola —musitó Andreas mientras se deshacía de sus braguitas—. Loco...

Fabiola sonrió para sí. Movié las piernas para ayudarle a quitarle la prenda. En solo unos segundos, Andreas se desnudó, extrajo un preservativo de la caja que había en la mesilla de noche, rasgó el paquete plateado y se lo puso.

—No aguanto más —dijo.

—Yo tampoco —susurró Fabiola.

—Me encanta que ya estés lista.

—Yo siempre estoy lista para ti.

Andreas se inclinó lentamente hacia ella. Sus ojos se habían tornado felinos, como los de un león. Fabiola no se hizo rogar y abrió las piernas, exponiéndose a él. Andreas se colocó entre ellas y despacio fue deslizándose en su interior. Los músculos de Fabiola se cerraron en torno a su miembro como un puño cálido y húmedo. Andreas gruñó de satisfacción.

Las manos de Fabiola se alzaron para acariciar su rostro de facciones marcadas. Lo atrajo hacia sí y lo besó. Los labios y las lenguas se entrelazaron

en una danza frenética, aumentando la excitación de ambos.

Andreas se separó unos centímetros y sin dejar de moverse la miró a los ojos. Durante unos segundos se perdió en la profundidad de su intensa mirada color café. Mientras entraba y salía de ella, las manos de Fabiola subían y bajaban por su torneada espalda.

De manera instintiva, Fabiola alzó las piernas y empujó las caderas para moverse al mismo ritmo que Andreas. Elevó el torso y apretó los senos endurecidos contra su duro pecho. El roce de los pezones con la piel la hizo estremecer. Una ola hormigueante de calor se apoderó de su cuerpo.

Andreas bajó la cabeza y hundió la cara en la melena castaña de Fabiola. Inhaló con fuerza. El olor a coco del champú le embriagó los sentidos.

—Fabiola... Oh, Fabiola... —dijo en un susurro jadeante, cargado de deseo.

La voz rota de placer de Andreas en su oído hizo que Fabiola alcanzara el clímax de forma precipitada. Sin apenas ser consciente de ello, sus fibras nerviosas comenzaron a sacudirse, haciendo que su cuerpo se convulsionara bajo el de Andreas.

—¡Andreas, me voy! —gritó.

—Sí, pequeña, déjate ir... Déjate ir... —murmuró él en su boca.

Apenas pudo acabar la frase antes de que un intensísimo orgasmo lo sacudiera de la cabeza a los pies, haciendo que sus músculos se estremecieran.

Jadeante, observó durante unos instantes a Fabiola. Estaba sudorosa y un rubor cálido se había extendido por sus mejillas, confiriéndole una candidez muy sexy.

—¿Tienes alguna duda ahora? —le preguntó con la respiración agitada, aún dentro de ella.

—No —negó Fabiola con una sonrisa.

Andreas también sonrió. Incluyó la cabeza y le dio un suave beso en los labios.

—Ha sido... —comenzó Fabiola.

—... increíble —terminó la frase Andreas.

—Contigo siempre es increíble.

—Y contigo.

Andreas iba a incorporarse, pero Fabiola lo rodeó con los brazos, apretándolo contra sí mientras exhalaba un leve gemido.

—No quiero que salgas de mí —susurró, empujando sus caderas contra las de Andreas.

—Si no me quito de encima te voy a aplastar. Eres muy menuda... —dijo Andreas con media sonrisa.

—No soy de porcelana. Ya has comprobado que no me rompo —afirmó Fabiola.

Andreas se apoyó en el colchón con las manos y la miró a los ojos, en silencio, sin pronunciar ninguna palabra, dejando que el silencio los envolviera.

Fabiola cerró los ojos y se deleitó con la maravillosa sensación de tener a Andreas dentro de ella.

CAPÍTULO 51

—¿Sigues pensando en Ashley? —preguntó Andreas a Fabiola, acariciándole el pelo.

—Sí, no quiero imaginarme lo que hubiera pasado si me hubiera visto salir de tu piso —respondió.

—Yo no dejaba de mirar a la puerta, rezando para que no aparecieras —comentó Andreas.

Fabiola entrelazó sus dedos con los de Andreas.

—¿Qué vamos a hacer con esto? —le preguntó. Su voz sonaba preocupada.

—¿A qué te refieres?

—Aunque no hablamos de ello, estamos viviendo esto de una manera clandestina. No paseamos agarrados de la mano por el paseo marítimo, no nos tomamos nada en una terraza...

—De momento es lo más conveniente —dijo Andreas en tono sensato.

—Lo sé, lo sé... —se apresuró a decir Fabiola—. No lo digo en plan recriminatorio. Yo también sé que es lo más conveniente, y ahora sabiendo que le gustas a mi hermana, es más conveniente aún que mantengamos lo nuestro en secreto. Pero me da mucha rabia...

Andreas se aproximó a ella y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Tenemos que tener cuidado, Fabiola. Por nada del mundo quiero que tengas problemas.

Fabiola mantuvo silencio y apartó la mirada. Andreas la estudió unos segundos y supo por la expresión de su rostro que había algo más que no le

había contado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó. Fabiola seguía sin abrir la boca, esquivando su mirada—. Fabiola, ¿dime qué ocurre? —insistió.

Ella alzó los ojos.

—Mi hermano nos vio juntos.

Andreas se incorporó en la cama.

—¿Cuándo?

—Cuando me llevaste a casa. Me vio bajar de tu moto.

Andreas se puso rígido y masculló una maldición. De toda la gente que los podía ver, tenía que haber sido precisamente Harry.

—¿Y qué te dijo?

—Que no volviera a verte.

Andreas sabía que Harry no solo le había dicho eso.

—¿Y qué más? —le preguntó.

—Que, si lo hacía, que, si volvía a verte, se lo diría a mis padres — contestó Fabiola.

La mandíbula de Andreas se contrajo. ¿Cómo iba Harry a quedarse callado?

—Quizá no deberías verme más... —musitó.

Fabiola se incorporó de golpe y se sentó en la cama.

—¡¿Qué estás diciendo?! ¡¿Estás loco?! —exclamó mientras se apartaba el pelo de la cara—. Por nada del mundo voy a dejar de verte, y mucho menos porque lo diga mi hermano.

Andreas se movió en el sitio, estaba incómodo y sentía remordimientos. No quería que Fabiola sufriera por su culpa. Levantó las manos y se las pasó por la cabeza.

—No quiero que te metas en problemas por mi culpa —dijo.

—¡Mi hermano se puede ir a la mierda! ¡Mi familia entera se puede ir a

la mierda! Ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones.

—Pequeña, no puedes mandar a la mierda a tu familia —apuntó Andreas, haciendo acopio de sentido común—. Para bien o para mal es tu familia.

—Pues lo haré si se oponen a la relación que tengo contigo —se adelantó a decir Fabiola—. Lo que tenemos es... algo increíble, Andreas, y no estoy dispuesta a echarlo a perder.

Andreas le cogió la mano y se la acarició. Se sentía cálida en torno a la de Fabiola.

—Es cierto que tenemos algo increíble, Fabiola, pero hay... hay muchas cosas que nos separan —dijo Andreas.

—¿Qué cosas? ¿La clase social? Andreas, estamos en el siglo XXI. Hoy en...

La melodía del teléfono de Fabiola sonó en el dormitorio, interrumpiendo la conversación. Tomó el cubrecama, se lo enrolló alrededor de cuerpo, haciendo habilidosamente un nudo por encima del pecho, y de un salto se bajó de la cama para buscar el móvil en el bolso.

—Es mi padre... —murmuró. Descolgó la llamada y se llevó el teléfono a la oreja—. Hola, papá —dijo.

—Fabi, ¿dónde estás? —La voz de Charles se escuchaba preocupada. Fabiola pensó una excusa rápida.

—Estoy con... las chicas —respondió.

—Cariño, tienes que venir al hospital —dijo Charles.

La expresión de Fabiola se llenó de alarma.

—¿Al hospital? ¿Qué pasa, papá? —preguntó.

—A la abuela le ha dado un infarto.

CAPÍTULO 52

Fabiola palideció. Durante una décima de segundo se sintió mareada.

—¿Un infarto? —repitió—. Pero ¿cómo está, papá? Dime cómo está.

—Es mejor que vengas al hospital —fue la respuesta de Charles.

Los ojos de Fabiola se anegaron de lágrimas. Andreas, al intuir que algo pasaba, se levantó y se puso los bóxer.

—¿En qué hospital está? —preguntó Fabiola a su padre.

—En el Providence Saint John's Health Center.

—Ahora mismo voy para allá.

Fabiola colgó y dejó caer los brazos a ambos lados de los costados.

—¿Qué pasa, Fabiola? —quiso saber Andreas, al ver el estado de nerviosismo en el que estaba.

—A mi abuela le ha dado un infarto —contestó ella con expresión compungida.

—Pequeña, lo siento.

Sin decir nada, Andreas se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Fabiola se aferró a su torso.

—Tengo que ir al hospital —dijo contra su pecho.

—Yo te llevo.

Andreas alargó el brazo, cogió la mano de Fabiola y la apretó afectuosamente.

—Todo va a salir bien —la animó de camino al Providence Saint John's Health Center—. Tu abuela se va a poner bien.

Fabiola volvió la mirada hacia él. Seguía con los ojos llorosos.

—Eso espero —musitó.

Ya había oscurecido y el azul oscuro de la noche teñía el cielo.

Andreas detuvo el coche y dejó a Fabiola unos metros antes de llegar a la puerta del hospital. No sería conveniente, sobre todo para ella, que los vieran juntos.

—Mantenme informado, ¿vale? —le pidió él antes de que Fabiola se apease del vehículo.

Ella asintió con un nudo en la garganta. Andreas se aproximó y la besó con ternura en los labios.

Fabiola atravesó casi a la carrera el pórtico con columnas que flanqueaban la entrada de urgencias e ingresó en el hospital. Nada más abrir la puerta de la sala de espera se encontró con su familia. Charles se levantó y se adelantó para recibirla.

—¿Cómo está la abuela, papá? —le preguntó.

—Mal —respondió sinceramente Charles—. Le están haciendo pruebas, pero está mal. Los médicos son poco optimistas.

Fabiola se lanzó a los brazos de su padre.

—Se va a recuperar —sollozó impotente—. Se tiene que recuperar. A la abuela no le puede pasar nada malo.

Charles guardó silencio mientras le acariciaba la cabeza con la mano. Apenas podía articular palabra. Cuando deshicieron el abrazo, Fabiola se reunió con el resto de la familia.

—¿Estabas con Andreas Johnson? —espetó su hermano a Fabiola, aprovechando un rato que se habían quedado a solas en la sala de espera.

—No es el lugar ni el momento, Harry —le contestó únicamente Fabiola.

—Le sigues viendo, ¿verdad? —insistió él. Sus ojos azules rezumaban suspicacia.

Fabiola frunció los labios.

—¿Es que no me has oído? No es el lugar ni el momento —repitió—. Por favor, respeta que la abuela está en un hospital; que está mal; que está debatiéndose entre la vida y la muerte.

Harry chasqueó la lengua.

—Pobre de ti si me entero de que lo sigues viendo.

Fabiola se quedó unos segundos mirando a su hermano.

¿Qué le pasaba con Andreas? ¿Por qué esa inquina? No entendía nada. De pronto Harry se comportaba como un matón de tres al cuarto, con amenazas incluidas.

Tomó aire profundamente.

Le daba igual lo que pensara él o el resto de su familia, no iba a romper la relación que tenía con Andreas solo porque ellos no estuvieran de acuerdo. Era su vida, era su relación, y podía hacer lo que quisiera.

«Esta vez no voy a permitir que me controlen», se dijo a sí misma. «No lo voy a permitir».

Una mano le ofreció un vaso de plástico con café. Fabiola alzó los ojos. Era Ashley.

—Gracias —le agradeció, cogiendo el vaso.

Ashley no pronunció palabra. Fabiola se llevó el vaso a los labios y en silencio dio un sorbo de café. Dirigió una mirada a su hermana, que se había sentado en una silla frente a ella. Llevaba puesto el mismo vestido con la que había ido a ver a Andreas. Algunos retazos de la conversación que había mantenido con él se colaron en su mente. Le gustaba. A Ashley le gustaba Andreas. Ahora entendía por qué lo miraba tanto en la fiesta de Terry el día que se cayó a la piscina. ¿Qué diría si supiera que ella estaba en el taller, a solo unos metros, escuchando cada palabra que estaba diciendo? ¿Observando cómo coqueteaba descaradamente con él? ¿Qué diría si supiera que tenía una relación con Andreas? ¿Que estaba saliendo con él?

Sacudió la cabeza y suspiró pesadamente. No quería pensar en ello.

CAPÍTULO 53

Las horas en el hospital transcurrían parsimoniosamente sin noticias de Tessa. Fabiola comenzaba a desesperarse. ¿Cómo era posible que nadie les dijera nada?

Se levantó de la incómoda silla de plástico y acariciándose los brazos de arriba abajo, paseó de un lado a otro de la sala de espera.

—¿Por qué tardan tanto? —se quejó.

—Porque le están haciendo pruebas —dijo Amy—. No seas impaciente, Fabi —le amonestó—. Siéntate, por favor.

Fabiola obvió su comentario y siguió dando vueltas por la sala.

Charles permanecía sentado, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados cuando un médico vestido con un uniforme azul oscuro abrió la puerta y entró.

—¿Familiares de Tessa Dubrow? —preguntó.

Charles abrió los ojos de inmediato, se incorporó y se acercó al hombre alto de pelo blanco que estaba de pie en la entrada. Fabiola se giró hacia ellos.

—Soy Charles Dubrow, su hijo —se presentó Charles.

El médico tomó una pequeña bocanada de aire.

—Señor Dubrow, hemos hecho todo lo que hemos podido. Lo siento... —dijo.

Charles se limitó a cerrar los ojos y a bajar la cabeza con expresión de derrota.

—No... No puede ser... —farfulló Fabiola entre lágrimas—. Abuela, no.

Abuela...

—Lo siento mucho —repitió el médico, posando la mano en el hombro de Charles.

—Gracias, doctor —dijo Amy en tono formal, tomando las riendas de la situación.

El médico asintió y se fue. Fabiola avanzó hacia Charles.

—Papá... —sollozó.

—Ya, cariño —dijo Charles.

Estrechó a su hija pequeña entre los brazos tratando de consolarla. Fabiola estaba echa un mar de lágrimas. Nada que ver con Harry y Ashley, que, aunque afectados por la muerte de su abuela, mantenían un semblante más templado, más comedido.

El sepelio se celebró al día siguiente. Tessa fue enterrada en el mausoleo que la familia tenía en *Woodland Cemetery* y donde estaba enterrado el padre de Charles. A él acudió mucha gente y personas de renombre de Santa Mónica. Entre ellas los Callaway y, por supuesto, Larry, que no desaprovechó el momento para acercarse a Fabiola.

—Te acompaño en el sentimiento, Fabi —dijo, dándole un par de besos en las mejillas.

—Gracias —respondió escuetamente ella.

—Quiero decirte que estoy para lo que necesites.

—Gracias —dijo Fabiola por segunda vez.

—Puedes llamarme cuando quieras, si te apetece hablar...

Fabiola respiró hondo y se armó de paciencia.

—Lo sé, Larry, gracias de nuevo.

—¿Cómo estás, cariño? —intervino Chloe con intención, para alejarla de Larry, que por fin se dio media vuelta y se fue.

—Ha sido tan rápido... —sollozó Fabiola—. No nos ha dado tiempo a

despedirnos de ella.

—No llores —la consoló Chloe, dándole un cariñoso abrazo.

—Ni siquiera pude decirle adiós.

Lía le acarició el pelo.

—Estoy segura de que, dónde quiera que esté tu abuela, sabe que la querías mucho, Fabi —la animó.

—Gracias por venir a acompañarme, chicas.

—¿No pensarías que te íbamos a dejar sola en estos momentos? —dijo Dana.

Fabiola esbozó una débil sonrisa.

—Por cierto, gracias por quitarme de encima a Larry —dijo, mirando a Chloe.

—Ha sido un placer —dijo ella.

En grupo, avanzaron por el enorme cementerio, sorteando las decenas de tumbas que salpicaban el verde césped del suelo.

—Chist... Chist... —Alguien chistó desde alguna parte.

Fabiola miró a su alrededor.

Detrás de un árbol de tronco orondo estaba Andreas, escondido. Fabiola miró a las chicas.

—Nosotras te cubrimos —le dijo Lía con complicidad.

Fabiola asintió con una inclinación de cabeza y el inicio de media sonrisa en los labios y, mirando a un lado y a otro para asegurarse de que no la veía nadie, echó a andar con pasos apresurados en dirección a Andreas.

CAPÍTULO 54

—Sé que no debería haber venido, que no debería estar aquí, pero tenía que saber cómo estabas, tenía que verte, pequeña —se adelantó a decir Andreas antes de que Fabiola pronunciara palabra.

Fabiola sonrió.

—No deberías estar aquí, es verdad, pero no sabes lo que me alegra verte, Andreas —murmuró Fabiola en un arranque de sinceridad—. Siento no haberte llamado —se disculpó, bajando la mirada—, pero no he estado sola ni un segundo.

—Me lo he imaginado. Es normal, son momentos para que la familia esté unida. —Andreas guardó silencio durante unos instantes—. La pregunta es tonta, pero ¿qué tal estás? —dijo en voz baja.

—Bien —respondió Fabiola en un susurro.

Andreas sabía que no estaba bien. Tenía la cara pálida y unas ojeras marrón oscuro coloreaban la piel que rodeaba sus grandes ojos castaños.

—Siento mucho la muerte de tu abuela.

—Gracias.

Andreas hizo un esfuerzo por no tocarla, pero no lo logró. Se la veía tan vulnerable. Finalmente, tras unos instantes de lucha interna consigo mismo, alzó la mano y le acarició la mejilla con ternura.

—Ojalá pudiera darte un abrazo —dijo, con una nota de anhelo en la voz.

—Ojalá pudieras dármelo —repuso Fabiola, con el mismo anhelo que él.

Durante unos segundos se sostuvieron la mirada, sopesando la idea de ignorar al mundo y a las circunstancias que los rodeaba y abrazarse con la

necesidad que les pedía el cuerpo.

Pero era una mala idea.

Una muy mala idea.

Podía verlos cualquier persona y, si eso sucedía, se traduciría de inmediato en problemas para ambos, sobre todo si el que los veía era Harry. Si tenían la mala suerte de que los viera su hermano, no respetaría ni siquiera que estuvieran en un cementerio y que acabaran de enterrar a su abuela. Ya se lo había advertido a Fabiola.

—Tengo que irme —anunció Fabiola de mala gana, rompiendo el silencio que gravitaba por encima de sus cabezas.

Sorbió por la nariz y se colocó un par de mechones de su pelo castaño detrás de las orejas.

No quería irse, no quería despedirse de Andreas, quería quedarse con él todo el día, pero era peligroso que estuviera allí y que ella estuviera hablando con él.

—Sí, lo sé. No es prudente que nos vean juntos —dijo Andreas, comprensible. Dejó caer la mano sobre el costado.

—No, no es prudente —susurró Fabiola.

Andreas bajó un poco la cabeza y buscó su mirada.

—Sabes que me tienes aquí para lo que quieras, ¿verdad? —dijo en tono suave.

—Sí, por supuesto que lo sé —respondió Fabiola.

—Vale —dijo Andreas—. Cuídate —añadió, tras unos cuantos segundos de silencio, en los que sus ojos volvieron a prenderse en una mirada llena de anhelo—. Duerme un poco.

—Lo haré.

—¿Me lo prometes?

Fabiola movió la cabeza.

—Sí.

Se dio media vuelta. No servía de nada dilatar el momento y en cambio aumentaba las posibilidades de que los pillaran hablando. Mientras caminaba para unirse al grupo de sus amigas, giró la cabeza una última vez.

—Adiós —dijo por encima del hombro.

—Adiós —vocalizó Andreas, al tiempo que se despedía con la mano.

La observó alejarse con su solemne traje de chaqueta negro junto a sus amigas y no apartó la mirada hasta que salió del cementerio. Le mortificaba no poder acompañarla en esos momentos tan duros. Fabiola tenía una relación muy estrecha con su abuela, más de la que tenían Harry y Ashley, siempre más fríos y desabridos, y su muerte estaba siendo un golpe para ella.

Pero las circunstancias mandaban y había que guardar las formas. Eran demasiados escollos los que tenían que salvar y Andreas ignoraba de qué modo iban a hacerlo. Tenían todo en contra. Todo. Era consciente de que ir al cementerio había sido una imprudencia, pero no había podido evitar el impulso de ver a Fabiola. Era una necesidad saber cómo estaba; verla, aunque no pudiera darle un abrazo.

Tras esperar un tiempo prudencial y asegurarse de que toda la gente había abandonado el *Woodland Cemetery*, se dio media vuelta y salió. Una vez fuera, se subió a la moto, siempre más discreta que el coche, se puso el casco, arrancó y puso rumbo al taller.

CAPÍTULO 55

El salón estaba lleno de invitados. La mayoría de las personas que habían acudido al cementerio se habían pasado por la casa para rendir un último homenaje a Tessa, como era de rigor. Retazos de conversaciones viajaban por el aire mientras el personal de servicio llevaba bandejas con canapés y bebidas de un lado a otro.

Fabiola, Chloe, Dana y Lía habían preferido refugiarse en el jardín, tratando de alejarse del bullicio del salón.

—No sé qué hacer... —dijo Fabiola, cogiendo el vaso de agua que descansaba sobre la mesa de mimbre. Las chicas estaban sentadas a su alrededor.

—¿Sobre qué? —preguntó Lía.

Fabiola dio un trago.

—Mi hermano sabe que estoy viéndome con Andreas —respondió. Se echó el pelo hacia atrás con la mano.

—¿Por qué lo sabe? —preguntó Dana.

—Me vio bajar de su moto el día que estuvimos en la barca.

—Qué fatal casualidad —comentó Lía.

—Mucho —dijo Fabiola.

—¿Y qué te dijo Harry? —intervino Chloe, impaciente.

—Que si sigo viéndole se lo dirá a mis padres.

—¿Te ha amenazado? —Fue Dana quien habló en esa ocasión.

—Algo así.

Fabiola dejó el vaso encima de la mesa.

—Qué fuerte —dijo Chloe.

—¿Y estás pensando en dejar a Andreas? —preguntó Lía.

Fabiola levantó la vista hacia su amiga.

—No, no. De ninguna de las maneras —respondió con contundencia—. Antes me iría de casa —afirmó.

Las chicas se miraron entre ellas, visiblemente sorprendidas. Chloe carraspeó antes de lanzarse a hablar y se metió un par de mechones rubios tras las orejas.

—Cariño, ¿no crees que sería demasiado precipitado? —dijo en tono cauteloso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fabiola a su vez.

—Bueno, con León no tienes una relación seria, lleváis muy poco tiempo saliendo...

—Y siempre de forma clandestina —apuntó Lía.

—Tenéis razón, pero lo que hay entre nosotros es algo increíble —dijo—. De verdad, chicas. Increíble —repitió.

—¿No crees que solo puede ser un amor de verano? —dijo Dana.

Fabiola movió la cabeza de un lado a otro, negando enérgicamente.

—Os aseguro que no es un amor de verano. Es mucho más. Mucho, mucho más —repuso—. Andreas me hace sentir especial, divertida, atrevida... Pone un poco de adrenalina en mi aburrida vida, y es el único que me hace sentir libre... lejos de las ataduras de mi madre. Me ha enseñado a sentirme viva. —Hizo una breve pausa para tomar aire y fue pasando los ojos por cada una de sus amigas—. Y me gustaría contar con vosotras —dijo con un matiz de desaliento.

—Por supuesto que cuentas con nosotras, Fabi. Eso no lo dudes —se adelantó a decir Chloe.

Se inclinó hacia adelante y acarició el brazo de Fabiola.

—Eso no lo dudes —terció Dana.

—Te vamos a apoyar y a ayudar en todo lo que podamos —afirmó Lía.

—Gracias. Muchas, muchas gracias —les agradeció Fabiola. Abrió los brazos para abrazar a sus tres amigas. Las cuatro se fundieron en un caluroso estrujón—. Hay otra cosa que me preocupa... —siguió hablando cuando se separaron.

—¿Qué? —dijo Lía.

En esos momentos Harry salió al jardín. Dana le siguió con la mirada, y aunque se lo comía con los ojos, él no estaba mucho por la labor de hacerle caso.

—Tu hermano no me da ni la hora —comentó Dana con desesperanza.

—Es un idiota —dijo Fabiola.

—Pero está tan bueno... —suspiró Dana, apoyando el rostro en la mano—. Con esos ojos azulísimos y ese pelo rubio... y ¿qué decir de la barbita? Se parece a Travis Fimmel, el actor de la serie Vikingos.

Chloe chasqueó los dedos un par de veces delante de su cara.

—¿Hola? Estamos aquí, Dana, intentando animar a Fabi —dijo.

—Lo siento —se disculpó Dana, volviéndose hacia el grupo—. Pero es que se me van los ojos.

—Ya lo vemos... —apuntó Chloe en tono de broma.

—¿Qué es lo que te preocupa, Fabi? —retomó el tema Dana, devolviéndole la atención a su amiga.

—¿No os podéis imaginar quién fue a ver a Andreas al taller?

—¿Hombre o mujer? —dijo Lía, como si fuera un juego de adivinanzas.

—Mujer.

—¿Rubia o morena?

—Rubia.

—Debby, la chica con la fue a la fiesta de Terry —dijo Lía al azar.

—Frío, frío... —contestó Fabiola.

—Ni idea. ¿Quién ha podido ir a verlo para que nos pueda resultar sorprendente? —lanzó al aire Dana.

—Ashley —dijo Fabiola a media voz.

CAPÍTULO 57

Las chicas abrieron las bocas hasta que casi se les desencajó la mandíbula.

—¿Ashley? ¿Ashley, tu hermana? —dijo Chloe, incrédula, deteniendo su refresco a mitad de camino de los labios.

—Fabi, ¿te estás quedando con nosotras? —preguntó Dana.

—No me estoy quedando con vosotras; Ashley estuvo en el taller de Andreas —repitió.

—¿Te vio? —atajó Lía con prisa.

—No, por suerte cuando llegó yo estaba en el cuarto de baño.

—Menos mal. Se hubiera armado la mundial si llega a verte —comentó Chloe, con las manos en el pecho—. ¿Y qué hacía allí? —preguntó seguidamente.

—Le gusta Andreas, estuvo todo el rato insinuándose —contestó Fabiola, incómoda.

—¿¿Qué!?! —gritaron todas al unísono.

—Al parecer, ya estuvo detrás de él cuando eran adolescentes —explicó Fabiola.

—¿Te lo ha dicho Andreas? —preguntó Dana.

—Sí.

—¿Y se liaron por aquel entonces? —curioseó Lía.

—No. A Andreas nunca le ha gustado Ashley. —Fabiola se frotó las manos—. Y si os soy sincera, no me gustaría estar con un chico que anteriormente hubiera estado con mi hermana.

Chloe enarcó las cejas.

—Me pregunto qué dirá tu hermana cuando sepa que estás saliendo con Andreas —dijo.

—Yo también me lo pregunto —apuntó Fabiola—. Y si de algo estoy segura es de que no le va a hacer ninguna gracia.

—Siento decir esto, Fabi —comenzó Dana—, pero no me explico cómo Ashley se ha fijado en León. Tu hermana es muy clasista.

Chloe giró el rostro hacia ella.

—Estamos hablando de León, Dana, estamos hablando del animal más bello del mundo. Nadie puede resistirse a él —apostilló con obviedad, al tiempo que gesticulaba con los brazos.

—¿Eso no es lo que decían de Ava Gardner? —bromeó Fabiola.

—De Ava Gardner y de Andreas Johnson —aseveró Chloe.

Todas rieron.

—La situación es surrealista —comentó Fabiola.

—La verdad es que un poco sí —dijo Lía.

—Pues yo me alegro de que hayas sido tú la que se haya llevado el gato al agua —argumentó Dana.

—Lo malo es que me va a traer consecuencias...

—Tú no estás haciendo nada malo, Fabi —comenzó Chloe—. Andreas no iba a estar con tu hermana de ninguna forma, independientemente de que haya empezado una relación contigo o no.

—No creo que Ashley lo vea de esa manera —dijo Fabiola con visible pesimismo.

—Pero ese es su problema, no el tuyo —intervino Lía para animarla—. Si la situación fuera al revés, si fuera ella la que tuviera una relación con León y tú la que quisiera estar con él, le iba a dar igual.

—En eso estoy totalmente de acuerdo —apuntó Dana—. A ti te hubieran

dado por donde amargan los pepinos.

—Puede ser, pero yo no soy como ella.

—No pienses en eso, Fabi, sino te vas a amargar. Vive el momento; disfrútalo, y no te adelantes a los acontecimientos —le aconsejó Chloe.

—Vive tu vida —dijo Lía.

—Lo que tengo claro que es que no voy a dejar que nadie estropee mi relación con Andreas —declaró Fabiola con expresión rotunda—. Él se ha convertido en el único soplo de libertad de mi vida. Con él me siento libre, libre como nunca me he sentido; lejos del control que mi madre ejerce sobre mí y sobre quienes la rodean.

—¿Es un acto de rebeldía? —le preguntó Chloe.

—Al principio creo que sí —reconoció Fabiola—. Cuando fui a verle al taller la primera vez lo hice impulsada por mi rebeldía, por llevar la contraria a todo lo establecido en mi vida. —Miró a Chloe—. Tú me lo dijiste claramente: era hora de empezar a hacer mi vida, que para eso es mía.

—Y lo mantengo —confirmó Chloe—. Tienes que coger las riendas de tu destino.

—Eso es lo que he hecho —afirmó Fabiola—. Y ahora que las he cogido no las voy a soltar.

CAPÍTULO 58

Fabiola estaba sentada en el sofá de mimbre del jardín, observando las estrellas que salpicaban el negro del cielo. La luna llena se reflejaba en el agua de la piscina y la brisa corría fresca, agitando sus largos mechones de pelo

La mano de su padre apareció con una pequeña manta.

—Te vas a quedar fría —dijo Charles.

—Gracias, papá —respondió Fabiola al tiempo que la cogía.

Charles se sentó a su lado.

—¿Qué tal estás? —le preguntó a su hija.

—Bien, ¿y tú?

—Bien. Al final no deja de ser ley de vida, aunque no nos guste —comentó Charles.

Fabiola se echó la manta por los hombros.

—Solo han pasado unas horas y ya la echo de menos —repuso en tono monocorde, apoyando la cabeza en el hombro de su padre.

—Yo también —dijo Charles.

—¿Qué vamos a hacer ahora sin la abuela?

—Seguir con nuestra vida. El mundo no se detiene.

Fabiola pasó los brazos por la cintura de su padre.

—Yo no quiero que te mueras nunca, papá.

Los labios de Charles se elevaron en una débil sonrisa ante el ingenuo comentario de Fabiola.

—Yo siempre te voy a proteger, cariño —dijo, descansando su rostro en

la cabeza de Fabiola—. Siempre.

Fabiola se apretó contra él. Quería a su padre sobre todas las cosas. Juntos habían formado una especie de equipo que nada tenía que ver con su madre ni sus hermanos.

—¿Va todo bien? —le preguntó Charles.

Fabiola no contestó de inmediato.

—Sí —dijo al fin.

—Fabi, sabes que puedes confiar en mí.

—Lo sé.

—Y también sabes que te apoyaré siempre.

—Sí, también lo sé.

Los nudillos de Andreas golpearon el cristal un par de veces. Fabiola se giró en la cama y entornó los ojos para aguzar la vista. Sonrió al verlo encaramado al árbol. Antes siquiera de pestañear, se levantó de la cama y atravesó corriendo la habitación.

—Andreas... —murmuró al abrir la ventana.

—Vengo a darte ese abrazo que ha quedado pendiente esta mañana —dijo él, justificando su presencia allí—, y a mimarte un poco —agregó.

Fabiola sintió que se le derretía el corazón. Dio un paso para atrás y dejó que Andreas entrara. Él extendió sus largos brazos y la rodeó con ellos, estrechándola contra su torso.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bueno, más o menos... —respondió Fabiola—. Aunque ahora que estás aquí mucho mejor.

Andreas la apretó más contra él. Durante un rato permanecieron así, de pie, pegado uno al otro; abrazados en la oscuridad de la noche, sintiéndose la piel y el latido del corazón.

—Tienes que dormir —le dijo Andreas al deshacer el abrazo.

Fabiola se pasó la mano por los ojos.

—No puedo dormir.

Andreas buscó su mano y se la cogió.

—Ven —dijo.

Tiró ligeramente de ella y la arrastró hasta la cama. En silencio se tumbaron sobre el colchón. Andreas acercó a Fabiola a él y la abrazó por detrás. Ella se acurrucó contra su pecho.

—Duerme un poco, pequeña. Estás agotada física y emocionalmente. Necesitas descansar.

Siguiendo el consejo de Andreas, Fabiola cerró los ojos y, entre sus brazos, se dejó atrapar por Morfeo.

—No te vayas —dijo Fabiola, acurrucándose mimosa contra su pecho—. Me encanta que seas lo primero que veo al despertarme por la mañana.

—A mí también me encanta —afirmó Andreas—, pero he de irme antes de que el sol salga por completo. Si alguien de tu familia me pilla aquí, se formará la tercera guerra mundial —bromeó.

Fabiola rezongó a su lado.

—Lo siento, pequeña. —Andreas le dio un beso en la frente y saltó de la cama—. Luego te llamo, ¿vale?

—Vale —sonrió Fabiola.

—Hasta luego —se despidió Andreas.

—Hasta luego.

Fabiola lo observó salir por la ventana como si fuera un truhan. Desapareció de su campo de visión cuando descendió por las ramas del árbol.

Los primeros rayos de sol habían comenzado a hacer acto de presencia en el cielo, iluminando el día.

Fabiola se puso boca arriba y se tapó la cara con la almohada mientras suspiraba sonoramente. Estaba loca por Andreas Johnson. Loca. Y era tanto lo

que le hacía sentir, que por nada del mundo iba a dejar que lo estropearan. Nunca había sentido por nadie lo que sentía por él, y no había fortuna sobre la faz de la Tierra que pagara algo así.

—Estoy dispuesta a renunciar a todo para estar con él —murmuró para sí.

CAPÍTULO 59

Chloe se dejó caer en la cama. Lía y Dana permanecían de pie.

—Venga, Fabi, desde que murió tu abuela no has salido de fiesta ni un día y de eso hace ya más de dos semanas —dijo.

—Es que no tengo ganas de salir —se excusó ella.

—No te puedes perder la fiesta que organiza el *Sky Heaven* —intervino Dana para tratar de convencerla—. Va a estar Dj Axel, el Dj de moda. Va a ir toda Santa Mónica.

Fabiola pasó la mirada por cada una de sus amigas.

—Está bien, iré a ver a Dj Axel —accedió finalmente.

—¡Bien! —gritaron las chicas—. Ya verás, va a ser una noche inolvidable.

Fabiola se decantó por un minivestido negro de tirantes, una prenda discreta pero sexy, sandalias de tacón alto y a última hora decidió que iba a llevar el pelo ondulado suelto.

—Pero qué guapa está mi Fabi —dijo Chloe cuando la vio aparecer.

—Tú también estás muy guapa, Chloe.

—Gracias.

Casi al instante llegaron Lía y Dana.

—¿Preparadas? —preguntó Lía.

—Preparadísimas —contestó Chloe.

El *Sky Heaven* estaba hasta la bandera. Si alguien hubiera tirado al aire un alfiler, no hubiera llegado a tocar el suelo.

—¡Madre mía! —exclamó Fabiola, abriendo los ojos como platos.

—Te lo dijimos. Esto está genial —dijo Dana.

Se abrieron paso entre la gente hasta el fondo del bar como buenamente pudieron. Estaba tan concurrido que apenas podían caminar. Sobre una plataforma metálica, el Dj de moda, Axel, giraba los platillos haciendo bailar a la gente al ritmo de su música.

—¿Empezamos la noche con un mojito? —propuso Fabiola, que al ver el ambiente del *Sky Heaven* se animó.

—Perfecto —asintieron las chicas.

Se acercaron a la barra y le pidieron al camarero cuatro mojitos. Mientras el chico les servía las bebidas, Lía dio a Fabiola un codazo en el costado. Ella levantó la cabeza.

—Acaba de entrar León —le dijo al oído.

Fabiola giró la mirada hacia la puerta. Andreas avanzaba por el bar acompañado de sus amigos; Tony, Zane y Matthew. Su estatura lo hacía sobresalir por encima de las cabezas del resto de la gente. Iba vestido con un pantalón vaquero negro con rotos en las rodillas, una camiseta ajustada blanca y una chupa de cuero también negra. El bronceado de la piel hacía que destacaran aún más sus intensos ojos azul turquesa.

«No puede estar más guapo de lo que está», pensó Fabiola en silencio, cayéndosele la baba.

Entre las luces multicolor del local, sus miradas se encontraron. Andreas le sonrió de forma sensual y cómplice y Fabiola le devolvió el gesto disimuladamente mientras se metía un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Mira quién está ahí —dijo Tony, señalando hacia uno de los rincones del bar.

El rostro de Andreas demudó en una expresión de dureza cuando avistó a Harry en el extremo del *Sky Heaven*. Estaba riendo a mandíbula abierta con sus amigotes.

Cada músculo de su cuerpo se contrajo. Matthew le agarró del brazo.

—Tranquilos, no voy a hacer nada —se adelantó a decir Andreas—. No se me olvida que es el hermano de Fabiola —añadió.

Esa era la única razón que lo mantenía en el sitio, aunque la sangre le estaba hirviendo en las venas. Respiró hondo y miró a Fabiola para aplacar la rabia que lo corroía.

Una mano aferró su hombro.

—Vamos al otro lado —propuso Tony.

Andreas dio media vuelta y enfiló los pasos junto a sus amigos hacia el extremo del bar.

—Tenemos que tener cuidado —dijo Fabiola a sus amigas—. Con mi hermano aquí la cosa se complica...

—Hola, Fabi.

La voz de Larry retumbó en sus oídos. Fabiola suspiró.

—Hola, Larry —dijo apática.

Lía se acercó al oído de Chloe.

—No es que me importe que no nos salude, pero como sea para todo como es de maleducado... —dejó el final de la frase suspendido en el aire.

Chloe sacudió la cabeza.

—Es idiota, ¿qué vas a esperar? —dijo.

Fabiola cogió la pajita, se la llevó a los labios y dio un sorbo de su mojito.

—Me alegro mucho de verte, Fabi —comenzó Larry—. Pensé que después de la muerte de tu abuela no ibas a salir nunca.

Fabiola lo fulminó con la mirada.

—Era mi abuela, Larry —le reprochó.

—No te enfades —dijo, sonriendo ampliamente.

Le acarició el brazo desnudo, pero Fabiola se retiró.

—Voy al servicio —dijo, tratando de quitarse de encima a Larry.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó Larry.

—No, Larry, no quiero que me acompañes.

—Es para que no te pierdas por el camino.

Fabiola puso los ojos en blanco. Apoyó la copa del mojito en la barra, se dio media vuelta y sin añadir nada al comentario de Larry se dirigió al servicio.

Andreas, que había sido incapaz de quitarle los ojos de encima, siguió sus pasos al adivinar donde se dirigía. Quizá ese fuera el único momento en que pudiera estar con ella a solas. Dejó el vaso en la barra y se abrió camino entre la gente.

CAPÍTULO 60

La vio esperando en la cola del servicio. Estaba en último lugar. Inclino la cabeza.

—Estás muy sexy, Estirada —le vaciló susurrante, al pasar a su lado.

Fabiola pudo sentir su cálido aliento en la oreja. Un escalofrío se deslizó por su espalda como una pequeña descarga eléctrica.

Andreas se internó en el servicio de los chicos.

Guiada por un impulso que no se detuvo a pensar, Fabiola llevó la vista a derecha y a izquierda para asegurarse de que no miraba nadie y se metió en el servicio de los chicos.

—No me llames estirada —repuso al entrar, siguiendo el vacile de Andreas y la complicidad que habían creado con esa expresión.

Él enarcó las cejas cuando la vio allí. Afortunadamente el servicio estaba vacío.

—Estás preciosa —dijo, rendido a su discreta belleza.

—Tú también estás precioso —bromeó Fabiola. Lo miró con los ojos llenos de deseo.

—Tenerte tan cerca y no poder tocarte me va a volver loco —susurró Andreas.

Fabiola fue hacia él y lo besó. Los labios se juntaron dando rienda suelta a la atracción y al deseo que sentían el uno por el otro.

—Este no es un buen sitio —dijo Andreas, separándose unos centímetros.

Entornó los ojos, travieso. Tiró de Fabiola, que lo miraba con una incipiente frustración, y la apremió para introducirla en uno de los cubículos

del servicio.

—Es mejor aquí —susurró, cerrando de golpe la puerta.

Arrastró la mirada de arriba abajo por el cuerpo de Fabiola. Estaba más tentadora que nunca.

—No sabes cómo te reclama mi piel —dijo—. No sabes cómo te llama...

A Fabiola le temblaron las rodillas.

Andreas se acercó y la besó, aplastándola contra la pared. Fabiola no podía dejar de acariciarlo, de empujarlo hacia ella hasta que no circulara una pizca de aire entre ellos. Estaba ardiendo. Sintió que la adrenalina bullía por sus venas como un torrente de fuego.

Andreas abandonó su boca y centró la atención en su cuello, enterrando el rostro en él. Fabiola lanzó al aire un gemido.

—Shhh... Pueden oírnos —le susurró cómplice al oído Andreas.

Fabiola rio tratando de no hacer ruido. Es cierto que podían oírlos. Andreas le lamió el lóbulo de la oreja y ella se estremeció.

—Quiero perderme en tu cuerpo... Necesito perderme en tu cuerpo, Fabiola... —musitó con voz rota.

Sus dedos deslizaron el tirante del vestido por el hombro, arrastrando la copa del sujetador. La mano bronceada le acarició el pecho. Fabiola se sacudió de placer.

Hacía días que no follaban y eso había echo crecer su necesidad de ella. Su ansiedad.

Fabiola estaba sorda a todo cuanto los rodeaba. Solo le importaba Andreas y aquel momento. Él mundo parecía haber desaparecido.

¿Por qué lo deseaba tanto? ¿Por qué la atracción que sentía por él traspasaba cualquier límite conocido? No le encontraba explicación posible. Solo sabía que sus besos y sus caricias la transportaban hasta la locura.

De pronto le estorbaba la ropa.

—Andreas, fóllame. ¡Fóllame ahora! —le pidió Fabiola en voz baja contra su boca.

Aquella petición, pronunciada de esa forma tan caliente, hizo que Andreas se envileciera. No había sentido nada en la vida como lo que sentía estando con Fabiola Dubrow. Nada.

Con impaciencia, sacó un preservativo de la cartera mientras Fabiola le bajaba la cremallera del pantalón. Ella metió la mano por la abertura y con una larga y sensual caricia, sacó su miembro.

Andreas trató de controlarse, pero un gruñido gutural, casi parecido al de un animal, escapó de su garganta cuando notó la suave mano de Fabiola sobre su erección. Ella vio que apretaba la mandíbula, conteniendo el deseo.

Lo observó mientras se ponía el preservativo. Cuando Andreas terminó, le levantó el vestido hasta la cintura. Con prisa, agarró sus nalgas y la levantó contra la pared. Le apartó la tela de la braguita, la fue bajando despacio y se deslizó dentro de ella.

Fabiola rodeó con sus piernas las caderas de Andreas, hasta casi fundirse en un solo cuerpo. Era increíble sentirlo así, llenándola de sensaciones, como la primera vez.

Él comenzó a moverse dentro de ella. Fabiola clavó los talones en su culo para empujarlo contra su pelvis. Necesitaba sentirlo con más fuerza en su interior. Andreas entendió lo que significaba aquel gesto. Se separó un poco y la embistió con tanta vehemencia que Fabiola tuvo que morder su hombro para contener el grito que rasgaba su garganta.

Los envites siguieron uno tras otro, aumentando el placer de ambos. Fabiola empezó a notar que se le entumecían las piernas.

—Andreas... —gimió en su oído.

—Fabiola... —musitó él.

Enredó los dedos en el largo cabello de Fabiola e incrementó la velocidad de las penetraciones, hasta que finalmente estalló en un fuerte orgasmo.

—¡Diablos! —exclamó con los dientes apretados contra el cuello de Fabiola.

Fabiola se corrió casi al mismo tiempo que él. Andreas tuvo que taponar la boca con la mano para ahogar el grito que le produjo el estremecimiento final del clímax.

Fabiola notó que las piernas le flojeaban. Durante unos segundos se relajó totalmente. Andreas la sostuvo un momento más en sus brazos. Después la soltó despacio. Su espalda fue resbalando por la pared hasta que sus pies por fin tocaron el suelo.

—Te tengo, pequeña —dijo Andreas. Le apartó cariñosamente el pelo del rostro sofocado y se lo puso detrás de la oreja.

Fabiola se recostó en su pecho y trató de regularizar su agitada respiración.

—Somos unos desvergonzados —bromeó, cuando recuperó el aliento. Andreas sonrió.

—Eres mi desvergonzada preferida —dijo Andreas.

Fabiola lanzó al aire un suspiro de satisfacción y se recolocó el vestido.

—Será mejor que salgamos antes de que nos echen de menos —apuntó.

—Sí, es lo mejor —asintió Andreas, subiéndose la cremallera del pantalón.

Abrió la puerta, pero justo cuando iba a salir del cubículo, advirtió que llegaba un chico. Cerró de golpe.

—Ha entrado alguien —dijo en voz baja.

Ambos mantuvieron silencio.

—A mí Rose no me gusta. No me gusta nada —dijo el chico que acababa

de entrar.

Fabiola reconoció de inmediato la voz que sonaba al otro lado de la puerta. Abrió la boca fruto del asombro.

—Es mi hermano —susurró en un tono apenas audible.

Andreas le puso el dedo en los labios para silenciarla. Fabiola contuvo la respiración en los pulmones y rezó para que Harry no los pillara.

—¿Ni para echar un polvo? —dijo el chico con el que había entrado.

—Ni para un polvo —volvió a hablar Harry.

CAPÍTULO 61

Fabiola soltó con alivio el aire que había estado conteniendo en los pulmones cuando Harry abandonó por fin el servicio.

—Ha faltado poco —dijo Andreas, mirándola.

—Sí, muy poco —afirmó ella—. No me gustar estar así —añadió después de unos segundos.

—A mí tampoco, pero no tenemos otro remedio.

Fabiola resopló, agobiada.

—Esto no va a durar eternamente —la animó Andreas, dándole un beso en la frente, al advertir lo que reflejaba la expresión de su rostro.

—Eso espero... —musitó Fabiola.

—Tenemos que salir. Voy a ver si está despejado —dijo Andreas.

Fabiola asintió.

Andreas salió del cubículo lanzando vistazos a un lado y a otro, Fabiola lo siguió. Abrió la puerta del servicio y al comprobar que estaba despejado, le hizo una señal con el dedo para que saliera. Se despidieron rápidamente con una mirada silenciosa y el amago de una sonrisa en los labios, y volvieron al bar como si no hubiera pasado nada.

—Pensábamos que te habías colado por la taza del wáter. Íbamos a llamar a los bomberos —bromeó Dana, apartándose un rizo pelirrojo de la cara.

—Hasta Larry se ha ido —dijo Lía.

—Me he encontrado con Andreas... —apuntó Fabiola.

Las tres chicas la miraron con suspicacia en los ojos.

—¿Lo habéis hecho en el servicio? —preguntó directamente Chloe.

Fabiola no respondió inmediatamente, pero su expresión la delató.

—Habéis follado en el servicio —afirmó Lía.

—No hemos podido evitarlo —arguyó Fabiola con algo de embarazo.

Las chicas rieron.

—Sois como animales —bromeó Chloe.

—Igual —aseveró Fabiola.

—Pues brindemos por ello —dijo Dana. Levantó la copa—. Por los «aquí te pillo aquí te mato».

El resto alzó sus bebidas.

—Por los «aquí te pillo aquí te mato» —brindaron todas con una sonrisa, chocando los bordes de las copas.

—Voy a salir un rato a la terraza —anunció Fabiola.

—¿Por qué? ¿Estás bien? —le preguntó Chloe.

—Sí, pero estoy un poco mareada y necesito que me dé el aire.

—¿Quieres que te acompañemos?

—No, no, quedaros en el bar. Yo solo voy a estar un ratito fuera.

Enseguida vuelvo.

—¿Segura?

—Sí, sí, segura.

—Vale. Pero si necesitas algo, nos llamas.

—Vale —asintió Fabiola.

Echó a andar y cruzó el bar abriéndose paso entre el gentío. El bullicio y la música a tantos decibelios la tenían aturdida. Necesitaba despejar la cabeza.

Salió a la terraza delantera del *Sky Heaven* y se apoyó en el borde de mármol de uno de los ventanales. La brisa corría suave trayendo olor a mar. Fabiola respiró hondo, dejando que el aire llenara sus pulmones.

—¿Qué haces aquí fuera?

Fabiola levantó la vista. Larry se encontraba frente a ella, de pie, esperando su respuesta.

—Quería tomar un poco de aire —respondió.

Larry se puso a su lado.

—No deberías estar sola, Fabi —comenzó—. Eres muy guapa, deberías tener novio.

El aliento le olía a alcohol y su voz sonaba pastosa.

—Estoy muy bien sola, Larry.

—Pero todo el mundo necesita un poco de calor humano... —Larry alzó la mano y le apartó unos mechones de pelo—. Un abrazo... Una caricia... Un beso...

Sin previo aviso, se lanzó a su boca e intentó besarla, pero sus labios apenas rozaron los de Fabiola.

—¡Pero ¿qué haces?! —exclamó ella, dándole un empujón para quitárselo de encima.

—¿Qué demonios te pasa?! —gritó Larry, con los ojos llenos de furia—. Llevo todo el verano intentando tener algo contigo... —le reprochó.

—Y yo llevo todo el verano dándote largas —dijo Fabiola—. ¿Es que no pillas las indirectas?

Larry le dirigió una mirada llena de desdén.

—Eres una jodida estrecha —soltó.

—Y tú un gilipollas —dijo Fabiola a su vez.

Larry dio un paso hacia adelante y la agarró del brazo. Sus dedos rodearon la piel desnuda de Fabiola como si fuera una garra.

—Larry, me haces daño —se quejó Fabiola, mostrando una mueca de dolor en el rostro.

—¿Qué cojones haces, Callaway?! —La voz grave de Andreas resonó

en el lugar como un trueno.

CAPÍTULO 62

Andreas sintió que una espiral de ira crecía en su interior. Dio un empujón a Larry con sus enormes manos, separándolo de Fabiola y haciendo que trastabillara hacia atrás hasta casi perder el equilibrio. Parte de su siempre repeinado pelo le cayó sobre la frente.

—¿Y tú qué pintas en esto? —le inquirió Larry a Andreas cuando se enderezó.

Andreas le apuntó con el dedo, amenazador.

Había visto la escena por la cristalera del bar, y la sangre le había hervido en el interior de las venas. Unos segundos después estaba plantado frente a Larry, tratando de evitar que hiciera daño a Fabiola.

—No se te ocurra volver a intentar besarla y mucho menos vuelvas a hacerle daño —le advirtió—, porque si lo haces, te las vas a ver conmigo —sentenció rotundo.

Larry frunció el ceño, confundido. Miró a Fabiola, que en esos momentos se acariciaba la zona del brazo donde la había agarrado, y después llevó los ojos de nuevo hasta Andreas. Ató cábalas.

—¿Tienes algo con este infeliz, Fabi? —le preguntó a Fabiola con cierto deje de sorpresa en la voz.

—No es ningún infeliz —atajó ella.

A esas alturas, las voces habían llamado la atención de la gente, que, curiosos, se arremolinaba alrededor de ellos formando un círculo.

—¿Qué crees que te va a dar este? —preguntó Larry a Fabiola con visible desprecio—. Solo es un mecánico.

—Vete, Larry —fue la respuesta de Fabiola. No quería más problemas. Con las consecuencias que iba a acarrear lo que acababa de suceder ya iba a tener suficiente. No quería añadir más.

Larry bufó socarronamente, dio unos pasos hacia atrás sin dejar de mirarlos y finalmente se giró sobre sí mismo y se fue. Andreas se volvió de inmediato hacia Fabiola.

—¿Te ha hecho daño? —se preocupó.

—Estoy bien —respondió ella.

Andreas le pasó cariñosamente la mano por espalda.

Cuando se alejaba del lugar, Larry se encontró casualmente con Harry.

—Qué calladito os lo teníais —le escupió con ironía en la cara.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Harry, que no entendía a qué venían las palabras de Larry.

—A que Fabi está liada con León —respondió Larry—. Ya tenéis un parásito en la familia —añadió con malicia y una sonrisa burlona en los labios.

Larry sabía perfectamente lo que hacía. Estaba sembrando la semilla para que germinara un conflicto familiar de dimensiones bíblicas. Harry dejó de escuchar en ese momento. La figura de Andreas apareció entonces en su campo visual. Sin mediar más palabras con nadie y con los ojos llenos de ira, se dirigió a él.

Atravesó los grupos que habían formado la gente como una exhalación.

—¡Deja en paz a mi hermana! —le gritó a Andreas.

Andreas alzó la vista y se encontró con los ojos azules de Harry. Apretó los puños, pero se obligó a aflojarlos.

—¿O si no qué? —ladró.

Levantó el mentón en actitud desafiante y le hizo cara.

—No deberías retarme, León —dijo Harry con mordacidad.

—Déjalo, Harry —le pidió Fabiola a su hermano, asombrada por todo lo que estaba pasando. Pero él la ignoró.

—Ya sabes que puedes salir perdiendo —dijo.

Andreas avanzó un par de pasos y se acercó a Harry. Ambos eran altos, pero Andreas le sacaba media cabeza y estaba más musculado.

—Lo único que me impide en estos momentos partirte la cara es Fabiola —le dijo con los dientes apretados—. Ella es ahora mismo tu ángel de la guarda.

Tenía la mandíbula tensa por la rabia.

Harry miró a Fabiola.

—Fabi, vete a casa —le ordenó.

Fabiola arrugó el entrecejo, indignada por la petición de su hermano. ¿Cómo se atrevía Harry a darle órdenes? ¿A tratarla como si fuera una niña pequeña o como si fuera idiota?

—No voy a irme a casa porque me lo digas tú —lo contradijo, firme.

—¡Fabiola! —la amonestó Harry.

—No puedes darme órdenes, Harry. No soy una niña —objetó ella.

—¿Cómo que no? —dijo Harry.

Fue hacia ella y la cogió del brazo, como unos minutos antes lo había hecho Larry. Fabiola se resistió. Andreas notó como un velo de rabia le nublaba la vista. Su rostro se endureció. Sin pensar en las consecuencias, se abalanzó hacia Harry y le empujó contra la pared.

—No la toques —dijo con furia—. No vuelvas a tocarla.

Harry se abalanzó sobre él para darle un puñetazo, pero Andreas esquivó el golpe. Cuando fue a devolvérselo, dos pares de manos lo detuvieron.

—Ya está, León... Es mejor que lo dejes aquí. —Era Tony el que hablaba, al tiempo que él y Matthew lo sujetaban.

Zane, el tercero de los amigos, se puso delante de Andreas para intentar

hacer que entrara en razón.

—Ya, León. Piensa en Fabiola —dijo Zane, agarrándole por los hombros—. Piensa en ella.

Pensar en Fabiola tal y como le había pedido Zane hizo que se tranquilizara. No quería que sufriera, y menos por su culpa. Levantó las manos y mostró las palmas a sus amigos en son de paz.

—Tenéis razón —dijo.

Giró el rostro para mirar a Fabiola. Tenía los ojos anegados de lágrimas.

—Vámonos —le pidió ella al borde del llanto—. Por favor, vámonos...

Andreas asintió.

Antes de irse, Harry gritó:

—¿Le has contado a mi hermana que hace diez años me pegaste una paliza? ¿Que no eres más que un macarra? ¿Se lo has contado, León?

Andreas cogió la mano de Fabiola y se alejaron del lugar.

CAPÍTULO 63

Fabiola y Andreas permanecieron en silencio durante los minutos que duró el trayecto hasta llegar al extremo del muelle. Se sentaron en el borde de madera, mirando al Pacífico, bañado por la luz plateada de la luna. A sus espaldas, como telón de fondo, se alzaban las atracciones de Pacific Park. Los centenares de luces iluminaban el cielo negro con un resplandor de terciopelo multicolor.

Fabiola se mordió el labio.

—¿Es cierto lo que ha dicho mi hermano, Andreas? ¿Es cierto que le diste una paliza? —preguntó, abordando el tema.

Él tardó unos segundos en contestar.

—No le pegué una paliza, simplemente le di su merecido. Fue un cara a cara; un uno contra uno —dijo—. Pero hay que contar la otra parte de la historia.

—¿Su merecido? —repitió Fabiola—. No entiendo nada... ¿Cuál es la otra parte de la historia?

—¿Te acuerdas de que te conté que tengo un hermano? —le preguntó Andreas.

—Sí, Gerard.

—Mi hermano está una silla de ruedas desde hace diez años. Tu hermano le dejó paralítico.

Fabiola se quedó sin respiración. Tragó saliva compulsivamente.

—¿Qué estás diciendo?

—Desde hace diez años mi hermano no puede caminar por culpa de

Harry. Él lo condenó a una silla de ruedas para el resto de la vida.

—Pero eso no puede ser posible... No... —A Fabiola no le salían las palabras. Estaba horrorizada—. Es horrible, Andreas.

—Sí, lo es —dijo él.

—¿Cómo fue? ¿Cómo pasó?

Andreas inhaló aire, como si quisiera tomar fuerzas.

—Teníamos dieciséis años... —comenzó con el relato—. Por aquel entonces hacíamos carreras de coches. Eran ilegales, pero eso era otro ingrediente para aumentar la adrenalina. —Andreas tenía el recuerdo en su memoria tan vívido como cuando sucedió—. Tu hermano siempre ha estado picado conmigo. No sé la razón, pero no soportaba perder, y mucho menos conmigo. Y aquel día de mediados de agosto perdió. La carrera fue trepidante. Estuvimos a punto de chocar en varias ocasiones, pero finalmente yo traspasé la línea de meta. Harry lo pagó con mi hermano.

—¿¿Qué?! —exclamó Fabiola—. ¿Lo hizo a propósito?

—A los pocos días, yo iba con mi hermano por la calle. Gerard estaba con su bicicleta. Harry quiso darme un susto, aceleró el coche y se lanzó contra él. Le encantaba frenar y detener el vehículo a solo medio metro de la persona. Era su broma más pesada—, pero se le descontroló y lo arrolló —respondió Andreas.

Fabiola se tapó la boca con las manos.

—Dios mío... —musitó espeluznada.

—Gerard solo tenía diez años —añadió Andreas con tristeza.

Fabiola podía percibir el dolor de Andreas a través de sus palabras.

—Lo... Lo siento mucho —fue capaz solo de decir. Tenía la boca seca.

—Denunciamos a tu hermano, pero no sirvió de nada —continuó Andreas—. Tus padres se encargaron de comprar a las personas precisas y necesarias para que la denuncia no prosperara y quedara relegada en el fondo de un

cajón.

—No me lo puedo creer... —dijo Fabiola. Se pasó las manos por el pelo varias veces. Estaba agobiada intentando asimilar toda aquella información—. No puedo creer que mis padres hicieran eso, que eludieran la responsabilidad de esa forma tan cobarde y tan mezquina... —Su voz se escuchaba emocionada.

Cuando Andreas giró la cabeza para mirarla, Fabiola tenía los ojos atestados de lágrimas. La barbilla le temblaba intentando aguantar el llanto.

—Hey... tú no tienes la culpa, pequeña —se adelantó a decir Andreas—. Tú no tienes ninguna culpa.

Alargó el brazo y le acarició suavemente el rostro. Una lágrima se escapó y resbaló por su mejilla.

—Lo sé, pero no puedo evitar sentirme mal, muy mal, Andreas... —dijo con voz temblorosa—. Lo único que puedo decir es que lo siento, que lo siento mucho.

—Fabiola, tú no tienes que sentirlo, tú no eres responsable...

—Pero es mi familia —lo interrumpió Fabiola entre sollozos.

Las comisuras de Andreas se elevaron en una débil sonrisa de indulgencia.

—Mírame —le pidió a Fabiola.

Fabiola alzó los ojos hacia él.

—Eres la única persona de tu familia con humanidad —afirmó, enjugándole los ojos con los pulgares—. La única con una bondad infinita. Eres tan distinta a ellos... Tan, tan distinta. Tú tienes luz interior —recalcó con suavidad y una brizna de admiración en la voz—. Y eso es lo que ha hecho que te ganes mi corazón completamente.

—Ahora entiendo la velada animadversión que había entre mi familia y tú —comentó Fabiola—. Ahora lo entiendo todo. Incluso tu comportamiento

connmigo.

—Cuando te saqué de la piscina no sabía que eras una Dubrow. Me hubiera tirado a por ti de todas formas, pero cuando Ashley me dijo en urgencias que eras su hermana, me llené de rabia, de ira... —confesó Andreas en un arranque de sinceridad.

—No puedo decir que no te entienda, ni que no comprenda tu rabia...

—Lo sorprendente es que de la rabia que sentía por los miembros de tu familia ha nacido algo increíble, como lo calificas tú.

Fabiola sonrió, aunque en la expresión de su rostro había una sombra.

—Tenía todo en contra para enamorarme de ti, Fabiola. Todo en contra —repitió Andreas, recalcando cada palabra—, y, sin embargo, me he enamorado de ti como un loco.

Fabiola se acercó a Andreas y le dio un beso en los labios.

—Yo también estoy enamorada de ti como una loca —dijo cuando se separó de él.

Sorbió por la nariz y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

CAPÍTULO 64

—No me quiero imaginar lo que ha tenido que pasar tu madre... y tu hermano —comentó Fabiola, poniéndose en su lugar—. Ha tenido que ser horrible.

—Gerard es un todoterreno. Para él la silla de ruedas no es impedimento de nada. Ni siquiera para organizar y ganar la carrera paralímpica que se celebra todos los años en Santa Mónica.

—¿De verdad? —preguntó Fabiola con asombro.

Andreas asintió.

—El verano pasado la ganó y este año seguro que la vuelve a ganar. Su forma física es estupenda —respondió orgulloso.

—Wow, es digno de admiración. Me encantaría conocerle, pero no creo que él tenga muchas ganas... —supuso Fabiola a medida que su voz se apagaba.

—Con Gerard no vas a tener ningún problema. Él no guarda ningún rencor a tu familia ni a Harry. Él nunca ha estado dominado por la rabia ni por nada que se le parezca. Seguro que le caes genial.

Fabiola esbozó una sonrisa. La brisa, que corría suave y olía a mar, le agitó algunos mechones de pelo a ambos lados del rostro.

—¿Y tu madre? —preguntó.

Andreas guardó silencio unos instantes. Su mirada azul turquesa era opaca en esos momentos.

—Mi madre sufrió mucho cuando ocurrió. Saber que su hijo pequeño no volvería a caminar le desgarró el corazón; era solo un niño... —dijo, al cabo

de un rato—. Ha intentado olvidar y pasar página y, aunque dice que lo ha hecho, yo creo que no lo ha conseguido del todo.

—¿Qué... piensa de mi familia? —preguntó con miedo Fabiola.

Temía que la madre de Andreas no la aceptara por ser una Dubrow. No podría reprocharle nada si fuera así. El comportamiento de sus padres había sido funesto ante la situación. Tenían que haberse puesto a disposición de la familia de Andreas, pero habían optado por no involucrarse y huir. Ahora entendía por qué habían estado diez años sin ir a Santa Mónica. Quizá lo habían hecho en un intento vacío de que el mundo olvidara lo que Harry había hecho a Gerard Johnson.

—Ella jamás nos ha puesto en contra de vosotros. Jamás —respondió Andreas—. Mi madre siempre ha optado por no vivir en el rencor y perdonar, aunque tu familia nunca se haya dignado a pedirnos perdón.

—Admiro su generosidad —comentó Fabiola—. Otra persona en su lugar nos detestaría.

—Yo os he detestado durante años. —Andreas hizo una breve pausa—. Aún... —se mordió los labios para silenciar sus palabras. Lo que iba a decir dolería a Fabiola, y no quería hacerle daño. Ella ni siquiera era conocedora de lo que había sucedido y no mentía cuando afirmaba que era la única persona de su familia que tenía humanidad, solo había que ver el modo en que la estaba afectando lo que le estaba contando.

—No te culpo —dijo Fabiola—. No te culpo en absoluto.

Andreas se había callado súbitamente. Fabiola presumió que lo hizo para no herirla, pero sabía lo que iba a decir, y tampoco a él podía recriminarle nada por tener esos sentimientos hacia su familia, se los habían ganado a pulso. Les habían destrozado la vida.

—Pero contigo es diferente —se apresuró a decir Andreas. Su mirada azul turquesa se llenó de ternura—. Nunca haría nada en contra de ellos. Eso

puedes tenerlo seguro, pero también es cierto que no voy a dejar que te humillen; ni Harry ni Ashley ni nadie. Y me da igual que sea tu familia, no lo voy a permitir, y mucho menos si es por mi culpa —aseveró.

—Andreas... —susurró Fabiola.

—Me duele, Fabiola. Me duele que te traten mal —dijo él.

Fabiola abrazó a Andreas.

—No voy a dejar que me humillen y tampoco voy a dejar que se interpongan en nuestra relación. Voy a luchar contra viento y marea por lo nuestro, Andreas —dijo contra su hombro.

Andreas mantuvo silencio antes de separarse de Fabiola y decir:

—No sé si estás haciendo bien...

Fabiola frunció el ceño, descolocada.

—¿Por qué dices eso, Andreas? —preguntó.

Andreas bajó la mirada.

—Porque a pesar de todo es tu familia, tu sangre, y porque yo no te puedo dar la vida a la que estás acostumbrada, Fabiola.

—¿Qué?

—Fabiola, nuestros mundos son...

—Shhh... —silenció Fabiola a Andreas—. ¿Me vas a salir con esas cosas? ¿Sabes en qué siglo estamos?

—Fabi...

—En el siglo XXI —le cortó ella—. Estamos en el siglo XXI, ¿crees que no puedo vivir sin el dinero de mis padres? ¿Tan poco confías en mí?

—No se trata de eso.

Fabiola parpadeó.

—¿Entonces?

—¿Qué puede ofrecerte yo? —preguntó Andreas.

—Todo —respondió Fabiola, con una contundencia aplastante—. Tú me

has dado algo que mi familia no me ha dado nunca... —Andreas miró a Fabiola con expectación en la mirada—. Libertad —terminó de decir—. Solo contigo me siento libre, Andreas. Solo tú eres capaz de hacerme sentir libre. ¿Y qué tenemos máspreciado que la libertad?

Andreas contempló sus grandes ojos castaños. Vibraban de decisión.

—Nunca pensé que fueras tan valiente —dijo, cogiéndole el rostro.

—¿Qué te creías? —bromeó Fabiola.

—Cuando te vi la primera vez creí que eras una niñita rica y frágil, que se rompería simplemente con tocarla, como una muñeca de porcelana —repuso Andreas.

—De hecho, te daba miedo tocarme —apuntó Fabiola en tono distendido—. Tuve que decirte que no iba a romperme.

Aquellas palabras hicieron sonreír a Andreas, recordando el momento.

—Sí, me daba miedo —reconoció. Hizo una pausa sin dejar de mirarla—. Eres espectacular —afirmó serio. Rozó su nariz con la de Fabiola.

CAPÍTULO 65

Fabiola introdujo la llave en la cerradura. En cuanto abrió la puerta, su madre se levantó de la silla del vestíbulo en la que había estado sentada con actitud inquisidora un indeterminado número de horas que no había contado.

Fabiola supo en cuanto la vio que Harry le había contado con pelos y señales lo que había sucedido en la terraza del *Sky Heaven*. No era difícil adivinar que se avecinaban problemas.

Amy se acercó a ella de unas cuantas zancadas. Tenía el rostro crispado por la rabia.

—Ven aquí —dijo en tono áspero.

Aferró del brazo a Fabiola y tiró de ella, arrastrándola hasta uno de los despachos que había en la planta baja.

—Mamá, suéltame —se quejó Fabiola—. Me estás haciendo daño.

Amy cerró la puerta con un golpe seco. Solo entonces la soltó, dándole un ligero empujón.

—¿Qué es eso de que estás saliendo con Andreas Johnson? —le preguntó entre dientes.

—Puedo salir con quien quiera —contestó Fabiola.

—¿Así que es verdad? —Amy bufó, horrorizada—. Pensé que se trataba de una idea loca de tu hermano, que lo negarías, pero es cierto, ¿estás con ese muerto de hambre?

—¡No es ningún muerto de hambre! —saltó Fabiola. Aquel comentario le dolió en lo más profundo del alma.

—¿Sabes que ese... *individuo* pegó una paliza a tu hermano?

Fabiola bufó.

—Qué hipócrita eres, mamá —espetó a Amy. Esta abrió los ojos de par en par—. Harry atropelló a su hermano y lo dejó parálítico —continuó Fabiola—, y vosotros no tuvisteis la decencia de haceros cargo de la situación y enfrentar la responsabilidad de tener un hijo delincuente.

Amy alzó la mano.

El tremendo bofetón que propinó a Fabiola resonó en cada rincón del despacho. El golpe le hizo girar la cara. La mejilla, severamente enrojecida, le ardía como si algo le quemara la piel. Fabiola se acarició el rostro tratando de aliviar el escozor. Y pese a que tenía unas enormes ganas de llorar, por el dolor y la humillación, se mordió los labios, contrajo la mandíbula, y se tragó las lágrimas.

Un silencio gravitó sobre sus cabezas.

—No te voy a permitir que hables así —atajó Amy.

—Y yo no te voy a permitir que hables mal de Andreas —repuso Fabiola con firmeza. No iba a dejarse amedrentar por su madre, así le diera mil bofetadas—. Y tampoco voy a permitirte que vuelvas a pegarme —añadió.

Amy se llevó las manos a la cara.

—¿Te estás escuchando? ¿Te estás escuchando? —inquirió, abriendo después los brazos de par en par—. Ese chico te ha lavado el cerebro. Te ha puesto en nuestra contra; en contra de tu familia. Tu familia —recalcó.

—Andreas ni me ha lavado el cerebro ni me ha puesto en vuestra contra. Al contrario... Pero soy lo suficientemente mayorcita para comprender que Harry fue culpable del atropello del hermano pequeño de Andreas y que papá y tú fuisteis unos irresponsables.

—No repitas eso, no lo vuelas a repetir —le pidió Amy, nerviosa.

Se giró sobre sí misma y comenzó a caminar por el despacho mientras, impaciente, se retorció los dedos.

—Nosotros hicimos lo que teníamos que hacer para salvar a Harry — habló nuevamente—. No podía ir a un reformatorio ni a la cárcel, solo tenía dieciséis años...

—Y el hermano de Andreas solo tenía diez, y se quedó en una silla de ruedas —le cortó Fabiola—. Harry le condenó a una silla de ruedas...

—¡Cállate! —le ordenó su madre, girándose bruscamente hacia su hija, pero Fabiola no estaba por la labor de obedecer. Ya no.

—... y vosotros no os preocupasteis lo más mínimo ni por él ni por su familia —continuó, aumentando una octava la voz—. ¿Cómo crees que se sintió su madre? ¿Te pusiste en algún momento en su lugar?

—¡He dicho que te calles! —gritó Amy.

Fabiola sabía que no quería escucharla porque estaba diciendo la verdad. Y la verdad dolía.

Amy miró a su hija a los ojos.

—¿Sabes lo que busca ese malnacido? ¿Sabes lo que quiere de ti?

Fabiola alzó la mano, deteniéndola.

—No lo digas, mamá. No se te ocurra decirlo —dijo.

Pero Amy siguió hablando.

—¿No te das cuenta de que no es más que un muerto de hambre? ¿Un infeliz que solo busca vivir de nuestro dinero?

—¡Deja de insultarlo! —exigió Fabiola—. A Andreas le importa un bledo nuestro dinero.

Amy se iba a volver loca. Tenía que hacer recapacitar a Fabiola.

—Si sigues con él vas a echar a perder tu futuro —dijo.

Fabiola bufó.

—¿Qué futuro, mamá? ¿Qué futuro? ¿Uno controlado por ti? ¿Uno en el que me dices en qué tengo que trabajar?, ¿con quién tengo que casarme?, ¿y cuántos hijos tengo que tener? —se burló Fabiola, enfrentándose a la

intolerancia de Amy—. ¿Un futuro así? No, gracias.

—¿De qué hablas?

—De que no voy a dejar que controles mi vida.

—Deja de decir tonterías.

—No son tonterías. Desafortunadamente es mi realidad —arguyó Fabiola—. Durante toda mi vida he sido la hija perfecta, he hecho lo que me has dicho que hiciera. Pero se acabó. A partir de ahora voy a dirigir mi vida, que para eso es mía.

—Lo único que vas a conseguir es echarla a perder —objetó Amy.

—No me importa, al menos lo haré tomando mis propias decisiones y cometiendo mis propios errores, no por las decisiones y los errores tuyos.

—Estás ciega, Fabiola. Ciega. No eres capaz de ver lo que te conviene.

—Te aseguro que lo que no me conviene es salir con el hijo del alcalde de Santa Mónica como pretendías que hiciera. Larry no es más que un imbécil —dijo Fabiola, que ya no estaba dispuesta a callarse nada. Tenía la necesidad de vomitarlo todo.

—Nos vas a traer la desgracia a la familia.

—No, mamá. Eso ya lo hizo Harry hace diez años. No me eches a mí la culpa.

Amy se plantó delante de Fabiola.

—No voy a consentir que salgas con ese infeliz —aseveró mirándola con ojos fríos y distantes. Su expresión se veía rígida, intransigente, como la de la señorita Rottenmeier—. No lo pienses ni por un segundo.

Fabiola se la quedó mirando un largo instante.

—No tienes medida —dijo.

Pero a Amy le daba igual lo que dijera su hija.

—Jamás vas a contar con mi beneplácito. Ni con el mío ni con el de tu padre. Así que piénsate bien las cosas.

—Me da igual. No quiero estar con nadie más que no sea él.

—No te dará igual cuando tengas que buscarte la vida tú sola.

Fabiola suspiró resignada.

En esos momentos la puerta del despacho se abrió.

CAPÍTULO 66

—¿Qué ocurre? —preguntó Charles, asomando la cabeza.

Amy se volvió hacia él.

—¿Sabes con quién está saliendo tu hija? —dijo, pronunciando las palabras con visible mordacidad.

Charles cerró la puerta a su espalda y se adentró en el despacho.

—¿Fabi, con quién estás saliendo? —preguntó directamente a su hija.

—¡Con Andreas Johnson! —respondió Amy antes de que a Fabiola le diera tiempo a contestar.

Charles no se molestó en mirar a Amy, sus ojos seguían fijos en Fabiola. En el fondo de su mirada marrón había nacido una sombra de preocupación.

—¿Eso es cierto? —le preguntó.

—Sí —afirmó Fabiola sin que le temblara la voz.

—Ese chico no te conviene...

—¿Tú también, papá? ¿Tú también? —le cortó Fabiola al tiempo que resoplaba—. Estoy harta.

Echó a andar con pasos largos y atravesó el despacho.

—Hija, por favor... —dijo su padre, tratando de retenerla para continuar la conversación.

Fabiola alzó la mano.

—Ahora no, papá, por favor. Ahora no —repuso al borde de la exasperación cuando pasó a su lado.

Giró el pomo de la puerta, abrió y salió, dejando a sus padres en el despacho.

Fabiola subió rápidamente las escaleras hasta la segunda planta y se metió en su habitación. Apoyada en la puerta rompió a llorar estrepitosamente. La discusión con su madre había sido tan intensa que le había dejado sin energía, y hundida.

Y el bofetón que le había dado... Aún le dolía, literal y metafóricamente.

Todo lo que había dicho de Andreas y el tono de desprecio que había utilizado le desgarraba el corazón. Él no era nada de lo que decía su madre. Demasiado generoso estaba siendo después de lo que Harry le había hecho a su hermano y de la indiferencia de la familia ante el asunto. ¿Cómo habían sido capaces? ¿De qué estaban hechos? ¿Acaso sus padres no tenían corazón? ¿Acaso no eran humanos?, se preguntó mientras las lágrimas rodaban sin control por sus mejillas.

Dejó que su cuerpo resbalara por la puerta y se sentó en el suelo. Flexionó las piernas y las rodeó con los brazos.

—Tenemos todo en contra —murmuró sollozante contra sus rodillas—. Todo.

En el despacho, Amy y Charles trataban de encontrar una solución a la situación.

—Tenemos que hacer algo con Fabiola —anunció Amy con voz determinante.

Charles la miró.

—¿Qué crees que podemos hacer? Es mayor de edad, ya no es una niña —dijo en tono de obviedad—. Puede hacer y estar con quien quiera.

—¡Pues algo tenemos que hacer! —insistió Amy con los ojos casi fuera de las órbitas—. No podemos dejar que siga manteniendo una relación con ese... —apretó los dientes—... infeliz. Se lo tenemos que prohibir.

Charles movió la cabeza lentamente.

—Prohibirle que deje de verlo no hará otra cosa que hacer crecer sus

ganas de estar con él —atajó—. No hay nada que se desee más que aquello que te prohíben.

—Pero es que no puede estar con él, no es más que un muerto de hambre. No tiene nuestra misma clase social, ni nuestro estatus —dijo Amy con vehemencia—. Y con todos los problemas que tuvimos en el pasado con esa familia... —Se echó las manos a la cabeza. No podían revivir de nuevo esos tiempos, no después de una década—. Me horroriza la sola idea de que podamos tener alguna relación con ellos... Que Fabi tenga una relación con ese...

—¡Ya está bien, Amy! ¡Ya está bien! —prorrumpió Charles—. Insultarles no va a servir de nada; no va a solucionar nada.

Amy bufó, dejando entrever su malestar.

—¿De qué lado estás? —inquirió a su marido.

—Esa pregunta sobra. ¿No está claro? —protestó Charles—. Pero no se me olvida lo que Harry le hizo a ese pobre chico.

Amy lo fulminó con sus ojos azulísimos.

—¡¿Qué?! —exclamó incrédula—. ¿Acaso querías ver a tu hijo en la cárcel o en un reformatorio? Solo tenía dieciséis años.

—Claro que no —respondió Charles. Alzó la mano y se la pasó por la nuca en actitud reflexiva—. Pero quizá no actuamos de forma correcta con esa familia.

—No puedo creer lo que estás diciendo. No lo puedo creer —masculló Amy, escéptica—. Preocuparte a estas alturas de ese chico...

Charles caminó hacia la ventana y miró a través de los cristales. El sol llevaba ya un par de horas fuera y el calor comenzaba a hacerse presente en el día. Se pinzó el puente de la nariz con los dedos y cerró los ojos durante unos instantes. Amy seguía en el sitio, inmóvil, en medio del despacho.

—Lo mejor será dejar esta conversación para otro momento —dijo

Charles.

Inhaló una profunda bocanada de aire y lo soltó despacio. Antes de que Amy comenzara de nuevo a hablar, cruzó el despacho y salió de él.

CAPÍTULO 67

Andreas giró el rostro.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —le preguntó.

Amanda avanzó por el taller.

—Andreas, la mitad de Santa Mónica está comentando lo que pasó ayer por la noche —dijo.

—¿Qué están diciendo? —preguntó él, serio.

—Que tuviste un altercado con el hijo del alcalde y con Harry Dubrow —respondió Amanda.

Algo le decía a Andreas que eso no era lo único de lo que se estaba hablando en Santa Mónica.

—¿Y qué más?

—Que tienes algo con Fabiola Dubrow —respondió su madre. Hizo una breve pausa mientras observaba a Andreas—. ¿Qué hay de cierto?

Andreas se limpió las manos de grasa en un trapo y miró a su madre. Sus ojos azules, tan iguales a los suyos, esperaban expectantes su contestación.

—Todo —respondió con franqueza.

—¿Tienes una relación con Fabiola Dubrow? —Amanda no terminada de dar crédito a lo que le estaba diciendo su hijo.

—No sé cómo ha pasado, mamá. No lo sé..., pero me he enamorado de Fabiola Dubrow.

Amanda suspiró.

—Andreas...

—No ha sido premeditado —se adelantó a decir Andreas—. Lo que

menos hubiera querido es enamorarme de una Dubrow, pero ha ocurrido.

—Hijo, nunca te he dicho con quién tienes que estar ni con quién no. Nunca me he metido en tu vida —comenzó Amanda en tono suave—, pero una relación con esa chica puede traerte problemas.

Andreas exhaló un poco de aire.

—Lo sé, mamá, lo sé... No soy ciego a la realidad ni al pasado que nos vincula con los Dubrow. —Se encogió de hombros—. Pero ¿qué puedo hacer excepto luchar por nuestro amor? Lo que siento está fuera de mi control. —Guardó silencio unos instantes y miró a su madre antes de decir—: Fabiola es una persona que merece la pena; merece mucho la pena. —Amanda vio que los ojos le brillaban con vehemencia—. No tiene nada que ver con su familia. No es soberbia, no es arrogante, no es egocéntrica, no es una malcriada...

Amanda se acercó a Andreas y le tocó el brazo.

—¿Andreas, estás seguro? —dijo.

—Sí, muy seguro —contestó él, rotundo—. De la rabia que sentía por los Dubrow ha nacido algo increíble. Increíble, mamá. De verdad. Estoy loco por ella. Y tengo ganas y necesidad de ir más allá. Mucho más allá.

Amanda conocía a su hijo y podía certificar que nunca lo había visto así, ilusionado por una chica de aquella forma. Lo que sentía por ella era real.

Le dedicó una mirada indulgente.

—Su familia no te lo va a poner fácil, ni a ella tampoco —le advirtió.

—También lo sé. Harry ya me ha amenazado —dijo Andreas, aunque por el tono de indiferencia de su voz era algo que no le preocupaba en absoluto.

Amanda hizo una mueca de preocupación.

—Ten cuidado, por favor —le pidió a Andreas.

—Lo tendré.

—Conoces a Harry, y sabes las malas artes que utiliza —insistió.

Los labios de Andreas se curvaron en una breve sonrisa.

—No voy a hacer nada en contra de los Dubrow ni en contra de Harry —dijo—. Es la familia de Fabiola, y voy a respetarlos precisamente por eso. Aunque no voy a permitir que me humillen ni que la humillen a ella.

—¿Por qué dices eso? —Amanda no entendía por qué había dicho esas últimas palabras referidas a Fabiola.

—Fabiola vive en una jaula de oro, mamá. No es libre. Su madre es quien toma las decisiones por ella, quien dice qué tiene que estudiar, con quién tiene que salir, qué tiene que hacer...

—Eso es muy triste —comentó Amanda.

—Sí que lo es... Fabiola tiene todo lo material que puedas imaginar, pero no tiene libertad, lo máspreciado que posee el ser humano.

—A veces creemos que el dinero da la felicidad, y no es cierto.

—Fabiola es un claro ejemplo de ello.

—¿Por qué será que no me extraña? —lanzó al aire Amanda—. Amy siempre ha sido muy controladora —comentó.

—Fabiola lleva toda su vida tratando de ser la hija perfecta, pero para Amy no es suficiente. Según su madre, no es como sus hermanos.

Amanda frunció el ceño.

—¿Amy hace diferencias entre sus hijos? —preguntó extrañada.

—Sí.

—¿Cómo puede hacer eso? Todos los hijos son iguales, se les tiene que querer igual, por Dios.

—Por suerte, Fabiola cuenta con la complicidad de su padre. Para él es su ojito derecho.

—Charles Dubrow siempre fue más sensato —apuntó Amanda—. Guardó silencio unos segundos antes de decir—: No me quiero ni imaginar lo que ha tenido que pasar esa pobre chica.

—Mamá...

—Dime.

—Me preocupa Gerard... —dijo Andreas—. ¿Qué va a pensar de que su hermano tenga una relación con la hermana del chico que le dejó parálítico?

—Mientras tú seas feliz, Gerard no va a decir nada. No se va a oponer. Él no guarda ni una pizca de rencor hacia los Dubrow —respondió Amanda.

Andreas fijó la mirada en su madre.

—¿Y tú, mamá? ¿Qué piensas de que tenga una relación con una Dubrow? —le preguntó.

Amanda reflexionó durante unos segundos.

—Pues al principio me ha sorprendido y reconozco que no me ha hecho mucha gracia. No te voy a mentir. Por esa razón he venido a hablar contigo —comenzó—. Pero es la primera vez que te veo ilusionado con una chica. —Sonrió—. Tenías que ver cómo te brillan los ojos cuando hablas de ella —anotó Amanda con voz maternal—. Lo único que quiero es que seas feliz. —Su rostro se ensombreció de pronto—. Y sé que con los Dubrow por medio no lo vas a tener fácil, y mucho menos tú. Nos une a ellos un pasado que no podemos olvidar.

—Tanto Fabiola como yo estamos dispuestos a luchar contra todos los obstáculos que se nos presenten —afirmó Andreas—. No vamos a dejar que nadie rompa lo que ha nacido entre nosotros.

Amanda alargó el brazo y acarició la mejilla de Andreas.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Vale —respondió Andreas, sonriendo ligeramente—. ¿Gerard lo sabe? —preguntó.

—No, se encuentra tan concentrado preparándose para la carrera que está desconectado del mundo —explicó Amanda.

—Bien, no se lo digas aún. Quiero contárselo yo. Prefiero que se entere por mí a que se entere por cualquier otra persona.

Amanda asintió con una breve inclinación de cabeza.

CAPÍTULO 68

Fabiola mataba el tiempo leyendo sentada en el sofá de mimbre del jardín. Necesitaba un poco de tranquilidad. Las últimas horas habían sido tumultuosas. Al menos la lectura le permitía distraerse.

—No me puedo creer que estés saliendo con ese desarrapado. —La voz chirriante de Ashley se le metió en el fondo de los oídos.

Fabiola levantó los ojos del libro.

—¿No había otro chico más *decente* con el que liarte? —le inquirió su hermana con desdén.

Fabiola señaló con el marcapáginas por donde se llegaba, cerró el libro y lo dejó a un lado del sillón. Tendría que seguir más tarde.

—¿Con qué catadura moral me reprochas tú eso, Ashley? —le preguntó.

Las cejas rubias de Ashley se fruncieron hasta formar una línea en su rostro de porcelana.

—¿Por qué dices eso? —dijo confusa.

—Te vi —respondió Fabiola.

Ashley se movió incómoda en el sitio.

—¿Dónde me viste? —quiso saber.

—En el taller de Andreas, el día que fuiste a verle. El día que la abuela sufrió el infarto —matizó Fabiola, para que Ashley se situara.

Ashley palideció. ¿Cómo diablos sabía Fabiola que había ido a ver a León?

—¿Eso es lo que te ha dicho ese imbécil? ¿Que fui a verle? —se excusó con lo primero que se le ocurrió.

Fabiola la miró y esbozó una sonrisa irónica en los labios carnosos.

—¿Estás sorda? Te he dicho que te vi, con mis propios ojos. Y te vi porque estaba allí, y también vi cómo te insinuabas a Andreas constantemente. No perdiste oportunidad de metértele por los ojos.

Ashley apretó los dientes de rabia. Fabiola casi pudo escuchar cómo le rechinaban.

—Yo no fui a...

—En el fondo no te molesta que me haya fijado en un *desarrapado*, como lo llamas tú —le cortó Fabiola, que no tenía intención de escuchar sus excusas —, sino que ese *desarrapado* sea Andreas, y que se haya fijado en mí y no en ti.

A Ashley comenzó a hervirle la sangre en las venas. ¿Cómo podía León haber puesto sus ojos en Fabiola y no en ella?

—¿Con qué derecho te crees para recriminarme nada? —continuó Fabiola.

—Con el que me da saber que estás cometiendo un error —apostilló Ashley.

—Ya veo... —Fabiola echó el torso hacia delante y aferró las manos al borde del sofá de mimbre—. Es un error que yo esté con Andreas, pero no lo sería si estuvieras tú con él, ¿verdad? —Sacudió la cabeza—. Eso es tener doble moral, Ashley. Y ser una cínica, una hipócrita. —En sus palabras asomó una chispa de ironía.

—Mamá no va a permitir que sigas con él —dijo ella con soberbia y una nota de desprecio en la voz. Tenía que quedar por encima de Fabiola a como diera lugar, y amargarle el día.

—A estas alturas me importa muy poco lo que diga mamá, lo que diga papá y lo que digáis tú y Harry —contestó Fabiola con aplomo.

Ashley se asombró ante la determinación que mostraba su hermana.

Fabiola siempre había sido obediente y fácil de manejar. Nunca había dado problemas. ¿Qué le estaba pasando ahora?

—¿Es León quien te alecciona para que digas todas esas cosas? —lanzó. Cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra.

—Andreas no me alecciona para nada —la contradijo Fabiola—. No haría algo semejante. Él tiene más integridad que toda esta familia junta.

Ashley se cruzó de brazos en una actitud chulesca.

—Vaya... Ahora León es mejor que tu propia familia —comentó.

—Lo es desde que Harry atropelló a su hermano, dejándolo paralítico, y nadie de esta familia se hizo responsable de la situación, pese a que era un niño de diez años.

—¿Hubieras preferido que tu hermano fuera a un reformatorio?

—Quizá si Harry hubiera asumido la responsabilidad de sus actos en aquel entonces, ahora no se creería el oblijo del mundo.

—Te vas a arrepentir de... lo que quiera que tengas con León. Lo único por lo que está contigo es por el dinero —apuntó Ashley.

—¿Ahora eres adivina? —se burló Fabiola.

—¿Por qué otra cosa se habría fijado en ti? —lanzó al aire con mordacidad, al tiempo que abría los brazos.

—Tal vez porque le gusto simplemente como soy —arguyó Fabiola.

Ashley dejó escapar una carcajada.

—¿Eres estúpida? —espetó—. ¿Te has visto bien, Fabi? ¿Y le has visto a él?

—No todo el mundo es tan superficial como tú —se defendió Fabiola.

Le daba lo mismo lo que dijera su hermana, aunque la acidez que portaban sus palabras era como un pequeño aguijón a su ego. ¿Por qué Ashley era tan frívola y tan superficial? ¿Solo porque no era rubia ni tenía los ojos azules no podía resultarle atractiva a Andreas?

—El batacazo que te vas a dar va a ser tremendo —insistió Ashley—. Y me alegraré mucho de ello —dijo con acritud.

¿Cómo podía ser Ashley tan mala?

—A Andreas no le gustas. ¡Supéralo! —exclamó Fabiola.

Harta de seguir escuchando a su hermana, cogió el libro, se levantó del sofá de mimbre y se metió en casa.

CAPÍTULO 69

Fabiola y Andreas caminaban agarrados de la mano por *State Beach*. En el aire se respiraba el verano. Las olas que iban y venían les mojaban los pies desprovistos de calzado.

—Me imagino que en tu casa se han enterado de todo —dijo Andreas.

—Sí —afirmó únicamente Fabiola.

—¿Y qué te han dicho?

—La discusión que he tenido con mi madre ha sido colossal. Me extraña que no hayas oído las voces desde tu taller —bromeó Fabiola.

—¿Y qué te ha dicho tu madre? —insistió Andreas, presumiendo que no habían sido cosas muy buenas.

—Que no va a permitir que te vea más —respondió Fabiola con cierta vergüenza ajena.

—Supongo que, menos bonito, de mí a dicho de todo.

Fabiola prefirió no decir nada, pero el silencio fue suficiente respuesta para Andreas, que movió la cabeza.

—Le he reprochado que ni ella ni mi padre se hubieran responsabilizado de los actos de mi hermano, que no se hubieran preocupado de tu familia.

—¿Y qué te ha respondido?

—Me ha pegado una bofetada.

Andreas se detuvo en seco, haciendo que Fabiola también se parara a su lado, y se giró hacia ella. Apretó los puños con fuerza, tratando de contener la furia que le invadía las venas. ¿Cómo era Amy capaz de pegar a su hija?

—¿Hasta dónde es capaz de llegar tu madre? —preguntó.

Fabiola alzó los hombros. La brisa hacía que los largos mechones castaños de su melena aletearan alrededor de su rostro, confiriéndole un aire de ser alado.

Andreas llevó la mano hasta su mejilla y se la acarició con ternura.

—Siento hacerte pasar por esto —susurró con pesar.

Fabiola le asió la mano y se la besó.

—No es culpa tuya —dijo.

Sin embargo, Andreas no podía dejar de sentirse responsable.

—Si hubiera alguna forma de evitarlo... —dijo.

Fabiola levantó la vista hasta los ojos de Andreas. En el azul turquesa de su mirada podía verse el inicio de la puesta de sol que ornamentaba el horizonte.

—¿Por qué no nos vamos tú y yo? —le propuso de pronto—. Lejos de aquí. Muy lejos de aquí.

Andreas enarcó las cejas.

—¿Estás hablando de huir? ¿De escapar?

Fabiola no dudó un instante en responder.

—Sí.

Andreas esbozó una sonrisa condescendiente.

—Fabiola, tenemos que hacer bien las cosas —dijo con voz suave, como un padre que le explica a una hija lo que es correcto.

—Llevo toda mi vida haciendo bien las cosas. Quiero ser rebelde, portarme mal —arguyó ella casi como una súplica.

La ingenuidad de Fabiola era deliciosa, pensó Andreas.

—Te entiendo, pequeña, sabes que te entiendo —comenzó, pasando el pulgar por la línea de su mandíbula—, y me encantaría irme contigo al fin del mundo, donde nadie nos encontrara, pero no podemos huir —expresó con pesimismo—. Me metería en un lío. Además, aquí tengo obligaciones; el

taller, mi madre, mi hermano...

Fabiola dejó caer los hombros, vencida.

—Lo sé... En el fondo sé que no es posible —susurró—. Estoy siendo muy ingenua, ¿verdad?

Andreas guardó silencio.

Fabiola apoyó la cabeza en su pecho, duro como una roca. Él la rodeó con sus enormes brazos en un gesto de protección.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Fabiola en un suspiro.

Andreas dejó descansar la barbilla en su cabeza.

—Permanecer juntos y luchar contra quien quiera separarnos —contestó.

Fabiola soltó resoplando el aire que tenía en los pulmones y se apretó más contra Andreas, que le acarició el pelo con la mano.

Las nubes habían adquirido un tono púrpura, resquicio de la puesta de sol. En el ambiente había una insólita sensación de tristeza, de nostalgia, que supuraba cada rincón.

CAPÍTULO 70

La atmósfera estaba enrarecida.

Fabiola se extrañó al ver el ligero barullo que había en el porche. La puerta de la mansión estaba abierta. El Jaguar S-Type negro tenía también el maletero abierto y dentro de él había un montón de maletas, entre las que pudo vislumbrar la suya. En esos momentos, su madre salía de la casa con pasos apresurados.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—¡Nos vamos! —soltó Amy.

Fabiola arrugó las cejas.

—¿Nos vamos? ¿Adónde?

—A Seattle. Ya está todo listo. El servicio ha recogido tus cosas.

Fabiola sintió una sensación fría en el estómago.

—Sube al coche —le ordenó su madre.

—¿Qué? No voy a subir a ningún sitio —se negó Fabiola.

Amy se colocó delante de ella. Los rasgos de la cara se advertían tensionados.

—Vas a hacer lo que yo te diga. Sube al coche —repitió con mirada pétrea.

—Mamá, soy mayor de edad, no una niña. No puedes obligarme a hacer algo que no quiero. No puedes obligarme a irme de Santa Mónica. Es mi vida. No necesito que tomes decisiones por mí —revindicó Fabiola.

—Estás ciega, Fabiola. Ciega por ese... miserable —contestó Amy—. No piensas con claridad...

—Te aseguro que pienso con toda la claridad del mundo —le cortó Fabiola.

Los ojos de Amy arrojaban chispas.

—Entra en el coche —volvió a decirle únicamente, obviando los argumentos de Fabiola.

La aferró por la muñeca y de un empujón intentó meterla en el Jaguar, pero Fabiola se resistió.

—Papá, no podéis hacerme esto —dijo, al verle bajar por las escaleras del porche.

—Sube al coche —fue la respuesta de Charles. Su rostro se mantenía impertérrito.

—Papá, me dijiste que me apoyarías en todas mis decisiones, que podía confiar en ti. —Le temblaban los labios.

Los ojos de Fabiola se llenaron de lágrimas de impotencia. ¿Cómo podía traicionarla así su padre? ¿Ponerse del lado de su madre y secundarla para llevar a cabo aquella encerrona que la dejaba sin poder de acción?

—Papá, por favor... —sollozó. Charles guardó silencio mientras introducía en el maletero una bolsa de mano—. Papá... —suplicó.

—Sube al coche, no empeores más las cosas —dijo Charles en tono serio.

Sin soltarle la muñeca, Amy metió la mano en el bolsillo del short vaquero de Fabiola y le arrebató el teléfono.

—Y olvídate del móvil —atajó contundente.

—Mamá, no tienes ningún derecho a quitarme el teléfono. ¡Devuélvemelo! —se quejó Fabiola.

—¿Quién paga tus facturas? —le echó en cara Amy. Sin dejarle responder siseó entre dientes—: Métete en el coche o te meto yo.

Le dio un empujón, retorciendo la muñeca de Fabiola, que gritó de dolor.

—Ya, mamá, me estás haciendo daño. —Su mirada fría e intransigente la atravesaba como un afilado cuchillo.

Amy la soltó y Fabiola cayó en los asientos de la parte trasera del Jaguar. Mientras su madre cerraba de un portazo la puerta, se acarició la muñeca para aliviar el dolor que le recorría el brazo.

—¡Mamá! —gritó con el rostro surcado de lágrimas.

Ashley apareció en su campo de visión con el esbozo de una sonrisa maliciosa en los labios.

—Se te acabó el romancito —se burló a través de los cristales de la ventanilla.

Fabiola hundió la cara entre las manos y comenzó a llorar desconsoladamente.

¿Cómo se iba a comunicar con Andreas si le habían quitado el móvil y se la llevaban de Santa Mónica sin previo aviso? ¿Qué iba a pensar? ¿Que lo había abandonado? ¿Que finalmente había capitulado a las circunstancias? ¿A la familia? ¿A la posición social?

«Dios mío...».

—Algún día nos lo agradecerás —dijo Amy al entrar en el coche y cerrar la puerta.

—¡Jamás! —gritó Fabiola, llorando sin parar—. No tenéis derecho a hacerme esto. No podéis obligarme...

—¡Ya, Fabiola, por favor!

La voz de Charles resonó en el Jaguar, pero Fabiola lo ignoró.

—Nunca voy a perdonaros lo que me estáis haciendo. Nunca —les dijo.

—Arranca —ordenó Amy a Charles—. Cuanto antes no vayamos de aquí, mejor.

Charles puso el motor en marcha y se incorporó al camino que llevaba a la salida. Detrás del Jaguar iba el descapotable de Harry, con él y Ashley. Al

fin dejaban Santa Mónica.

CAPÍTULO 71

Andreas miró su reloj de muñeca. Pasaban treinta minutos de las diez. ¿Por qué Fabiola llegaba tarde? ¿A qué se debía su retraso? Ella era muy puntual. Sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón vaquero roto y consultó si tenía algún WhatsApp o alguna llamada.

Nada.

Comenzó a pasear con visible impaciencia a lo largo de la acera. Detrás de él, la verja de metal del taller permanecía cerrada. Al otro lado del paseo marítimo, la playa respiraba tranquila bajo un cielo oscuro lleno de estrellas.

Buscó el nombre de Fabiola entre la lista de las últimas llamadas que había hecho y pulsó con el pulgar la tecla de llamada.

Los tonos sonaban uno tras otro sin que Fabiola respondiera.

—¿Dónde estás, pequeña? ¿Dónde? —se preguntó Andreas.

Echó de nuevo un vistazo al reloj y lanzó un bufido al aire. De pronto, empezó a planear sobre su cabeza la idea de que algo no iba bien.

Seguro que no la habían dejado salir de casa para ir a verse con él. De esa familia se podía esperar cualquier cosa.

Maldita la hora en que habían descubierto que estaban juntos.

Volvió a llamarla. Nada.

A medida que avanzaba la noche y Fabiola seguía sin aparecer a la cita, ese pensamiento fue adquiriendo consistencia. Apretó los labios.

No iba a dejar que se salieran con la suya.

Introdujo la mano en el bolsillo y extrajo las llaves del taller. Abrió y levantó la verja metálica de un fuerte tirón. Un minuto después iba con la moto

rumbo a la casa de los Dubrow.

Cogió del suelo un puñado de piedrecitas y lanzó una contra el cristal de la ventana. Esperó unos segundos y al ver que Fabiola no se asomaba, lanzó otra.

—¿Por qué no sales, Fabiola? —se preguntó.

Unos segundos más tarde y tras golpear el cristal con otras cuantas piedrecitas, saltó al árbol y trepó por el tronco hasta alcanzar las ramas superiores. Llamó a la ventana con los nudillos, pero Fabiola continuaba sin responder. Se inclinó y colocó las manos alrededor de los ojos para poder ver en el interior.

Fabiola no estaba en la cama y la habitación parecía inusualmente vacía.

—¿Qué cojones...? —masculló sin poder dar una explicación.

Miró a un extremo y a otro del jardín para asegurarse de que no le veía nadie y, tras trastear un rato con una llave el viejo cerrojo de la ventana, forzó su apertura. Salvó el alfeizar de un salto y entró en la habitación.

Dio un par de vueltas sobre sí mismo, mirando a un rincón y a otro, antes de acercarse al armario y abrirlo. Se acarició preocupado la cabeza cuando vio que estaba completamente vacío. Tampoco había ninguno de los objetos personales de Fabiola que había visto las anteriores veces que había entrado en su cuarto.

—Se ha ido... —musitó en el silencio de la noche—. Se ha ido de Santa Mónica...

Pero ¿por qué? Fabiola no le había comentado nada. ¿Por qué? ¿Por qué no le había dicho nada? Se detuvo unos segundos a pensar... Quizá por eso le había propuesto huir juntos...

—Pero me lo hubiera dicho —concluyó.

Inhaló aire y soltó un resoplido.

—Joder... —masculló.

Sacó el móvil y volvió a tratar de ponerse en comunicación con Fabiola.
Nada.

Abrió el WhatsApp y le envió un mensaje.

—¿Dónde estás, pequeña?

Iba a salir de la aplicación cuando vio que las dos palomitas se volvían azules. Lo había leído. Esperó una respuesta, pero no llegó.

—¡¿Qué maldita mierda está sucediendo?! —exclamó contrayendo las mandíbulas.

Al otro lado de la línea del teléfono se encontraba Amy. Se le estaban revolviendo las tripas con la insistencia de Andreas. Incluso le había enviado un WhatsApp a Fabiola. Según parecía estaba desesperado por saber dónde se encontraba.

«No lo vas a saber nunca», pensó con malicia para sus adentros.

Sin que Fabiola se diera cuenta, apagó el móvil. Estaba harta de ese infeliz y de la tenacidad con que buscaba a su hija.

Fabiola, en el asiento de atrás, con la cabeza apoyada en la ventanilla, no había dejado de llorar desde que habían salido de Santa Mónica. A esas horas Andreas se estaría preguntando por qué no había acudido a la cita y dónde se había metido.

Le angustiaba pensar en lo que estaría pasando por su cabeza. Ni se imaginaría la encerrona que le habían hecho sus padres. La habían pillado a traición y la estaban obligando a volver a Seattle.

Estaba abatida.

Sentía tanta impotencia, tanta rabia, que apenas era capaz de contenerla en su interior. Quería gritar, romper algo, salir corriendo... En un desesperado arrebato había barajado la idea de escapar del coche, pero ¿dónde iba a ir? Ni siquiera tenía móvil; su madre se lo había quitado. Esta vez había ido demasiado lejos.

Suspiró desconsolada.

CAPÍTULO 72

—¿Cómo que no sabes nada de ella? —preguntó Tony, tras dar un trago de su cerveza.

—Como lo oyes, no tengo la menor idea de donde está Fabiola —dijo Andreas con desconsuelo en la voz—. Supongo que se habrán ido a Seattle —conjeturó.

—¿Sin decírtelo? —intervino Matthew.

Andreas se encogió de hombros.

—No sé qué pensar, chicos. —Se pasó la mano por la frente, desconcertado—. Os juro que no sé qué pensar...

—¿Has tratado de comunicarte con ella por teléfono? —preguntó Zane.

—¡Claro!, le he hecho mil llamadas y no me contesta —respondió Andreas en tono obvio—, también le he mandado un WhatsApp, que ha visto —matizó—, y no me ha respondido.

Removió la cerveza en la jarra, que no había tocado.

—A mí esto me huele mal, León... —comentó Tony.

Andreas alzó la vista hacia él.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Que las tías a veces se comportan así... Hoy te quieren y al día siguiente te dejan —respondió su amigo.

—Fabiola no es así —lo contradijo rápidamente Andreas.

—Eso es lo que pensamos todos de las chicas de turno con las que estamos: que no son así.

—¡Qué no, Tony!, ¡qué no! Si ayer mismo me propuso que nos

escapáramos, que huyéramos juntos de Santa Mónica.

—¡No jodas! —exclamó Zane con expresión de asombro.

—Sí, está harta de la vida que lleva.

—¿Y si sus padres se la han llevado de aquí por la fuerza? —planteó Zane de pronto.

Todos le miraron con una mezcla entre sorpresa e incredulidad. Los músculos del rostro de Andreas se tensaron al pensar en esa posibilidad.

—Suena a locura —comentó Matthew.

—Puede que suene a locura. De hecho, lo sería, pero todos sabemos cómo son los Dubrow —aseveró Zane.

—¿Cómo se la van a llevar a la fuerza? —dijo Tony—. Es mayor edad, puede hacer lo que quiera y estar con quien le dé la gana, aunque sus padres no estén de acuerdo.

Matthew dirigió una mirada admonitoria a Tony.

—Estamos hablando de Amy Dubrow. Esa mujer no tiene límites. Pudimos comprobarlo cuando Harry atropelló al hermano de Andreas.

—Pero es que es surrealista —comentó Andreas, dándole vueltas a la idea en la cabeza—. Y si fuera así, ¿por qué no responde a las llamadas o al WhatsApp? —se preguntó.

—Su madre ha sido capaz de quitarle el móvil para que no se pueda poner en contacto contigo —planteó Matthew.

—¿Lo crees? —dijo Zane, frunciendo el ceño.

Matthew bebió un trago de cerveza.

—Lo que a mí me extraña es que vosotros no lo creáis —dijo, apoyando la jarra en la mesa—. A esa mujer solo le falta el bigote para ser Hitler.

Tony y Zane dejaron escapar una risilla.

—Pues si es así, estoy jodido —aseveró Andreas, que no tenía muchas ganas de reír.

—¿Por qué? —preguntó Tony.

—Porque es el único modo que tengo para comunicarme con Fabiola. El otro sería ir a su casa a Seattle, pero no creo que sus padres me dejen verla así como así. Además, no tengo ni puta idea de dónde vive.

—¿Y redes sociales? —lanzó al aire Zane, intentando ayudar.

—Si le han quitado el móvil, dudo que le dejen el ordenador para poder meterse en las redes sociales —supuso Andreas—. Y si sus hermanos no fueran como son, Fabiola podría contar con su complicidad para tratar de ponerse en contacto conmigo, pero ellos son casi peores que los padres —argumentó con fastidio.

—No cuentes con que alguno de los dos vaya a ayudarla —dijo Tony.

Andreas chasqueó la lengua.

—No lo hago. Conozco bien a Harry y a Ashley. Ya visteis cómo se puso Harry la noche que casi llegamos a las manos. Le ha sentado como una patada en el hígado que esté saliendo con su hermana.

—Es que el destino tiene guasa —apuntó Matthew—. Mira que irte a fijar en la hermana pequeña de tu peor enemigo. Porque Harry y tú sois enemigos irreconciliables.

—Eso pensaba yo al principio, que el destino estaba jugando conmigo; que me estaba gastando una broma pesada. Me preguntaba una y otra vez por qué la vida se empeñaba en cruzarme con Fabiola Dubrow. Precisamente con ella... —Andreas miró a través de los ventanales del *Sky Heaven*. Sus ojos azules se perdieron en un punto indeterminado de la panorámica que había al otro lado de los cristales—. Y ahora, con todo esto que ha pasado me he dado cuenta de que mi vida ha adquirido más significado desde que estoy con Fabiola.

—¿Te estás oyendo hablar, León? —le preguntó Tony, dándole una palmadita en la espalda—. Has caído en las redes del amor —rio—. Tú,

León, que eras alérgico a cualquier compromiso.

—Es cierto, tú, que eras el rompecorazones oficial de Santa Mónica —apostilló Matthew.

Andreas abrió los labios en una sonrisa.

—Irónico, ¿verdad? —dijo, dando vueltas a la jarra de cerveza—. Si alguien me hubiera dicho hace unos meses, tan solo hace unos meses, que terminaría enamorándome de una hermana de Harry Dubrow, le hubiera quemado en una hoguera por hereje —bromeó—. Pero la vida tiene estas cosas...

—Y el amor —puntualizó Zane.

—Solo espero que acabe bien —comentó Andreas, haciendo gala de cierta desesperanza.

—Claro que va a acabar bien, León. Esto es solo un pequeño contratiempo al que tenéis que hacer frente —lo animó Matthew.

—Lo importante es que os queréis —añadió Tony.

Andreas resopló de forma ruidosa.

—Tengo que hacer algo, chicos —dijo, metiéndose los dedos entre el pelo rubio—. Os juro que sería capaz de ir a buscarla al fin del mundo si fuera necesario. —Su voz se escuchaba apremiante.

—Tienes que tratar de mantener la cabeza fría para pensar con claridad. No puedes precipitarte —le aconsejó Zane.

Andreas asintió.

—Tienes razón —dijo—. Soy demasiado impulsivo y puedo terminar metiendo la pata. Tengo que mantener la calma y analizar las posibilidades.

—Nosotros te ayudaremos en todo lo que podamos, León —intervino Matthew—. Ya sabes que puedes contar con nosotros para lo que quieras.

—No lo dudes un momento —dijeron casi al mismo tiempo Tony y Zane.

Andreas extendió la palma de la mano.

—Gracias, tíos —les agradeció, chocando las de sus amigos y apretándolas con camaradería.

CAPÍTULO 73

—¿Me vais a tener encerrada en casa e incomunicada toda la vida? —preguntó Fabiola, enfadada.

—Hasta que se te pase la tontería que te ha dado con ese pobre infeliz, sí —se adelantó a decir Amy en tono amenazador.

Fabiola sacudió la cabeza. Su rostro exponía una expresión de incredulidad. La indignación se extendió por cada célula de su cuerpo.

—¿Sois conscientes de que no podéis hacerme esto? ¿De que no tenéis ningún derecho? —le recriminó.

—Somos conscientes de que tenemos que procurarte un futuro —dijo Amy, apuntándole con el dedo y hablándole acaloradamente—. Un futuro digno de una Dubrow Halliway, un futuro lejos de ese... de ese macarra de medio pelo.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no lo insultes, mamá? —se quejó Fabiola—. Andreas no es ningún macarra. Es mucho más íntegro que tu hijito Har...

Amy clavó su mirada en Fabiola.

—¡Cállate! —le cortó abruptamente, haciendo un aspaviento con la mano. Fabiola respiró hondo.

—No me podéis encerrar en casa. No podéis hacerlo —protestó jadeante—. No soy una niña. ¿Cuántas veces tengo que decíroslo? Estoy harta de que me tratéis como si lo fuera.

—Si no eres una niña, entonces no te comportes como tal —dijo su madre.

—Esto es absurdo —murmuró Fabiola.

—A partir de ahora vas a hacer lo que tu padre y yo digamos —atajó Amy, cansada de las continuas quejas de su hija. Fabiola fue a protestar, pero Amy continuó—: Y atente a las consecuencias si se te ocurre desobedecernos.

—Pero mamá...

Amy se giró sin escuchar a Fabiola y salió de su habitación dando un portazo y dejando a su hija desolada.

Fabiola se dejó caer en la cama y masculló una maldición entre dientes. ¿Qué narices estaba pasando por la cabeza de sus padres? ¿En serio iban a tenerla encerrada e incomunicada? ¿Se habían vuelto locos?

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Los tenía rojos y le escocían de tanto como había llorado durante las horas que había durado el viaje de vuelta a Seattle.

No podía dejar de pensar en Andreas. Tenía la sensación de que le habían arrancado el corazón de cuajo. No habían dejado que se despidiera de él. La habían metido traicioneramente en el coche y la habían alejado de Santa Mónica para que no lo viera nunca más, como si fuera una delincuente. Y lo peor es que no tenía forma de comunicarse con él.

Se giró sobre el colchón y lloró amargamente.

Lo que sentía por Andreas no era un capricho ni algo que se le fuera a pasar con el tiempo. Estaba enamorada. ¡Enamorada! ¿Por qué sus padres no lo entendían? Estaban muy equivocados si pensaban que se trataba solo de un amor de verano. Era más, mucho más...

Se incorporó y se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué voy a hacer? —se preguntó a sí misma entre lágrimas—. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? —repitió sin cesar.

Durante una décima de segundo creyó que se iba a volver loca. Gimió de frustración.

Tenía que pensar en alguna forma de recuperar su móvil. De otro modo ponerse en contacto con Andreas sería imposible.

—Lo buscaré en todos los rincones de la casa, incluso debajo de las piedras del jardín —se dijo, al tiempo que se enjugaba las lágrimas que le resbalaban por el rostro.

Andreas daba vueltas por el salón de su piso como un león enjaulado. Nunca el apodo por el que le conocían había adquirido tanto significado como en esos momentos. Seguía sin tener noticias de Fabiola. Era como si se la hubiera tragado la Tierra. Le había llamado al móvil otras tantas veces y la operadora parecía un disco rayado informándole de que el teléfono al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura.

—¡Esto es una mierda! —exclamó, dando una patada a una silla.

Tenía la sensación de que le habían arrebatado algo de las manos, porque las sentía vacías. Se detuvo en mitad de la estancia y se observó las palmas. Sí, eso es lo que sentía, que tenía las manos vacías.

—¿Qué voy a hacer?

Durante un instante se arrepintió de no haber tomado la palabra de Fabiola y haber huido con ella, tal y como se lo había propuesto. Si lo hubiera hecho, si se hubiera escapado con ella, ahora estarían juntos, lejos de Santa Mónica, pero juntos, y no a cientos de kilómetros el uno del otro. Tenía que haber desoído al sentido común.

—¿Por qué no te tomé la palabra? —se reprochó—. ¿Por qué no lo hice?

Suspiró ruidosamente. Ya no podía lamentarse por eso. No podía lamentarse por las decisiones no tomadas.

Asió el respaldo de la misma silla a la que había dado una patada, la acercó y se sentó en ella.

—Quizá sus amigas sepan algo de Fabiola... —comenzó a elucubrar—. Quizá ellas sí hayan podido ponerse en comunicación...

Consultó su reloj de muñeca. Las manecillas negras pasaban de las cinco. Con un poco de suerte podría encontrarlas en el *Sky Heaven*.

Se levantó de la silla como si le hubiera dado un calambre y salió disparado hacia la puerta. Cogió al vuelo las llaves de la moto del aparador y se fue.

CAPÍTULO 74

El sol estaba en su cenit, coronando el cielo como un medallón dorado, y el calor era sofocante. Chloe, Lía y Dana intentaban paliarlo con unas cervezas.

—No me lo puedo creer... —dijo Chloe, metiéndose el pelo rubio detrás de las orejas.

—Ni yo —la secundó Lía.

—¿Cómo le han podido hacer algo así? —lanzó al aire Dana.

—Ya sabemos cómo es su madre. Es castrante y controladora hasta la saciedad. ¡Qué insoportable! —exclamó Chloe.

—¿No habéis podido contactar con ella? —preguntó Dana.

Chloe y Lía negaron con la cabeza.

—Yo no —respondió Chloe.

—Yo tampoco —dijo Lía—. A mí siempre me sale apagado o fuera de cobertura.

—Yo tampoco he podido —dijo Dana.

Chloe chasqueó la lengua.

—Me imagino cómo se tiene que sentir Fabiola en estos momentos. Tiene que estar destrozada —comentó. Alargó el brazo y cogió una patata frita del cuenco que había en el centro de la mesa.

—Y encima sus hermanos participando de la encerrona —añadió Lía—. Horrible.

—Yo me moriría si mis padres me hicieran algo así —dijo Chloe.

—Yo no sabía que Harry había sido el causante de que el hermano de

León estuviera parálítico —dijo Dana.

En el tono de su voz había cierta decepción. Harry le gustaba, pero al enterarse de la verdadera historia que había detrás de la paraplejia de Gerard y de su aberrante modo de actuación habían hecho que se desencantase de él. Harry no era un buen chico.

—Fabiola tampoco lo sabía. Éramos muy pequeñas cuando sucedió y los Dubrow se han encargado de que Santa Mónica lo olvidara... —dijo Chloe.

—Por eso han estado una década sin venir —conjeturó Lía.

—Lo peor es que Fabiola ha sido quien, indirectamente, lo está pagando —dijo Dana.

—Es verdad, es ella quien lo está pagando —dijo Chloe con pesadumbre en la voz.

—¿Qué podemos hacer para ayudarla? Puesto que con Harry y con Ashley no puede contar... —lanzó al aire Lía.

—No lo sé..., pero tenemos que pensar algo —respondió Dana.

Chloe dirigió una mirada a su amiga, que se mantenía a ratos ausente.

—¿Y a ti cómo te ha sentado enterarte de lo que hizo Harry? —le preguntó.

—Mal —contestó Dana sin dudar—. Estoy muy decepcionada. —Se encogió de hombros haciendo una mueca de disgusto con la boca—. Ya no lo veo de la misma manera que antes. Mi concepto de él ha cambiado por completo. Además, tampoco es que me tuviera mucho en cuenta...

Lía alargó la mano y le apretó el brazo cariñosamente.

—No te preocupes, hay muchos peces en el mar —la animó.

Dana sonrió.

—Menos mal —bromeó.

Andreas aparcó la moto en uno de los estacionamientos que el *Sky Heaven* tenía habilitados para los clientes. Se quitó el casco negro, y con él

debajo del brazo entró en el bar.

Entornó los ojos y recorrió con la mirada el perímetro del local. Localizó a las amigas de Fabiola sentadas en una mesa al lado de los ventanales del fondo. Era una hora en la que apenas había concurrencia de gente.

—Hola, León —lo saludó el camarero detrás de la barra.

—Hola —respondió él, al tiempo que alzaba la mano que tenía libre.

Cruzó el local y se detuvo frente a la mesa en la que estaban las amigas de Fabiola.

—Hola, chicas —las saludó con voz profunda y varonil.

Chloe, Lía y Dana levantaron la vista hacia él y lo miraron con los ojos muy abiertos.

—Hola, León —dijeron casi al unísono.

Andreas apoyó el casco en un hueco de la mesa que había libre.

—¿Sabéis algo de Fabiola? —les preguntó sin andarse con rodeos inútiles.

Las chicas movieron la cabeza, negando. Chloe tomó la palabra.

—No —dijo—. Justamente estábamos ahora hablando de ello. Lo único que sabemos es que sus padres la han obligado a irse a Seattle.

La mandíbula de Andreas se contrajo en un gesto de rabia. Sus sospechas cristalizaron de golpe. Los Dubrow habían tenido mucho que ver con toda aquella situación. Sacudió ligeramente la cabeza para alejar el exabrupto que tenía en el filo de la lengua.

—¿Sabéis los detalles? —curioseó.

—Una amiga de Ashley le ha contado a mi hermana que tenían todo preparado; que el personal de servicio había hecho las maletas de Fabiola y que ya estaban en el maletero del coche cuando llegó a casa —dijo Dana.

—¿Así que fue una encerrona? —dejó caer Andreas.

—En toda regla —confirmó Chloe—. Ni siquiera pudo despedirse de

nosotras.

—Ni de mí —dijo Andreas—. Ni de mí... —repitió como un eco. Hizo una pequeña pausa. Frunció el ceño—. ¿Harry y Ashley también se han ido a Seattle?

—Sí —respondió Lía—, incluso han participado para que el plan saliera bien —agregó con ironía.

Andreas no hizo ningún comentario al respecto, pero estaba claro que los hermanos de Fabiola no iban a ayudarla. Harry sentía una ojeriza por él desde los tiempos en que competían en carreras ilegales de coches y Ashley estaba despechada, así que le iba a hacer pagar caro que no hubiera querido tener nada con ella.

Pasó la mirada azul turquesa por cada una de las chicas.

—¿Alguna de vosotras tiene la dirección de Seattle? —preguntó.

Las cabezas de las chicas volvieron a negar.

—Con la revolución de la tecnología y las redes sociales el correo postal ya no se lleva —bromeó Lía.

Andreas asintió.

—¿Qué harías si la tuvieras? —curioseó Chloe.

Sus ojos grises miraban con expectación a Andreas.

—Ir a buscarla —respondió él, sin titubear un solo segundo.

Su mirada adquirió un brillo acerado de determinación.

CAPÍTULO 75

—¿Irías...? ¿Irías a buscarla a Seattle? —repitió Dana, sin dar crédito. Solo imaginar la escena que podría darse si Andreas se presentaba en la casa de los Dubrow hizo que se le pusiera el vello de punta.

—Por supuesto —confirmó Andreas sin dudarle un solo segundo—. Lo que ha nacido entre Fabiola y yo es algo demasiado increíble, y no voy a dejar que nada ni nadie lo estropee.

Las chicas suspiraron embobadas. Ver a León, un hombre de uno noventa de estatura con aire de chico malo y rasgos duros beber los vientos por su amiga era de lo más romántico.

—Pero quizá podamos conseguir la dirección —dijo Chloe cuando fue capaz de reaccionar.

Andreas bajó la mirada hasta ella con expresión de interés. Los ojos de Lía y Dana también se posaron en Chloe.

—Podemos preguntar en nuestras familias, o a las amigas de Ashley —propuso.

Andreas enarcó las cejas rubias.

—Puede ser una buena idea —admitió.

—Sí, puede serlo —asintieron Lía y Dana.

—Alguien tiene que tener la dirección de los Dubrow —dijo Chloe.

Andreas se volvió hacia el camarero, que en esos momentos se encontraba secando unos vasos de cristal con un paño.

—Lucas, ¿tienes por ahí un boli? —le preguntó.

Lucas afirmó en silencio con un ademán de cabeza. Se giró hacia la caja

registradora, situada detrás de él, y cogió un boli que había encima de unas libretas.

—Ahí va, León —dijo, lanzándolo en dirección a Andreas.

—Gracias.

Andreas lo cogió al vuelo. Extrajo una servilleta de papel del servilletero y copió en ella un número. Extendió la mano hacia el centro de la mesa.

—Este es mi teléfono. Por favor, llamadme si conseguís la dirección de Fabiola o si tenéis alguna noticia suya —dijo con voz suave.

Chloe tomó la servilleta de la mano grande de Andreas.

—Claro —contestó, hablando por todas.

—Gracias —le agradeció Andreas—. Tengo que irme, tengo trabajo en el taller. Estamos en contacto —se despidió, cogiendo el casco de encima de la mesa.

—Estamos en contacto —respondió Chloe.

—Hasta luego —se despidieron Lía y Dana.

Lo observaron sin apartar los ojos mientras atravesaba el bar con pasos seguros y hasta que su impresionante figura salió por la puerta. Después volvieron a retomar la conversación entre ellas.

—Jamás pensé que ayudaríamos a León a buscar a una amiga —comentó Chloe, observando el número que había plasmado en la servilleta que tenía en la mano.

—¿Os habéis fijado? Está loco por encontrarla —dijo Dana.

—Y como finalmente consiga la dirección de Seattle se va a presentar a por Fabiola —apuntó Lía.

—No quiero ni imaginarme la que se puede montar —dijo Dana.

—La tercera Guerra Mundial —bromeó Chloe.

Dobló la servilleta con el teléfono de Andreas y se la guardó en el

bolsillo del pantalón.

—¿No os parece romántico? —preguntó Lía, juntando las manos por delante del pecho.

—Mucho —suspiraron Chloe y Dana.

—León es como un caballero andante que va a ir a buscar a su princesa —dijo Lía.

—El castillo es la mansión de los Dubrow... —continuó Dana.

—Y el dragón es la madre de Fabiola —se mofó Chloe.

Las tres se echaron a reír.

—Pues, aunque nos riamos, el papel le queda que ni pintado —señaló Chloe entre risas.

—Lo siento por el dragón —siguió Lía con la broma.

—Y yo —dijo Dana.

—Ahora hablando en serio... —comenzó Chloe—. Tenemos que tratar de conseguir la dirección de Fabiola. Tenemos que ayudar a que ella y León estén juntos. Se lo merecen.

—No vamos a dejar que su familia se salga con la suya —dijo Lía.

—Desde luego que no —confirmó Dana.

—¿Os acordáis cuando nos dijo Fabiola que con León se sentía libre? —preguntó Chloe.

—Sí —respondieron Lía y Dana.

—Pues es hora de que unamos fuerzas para devolverle esa libertad —dijo Chloe.

Lía y Dana sonrieron, conformes.

Chloe estiró el brazo hacia el centro de la mesa. La mano formaba un puño.

—Da comienzo la operación «Conseguir la dirección de Fabiola como sea» —dijo con ánimo.

Lía y Dana imitaron su gesto y chocaron los puños como si se tratara del código secreto de una hermandad.

—Da comienzo —repuso Dana.

—Da comienzo —repitió Lía.

CAPÍTULO 76

Amanda se recostó en la encimera de la mesa, perpleja.

—No me lo puedo creer —dijo—. ¿Han obligado a Fabiola a irse a Seattle? —preguntó.

—Sí —afirmó Andreas, con una inclinación de cabeza—. Esa familia no tiene límites.

—Y siendo Fabiola mayor de edad, ¿no constituye un... delito? —dijo Amanda.

—Legalmente, no lo sé, pero se parece mucho a un secuestro. Se la han llevado a Seattle casi a la fuerza y la tienen incomunicada. No solo conmigo; sus amigas tampoco saben nada de ella —respondió Andreas en tono impotente.

—Ya te dije que esa familia os lo iba a poner difícil. Los conozco muy bien...

—Yo también lo sabía, pero no pensé que se atreverían a llevarse a Fabiola casi a la fuerza.

Amanda alzó la mirada hacia su hijo. Se veía abatido.

—¿Y qué vas a hacer, Andreas? —le preguntó.

—Ir a buscarla, mamá —respondió él.

La seguridad que destilaban sus palabras se reflejaba claramente en la firmeza y rotundidad de las líneas de su rostro. En la expresión de Amanda apareció una nota de preocupación.

—Hijo, tienes que tener cuidado. Ir a su casa es peligroso —se adelantó a decir—. Los Dubrow son capaces de inventarse algo o de meterte en un lío.

Amy es capaz de cualquier cosa...

—Tienes razón, pero ¿qué hago? —dijo Andreas—. Quiero a Fabiola, estoy enamorada de ella y no puedo dejar que terceras personas estropeen lo que tenemos.

—¿Enamorado? ¿Tú enamorado, Andreas? —La voz asombrada de Gerard llenó la cocina.

Andreas se volvió hacia él.

—Hola, Gerard —lo saludó Andreas.

—Hola —correspondió Gerard—. Cuéntame eso de que estás enamorado...

—De eso precisamente he venido a hablarte. Prefiero que te enteres por mí a que te enteres por ahí.

Gerard frunció las cejas y dirigió una mirada a su madre. No entendía nada.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —preguntó.

Andreas retiró una silla y se sentó frente a su hermano.

—Estoy saliendo con Fabiola Dubrow, la hermana pequeña de Harry —dijo Andreas—. No sé cómo ha pasado... No ha sido algo premeditado, ni buscado... —continuó—. De hecho, he intentado evitarlo, he luchado conmigo mismo, pero no he podido hacer nada. No he podido... Algo me lleva a ella una y otra vez.

Gerard lo miró con expresión neutra. Durante unos segundos el silencio reinó en la cocina. Andreas y su madre intercambiaron una mirada.

—¿Te hace feliz? —quiso saber Gerard.

—Mucho —contestó Andreas.

—Entonces no hay más que hablar. Esa chica no tiene la culpa de lo que hizo su hermano.

Andreas esbozó una sonrisa sin despegar los labios.

—Eres increíblemente generoso, Gerard —dijo.

—¿Por qué? —respondió él alzando los hombros.

—La entereza con que has llevado este tema todos estos años es asombrosa. Otro en tu lugar guardaría rencor hacia los Dubrow y tú, sin embargo, no lo haces —respondió Andreas.

—Yo los perdoné hace muchos años —dijo Gerard con voz serena—. No sirve de nada guardar rencor o rabia hacia ellos. Eso no va a hacer que cambien las cosas o que me levante de esta silla de ruedas. —Miró a Andreas fijamente—. Yo lo único que quiero es que seas feliz, y si esa chica, Fabiola, te hace feliz, para mí es suficiente. Además, como te he dicho antes, ella no tiene ninguna culpa de lo que hizo su hermano.

—Me gustaría mucho que la conocierais —dijo Andreas.

—Pues invítala a cenar un día —propuso Gerard.

Andreas suspiró, pasándose la mano por el pelo.

—De momento no va a ser posible —contestó en tono apesadumbrado.

—¿Por qué no es posible?

—Cuando sus padres se han enterado de que estábamos juntos la han obligado a irse a Seattle y no le permiten comunicarse con nadie.

Gerard se movió en la silla de ruedas.

—Andreas, ¿lo estás diciendo en serio?

—Sí.

—Pero ¿en qué está pensando esa familia? —Por primera vez Gerard hablaba con un viso de enfado.

—En separarnos —dijo tajante Andreas.

—Los Dubrow son muy clasistas. Para ellos es un insulto que estés saliendo con su hija —intervino Amanda.

—¿Fabiola te quiere? —preguntó Gerard a Andreas.

—Sí —afirmó con la cabeza.

—Entonces, tienes que hacer algo.

—Voy a ir a buscarla a Seattle, pero antes tengo que averiguar su dirección.

Gerard se quedó pensativo unos segundos mientras se acariciaba la barbilla.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —se interesó.

—He pedido ayuda a sus amigas. Van a preguntar a sus conocidos, familiares y a las amigas de Ashley para ver si consiguen la dirección —dijo Andreas.

—Seguro que alguien la sabe y se la puede facilitar. No desesperes —lo animó Gerard.

—No entiendo cómo hemos llegado a este punto —se sinceró Andreas—. No lo sé... Pero llamaré a todas las puertas de las casas de Seattle si es necesario para encontrarla.

Amanda le puso la mano en el hombro y se lo apretó con cariño. Le dolía ver a su hijo tan abatido.

—Como dice Gerard, no desesperes, más tarde o más temprano darás con ella —dijo.

—Espero que sea pronto, porque me voy a volver loco —resopló Andreas.

CAPÍTULO 77

Fabiola dejó el vaso de agua a medio camino de la boca.

—¿Qué estás diciendo, papá? —preguntó.

—Estoy diciendo que voy a vender la casa de la abuela —respondió Charles.

—Pero ¿por qué?

—Porque no vamos a volver a ir a Santa Mónica.

Fabiola gimió con incredulidad. No podía creerse que su padre fuera a deshacerse de la casa de la abuela, y encima tan pronto.

—A la abuela no le gustaría que vendieras su casa —dijo, tratando de convencer a su padre.

—La abuela ya no está —fue la respuesta de Charles.

—¿Entonces te vas a deshacer del patrimonio de los abuelos?, ¿de tus recuerdos de infancia?, ¿de nuestros recuerdos cuando éramos niños y pasábamos allí los veranos? Es la casa en la que has crecido, papá —insistió Fabiola.

—Ahora te sale la vena nostálgica... —se mofó Harry con visible desdén —. ¿Te vas a poner melodramática?

Fabiola giró el rostro hacia él y lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué no te callas, Harry? —soltó malhumorada.

—Últimamente tienes un humor de perros, hermanita —siguió él en tono de burla mientras movía la sopa.

Fabiola puso los ojos en blanco al tiempo que lanzaba un bufido de exasperación.

—Eres un imbécil —le espetó.

Amy dio un golpe en la mesa con la palma de la mano cuando Harry abrió la boca para replicar a su hermana.

—¡Ya, vale, Fabiola! —dijo, en un intento de poner orden.

Ashley miraba a unos y a otros con expresión divertida en el rostro, como si estuviera viendo un espectáculo del Circo del Sol.

Fabiola se levantó de la silla y tiró la servilleta a un lado del plato.

—Estáis todos locos —dijo.

Se dio media vuelta y salió del comedor con pasos seguros.

—¡Fabiola, vuelve aquí! ¡Todavía no hemos terminado de comer! ¡Vuelve aquí! ¡No seas maleducada! —gritó Amy.

Pero Fabiola hizo oídos sordos a la petición de su madre.

—Ese pobre infeliz le ha lavado el cerebro —dijo Amy, molesta—. La ha puesto en nuestra contra. Antes Fabi no era así —se lamentó—. Antes era una persona obediente y dócil.

Charles solo escuchaba las palabras a medias. Fabiola le preocupaba seriamente. No le gustaba verla así. Desde que habían llegado de Santa Mónica no les hablaba y apenas salía de la habitación. Quizá debía haber sido más tolerante con la relación que tenía con ese chico y no haberse dejado convencer por Amy para alejarla de él y volver a Seattle.

—¿Me estás escuchando? Charles, ¿me estás escuchando? —La voz de Amy lo devolvió a la realidad.

—Sí —dijo de forma mecánica.

—Tenemos que hacer algo... —siguió hablando Amy.

—Ya lo hemos hecho —atajó Charles.

—Pues no es suficiente. No entra en razón ¿No ves cómo está? Nuestros intentos por disuadirla de la estúpida idea de salir con ese infeliz están cayendo en saco roto.

—Sí, sí que veo como está —respondió Charles con mal humor.

—Piensa algo, entonces —le exigió Amy.

Charles suspiró para armarse de paciencia.

—No voy a pensar nada. ¿Tengo que volver a recordarte que Fabi es mayor de edad, que ya no es una niña pequeña a la que podemos decirle lo que hacer o lo que no? —replicó, cansado del tema.

—¡Pero somos sus padres! ¡Lo que hemos hecho es lo mejor para ella! —arguyó Amy levantando el tono de voz.

—No hemos hecho lo mejor para ella, hemos hecho lo mejor para ti —le espetó Charles, tratando de mantener la calma.

El rostro de Amy se descompuso para después revelar una expresión de indignación.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

—Me atrevo a decirlo porque es la verdad. A la única persona a la que le beneficia todo esto es a ti.

—¿Te vas a poner de parte de Fabi y de ese desarrapado? —le acusó Amy, que no iba a cejar en su empeño de no zanjar el asunto.

—Estoy de parte de lo que haga feliz a Fabi —respondió Charles.

—¿Y crees que con ese chico va a ser feliz? —dijo Amy con denostada burla.

—No lo sé, no le hemos dado la oportunidad.

Amy hizo un aspaviento con la mano.

—No digas tonterías. Un muerto de hambre como Andreas Johnson nunca podría hacer feliz a Fabi. ¿Qué puede darle? ¿Qué va a ofrecerle? —lanzó al aire. No dejó que Charles contestara—. Nada, excepto una vida de miseria y desdicha.

—Lo que tú digas —fue la respuesta llena de indiferencia de Charles.

Arrastró la silla hacia atrás y se incorporó. No quería seguir escuchando

a Amy. Sus chácharas, intensas y repetitivas hasta la saciedad, conseguían ponerle dolor de cabeza y un humor de perros.

—¿Tú también vas a abandonar la mesa sin haber terminado de comer?
—le preguntó Amy.

—Se me ha quitado el apetito —respondió Charles sin dar más explicaciones.

—Fabiola es igual que tú —comentó Amy con desprecio, como si eso fuera un pecado.

Charles ni se inmutó, simplemente se limitó a salir del comedor.

CAPÍTULO 78

No había nadie en casa. Charles estaba trabajando en la empresa, Harry y Ashley habían salido a divertirse con sus respectivos amigos y Amy había reunido a sus amigas en el jardín trasero de la casa para tomar café y cotillear de quien se les pusiera delante.

Era el momento.

Fabiola salió de su habitación y corrió por el pasillo hasta el dormitorio de sus padres, situado al fondo. Había estado estudiando en qué lugares podía haber ocultado su madre su teléfono móvil y la idea que más fuerza había tomado era aquella que le decía que en la caja fuerte. Hubiera preferido sopesar las opciones para escaparse, pero su madre había aleccionado bien al personal de servicio para que tuvieran vigiladas las salidas las veinticuatro horas del día. Escapar de Alcatraz hubiera resultado más sencillo.

Echó un vistazo a su espalda para ver que no la veía nadie, hizo girar el pomo de la puerta, abrió y se internó en la habitación.

Fue directamente hacia el vestidor. Una vez en él, separó de la pared el panel donde estaba la caja fuerte y se quedó unos segundos mirándola.

No sabía la combinación secreta que la abría, pero había pensado algunas que quizá sirvieran. Primero probó con las fechas de nacimiento de sus padres y después de la de Harry y Ashley, pero ninguna abrió la caja fuerte. Luego probó con la suya, pero tampoco era la combinación correcta.

Chasqueó la lengua.

Se le acababan las posibilidades.

—La fecha de boda de papá y mamá —se le ocurrió de pronto con el

rostro iluminado.

Hizo girar la rueda hacia un lado y hacia otro con los números y tiró de la manecilla. Para su mala suerte y desesperación, la puerta tampoco se abrió.

Dejó caer los brazos y suspiró impotente.

—Mierda —masculló.

Probó con otros tantos números al azar por si le sonreía la fortuna. Nada.

—Esto no es nada sencillo —se dijo para sí.

Se quedó mirando el armatoste negro durante un rato, como si esperara que se abriera sola, hasta que finalmente se dio por vencida. No iba a conseguir nada y lo peor es que estaba segura de que era en la caja fuerte donde estaba su móvil.

Miró hacia un lado y hacia otro del vestidor, para ver si se le ocurría algo, pero tenía la mente en blanco.

Lo mejor sería que se fuera. Si su madre entraba en el dormitorio y la veía ahí, no tardaría ni medio minuto en atar cabos y adivinar qué estaba intentando hacer.

Cerró el panel detrás del que se ocultaba la caja fuerte y se dirigió a la puerta. Tras abrirla y asomar la cabeza cautelosamente, salió de la habitación.

Caminaba por el pasillo cuando apareció Harry.

—Pareces un alma en pena —le dijo socarronamente a Fabiola—. ¿Te has visto en un espejo? Tienes ojeras, los ojos rojos de llorar y cara de funeral. Eres puro drama, hermanita —se burló.

—Déjame en paz —dijo Fabiola.

Pasó a su lado, ignorándolo.

—¿Sigues pensando en ese imbécil? —soltó Harry.

¿Por qué su hermano siempre iba a hacer daño? ¿Por qué le gustaba meter el dedo en la herida?

Fabiola apretó los puños y se dio la vuelta para encarar a Harry.

—Aquí el único imbécil que hay eres tú.

Harry la miró de arriba abajo.

—Mamá tiene razón, ese pobre infeliz te ha envenenado en contra nuestra —habló—. Al final vas a terminar siendo como él.

Fabiola dio un paso hacia adelante. Los ojos de Harry fulguraron con un azul metálico.

—Te voy a decir lo mismo que le dije a Ashley, ¿con qué catadura moral me reprochas nada?, ¿y con qué catadura moral le insultas cuando lo único que tú has demostrado en tu vida es que eres un delincuente?

Harry apretó los dientes con fuerza. Su rostro se descompuso.

—No se te ocurra volver a decir que soy un delincuente —siseó. Y aunque su voz sonaba grave, Fabiola no se dejó amedrentar. Ya no tenía nada que perder y estaba dispuesta a poner a cada uno en el sitio que le correspondía.

—Pero es que lo eres, Harry —repitió Fabiola en tono sosegado—. Eres un delincuente; atropellaste a un niño de diez años y lo dejaste paralítico y, por si no fuera suficiente, te fuiste de rositas. Deberías seguir en un reformatorio o en la cárcel.

Ahora era Harry quien daba un paso hacia adelante con el índice levantado hacia su hermana.

—No te voy a permitir que...

—Yo no soy mamá —le cortó Fabiola. No iba a dejar que su hermano la menospreciara y se riera de ella nunca más—. Yo no te bailo el agua ni te río todas las gracias como hace ella. —Avanzó otro metro y su rostro quedó a un par de palmos del rostro de Harry—. Reconoce lo que eres; reconoce que eres un bueno para nada, una persona sin oficio ni beneficio que lo único que sabe es vivir a costa de sus papás, como un parásito. Reconoce que fuera de la sombra de mamá no eres nada ni lo vas a ser nunca.

Harry trataba de mantener la compostura, pero la fuerza con que apretaba los dientes denotaba la tensión que tenía. Fabiola dejó escapar una risilla irónica.

—Eres el menos indicado para decir algo malo de Andreas —continuó—. Él trabaja, es independiente, y no está bajo el ala protector de su madre, como tú.

Los ojos de Harry estaban encendidos como ascuas. Cada una de las palabras de Fabiola le estaban doliendo como si le estuvieran clavando cuchillos en el estómago.

—No se te ocurra comparar a ese patán conmigo —masculló, conteniendo a duras penas la rabia.

—En eso tienes razón, porque no le llegas ni a la suela de los zapatos. Tienes que volver a nacer para tener la mitad de integridad como hombre que tiene él.

Harry no se podía quedar callado, tenía que atacar a Fabiola de alguna manera o iba a reventar por dentro.

—Estás celosa porque mamá siempre nos ha preferido a Ashley y a mí que a ti —dijo.

Fabiola sonrió.

—Siempre he sabido que sois el ojito derecho de mamá; ella nunca se ha molestado en disimularlo, y siempre me ha dado igual —dijo con indiferencia—. ¿Crees que me viene a importar ahora? Está claro que no me conoces.

Viendo que por ese lado tampoco podía atacarla, decidió retirarse.

—Vas a arrepentirte de todo lo que me has dicho.

—Te voy a dar un consejo, hermanito: si no quieres que te diga más verdades todavía, no vuelvas a menospreciarme y mucho menos vuelvas a insultar a Andreas —le advirtió Fabiola con arrojo.

Harry bufó con los dientes apretados mientras movía la cabeza, negando.

Le bullía la sangre de indignación. Echó a andar. Pasó justo al lado de Fabiola, tan cerca que le rozó el brazo, y se dirigió hacia la escalera. Fabiola respiró hondo y soltó el aire, aliviada porque la pelea hubiera terminado. Transcurridos unos segundos, se giró sobre sus talones y se metió en su habitación. El enfrentamiento con Harry le había dejado exhausta, como si hubiera corrido una maratón.

CAPÍTULO 79

—¿Chicas, ha habido suerte? —preguntó Chloe.

—No —negaron Lía y Dana con expresión apática.

Chloe resopló, aburrida.

—No puede ser tan difícil —comentó.

—Pues yo no he conseguido absolutamente nada —dijo Dana, apartándose un mechón de pelo de la cara—. Y no me he dejado a nadie conocido sin preguntar.

—Ni yo —habló Lía.

—La operación «Conseguir la dirección de Fabi como sea» se nos va al traste. Yo tampoco he conseguido nada —dijo Chloe con abatimiento. Suspiro—. Voy a llamar a León para decirle que no hemos conseguido nada.

Chloe sacó el móvil de su bolso y buscó el número de Andreas. Pulsó el botón de llamada y esperó a tener tono. Al tercero, Andreas cogió el teléfono.

—¿Sí?

—¿León?

—Sí.

—Soy Chloe.

—Hola, Chloe.

—Hola.

—¿Habéis conseguido la dirección de Fabiola? —preguntó Andreas con impaciencia.

Chloe hizo una mueca con la boca.

—Me temo que no —respondió con voz apocada—. Sentimos no tener

buenas noticias.

Andreas soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones. Su rostro se ensombreció por la frustración. No podía evitar sentirse decepcionado. ¿Por qué el destino se empeñaba ahora en ponerse en su contra? Dio un golpe con la mano sobre el capó del coche que estaba arreglando mientras apretaba los dientes.

—Está bien, Chloe. No te preocupes. Gracias —le dijo respirando hondo.

—Te llamo si logramos averiguar algo o si podemos ponernos en contacto con ella, ¿vale? —repuso Chloe.

—Vale —contestó Andreas.

Chloe colgó la llamada, dejó el móvil en la mesa y miró a sus amigas.

—León está desmoralizado —observó.

—No es para menos —dijo Lía.

Dana no estaba pendiente de la conversación de Chloe y Lía. Su cabeza estaba dando forma a una idea.

—Creo que tengo la forma de conseguir la dirección de Fabi —dijo de pronto.

Chloe y Lía se inclinaron hacia adelante.

—Habla —la instó Chloe.

—El personal del servicio tiene que estar al tanto de dónde viven los Dubrow en Seattle —comenzó.

—Sí, pero ¿cómo nos la van a dar? —se interesó Lía.

—Podemos preguntarles con la excusa de que Fabi nos prestó a alguna de nosotras... No sé... —reflexionó unos instantes—... que nos prestó una pulsera de su abuela y que queremos devolvérsela a través de una empresa de mensajería.

Chloe sopesó la propuesta de Dana durante unos segundos.

—¿Sabes que puede ser viable? —repuso con una sonrisa.

—Sí, yo creo que es una buena idea —concedió Lía, que también sonrió.

—Pues manos a la obra —animó Dana.

Las consumiciones estaban casi enteras cuando se levantaron de la mesa del *Sky Heaven* y se fueron para poner en marcha su nuevo plan.

Chloe llamó al timbre.

Unos segundos después, una mujer de mediana edad, vestida con un uniforme negro y blanco y con un moño a la altura de la nuca abrió la puerta.

—Buenas tardes —dijo Chloe con una sonrisa.

—Buenas tardes, señorita Logan —la saludó la mujer en tono formal—. Pase, por favor.

Chloe cruzó el umbral de la puerta y se adentró en el enorme vestíbulo de la casa.

—Gracias.

Ya en el interior desplegó toda su amabilidad para conseguir el objetivo que se habían propuesto.

—Venía a ver si me podían hacer un favor —comenzó educadamente.

—Usted dirá.

—¿Podría facilitarme la dirección de los Dubrow en Seattle? —Antes de que la mujer pudiera negarse, pasó a darle las correspondientes explicaciones —. Verá... Fabi me dejó una pulsera de la señora Tessa para una fiesta y me gustaría devolvérsela. Solo puedo hacerlo a través de una empresa de mensajería y para ello necesito la dirección postal. ¿Podría facilitármela? Es a ella a quien le corresponde tenerla y más teniendo en cuenta que su abuela ha fallecido recientemente —concluyó Chloe, apelando al sentimentalismo.

«Qué Dios me perdone», bromeó para sí, exhibiendo una amplia sonrisa en los labios.

La mujer no pareció pensárselo. ¿Por qué no iba a darle la dirección de

los Dubrow? Chloe Logan pertenecía a una de las familias con más prestigio de Santa Mónica y era una de las mejores amigas de Fabiola. Además, lo que contaba era convincente.

—Sí, claro —respondió—. Voy a buscar un papel y un bolígrafo.

—Vale —dijo Chloe, a quien se le iluminaron los ojos. Hubiera gritado de alegría, pero se contuvo.

Un minuto después la mujer apareció con un papel en la mano.

—Aquí tiene, señorita Logan —dijo.

Estiró el brazo y le ofreció el papel a Chloe.

—Muchas gracias. No sabe cuánto se lo agradezco —dijo Chloe, entusiasmada.

La mujer sonrió cuando Chloe cogió el papel.

CAPÍTULO 80

En cuanto Chloe dejó atrás la casa y traspasó la verja levantó el papel hacia Lía y Dana, que la esperaban con impaciencia en la puerta.

—La tengo, la tengo, la tengo... —dijo, dando pequeños saltitos sin poder contener la alegría.

—¡Bien! —gritaron al mismo tiempo Lía y Dana, haciendo con los brazos un gesto de triunfo.

Contagiadas por el entusiasmo de Chloe, se pusieron a dar saltos y a gritar, como si acabaran de descubrir la penicilina.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido! —dijeron a coro mientras se abrazaban.

Varias personas se les quedaron mirando, pero ellas estaban ajenas a todo lo que pasaba a su alrededor.

—Ahora sí que podemos decir que la operación «Conseguir la dirección de Fabi como sea», ha sido todo un éxito —bromeó Chloe.

—Andreas...

—¿Sí?

—Soy Chloe. —No esperó a que Andreas la saludara. Estaba impaciente por contarle las buenas noticias que tenía—. Tenemos la dirección de Fabi —se adelantó a decir.

El rostro de Andreas se esponjó al otro lado de la línea.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó, incrédulo.

—Sí —afirmó Chloe.

—No me lo puedo creer... —susurró, pasándose la mano por el pelo—.

Gracias, chicas. Muchas gracias.

—Ha sido un placer —dijo una Chloe sonriente—. Apunta.

En aquel papel estaba su felicidad.

Andreas le dio un par de toquecitos con el dedo.

No podía creerse que finalmente las amigas de Fabiola hubieran conseguido su dirección. La había leído y releído tantas veces que iba a desgastar las letras. Se la sabía de memoria.

¡Por fin la tenía!

Andreas metió una pequeña bolsa de equipaje en el maletero.

—León, ¿quieres que te acompañemos? Tienes muchas horas de viaje hasta Seattle —le preguntó Tony.

—Sí, podemos ir contigo —secundó la idea Zane.

—Os lo agradezco, chicos, pero esto es algo que tengo que hacer solo —dijo Andreas.

Sus amigos asintieron conformes.

—No cometas ninguna imprudencia, pero no regreses sin hablar con Fabiola —le aconsejó Tony—. No dejes que esa familia haga que la pierdas.

—¿No te parece imprudencia ir a la casa de los Dubrow para hablar con su hija? —bromeó Matthew.

Todos rieron.

—Sí, claro que me lo parece, pero León me entiende... —comentó Tony.

—Tranquilo, me portaré bien —dijo Andreas—. También se lo he prometido a mi madre.

—Mucha suerte —le deseó Matthew, dándole un palmadita en el hombro.

—Gracias.

Andreas se despidió de sus amigos con un apretón de manos y se subió a su Dodge Challenger rojo. Arrancó el motor y, tras observar que la calle estaba despejada, se incorporó a la corriente de tráfico.

Mientras conducía por la I-5 Nacional hacia Seattle, la ruta que recorría la costa californiana, Andreas recordaba en su cabeza cada uno de los momentos que había vivido con Fabiola desde que la había visto por primera vez bailando con el pedante de Larry. De fondo lo acompañaban canciones de Imagine Dragons y Jon Bon Jovi, entre otros.

Sonrió recordando el instante en que se tiró a la piscina para sacarla, cuando la llevó a urgencias en el coche y se burló del diminutivo de su nombre argumentando que parecía un nombre de mascota. Ella saltó como una escopeta de feria diciendo que el suyo parecía de chica...

—Ay, mi Estirada... —susurró en tono distendido.

Le vino a la cabeza los esfuerzos que había hecho por tratar de alejarse de ella. La lucha interna que había librado entre el corazón y la cabeza. Los sentimientos encontrados y como la atracción había sido más fuerte que la voluntad. Era curioso el modo en que el deseo le había llevado a ella una y otra vez, pese a que era una Dubrow y que no tenía nada a su favor. Pero se había enamorado de ella contra todo pronóstico.

Le ardieron los labios al evocar en sus pensamientos la ocasión que la había besado en el paseo marítimo, frente a la Cervecería de Jack. Quería devorarla, como si realmente fuera un león. Sorpresivamente, el amago de una erección se presentó al recordar la primera que vez que la había follado. La deseaba más de lo que había deseado a cualquier otra chica en toda su vida. Era impresionante la capacidad que tenía para revolucionarlo con solo tocarlo, y lo más irónico es que ella ni siquiera era consciente de ello. Ahí radicaba parte de su encanto. Esa mezcla de ingenuidad y picardía que la hacía espectacularmente sensual.

No iba a perderla ahora. No iba a permitir a sus padres que se la arrebataran.

Con esos pensamientos fijos en la cabeza, continuó su camino hacia

Seattle.

CAPÍTULO 81

Llovía.

Llovía a cantaros.

En Seattle la lluvia y los días grises formaban parte del paisaje casi todo el año, pero aquella tarde se había formado una inesperada tormenta que había teñido el cielo con una oscuridad sombría y melancólica que hacía que el corazón pesara.

Fabiola veía como las gotas de agua resbalaban por el cristal sentada en el alfeizar de la ventana de su habitación. Sorbió por la nariz y se secó las lágrimas con la larga manga de la chaqueta que tenía puesta.

—Andreas... —sollozó.

Vio el reflejo de su propio rostro en el cristal. Había momentos que rozaba la desesperación más absoluta. No sabía de qué modo escapar de casa, ponerse en contacto con Andreas, salir de aquella agonía en que estaba inmerso su corazón... Aquel estado la estaba volviendo loca.

¿Qué estaría pensando Andreas? ¿Qué se le estaría pasando por la cabeza? ¿Creería que había huido de su lado como una cobarde por miedo a no enfrentarse a su familia? Ni siquiera Chloe, Dana y Lía sabían lo que había pasado, así que no le podían aclarar el asunto en el caso de que él se hubiera decidido a preguntarles.

Lo que tenía con Andreas no se podía acabar de aquella forma tan abrupta. No era justo.

—¡Es tan injusto! —susurró—. Tan injusto...

Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas. Resbalaban por sus mejillas

incontrolablemente.

¿En qué momento había sido tan tonta de pensar que podía contar con el apoyo de su padre? Se sentía como si la hubiera traicionado, como si le hubiera clavado un puñal por la espalda. Y eso aumentaba el dolor que la carcomía por dentro.

Le había dicho que podía contar con él y que la apoyaría en todo, pero no habían sido más que mentiras. A la hora de la verdad se había puesto del lado de Amy y junto a ella había orquestado aquel plan maquiavélico para obligarla a alejarse de Andreas.

—¿Por qué me has hecho esto, papá? —se preguntó en voz baja—. Me hiciste creer que podía contar contigo...

El dolor le atenazaba el pecho, impidiéndole respirar.

Andreas se detuvo frente a la hermética carretera negra que cerraba el acceso a la mansión de los Dubrow. Alargó la mano y apretó el botón gris del portero automático.

—Residencia de los Dubrow —dijo una voz femenina.

—Traigo un paquete para el señor Charles Dubrow —respondió Andreas. Era la excusa que se había inventado para poder llegar al menos a la puerta principal, de otro modo le negarían el paso.

—Pase —dijo la voz femenina, mientras un ruido llenaba el aire.

Andreas respiró aliviado cuando empujó la puerta metálica y esta se abrió. Había logrado franquear el primer nivel. Sin apenas reparar en la majestuosidad de la mansión victoriana que tenía ante sus ojos, caminó por el sendero asfaltado que llevaba hasta el imponente porche, alzado sobre unas ornamentadas columnas de piedra. A un lado y a otro se erigían unos setos altos perfectamente recortados.

Respiró hondo para tratar de controlarse. Tenía que mantenerse templado.

Llamó al timbre.

Los segundos que trascurrieron hasta que la puerta se abrió se le antojaron eternos.

La mujer que lo recibió, vestida con un uniforme gris oscuro y blanco y el pelo negro recogido en un moño, lo miró con el ceño ligeramente fruncido.

—Buenos días —lo saludó, algo reticente.

—Buenos días —respondió Andreas—. ¿Está la señorita Fabiola Dubrow?

—¿Quién la solicita?

—Soy un amigo.

—La señorita Fabiola no puede recibir visitas —dijo la mujer, en un tono de voz que le invitaba a irse.

—Lo siento, pero no me voy a mover de aquí hasta que no hable con la señorita Fabiola —atajó Andreas.

—¡Como te atreves a venir aquí! —exclamó Amy, que en esos momentos pasaba por el vestíbulo.

Tenía el rostro constreñido y los músculos del cuerpo en tensión. Jamás se le habría pasado por la cabeza que aquel desarrapado hubiera tenido el atrevimiento de presentarse en su casa. ¿Cómo podía ser tan osado? ¿Y tan patán?

—Llame al señor —ordenó Amy a la mujer del servicio.

—Enseguida, señora —respondió ella solícita.

Amy se giró hacia Andreas.

—¡Lárgate! —le indicó con gesto altivo, apuntado a la calle con el dedo índice—. No tienes nada que hacer aquí. Vuelve al agujero del que has salido.

—No voy a irme hasta que no hable con Fabiola —dijo Andreas, tajante, obviando sus humillaciones.

La puerta era ancha, pero Andreas ocupaba gran parte de ella.

—Si no te vas, voy a llamar a la policía —le amenazó Amy.

—Deje a la policía en paz. No soy un delincuente, señora. No he venido a robarle, ni a darle una paliza, ni a hacer nada que constituya un delito. Solo quiero hablar con Fabiola —dijo Andreas, sin que le temblara la voz.

—¿Con qué derecho te crees que puedes hablar con mi hija? ¿Acaso no eres capaz de ver las enormes diferencias que hay entre vosotros? —se burló Amy con suficiencia.

—¿Se refiere a la clase social? —dijo Andreas.

—Me refiero a todo. —Amy lo miró de arriba abajo con indisimulado desdén—. ¿Te has visto? Con esos vaqueros llenos de agujeros y esa cazadora de cuero... No eres más que un... desarrapado, un pobre infeliz que lo único que quiere es llegar a algo a través de un buen matrimonio. Solo eres un oportunista.

—¿Eso es lo que piensa? ¿Que estoy con su hija por interés? ¿Tan poco valora a Fabiola que cree que no tiene más cualidades de las que enamorarse de ella que su dinero? —Andreas estaba indignado. ¿Pero qué se creía esa mujer?

—No me vengas con pamplinas. ¿Enamorado? —se mofó Amy.

—Sí, enamorado —le cortó Andreas—. Estoy enamorado de ella.

—¿Quieres vengarte de nosotros por el accidente que tuvo tu hermano?

—A mí no me mueve la venganza —se adelantó a decir Andreas—. Jamás se me ocurriría utilizar a Fabiola para algo tan bajo. —Andreas se inclinó hacia delante para acercar su rostro al de Amy. Entornó los ojos y tensó los músculos de la mandíbula—. Y le recuerdo que lo que tuvo mi hermano no fue un accidente, fue un acto deliberado del delincuente de su hijo —susurró. Sus ojos azul turquesa brillaban con un destello de mordacidad.

Amy se movió incómoda en el sitio. Tragó saliva. Andreas la imponía.

En esos momentos Charles apareció detrás de Amy.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Andreas.

Andreas se irguió en toda su estatura y rodó los ojos hasta Charles.

—He venido a hablar con su hija —respondió, manteniendo la calma. Charles siempre había sido más razonable que Amy.

—No has debido venir.

—Y ustedes no han debido obligar a Fabiola a separarse de mí.

Amy se abalanzó sobre Andreas dispuesto a darle un bofetón, pero Charles la interceptó y detuvo sus intenciones.

—¿Cómo te atreves a decirnos lo que tenemos o no tenemos que hacer con nuestra hija?! —dijo Amy con la cara desencajada por la ira.

—Cálmate, Amy —intervino Charles, sujetándola por el brazo.

—No voy a calmarme. Él solo quiere nuestro dinero. No es más que un desarrapado, un don nadie, un pobre infeliz, un paria con las manos llenas de callos y las uñas mugrientas —enumeró con desprecio.

—¡He dicho que te calmes! —repitió Charles en tono autoritario.

—No voy a permitir que me insulten y tampoco voy a permitir que le quiten a Fabiola la libertad de elegir con quién quiere estar —afirmó Andreas.

Su mirada recordaba a la de un león protegiendo a sus cachorros. Estaba dispuesto a defender lo que tenía con Fabiola con unas y dientes.

—Tú no le convienes, ¿es que no te das cuenta? —le increpó Amy, que no podía mantener la boca cerrada.

—Eso es algo que tiene que decidir ella, no usted.

—¡No eres más que un muerto de hambre!

Amy siguió con su retahíla de agravios.

—¿No se cansa nunca, señora? —le preguntó Andreas.

—Por favor, márchate —le pidió Charles.

—No me voy a ir hasta que no hable con Fabiola, y visto que ustedes no van a avisarle que estoy aquí, voy a ser yo mismo quien lo haga.

Andreas dio un paso hacia adelante.

—¡Fabiola! ¡Fabiola, soy Andreas! ¡Fabiola! —gritó por encima de las cabezas de Amy y Charles.

CAPÍTULO 82

Fabiola escuchó el murmullo de una discusión, pero pensó que tenía que ver con Harry. Siempre estaba metido en líos. Pero de repente le pareció escuchar su nombre. Aguzó el oído. Sí, alguien estaba gritando su nombre. Se bajó del alfeizar y corrió hacia la puerta.

Y la voz parecía la de...

—¿Andreas? —musitó para sí. El estómago le dio un vuelco—. No puede ser, tengo que estar alucinando.

Pero volvió a oír su nombre.

—Andreas —dijo más segura.

El rostro se le esponjó de golpe. ¿Era posible?

Se enjugó las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas con las mangas de la chaqueta, abrió la puerta de la habitación y salió disparada hacia la escalera.

—Andreas... —sonrió al verlo de pie, plantado en la puerta, grande y fuerte. Se quedó mirando esos ojos azul turquesa que le habían cautivado el primer día que lo vio, quitándose el casco de la moto en el *Sky Heaven*. Sintió como los latidos del corazón se le descontrolaban contra la cavidad del pecho.

Andreas le devolvió una sonrisa radiante. Por fin la veía. Después de tantos días.

—Pequeña... —susurró él con el corazón encogido.

Se notaba a la legua que aquel encierro le había afectado sobremanera. Había perdido peso y el rostro se veía demacrado. Parecía que le había pasado por encima una apisonadora.

Fabiola echó a correr escaleras abajo. Todavía sin poder creerse que Andreas estuviera allí, en su casa, se detuvo a unos metros antes de alcanzarlo.

—Has venido... —murmuró con incredulidad—. Has venido a por mí.

—Claro. No te iba a dejar sola —dijo Andreas.

Llevada por un impulso irrefrenable, se lanzó a él para salvar la pequeña distancia que los separaba, pero la mano de Amy la agarró por el brazo para cortar su carrera.

—¿Dónde crees que vas? —le dijo.

Fabiola notaba en la piel los dedos de su madre como si fuera una garra de hierro candente.

—¡Suéltame! —le gritó.

Dio un tirón tan fuerte para zafarse de la mano de su madre que Amy le arañó el brazo con las uñas, dejándole unos profundos surcos rojos. Sin embargo, le dio igual. Estaba libre para abrazar a Andreas.

Andreas la acogió en su pecho y le rodeó el torso con sus fuertes brazos.

—Gracias por venir —susurró Fabiola al borde del llanto.

Amy y Charles contemplaban la escena atónitos, aunque por motivos distintos. Mientras a Amy le hervía la sangre, Charles se preguntaba si su hija no estaría realmente enamorada de aquel chico. Nunca había visto a Fabiola tan feliz como en el momento en que lo había abrazado.

—Quiero irme contigo, Andreas —le pidió Fabiola con la voz rota—. Por favor, llévame contigo... —le suplicó sollozante.

Andreas sintió como si un puño le estrangulara el corazón.

—Por supuesto, no voy a dejar que nadie te encierre en una jaula de oro —le dijo. Incluyó la cabeza y le dio un beso en la frente mientras le acariciaba el pelo.

—¡¿Estás loca?! —le gritó Amy a Fabiola, con el horror pintado en el rostro.

Fabiola deshizo el abrazo con Andreas y se volvió hacia ella.

—¡Sí, mamá! ¡Estoy loca! ¡Estoy loca por él! ¡¿Me oyes bien?! ¡Estoy loca por él! —exclamó.

—No pienses que voy a dejar que te vayas con él —le advirtió Amy.

El ambiente se llenó de tensión.

—Fabiola, por favor, piénsatelo bien —le pidió Charles.

—Ya lo he pensado —afirmó Fabiola, mirando a su padre. Charles supo en ese instante que algo había cambiado respecto a él. En el fondo de los ojos de Fabiola descansaba la sombra de una decepción—. Os olvidáis de que es mi vida, no la vuestra. Estoy harta de que toméis decisiones por mí.

Se giró hacia Andreas.

—Voy a coger algunas de mis cosas —dijo.

Decidida, enfiló los pasos hacia la escalera. Nada más entrar en la habitación cogió una pequeña bolsa de viaje, abrió la cremallera y sin perder tiempo metió en ella un par de pantalones cortos, un par de vaqueros, unas cuantas camisetas que cogió al azar y unas bailarinas. Fue al cuarto de baño, cogió el neceser con el cepillo de dientes y lo introdujo también en la bolsa.

—No necesito nada más —se dijo. Cerró la cremallera y se echó la bolsa al hombro.

—Si sales por esa puerta, no se te ocurra regresar —la amenazó Amy.

La frustración inicial de conseguir convencerla se había transformado en rabia y la destilaba en cada palabra.

—Tranquila, no tengo ninguna intención de volver —ironizó Fabiola, sin ni siquiera pararse.

Bajó corriendo las escaleras.

—No me puedo creer que seas tan desagradecida —le dijo Amy.

—Y yo no me puedo creer que seas tan fría, tan calculadora y que tengas tan pocos escrúpulos —le espetó Fabiola—. Me avergüenzo de vosotros —

cuando dijo esto último, miró a su padre.

—Fabi, espera, vamos a hablar —dijo Charles, intentando hacerle entrar en razón.

—No tenemos nada de que hablar, papá. Ya está todo dicho —dijo Fabiola.

No tenía ninguna intención de quedarse allí más tiempo. No tenía por qué soportar aquello. Pasó al lado de Charles, pero no se volvió para mirarlo. Con pasos resueltos se fue hacia Andreas.

—Vámonos, por favor —le dijo.

Amy se clavó las uñas en las palmas de las manos. Los nudillos estaban blancos de la fuerza que estaba ejerciendo.

—Te vas a arrepentir de esto, Fabiola —le dijo con voz fría y dura—. Vas a ser una desgraciada toda tu vida.

Fabiola salió de su casa sin responder a su madre.

CAPÍTULO 83

Había dejado de llover, aunque el cielo seguía cubierto de una maraña de enormes nubes grises.

—Espera, Fabiola —dijo Andreas, sujetándola ligeramente por el brazo mientras iban a buscar el coche—. ¿No quieres volver para hablar con tu padre? —le preguntó.

Fabiola se detuvo frente a él.

—No —negó rotunda—. Llevo toda la vida haciendo el papel de hija perfecta; pensando en los demás; siendo lo que todo el mundo quería que fuera, y ya no puedo más —dijo con la emoción desbordándole la voz—. Es hora de que viva mi propia vida.

Andreas le secó con suavidad la lágrima que resbalaba lentamente por su rostro.

—Tranquila, todo va a ir bien —la consoló. La rodeó con los brazos y la estrechó contra su cuerpo. Fabiola temblaba—. Todo va a ir bien —repitió—. La vida puede empezar de nuevo en cualquier momento, Fabiola. En cualquier momento.

—Eso voy a hacer: empezar de nuevo —dijo ella.

Se acurrucó contra su pecho, sintiendo el calor reconfortante que desprendía su cuerpo.

—No te alejes de mí nunca. Nunca —le dijo casi como una súplica en un hilo de voz—. Por favor, no dejes que me separen de ti, Andreas —le pidió llorando desconsoladamente—. Por favor...

Andreas le cogió el rostro entre las manos y la miró a los ojos con todo

el amor que era capaz de contener el mundo.

—Nunca me alejaré de ti —dijo, dedicándole una de sus sonrisas más encantadoras—, y nunca voy a dejar que nadie nos separe ni rompa esto tan increíble que ha nacido entre nosotros.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Los labios de Fabiola se elevaron formando una sonrisa. Andreas se acercó a su rostro.

—¿Sabes otra de las razones por las que me llaman León? —le preguntó a ras de la boca.

Fabiola negó con la cabeza, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Porque me encanta lamer —respondió Andreas con sensualidad.

Le sujetó la cara de nuevo entre las manos y le enjugó las lágrimas con la lengua. Lamió con amor cada uno de los húmedos surcos que cruzaban sus mejillas. Fabiola cerró los ojos y se dejó embriagar por la suave sensación que le producía la cálida lengua de Andreas sobre el rostro. Era tan sensual...

Suspiró.

—¿Estás mejor? —le preguntó él al cabo de un rato.

—Mucho mejor —respondió Fabiola.

—Por cierto, has resultado ser toda una leona —bromeó Andreas.

A Fabiola no le pasó desapercibida la nota de orgullo que se entreveía en las palabras de Andreas. Sonrió.

—Tenía que estar a la altura de mi león —dijo con aplomo.

—Mi leona... —susurró Andreas, abrazándola otra vez.

Fabiola se acurrucó en su pecho, donde se sentía a salvo del mundo.

Algunos rayos de sol rompían las nubes y se colaban en la ciudad formando un abanico de luz multicolor.

—Qué curioso... —dijo Fabiola ya en el coche.

—¿Qué es curioso? —preguntó Andreas, volviendo la cabeza hacia ella.

—El cielo... —respondió—. Ha estado todo el día lloviendo y ahora que estoy contigo ha salido un rayito de sol. Justo como estaba mi estado de ánimo antes de verte y como está ahora. En Seattle es casi imposible que suceda algo así —añadió.

—Tú también eres un rayito de sol en mi vida —afirmó Andreas, que había entendido perfectamente la metáfora.

Fabiola guardó silencio unos segundos mientras Andreas atravesaba Seattle para coger la I-5 Nacional que los llevaría de vuelta a Santa Mónica.

—Pensé que no volvería a verte nunca más —susurró angustiada—. Me he vuelto loca imaginándome lo que estarías pensando de mí...

Andreas alargó el brazo y le cogió la mano.

—Yo he estado desesperado tratando de buscarte —dijo, apretándole la mano cariñosamente.

—Me siento como si me hubieras rescatado del torreón de un castillo —comentó Fabiola.

—No iba a permitir que rompieran nuestra relación, Fabiola —afirmó muy serio Andreas—. Por nada del mundo iba a dejar que rompieran nuestra relación. Soy capaz de correr cualquier riesgo, excepto el de perderte. Es un lujo que no puedo permitirme.

Fabiola cogió su mano, se la llevó a la boca y se la besó.

—No sabes cómo te he echado de menos —murmuró con voz queda.

—Y yo a ti —admitió Andreas.

Fabiola alzó el rostro.

—Por cierto, ¿cómo has conseguido dar con la dirección de mi casa? —le preguntó.

—Tengo que reconocer que el mérito es de tus amigas —respondió Andreas con una sonrisa. Fabiola enarcó las cejas—. Chloe, Dana y Lía se han

encargado de conseguirme la dirección.

—¿Cómo?

—Al principio trataron de averiguarla preguntando a sus familiares y conocidos. Al no conseguirla fueron a la casa de tu abuela y se inventaron una historia...

—¿Una historia?

—Sí, Chloe le dijo a una de las mujeres del personal de servicio que tú le habías prestado una pulsera de tu abuela para una cena y que tenía que devolvértela a través de una empresa de mensajería, y para ello necesitaba la dirección de Seattle.

—Ay, Dios, mis chicas... —dijo orgullosa Fabiola—. Me imagino a Chloe...

—Son fantásticas —apuntó Andreas—. Si no hubiera sido por ellas, no hubiera podido hacer nada. Me han ayudado en todo momento.

Fabiola le miró de reojo por debajo de sus espesas pestañas oscuras.

—Es que no todas las chicas de clase alta somos unas estiradas —dijo con sarcasmo.

Andreas abrió una sonrisa de lado a lado de la cara.

—Tengo que darte la razón. Pero tú siempre vas a ser mi estirada, Estirada —bromeó cómplice—. Aunque ahora también eres mi leona —añadió—. Jamás hubiera pensado que eras tan valiente, Fabiola —dijo en tono serio—. Tienes mucho coraje.

Fabiola lo miró.

—Tú me haces sacar ese coraje. Yo no he sabido lo que era ser libre hasta que no te he conocido a ti —repuso—. Tú me haces sentir que puedo volar, aún sin tener alas. Y ahora no quiero privarme de esa sensación por nada de lo que exista en este mundo.

CAPÍTULO 84

Fabiola introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—Ya he llegado —dijo al entrar.

—Estoy en la cocina —se oyó decir a Andreas.

Fabiola cerró la puerta a su espalda y enfiló los pasos hacia la cocina.

—Mmm... Qué bien hule —dijo al llegar.

Se acercó a Andreas y le dio un beso en los labios.

—He hecho unos espaguetis a la carbonara —le informó Andreas—.

¿Qué tal te ha ido? —le preguntó.

—¡Muy bien! —exclamó Fabiola.

—Cuéntame... —la animó Andreas.

—El padre de Chloe ha estado viendo mi currículum y, aunque me queda un año para terminar Derecho, quiere contratarme como ayudante en su bufete.

—¿Y en qué momento lo habías dudado? Tienes un expediente académico espectacular —repuso Andreas—. Y, además, eres una leona. Puedes con todo.

Fabiola alzó los hombros, sonriente.

—Con lo que gane podré ayudarte con los gastos y apuntarme a la Universidad a distancia para terminar la carrera.

—Ya sabes que no tienes que preocuparte de los gastos —le recordó Andreas.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. No te lo vas a creer, pero me siento muy bien sacándome las castañas del fuego yo sola. Me hace sentir útil y realizada,

y libre, porque puedo tomar mis propias decisiones. Algo que no he hecho prácticamente nunca a lo largo de mi vida.

Andreas se le quedó mirando, se acercó a ella y le rodeó la cintura con las manos.

—Me encanta verte bien, feliz... —dijo.

—Es que estoy feliz. Estas semanas que han pasado desde que vine de Seattle han sido las más felices de mi vida —repuso Fabiola.

El timbre sonó, interrumpiendo la conversación.

—Voy a ver quién es —habló Andreas.

—Vale.

Andreas salió de la cocina y enfiló los pasos pasillo adelante. Cuando abrió la puerta, su expresión se le llenó de asombro.

—Señor Dubrow... —dijo.

Charles estaba al otro lado de la puerta, vestido regimiento con un traje gris oscuro y una corbata morada.

—Bunas tardes —saludó—. ¿Está Fabiola? Me gustaría hablar con ella —dijo en tono neutro.

—Sí, claro. Pase, por favor —le pidió Andreas después de unos segundos. Se hizo a un lado para cederle el paso a Charles—. Fabiola, tienes visita —dijo cuando llegaron al salón.

—¿Quién ha venido a ver...? —Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta cuando vio a su padre en mitad del salón.

—Papá... —murmuró confusa, fruto de la sorpresa del momento—. Si has venido a convencerme para que deje a Andreas y vuelva a Seattle, puedes irte por donde has venido... —se adelantó a decir, rotunda.

Charles levantó la mano.

—No, Fabi, no he venido a convencerte de nada —le cortó con suavidad.

—Voy a bajar a comprar el pan —intervino Andreas, que quería dejar a

solas a Fabiola y a Charles.

Cuando Charles escuchó el sonido del pestillo de la puerta, volvió los ojos hacia Fabiola.

—¿Qué tal estás, hija? —le preguntó.

—Muy bien —contestó Fabiola.

—Me alegro —dijo Charles. Hizo una breve pausa antes de continuar hablando—. Fabi, he venido para decirte que me voy a separar de tu madre.

Fabiola frunció el ceño.

—Papá, ¿estás bien? —se preocupó de inmediato.

—Sí.

—Ven, sentémonos en el sofá y me cuentas qué ha pasado...

Ambos se sentaron en el pequeño sofá marrón del salón.

—No sé si tu madre y yo nos hemos querido alguna vez... —comenzó Charles—. Supongo que sí, aunque no lo recuerdo.

Fabiola cogió la mano de su padre entre las suyas.

—He tomado la decisión hace unos días —continuó—. La situación se ha vuelto insostenible. Nos pasamos el día discutiendo... Vosotros ya sois mayores y no hay ninguna necesidad de que sigamos juntos.

—Claro que no —dijo Fabiola—. No tenéis que estar juntos si no os queréis.

—Gracias —le agradeció Charles con sinceridad.

—Papá, tienes todo mi apoyo. Puedes contar conmigo para lo que quieras.

Charles esbozó una débil sonrisa.

—Eres mucho más generosa conmigo de lo que yo lo he sido contigo —dijo avergonzado.

—No digas eso, papá.

Charles miró a Fabiola a los ojos.

—Siento mucho lo que te hicimos. No teníamos ningún derecho a obligarte a hacer nada ni a separarte de Andreas. Nos equivocamos.

—Ya no pienses en eso, papá.

Pero Charles continuó hablando, necesitaba decirle a su hija todo lo que tenía dentro.

—Desde que te fuiste de casa he estado pensando en muchas cosas. Nos equivocamos contigo y nos equivocamos con el hermano de Andreas cuando Harry lo atropelló. Teníamos que habernos puesto a disposición de la familia de Andreas, pero salimos huyendo... No me voy a justificar, porque lo que hicimos no tiene justificación y soy tan culpable como tu madre, pero llevo años haciendo lo que ella dice, tal y como ha hecho con vosotros. Pero ya me he cansado, Fabi. Ya me he cansado.

—No te castigas con eso, papá. Todo el mundo comete errores —lo consoló Fabiola, acariciándole la mejilla.

Charles estaba visiblemente afectado. Su rostro maduro expresaba arrepentimiento.

—Es cierto, lo peor es que cuando quieres enmendar algunos errores es tarde.

Fabiola dio un abrazo a Charles.

—No te tortures más —dijo—. ¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó, cuando se separaron.

—Voy a quedarme aquí, en Santa Mónica —respondió Charles.

—Entonces, ¿no vas a vender la casa de la abuela?

—No.

—¡No sabes la alegría que me da saber eso y saber que te voy a tener aquí!

—No voy a dejarte sola. Tu madre, Harry y Ashley se van a quedar en Seattle y yo voy a estar aquí contigo. Voy a estar aquí para lo que quieras,

como te prometí.

Fabiola se echó a sus brazos.

—Gracias, papá.

—No tienes que darme las gracias —dijo Charles. Le pasó la mano por la mejilla—. Soy tu padre, tengo que cuidar de ti. Aunque ahora tengas novio, yo tengo que seguir cuidando de mi pequeña —bromeó.

CAPÍTULO 85

Andreas regresó media hora más tarde cargado con el pan y algunas cosas que había comprado en el supermercado y que llevaba metidas en una bolsa de papel.

—Andreas, también quiero hablar contigo —dijo Charles cuando lo vio aparecer en el salón.

—Dígame, señor Dubrow.

—Llámame Charles, por favor.

Andreas asintió, conforme.

—Se lo he dicho a Fabi, pero quiero decírtelo también a ti —comenzó—. Siento mucho el modo en que nos comportamos cuando Harry atropelló a tu hermano. Teníamos que habernos hecho cargo de la situación y habernos puesto a vuestra disposición. Sin embargo, quisimos librar a Harry de las consecuencias de su acto y eso lo único que consiguió es perjudicaros.

—Te agradezco las disculpas, Charles —dijo Andreas.

—Me imagino el dolor que habéis pasado durante todos estos años y, aunque quizá sea tarde, me gustaría que supieras y que tuvieras en cuenta que a partir de este momento tú y tu familia podéis contar conmigo para lo que creas necesario.

—Andreas, ¿la lesión de tu hermano se puede operar o tiene tratamiento? —intervino Fabiola.

—Sabemos que hay un tratamiento experimental que es compatible con su lesión... —respondió—. Pero es muy costoso —añadió.

Charles volvió a tomar la palabra.

—No te preocupes por eso —dijo—. Yo correré con todos los gastos que sean necesarios sin importar la cantidad.

Andreas dirigió una mirada de pudor a Fabiola.

—No sé... Yo...

Fabiola corrió a su lado y le cogió la mano.

—No digas que no al ofrecimiento de mi padre, Andreas. El dinero no es problema —le suplicó—. Al menos piénsatelo. Coméntalo con tu madre y tu hermano, él es quien tiene que tomar la última decisión.

—Es lo mínimo que puedo hacer por vosotros —terció Charles, para tratar de convencerlo—. Si quieres iré a hablar con tu madre y tu hermano —se brindó.

—Está bien, hablaré con ellos —accedió Andreas.

Fabiola dio un saltito de alegría.

—¡Bien! —exclamó.

—Gracias, Charles —le agradeció Andreas.

—Para mí sería un placer ayudaros —dijo él con una sonrisa cortés—. Ahora que ya he hablado con vosotros, me voy —anunció después.

Andreas miró a Fabiola.

—¿Por qué no te quedas a comer? —le preguntó a Charles.

—Sí, papá, ¿por qué no te quedas? Andreas ha hecho espaguetis a la carbonara. Así empiezas a conocer las maravillas culinarias de tu futuro yerno —bromeó Fabiola.

Tras unos segundos, Charles contestó:

—Vale, me quedaré para probar esos espaguetis a la carbonara.

—¿Y qué estás haciendo ahora, Fabi? —preguntó Charles a su hija.

Fabiola se limpió la comisura de los labios con la servilleta.

—Voy a empezar a trabajar en el bufete del padre de Chloe —dijo—. Necesitan una ayudante y al ver mi expediente académico quiere contratarme.

Así podré ganar un sueldo para mis gastos.

—Me parece estupendo que trabajes en el bufete de John Logan, es una excelente profesional —opinó Charles—. Pero si es por dinero, no tienes que hacerlo, yo estoy aquí para lo que necesites...

—No es solo por el dinero, papá —se adelantó a explicarle Fabiola—. Es porque necesito valerme por mí misma. Sentirme útil... Estas semanas en las que he tenido que sacarme las castañas del fuego yo solita, en las que he tenido que tomar mis propias decisiones han sido las más productivas de mi vida.

—Te entiendo —dijo Charles con una sonrisa condescendiente en los labios.

La entendía porque él era igual. Pese a que había nacido en el seno de una familia adinerada, él había empezado en la empresa de su padre desde abajo. Era el mejor modo de ganarse el respeto de los que un día serían sus trabajadores y de demostrar su valía.

—Además, me voy a inscribir en la universidad a distancia para sacarme el último año de carrera —añadió Fabiola.

Charles pasó el brazo por encima de la mesa y cogió la mano de su hija.

—Estoy muy orgulloso de ti —afirmó con los ojos brillantes—. Muy, muy orgulloso de ti.

CAPÍTULO 86

—Fabiola, ella es Amanda, mi madre. Mamá, ella es Fabiola —les presentó Andreas.

—Encantada —dijo Fabiola, dándole un par de besos en las mejillas.

—Igualmente, cariño —dijo Amanda con suma amabilidad.

Andreas llevó la mirada hasta Gerard.

—Él es Gerard, mi hermano.

Gerard tenía los mismos ojos que Andreas. Se parecían bastante físicamente, aunque el pelo era más claro y los rasgos del rostro más suaves.

—Encantada de conocerte, Gerard —dijo Fabiola con expresión apocada.

Se inclinó hacia él y le besó en las mejillas. La sobrecogió verlo postrado en aquella silla de ruedas siendo tan joven; tenía la misma edad que ella, y sintió cierta vergüenza de que hubiera sido su hermano Harry el responsable de que estuviera así.

—Igualmente, Fabiola —dijo Gerard con una amplia sonrisa—. Mi hermano nos ha hablado muy bien de ti —añadió cómplice—. De hecho, nos marea hablando de ti. No para un solo segundo —bromeó.

—¡Gerard! —lo amonestó Andreas, siguiendo la broma.

Todos rieron.

Fabiola no pudo evitar sorprenderse ante el cálido recibimiento que le habían hecho la madre y el hermano de Andreas. Ellos, que habían sido las víctimas de la cabeza loca de Harry y de las malas decisiones de sus padres, no sentían ninguna animadversión ni guardaban rencor hacia ella, demostrando

que su generosidad era infinita y admirable. No se podía decir lo mismo de su madre y sus hermanos, que se habían tomado como una ofensa que estuviera saliendo con Andreas Johnson, y le habían retirado la palabra. Afortunadamente su padre había recapacitado a tiempo y se había puesto de su parte.

Fabiola carraspeó para aclararse la garganta.

—No sé si os ha comentado Andreas que mi padre se pone a vuestra disposición para lo que necesitéis —comenzó. Dirigió la mirada hacia Gerard—. Gerard, tu hermano nos ha hablado de un tratamiento experimental que quizá puede reparar tu lesión. Si quieres probarlo, mi padre correrá con todos los gastos.

—Sí, Andreas nos lo ha comentado —dijo Amanda.

—Pero es un tratamiento que cuesta mucho dinero, es experimental y eso hace que se encarezca... —expuso Gerard.

—Por favor, no dejes de probarlo por eso —le cortó suavemente Fabiola—. Mi padre quiere ayudaros, compensar el daño que te causó mi hermano. Es lo menos que puede hacer después de tantos años.

—No sé... —dijo Gerard, dudando.

—No os está haciendo un favor, está haciendo lo que debe. Lo que os debe —concluyó Fabiola, enfatizando cada una de sus palabras—. Incluso vendrá a hablar con vosotros, si lo creéis oportuno.

Nadie habló durante unos segundos.

—Gerard, quizá es la oportunidad para empezar una nueva vida sin estar condenado a una silla de ruedas —expuso Andreas, rompiendo el silencio.

Gerard asintió.

—Quizá... —Miró a su madre—. Mamá, ¿tú que piensas? —le preguntó.

—A mí nada me haría más feliz que verte caminar, Gerard —respondió Amanda con la voz tomada por la emoción. Pensar en la idea de que su hijo

pequeño pudiera caminar de nuevo le embriagaba el corazón.

—¿Entonces? —insistió Fabiola, acompañando la pregunta con una sonrisa encantadora.

—Supongo que puedo probar —dijo Gerard de buen ánimo.

—Creo que es la mejor decisión que puedes tomar —secundó Andreas.

—Yo también lo creo, hijo —dijo Amanda.

—Esta misma tarde iré a ver a mi padre y le comunicaré la decisión que habéis tomado. Se va a poner muy feliz. Os lo aseguro —intervino Fabiola.

—Muchas gracias, Fabiola —le agradeció Gerard.

—Gracias a vosotros, por la generosidad que habéis tenido conmigo y, todos estos años, con mi familia.

Amanda se acercó a ella y le dio un fuerte abrazo.

—Gracias de todas formas —le susurró con lágrimas en los ojos.

Fabiola sonrió.

—Será mejor que nos sentemos a comer o se va a quedar la comida fría —dijo Amanda, enjugándose las lágrimas.

—Yo tengo un hambre de león —dijo Andreas.

—Por algo te apodan así —apuntó Gerard.

—Id sentándoos, por favor —les pidió Amanda.

EPÍLOGO

Desde la terraza del piso se veían las cristalinas aguas del Pacífico lamiendo la arena blanca de *State Beach*. Andreas apartó la vista de la panorámica y se giró hacia la mesa para examinar que todo estaba en su sitio. Se acercó y retocó una de las copas y el jarrón con rosas que descansaba en el centro.

La puerta se abrió. Era Fabiola.

—Estoy en el salón —dijo, impaciente.

—Dios mío... —susurró Fabiola al entrar en la estancia.

—Quería darte una sorpresa —se adelantó a decir Andreas—. ¿Te gusta?

Fabiola miraba de un lado a otro sin poder creer lo que sus ojos estaban viendo. Andreas había preparado una cena romántica. Encima de las estanterías había pequeñas velas de color rojo que desprendían un agradable olor a rosas y guirnaldas de luz que daban un toque de calidez. La mesa tenía un mantel negro y el menaje estaba elegantemente colocado, con copas y vino.

Fabiola dejó en el sofá la carpeta y la bolsa que llevaba y se tapó la boca con las manos.

—Es precioso —respondió—. No sabía que tenías esa vena romántica —comentó.

—Bueno, no lo soy mucho, pero he hecho un esfuerzo —dijo él con timidez, rascándose la nuca.

¿Estaba Andreas ligeramente nervioso?, se preguntó Fabiola. Eso era algo que no había visto nunca.

—Gracias —le dijo—. Y tú estás... —Suspiró.

Tuvo que tragar saliva cuando posó los ojos en Andreas. Estaba vestido con un elegante traje de chaqueta negro, camisa blanca y corbata roja. ¿Cómo le podía sentar tan bien un traje? Parecía un modelo de pasarela. El sol del crepúsculo proyectaba sombras doradas sobre su rostro de rasgos angulosos, aumentando su atractivo.

—... No tengo palabras —dijo, casi sin aliento.

—Hoy quería dejar atrás los vaqueros rotos y la chupa de cuero y vestirme como un chico de esos pijos —dijo Andreas.

Fabiola sonrió.

—A mí me gustan más tus vaqueros rotos y tus chupas de cuero —afirmó. Andreas se encogió de hombros.

—Hoy me quería ver distinto para ti.

—Yo también tengo una sorpresa para ti —dijo Fabiola en tono enigmático.

—¿Ah, sí?

—Sí. Dame unos minutos...

Un ratito después, Fabiola apareció con un vestido negro ajustado, tenía escote halter y le llegaba hasta la rodilla, dejando ver las líneas de sus sutiles curvas. Andreas tuvo que mirar dos veces.

—Wow, menuda sorpresa —exclamó.

—Esta no es la sorpresa, la sorpresa está debajo —le aclaró Fabiola con picardía.

Andreas sintió una punzada de excitación al imaginarse qué había debajo del vestido. Su mente comenzó a volar.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

Fabiola negó traviesa.

—Será mejor que nos sentemos a cenar, para que no se quede fría la comida —respondió con tranquilidad.

Andreas respiró hondo.

—Está bien. Te dejaré para el postre —dijo, resignado.

Fabiola rio para sí.

Andreas se aproximó a ella, cogió su mano derecha y se la llevó a los labios, imitando los modales corteses.

—Se hace así en las clases altas, ¿no? —le preguntó, mirándola por debajo de la línea de las pestañas.

—No —dijo Fabiola, reprimiendo una sonrisa.

—¿No se hace así?

—No —repitió Fabiola—. Al menos no desde 1800 —aclaró entre risas. Andreas negó para sí con expresión divertida.

Fabiola le rodeó el cuello con las manos, se puso de puntillas y lo besó.

—Estas cosas son las que hacen que te quiera más de lo que ya te quiero —soltó de pronto—. Eres imprevisible.

Andreas frunció el ceño y ladeó ligeramente el rostro.

—¿Me quieres? —le preguntó a Fabiola.

—Con cada célula de mi ser —respondió ella.

—Yo también te quiero con cada célula de mi ser —dijo Andreas. Inclino la cabeza y rozó la nariz de Fabiola con la suya—. Es increíble lo que ha nacido entre nosotros y es increíble cómo te has metido en mi corazón, leona.

Fabiola sintió la calidez de su aliento en los labios. Eso, junto con el modo en que había pronunciado la palabra «leona», hizo que un escalofrío le recorriera la columna de arriba abajo.

—Cenemos —dijo Andreas—. Tengo ganas de llegar al postre —añadió en tono pícaro.

Descorchó la botella de vino que había encima de la mesa y sirvió el líquido escarlata en las copas.

Después de la cena, Fabiola se levantó de la silla, rodeó la mesa, cogió

la mano de Andreas y lo llevó hasta el sofá, donde hizo que se sentara dándole un pequeño empujón. Andreas se dejó llevar. Sin decir nada, Fabiola se separó unos metros para que Andreas tuviera perspectiva y comenzó a bajarse la cremallera del vestido, situada en uno de los laterales.

Las pupilas de Andreas se dilataban expectantes a medida que el vestido iba deslizándose y dejando al descubierto el cuerpo de Fabiola. En su interior empezó a burbujear una mezcla de deseo y excitación.

No pudo evitar sonreír cuando vio el elegante y seductor conjunto de encaje negro que se había puesto.

—¿Qué te parece? —le preguntó Fabiola con voz traviesa.

Los dientes blancos de Andreas resplandecieron al sonreír.

—Espectacular, aunque mi debilidad sigue siendo tus inocentes braguitas de algodón —respondió, acariciando el cuerpo de Fabiola con la mirada—. No sé qué me pasa con ellas y contigo...

Fabiola echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. A Andreas le encantaba verla feliz; era extremadamente sexy. Fabiola caminó hacia él con pasos sugerentes, acortando la distancia que los separaba, y se sentó a horcajadas sobre sus muslos. De telón de fondo tenían el Pacífico.

Le cogió la corbata y lo empujó juguetonamente hacia ella. Andreas se lanzó a su boca como si fuera un imán, después de saborear cada recoveco, atrapó con los dientes su labio inferior, lo mordió y tiró de él.

—Me vuelves loco... —musitó, atrayéndola más hacia sí. Quería sentir cada centímetro de su cuerpo pegado al suyo.

—Y tú a mí, Andreas. Me robas la coherencia... —dijo Fabiola.

Las enormes manos de Andreas comenzaron a acariciar su suave piel; repasaron la curva de su espalda y la línea de su columna vertebral. Fue descendiendo poco a poco, deteniéndose en sus costillas y en su estrecha cintura. Le quitó el sujetador, tirándolo a un lado del sofá, y cubrió los pechos

con los dedos. Incluyó la cabeza y lamió sus pezones endurecidos.

Fabiola suspiró.

Bajó la mano por su vientre y metiéndola entre la braguita buscó con los dedos su sexo. Fabiola se estremeció convulsivamente al contacto. Gimió.

—Eres tan dulce, Fabiola... —susurró Andreas con voz rasposa, besando la curva de su mandíbula—. Tan increíblemente sexy y excitante...

—Te quiero dentro de mí, Andreas —musitó Fabiola en su boca, derritiéndose bajo el calor de sus labios—. Te necesito dentro de mí...

Andreas alargó la mano y cogió la cartera que había dejado encima de la pequeña mesa auxiliar que había al lado del sofá, la abrió y extrajo un preservativo. Rasgó el paquete de plástico de un tirón y sacó el condón.

Entretanto, Fabiola le había bajado la cremallera del pantalón, le había sacado el miembro, duro y grande, y se lo acariciaba sensualmente de arriba abajo con la mano.

—Joder... —siseó Andreas mientras Fabiola le acariciaba.

Se ahuecó un poco y estiró el preservativo a lo largo de su erección. No perdió el tiempo en quitarle las braguitas de encaje, se limitó a apartarlas a un lado. De la garganta de Fabiola se arrancó un gemido cuando notó la punta de su miembro. Apretó las caderas contra él para que la llenara por completo.

—Oh, Dios... —susurró con voz jadeante.

Tomó sus manos y se las llevó a los pechos mientras comenzaba a moverse encima de él. Empezó despacio, como un baile sensual, disfrutando de la danza de los dos cuerpos.

Andreas siguió su ritmo. Tenía la sensación de que la sangre se le estaba convirtiendo en lava.

Fabiola aceleró los movimientos. Andreas levantó la pelvis y la penetró con fuerza. Ella arqueó la espalda. Andreas enrolló la larga melena en su mano y tiró hacia atrás para que Fabiola curvara el cuello. Se acercó a su

garganta y la mordió. Fabiola gritó un gemido. Era tremendamente excitante. Una sensación increíble...

Unos minutos de vigoroso vaivén después, Fabiola notó que sus músculos se tensaban como las cuerdas de una guitarra mientras Andreas seguía mordisqueándole el cuello con una voracidad salvaje.

—¿Te gusta que te muerda, mi leona? —le preguntó.

—Sí..., sí...

Sentir el aliento de Andreas sobre la piel de su garganta fue el acicate para alcanzar el clímax.

—Andreas... Oh, Andreas... —balbuceó, sacudida por la fuerza del orgasmo. Oleadas de placer la envolvieron, dejándola sin aliento y sofocada.

Andreas se clavó un par de veces más en ella y se dejó ir.

—Santo Dios, Fabiola... —jadeó contra su boca con las mandíbulas apretadas, al tiempo que su cuerpo se convulsionaba una y otra vez con una fuerza insólita.

Sus cuerpos desnudos permanecían debajo de la manta. El perfil de sus siluetas se recortaba contra el Pacífico y el cielo de color zafiro que había al otro lado del ventanal. El salón estaba sumido en una semipenumbra íntima y mágica.

Fabiola sonrió.

—Lo nuestro es algo increíble —dijo, todavía ligeramente sofocada.

—Es algo increíble y único —matizó Andreas.

Y lo era.

No había un amor como el suyo, ni lo habría jamás.

—Mi león... —susurró Fabiola, acercándose a Andreas y rozando la punta de la nariz con la suya.

—Mi leona... —sonrió él, sellando sus palabras con un beso en los labios.

